KAE TEMPEST

Una vida buscando

Traducción de Gabriela Ellena Castellotti



RANDOM HOUSE

KAE TEMPEST

Una vida buscando

Traducción de Gabriela Ellena Castellotti



RANDOM HOUSE

Para ti, si lo has escogido. Pero sé cuidadose.

Y sin evadirme de mi tristeza, soy feliz, querida amiga, al sentir que usted existe, bella; feliz por haberme entregado sin miedo a su belleza, igual que un pájaro se entrega, inmenso, al espacio; feliz, querida amiga, por haber andado con verdadera fe sobre nuestras aguas inciertas, hasta tocar tierra en la isla de su corazón, donde brota, floreciente, el dolor. En fin, feliz…

Rainer Maria Rilke,
Cartas a una amiga veneciana

DÍA UNO

OCTUBRE DE 2026

UNO

Rothko Taylor estaba subide a una escalera azotada por el viento. Con los ojos irritados como uvas peladas, parpadeaba a causa del frío. Era la clase de viento que sacudía la escalera y le golpeaba en los brazos. Llevaba tanto rato subiéndolos hasta los canalones que tenía un pinzamiento en el cuello que descendía por el hombro y le llegaba a la espalda.

Treinta y seis años. Sin pareja. Vivía en una caravana en un solar que estaba afectado e iban a construir. Trabajaba de manitas en un hotel de primera línea de mar que parecía estar a segundos del colapso. Seis meses fuera de la cárcel y el mundo había pasado página.

Hoy era su último día en el trabajo y tenía una sensación de final. El pasado aceleraba en su dirección desde cualquier punto al que mirara.

Desde que volvió a casa, se había dedicado a mantener su existencia, una tarea tras otra. La vida real seguía siendo algo que le sucedía a otra gente. Pero esa tarde —con las manos aferradas a la escalera que chirriaba, zarandeade por el viento gélido— sentía que se acercaba a la superficie. Porque estaba limpie. Y era libre. Y estaba vive. Y las gracias latían por su sistema tan fuerte, que tuvo que sacudir las manos desde las muñecas para expulsar la energía acumulada. Lo cual hizo que la escalera se balanceara bajo sus pies.

«Estado de la cuestión». Se detuvo. «¿Cómo soy?», preguntó a Donovan, que estaba hecho un ovillo debajo de la mesa de picnic, tratando de dormir para ignorar el viento.

Durante seis meses, Rothko Taylor se había plegado a una rutina exigente. Se había atenido a ella, pasara lo que pasara, los siete días de la semana. Equiparaba la rutina con la posibilidad y el autocontrol. Perdide en un caos mortal durante años, la idea de una vida ordenada en el plano físico era un bálsamo para la herida.

Así que se levantaba cada día a las seis de la mañana, estaba aseade y vestide a las 6.40 y salía del solar a las 7.15, antes de que hubiera movimiento en las calles. Siempre iba por el mismo lado de la carretera durante el trayecto de diez minutos al trabajo. Cada mañana, llegaba al paseo marítimo y giraba a la derecha hacia el viejo hotel cochambroso. Nunca giraba a la izquierda en dirección a la ciudad. Solo en ocasiones miraba hacia allí. Una mirada cargada, como si quisiera demostrar su importancia a una escena que por su parte era indiferente.

Al final de la jornada, recorría el mismo trayecto a casa. Nunca daba una vuelta por la ciudad, ni siquiera para echar un vistazo. Regresaba a salvo al solar, se lavaba y cenaba con los demás si estaban por allí. O disfrutaba de su comida sencilla a solas en su caravana, viendo documentales en internet sobre gente que lograba triunfar contra todo pronóstico hasta que se dormía.

Hoy, la preocupación era que el fin del trabajo significaba el fin de la rutina. La sensación era de vértigo y se aferró con más fuerza a la escalera. Odiaba la perspectiva de tener tiempo que matar. Nada le mantenía a salvo como los objetivos diarios; pequeñas y placenteras casillas que marcar contra el olvido.

Donovan se rascó el morro con la pata y ladró dos veces cuando el viento levantó la tapa de un contendor y arrastró una bolsa de basura por la carretera. «No sé de qué hablas». Rothko lo miró por encima del hombro. «Es un día maravilloso».

No tenía ninguna perspectiva laboral y eso le preocupaba. Una persona como Rothko sabía que necesitaba algo, de lo contrario no tardaría mucho en despertarse de nuevo en su antigua vida. No soportaba pensar en ello.

«Protégeme. Por favor», le susurró al tiempo asqueroso mientras se peleaba con las tuberías. «Solo tengo que pasar el día, ¿o no, chaval?».

Pero ¿cómo conseguía una persona un trabajo? No tenía ni idea. Fue Roxanne quien le consiguió este.

Roxanne y Rothko habían estado encerrades juntes en Downview, hacía años. Les dos venían de la misma ciudad pequeña y conocían a la misma gente pequeña, y teniendo en cuenta que la cárcel estaba a kilómetros de Edgecliff, que les dos acabaran le une con le otre parecía cosa del destino. Fue Roxanne quien le rapó la cabeza a Rothko por primera vez, cuando Rothko al fin se permitió reconocerse a sí misme que quería el pelo corto.

Compañeres de celda durante tres años. Roxanne había llegado a quererle como a une de las suyas.

Habían compartido celda con toda clase de personas a lo largo de los años. La extensión de la condena era tan larga, que le costaba retenerlas en la cabeza. Unas pocas de las caras más memorables emergían de la sopa del tiempo. Se mecían en la superficie. Se hundían de nuevo.

Muchas eran maníacas. Otras se habían convertido en amigas. Unas cuantas en amantes. Las amistades que hubo habían sido intensas, pero normalmente acababan cuando la gente se iba. Roxanne fue la única con la que siguió en contacto. Le dijo a Rothko que llamara cuando saliera, y lo hizo.

Y aquí estaban.

Fue Roxanne quien le habló del solar en el que estaba viviendo y le dio un lugar donde vivir. Fue Roxanne quien se enteró del trabajo, y le llevó con Meryl, la señora propietaria del hotel. Ya había hecho tanto por elle. No podía afrontar pedirle ayuda de nuevo. No quería que supiera que, a pesar de toda su amabilidad, elle seguía siendo la misma mierda de persona.

La vergüenza le asfixiaba. Cuadró los hombros para resistirse. No quería ser alguien que siempre te decepciona. Alguien en quien no se pudiera confiar para resolver sus mierdas. Y de hecho, no iba a serlo. Ya no.

Finalmente sacó el puñado de hojas, mierda de pájaro y paquetes de galletas cubiertos de barro y lo tiró al suelo. Salió un chorro de agua sucia del canalón torcido. Le empapó las muñecas y las mangas, se coló entre las grietas y tuvo que apartarse para esquivar el torrente. La escalera se tambaleó. Se peleó para estabilizarla. El agua le bajaba por la espalda del abrigo.

Que me toquen. Simplemente que me toquen y me abracen. Alguien que sepa cómo tratar un cuerpo como el mío.

En la cárcel, no podías pensar en el pasado y no podías pensar en el futuro, tenías que estar en el momento. Rothko se había chupado tanto tiempo así, que había llegado al punto en que podía confiar en él. Pero ahí fuera, el tiempo era una amenaza. No paraba quieto. De

algún modo las semanas volaban, y las noches no pasaban nunca, y todo iba adelante y atrás a la vez y para seguir en el momento, toda su vida estaba ahí fuera, gritándole desde las esquinas, y eso le cabreaba.

«Te puedes ir a casa», le había dicho el guardia de prisiones. Así que, por supuesto, había vuelto a Edgecliff; no tenía otro sitio al que ir.

Pero no había nada que le retuviera allí. Salvo quizá la caravana y la gente del solar. Roxanne. Y Fletcher, claro.

Entró en el vestíbulo del hotel y merodeó con lentitud por la colorida recepción. Fijándose en los detalles. El papel de pared de estampado floral, los jarrones altos de cristal llenos de cuentas de colores, las butacas de color mantequilla, los folletos apilados de parques de aventuras y pueblos en miniatura.

¿Comenzar de nuevo en alguna parte donde nadie supiera su nombre o intentar hacer una nueva vida en su ciudad?

Esperó una señal.

Se quedó muy quiete y escuchó la habitación. El zumbido sordo de la electricidad. Su respiración. Las patas de Donovan sobre el linóleo. Luego, una lluvia repentina martilleó el tejado del invernadero. Pero no estaba convencide de que esa fuera la señal que había estado buscando.

Se dirigió por la puerta marcada con el cartel de SOLO PERSONAL a la cocina de atrás. Donovan brincó hasta su rincón favorito de la alfombra, dio un par de vueltas y se tumbó con delicadeza, pegado al armario del calentador de agua. Rothko encendió el hervidor de agua y se calentó las manos con él mientras hervía. «¿Contento?»,

le preguntó a Donovan, que empezó a girar la cabeza sobre la alfombra, rascándose detrás de las orejas, gruñendo de placer.

Era raro pensar que se conocían solo hacía seis meses. Rothko ya sentía que no podría vivir ni un día sin él. Se encontraron el día que Rothko volvió a casa. Donovan había estado viviendo en unos garajes abandonados que daban al solar. Lo observó rascándose la enorme cabeza marrón sobre la alfombra, con la lengua colgando sobre la mandíbula, las rayas plateadas y doradas destellaban alrededor de sus patas traseras, y se acordó del aspecto que tenía por entonces: se le veían las costillas a través del pelaje mugriento, le faltaba un trozo de la oreja. Pero no mucho después del encuentro, el perro viejo y tímido había seguido a Rothko a casa, y no mucho después, se había enroscado y se había dormido con la cabeza en el regazo de Rothko. Rothko sintió una paz que no había sentido hacía media vida. Ser elegide. Que confíen en ti como lugar seguro.

Seis meses. Rascando yeso húmedo. Había impedido que se desintegrara elle. Se suponía que iba a ser un trabajo de pintura y decoración de cinco días, pero luego surgieron todas esas cositas que había que hacer y se encontró con un trabajo remunerado. Estuvo bien mientras duró. Había comido un montón de galletas. No había tenido que hablar con mucha gente.

Se alegraba de que Meryl tuviera un comprador. Esa locura de lugar la estaba llevando a la ruina. Era más que probable que lo derruyeran todo, que construyeran un bloque de pisos. Todo ese trabajo parecía un desperdicio, pero qué sabía Rothko.

Años atrás. ¿Cuántos? Los sentía como doscientos mil. No podía tener más de siete años. Se había pasado aquel verano demoledor

siguiendo a su madre por la tienda de antigüedades arquitectónicas, donde se las había arreglado para conseguir un trabajo reparando sillas viejas.

Elle había sido su sombra con entusiasmo. Compitiendo por una partícula de su atención a prueba de fuego. Horas merodeando por aquel lugar, esperando a que ella terminara su turno. Le había enseñado sin mucho empeño a usar una lija, a mezclar pintura. Al final, le había asignado un trabajo para mantenerle ocupade, arreglando un decrépito balancín con forma de caballito de madera. «Puedes hacerlo si perseveras», le había dicho cada vez que se frustraba. «Puedes hacerlo si perseveras».

No había pensado en aquel caballito en años pero de algún modo, ese día, ahí estaba. Todavía meciéndose.

De todas las lecciones que desearía no haber aprendido de su madre, Meg, Rothko sí le reconocía la del balancín del caballito. Porque perseveró. Y al final había logrado lijar las astillas, y pintar dos ojos monstruosos en el pobre animal y clavar un nuevo patín en sus cascos toscos y pequeños.

Aquel había sido un buen verano. Meg no había intentado suicidarse en casi seis semanas. Y Rothko había aprendido una lección importante. Una tan importante que la había olvidado por completo hasta ese mismo instante, casi treinta años después: cuántas cosas buenas podían hacer con una cosa vieja y destartalada que estaba destinada a la basura, si llegaba a las manos, cuidadosas y pacientes, adecuadas.

Se quedó en la cocina de empleados del antiguo bed & breakfast, contemplando el hervidor mientras el agua rompía a bullir.

Está bien.

Era hora de comprobar si era la persona que quería ser.

Tenía muchos planes. Pero ahí estaba, en la cresta de un cambio que iba a romper con o sin elle, y no sabía si tenía lo que había que tener.

Lavó su taza y abrió el sobre a su nombre que había en la mesa, descubrió que Meryl le había dejado un nota junto con su paga. «R: Siento haberte dejado sin trabajo. Tómatelo como una indemnización. Gracias por todo. Meryl xx».

Rothko sacó el efectivo y contó cuánto había. Más de lo que había esperado. No se acababa. Veinte tras veinte tras veinte. La paga de dos semanas, más mil libras.

Se sentó. Lo contó de nuevo. Y luego una vez más. Lo guardó con cuidado en la cartera. Se metió la cartera en el bolsillo. Luego la volvió a sacar. Comprobó que el dinero seguía ahí. Vio que sí. Se guardó de nuevo la cartera en el bolsillo y se sentó muy quiete en la silla, pensando.

Debía de ser dinero de la venta.

Miró alrededor de la cocina aturdide. Las estanterías que había hecho, y allá donde las telas estaban podridas, las había sacado y cambiado. Había arreglado la fuga del lavavajillas que se colaba entre los tablones. Había levantado el suelo y arreglado esas juntas. Pintó las paredes. Incluso los techos.

Para elle era asombroso que Meryl se hubiera dado cuenta de lo mucho que había hecho. Creía que iba por ahí sin ser viste. Que la gente temía encontrarse con elle del modo en que la gente teme encontrarse con otros.

Sacó el bolígrafo de la espiral del cuaderno que llevaba en el bolsillo superior, le dio la vuelta a la nota de Meryl y escribió detrás

en letra de molde pequeña: RECIBIDO CON MUCHO AGRADECIMIENTO. LA MEJOR DE LA SUERTE EN SUS EMPRENDIMIENTOS. RT. Metió la nota de nuevo en el sobre y lo colocó con cuidado en la mesa, dejando las llaves a la vista encima. Estudió la composición de la naturaleza muerta. Decidió reordenarla. La estudió de nuevo. Sacó de nuevo la nota y escribió una x al final. Colocó las llaves una vez más, un poco a la izquierda. Más centrado. Un poco a la derecha. No. Un poco a la izquierda otra vez. Luego se levantó, sin mucha prisa. Un paso lento tras otro.

«Venga, vámonos», le hizo una seña a Donovan, pero ya estaba de pie, sacudiéndose con vigor. Le siguió, solo se detuvo para echar una mirada a su rincón favorito de la alfombra, acompañando con un gemido un suave bostezo.

Rothko hizo una pausa en la puerta principal. El reloj que había sobre el mostrador hacía tictac. La luz de la fotocopiadora emitía destellos azules. Nada más se movía. Dio dos palmadas a la pared, le habló a la habitación en silencio: «Gracias por invitarme». Y salió al tiempo inclemente, comprobando que la tranquilizadora forma de la cartera seguía en el bolsillo interior.

Había llegado la lluvia. La miró por la puerta abierta. No parecía muy atrayente. Pero decidide, cerró de un portazo a su espalda y se internó en la cortina de lluvia. Estaba empapade antes de llegar a la esquina, donde los últimos seis meses, había girado a la izquierda y caminado de vuelta a la caravana.

Pero ese día era una ocasión, ¿no?

Se detuvo. Miró a ambos lados. La lluvia le golpeaba la frente.

Quería pasear por la calle principal, mirar los escaparates, ver las cosas bonitas que vendían bien iluminadas. Cruzar la puerta de un

pub caldeado. Apoyarse en el reposapiés de metal de una barra de roble antigua. Tenía sed de una pinta de tarde. Se imaginó la sensación de abrirse paso entre la gente, que le saludaran viejos amigos. La cerveza rubia cálida dejando la marca de la espuma en el cristal. Podría tomar una pinta, ¿no?

Una pinta no quería decir…

Le dolía la garganta de las ganas de una cerveza después pensar todo eso.

Otra gente lo conseguía. Quizá ahora estaba bien.

El final de un trabajo importante. El fin de una condena larga. A fin de cuentas eran hitos que merecían ser conmemorados. Un par de pintas sin volver a las malas… a el…

Rothko se escabulló y giró a la derecha, hacia la ciudad.

Era hora de ir y ver qué se había estado perdiendo. Se dirigió al lugar de su creación.

Daba la sensación de que cada día que le había llevado ahí caminaba con él. Se veía con diez años corriendo por ese mismo tramo de playa, en dirección al pub, a buscar a mamá. Fue un pensamiento repentino y lo apartó con un gesto de la mano. *Para, ya. Vamos*. Todo podría haber sido mucho peor. Y con ese pensamiento, toda la gente que había conocido y había pasado cosas peores se le acercó, gesticulando palabras que Rothko no podía oír, y luego se desvaneció. Rothko extendió las manos para atrapar las gotas de lluvia. Se concentró en lo que estaba allí de veras. «Gracias», le dijo a la lluvia mientras rebotaba. Había tanto por lo que estar agradecide.

Algunos días, lo reconocía, una persona simplemente no podía seguir escondiéndose y hoy era uno de esos días para Rothko Taylor.

Rothko.

Pelo oscuro y dientes torcidos. Una sonrisa curva que afinaba los labios y señalaba la barbilla. Hoyuelos de un kilómetro de profundidad. Ojos impresionantes, claros como el barro. Su pelo necesitaba un corte, había crecido más de lo que le gustaba por detrás y por los lados y se rizaba. Se lo había decolorado en verano, le estaba saliendo oscuro y se le pegaba por la lluvia. Sacó una gorra plana del bolsillo y se la deslizó sobre la cabeza. Abdomen ancho, espalda ancha y hombros anchos. Brazos grandes. Fuerte con una fuerza flexible, animal. Muñecas delgadas, nudillos con cicatrices, manos elegantes. Arrugas en las comisuras de los ojos como páginas pasando.

Donovan, su perro y amigo, era igualmente recio. Un chucho gigante de pelaje de color indefinido con una cabeza plana enorme con hombros protuberantes. Patas del tamaño de las de un león. Tenía el pelo grueso y brillante. Nunca había atrapado una ardilla, pero a Rothko le encantaba lo mucho que se esforzaba en intentarlo.

Juntos, recorrían la playa gélida. Una figura solitaria en una llanura desolada, con un perro pegado a sus talones, el abrigo *peacoat* azul marino ondeaba a su espalda. Capucha gris puesta. Plantando cara al mal tiempo. Llegaron al promontorio entre dos rompeolas donde el viento cesaba y disfrutaron de una repentina sensación de estar suspendides. Era como si flotaran. Donovan intentaba morder las olas cuando rompían y se retiraban. Perseguía el viento en diagonales demenciales. Eran felices juntes. Pequeños ladridos entusiastas.

Rothko ha empezado a llamar a Donovan por cualquier nombre que comience por el sonido «Don». Sus favoritos son Doner and

chips, Don Corleone o Donatella Versace, dependiendo de la frivolidad de sus estados de ánimo.

«Venga, vamos, Donny Hathaway. Por aquí».

Estaba bien tener una broma privada con alguien.

La lluvia paró de forma abrupta, como si hubieran dado una señal. Rothko levantó la vista para pillar a Dios en acción. Vio el sol pálido allí arriba, lavándose la cara con las nubes.

El dinero cantaba en su bolsillo.

Con tanto dinero podría contratar un seguro médico. Empezar con la T.

Hundió más los pies en las piedras.

Pensó en Fletcher. Vivía en la caravana de al lado de Rothko, y probablemente era la persona preferida de Rothko. Desde que llegó al solar, Fletcher había sido amable con Rothko. A pesar de que no se conocían desde hacía mucho, desarrollaron una amistad natural. Entre elles sucedía algo fácil. Una correspondencia que no hacía falta explicar para disfrutarla. Fletcher ya había pasado por todo, y por lo que le había contado, podía ser peliagudo al principio, mientras el cuerpo se acostumbraba.

Había estado pensando en un nombre. Sentía que era el primer paso para resolver el resto. Lo notaba ahí arriba sobre su cabeza.

Rothko no era un nombre que había escogido para sí misme. Era un apodo que le cayó a los dos años, a causa de sus sonrojos, que sucedían todo el tiempo. Lo cual provocaba que su madre exclamara, a diario, que se había puesto roje como un Rothko.

Hasta ahora nunca había pensado de veras en las implicaciones de vivir con un nombre que se le había dado por la obviedad de su vergüenza.

Sería bonito gastarlo en alguien.

Simplemente que me toquen y me abracen.

El bloque de apartamentos grises daba al mar gris. Rothko sintió el confort y la amenaza de estar de vuelta en el sitio que le había criado.

Pueste en libertad en abril. Había visto el cielo mirándose a sí mismo, nubes oscuras que se reflejaban en los charcos de la marea baja. Observó la primavera tornarse oro, subide a una escalera con la radio reproduciendo clásicos serenos. Pasó un verano polvoriento lijando los rodapiés en el patio de Meryl, mientras hablaba con las tortugas de piedra. Ahora las noches se estaban volviendo más frías. El otoño flotaba en el aire, y se dio cuenta de que elle había estado esperando en el umbral todo este tiempo.

Parecía el primer día.

DOS

Había bullicio en la calle principal después del solemne paseo marítimo. Todo el mundo parecía alegre. La gente hacía cosas de gente como cruzar la carretera para ir al supermercado, al teléfono diciendo: «Voy a comprar té y cebollas y ¿qué más era?».

Cosas que alguien que no había estado encerrade día y noche en lo que básicamente era un baño con una litera dentro no notaría, pero Rothko no podía dejar de maravillarse, mirando desde debajo de su gorra empapada.

Esa: esterilla de yoga, pelo caro, frunciendo el ceño como si estuviera lista para matar. Ese otro de allí: el cuello subido, carrito de la compra lleno de cartones de leche entera y pan blanco, examinando dos billetes de lotería, justo en medio de por donde todo el mundo intenta pasar. Rothko cruzó los dedos por él, *espero que ganes*. Y más allá: coleta alta, cuerpo grande retenido por ropa ajustada, rascándose una y otra vez una parte del antebrazo. Y dentro de la farmacia, la cola a través del escaparate: chándal gris, contando algo con los dedos rígidos. Bomber negra y gafas de sol puntiagudas comiendo bolitas de chocolate Maltesers. Pantalones de piel de serpiente blancos jugueteando con un piercing en la ceja. Scrolleando en el teléfono. Esperando los medicamentos con receta. Y por todas partes la clase de borracho diurno de costa que hacía que pareciera posible. Incluso romántico. Pareja joven con jerséis de

los años treinta, borrachos, tocándose las mejillas el uno al otro en la ventana del local de fish & chips. Un viejo con cara de gorrión, borracho, intentando ponerse los guantes. Gente cachas con latas, empujando a sus bebés en cochecitos mientras sus pequeños perros ladradores se enredaban con sus correas. De todas formas pronto sería de noche. Y, joder, era sábado.

Rothko pasó a un grupo de adolescentes haciendo una coreografía en el reflejo de las paredes de cristal de un banco cerrado. Rothko no se podía creer lo que veía y se paró, pero nadie más pareció notar nada inusual.

Un chico joven con una gabardina elegante color beige caminaba hacia elle, estaba mirando a Rothko directamente a la cara. Gritándole a elle, asumió Rothko. «En serio, el lío que montó con hacérselo. ¡Yo ni siquiera noto la diferencia! ¡Ya lo sé! Lo único que estoy diciendo es…». Rothko miró a su espalda para ver si el chaval estaba hablando con alguien que estuviera ahí. Pero no había nadie. Pasó de largo. Riendo.

Era como si nadie existiera en un espacio mutuo. Como si todo el mundo estuviera protegido por una membrana de privacidad invisible, excepto Rothko.

¿Qué había pasado?

A los dieciséis, el mundo parecía esculpido a la imagen de Rothko.

Pero ahora había nuevos adolescentes en la ciudad. Haciendo rutinas de baile en superficies reflectantes como si no fuera vergonzoso.

La vida real.

Estaba mirando directamente lo que había anhelado todos esos años.

Pero ¿qué se suponía que debía hacer con ella?

Se sintió mayor. Pero no había llegado a su edad de la misma manera que otra gente. No se la había ganado mediante experiencias o relaciones. Simplemente se había despertado con ella, de repente. Mayor. Y no preparade. Observó a una señora con el pelo canoso tirando a azul, con sus bastones y sus bolsas de la compra abriéndose paso entre la multitud, y pensó *quizá así es como es para todo el mundo*.

Cerveza.

Tres chavales en skate pasaron a su lado. Mullets con degradado, cadenas para las llaves. Debían de tener unos dieciséis años. A Rothko le dio alivio verlos. Le hicieron pensar en el pasado. En Sean y Dionne y las fiestas en los prados y elle volvió a sentir los dieciséis como caer desde una gran altura y empalarse en una reja.

Tenía que llamarle. A Sean. Había sido su mejor amigo antes de que la vida les llevara por direcciones opuestas. Desde entonces habían arreglado las cosas. Sean había ido de visita, de vez en cuando. Les dos habían dicho lo mismo: «Nos pondremos al día cuando las cosas se hayan calmado». Pero el logro en que Sean había convertido su vida —una mujercita adorable, cuatro hijos la última vez que Rothko preguntó— hacía que Rothko mantuviera las distancias. No le gustaban los celos que sentía cuando escuchaba sus novedades.

Justo en ese momento, se cruzó con un par de caras conocidas y apretó la mandíbula en una sonrisa forzada. Kathy y Jon-Boy. Perros y mantas. El pelo enmarañado. Estaban pidiendo dinero para birras con una flauta dulce de la casa de empeño.

Al parecer algunas cosas habían seguido igual.

«Vaya, colega», gritó Kathy, saludando con la mano. «Había oído que habías vuelto. Echaba de menos tu cara. ¡Han pasado siglos!».

«Hola, hola», respondió Rothko.

«Te has puesto fuerte, ¿no?». Ella se rio, pero uno de sus perros empezó a ladrar. Había urgencia y terror en su tono. Jon-Boy apartó al perro, pero el perro tiraba y hacía fuerza. Rothko bajó la vista a Donovan y le habló en voz baja.

«Está bien», lo tranquilizó. «Yo me ocupo». Donovan tenía el lomo erizado, estaba gruñendo y tenía los ojos muy abiertos. «Poco a poco. Buen chico». Rothko tiró de él hasta que los perdieron de vista. Le acariciaba el cuello con firmeza para calmarlo.

Oyó que Kathy gritaba algo a su espalda pero no lo entendió. Siguieron caminando, pero la calle comenzó a agobiarle. «Donny, espera aquí», le dijo y entró en un supermercado. Donovan se tumbó a esperar. Le miraba desde sus párpados caídos. Vigilaba la entrada. Tranquilo como una estatua.

Rothko recorrió los pasillos. Cogió unas cuantas cosas y fue a la cola, pero cuando llegó a la salida, se dio cuenta de que tenía que pagar en una de esas cajas nuevas. Se quedó mirándola un buen rato. Lo bastante largo como para que una persona que trabajaba allí se le acercara. Era amigable, de unos cincuenta años, del tipo que ya lo ha visto todo. «Todo bien, ¿cariño?», le preguntó.

«No soy yo, ha sido Terminator 2 quien ha empezado». Se rio hasta que la mujer le dejó con la máquina, y en ese momento se acercó un poco más a la pantalla y leyó de nuevo las instrucciones. «Por favor, escanee su primer artículo». Se estaba formando cola a su espalda. Rothko notaba el latido de su corazón en los oídos. Se bloqueó. ¿Escanear dónde? ¿Cómo?

Al final un hombre del principio de la cola dijo: «Venga, tío». Rothko miró al hombre y luego otra vez la pantalla. La toqueteó al azar con torpeza.

«No puedo», dijo en voz alta, pero no al hombre. En realidad, no se lo decía a nadie.

«¿Necesitas ayuda, cariño?». La señora de la tienda regresó.

Rothko miraba las palabras, pero no entendía qué le decían que hiciera. La gente de la cola se empezó a cambiar las cestas de una mano a la otra. «No. Está bien. He cambiado de idea». Dejó las cosas que había entrado a buscar al lado de la caja y salió apresurade. La cara al rojo vivo.

«Vamos». Cogió la correa de Donovan y se perdieron en la masa de compradores. Donovan estaba alerta por la incomodidad de Rothko. «Ni siquiera sé qué son esas cosas», le reconoció cuando estaban a una distancia segura y el corazón dejó de latirle a toda velocidad.

Un autobús se detuvo en la parada que tenían delante. Rothko miró las ventanillas y vio a un hombre de rostro ceniciento, pelo escaso y blanco peinando hacia atrás, hasta el cuello de la camisa, bien afeitado, con marcas en la piel y dos botones de la camisa abiertos. Bufanda de cuadros anudada al cuello y metida por dentro de la camisa. Tenía el mismo aspecto que él. Era igual que el hombre de esa noche.

Rothko parpadeó, pero el hombre seguía allí. Sus ojos se encontraron y quedaron mirándose demasiado rato. No era él. Él estaba muerto. El hombre del autobús miró mal a Rothko y gesticuló: «¿Qué?».

Sintió que se le enrarecía la respiración.

Se alejó de la parada de autobús, terminó pegade al escaparate de una tienda de animales, esperando a que pasara. Donovan olisqueó en dirección a la entrada: orejas de cabra deshidratadas y pis de hámster. La cabeza de Rothko era un motor. Se concentró en las peceras del escaparate. Pensó en los peces dorados.

Si los peces dorados se mantienen en peceras pequeñas, solo crecen unos centímetros. Pero si esos mismos peces viven en libertad en estanques, o lagos, o incluso en el mar, pueden crecer hasta hacerse gigantes. Cuando mayor es el entorno, más pueden crecer. ¿Quién le ha contado esto? ¿Era cierta esa información? Seguramente alguna de las chicas de su galería. A Rothko le sorprendieron las peceras vacías, apiladas como un bloque de pisos.

Se concentró en su respiración. La frente apoyada en el cristal sucio. Miraba el cristal en lugar de a través de él. Regresó a la calle. Siguió andando. Donovan tiró de nuevo hacia la tienda de mascotas, pero Rothko tiró con más fuerza de la necesaria de la correa que llevaba al cuello. *Por aquí*. Donovan suspiró y fue al trote con la nariz pegada al suelo.

¿Por qué no podía disfrutar de una pinta después del trabajo como una puta persona normal?

Donovan levantó la cabeza y la pegó a la pierna de Rothko y Rothko se sintió reconfortade.

Quizá no estaba preparade todavía.

Se tambaleaba calle principal abajo, mirando las tiendas. Pensando, *quince años*. La gente de fuera lo daba todo por sentado. Cajas automáticas. Tazas reutilizables. Rothko no había aprendido esas cosas. Había aprendido mucho dentro, pero eso no. Nada de facturas del gas. Impuesto de circulación. Seguridad Social.

Pavimentos de exterior. Ligar online. Comida con la familia política. Pinzas de barbacoa. Pastillas de lavavajillas. Objetivos de fitness. Calendarios digitales compartidos.

De todos modos, esa vida le volvía loque.

¿Por qué añadir presión con sueños grandilocuentes de empezar de nuevo? Podía seguir como estaba. Trabajando en negro y con la caravana aparcada. Sin rendir cuentas a nadie excepto al viento y a la lluvia.

Bueno, tal vez al tabaco. Tal vez al café y la comida basura.

Tal vez a la rabia. Tal vez al insomnio. Tal vez al mal humor.

Tal vez a las voces y las alucinaciones. Tal vez a los bajones de una semana.

Tal vez al cuerpo.

Disciplina. Eso era lo único que necesitaba. Una rutina más estricta.

Ansiaba estar sane, pero podía darse un descanso, joder. Calmó su cerebro acelerando su cuerpo, girando sobre los dedos de los pies al caminar, un poco más rápido. A fin de cuentas se suponía que estaba de celebración.

Abandonó la calle principal, tomó una carretera estrecha que serpenteaba colina arriba, el viento ululaba en las ventanas más altas, atravesó las puertas de un bar de esquina de toda la vida, que todavía se llamaba The Shipwright's Rest, y notó el alivio inmediato de alejarse de la gente y el viento y la última hora de la tarde de un sábado en la calle principal. Respiraciones lentas y tranquilas a medida que el ruido se calmaba en sus oídos. Estar disperse le aturdía.

Un camarero pálido que llevaba un chaleco de cuero encima de una camiseta de Morrisey, cadenas de plata y una cara de preocupación profunda se despertó de su estupor cuando Rothko cruzó la puerta.

«¿Sí, señor?», preguntó. Rothko señaló uno de los tiradores de cerveza, indicando una amarga. El camarero empezó a tironear del tirador como si estuviera ordeñando el barril. Rothko se mantuvo tan erguide en su cuerpo como pudo y dejó un billete de diez en la alfombrilla de la barra, se sonrojó tras el inevitable «Disculpe. Señora» incómodo que siguió después.

Rothko borró la sonrisa como respuesta. Levantó las cejas.

Se llevó la pinta a una mesa en la esquina. Se quitó el abrigo y la gorra mojados y se sentó con la espalda apoyada en el radiador, pero estaba frío.

Así que eso era. Su primera visita a un pub.

No acababa de ser la atmósfera dorada con la que había soñado.

La sala tenía el aire desierto y de tiempo de descuento de la sala de espera de una estación.

En la mesa al lado de la de Rothko había una mujer sola. Llevaba placas en los bolsillos superiores. Era alguna clase de uniforme. Tenía enrolladas las mangas de la camisa de trabajo, pantalones de poliéster negros ajustados. Calzado de cuero sin cordones negro gastado. Sin tacones para recorrer pasillos largos. Un rostro duro, sereno.

Cabello cano blanco, recogido en un moño. Sin brillo. Seco como las astillas. Del color de una cebolla. Tenía ojos de crédula, con bolsas debajo. Una boca suave.

Angel Douglas.

Era alta y se atormentaba. Estaba sentada en la silla como si ella misma fuera las ramas que sobresalían de su copa. Encorvada, con las piernas cruzadas a la altura de la rodilla. Doblada por la mitad.

Le comenzó a sonar el teléfono. Lo miró, lo puso boca abajo en la mesa y volvió a su copa.

Ya nada podía molestarla.

Había entrado para tener un minuto para ella y tomar un par de ginebras para templar su cabeza.

No podía afrontar otro de esos breves silencios amargos de su novia.

Cada vez que hablaban en esa época Angel sentía tanta presión en la cabeza que le parecía que le iban a estallar los tímpanos.

No siempre había sido así. Pero no se acordaba de cuándo empezaron a ir mal las cosas. Ruby simplemente estaba en su vida. Un día no estaba. Al siguiente sí. Y Angel llevaba inventando excusas desde entonces.

Angel nunca. Nunca había conocido del todo el amor. Nunca lo había conocido. Pero quizá sí, y eso era todo, con Ruby. Bebió otro sorbo. Si eso era todo, Angel no entendía que hubiera tanto lío con el tema.

Había sido un día de mierda. Un puto día horrible. Y esa noche, tenían planes. Llevar a Ruby al cine. Había comprado las entradas para los asientos especiales que estaban unidos como un sofá. Formaba parte del nuevo régimen. Dos veces al mes, salir a tomar algo o hacer algo. Aunque solo fuera dar una vuelta juntas. No hablar de trabajo. No hablar de ventanas fértiles o fases de la

ovulación o del coeficiente intelectual de un potencial donante. O del bebé.

Nada más estar juntas.

Pero ¿para qué era la compañía de Angel si no para escuchar a Ruby hablar de esas cosas?

Y entonces ese día, uno de los niños del correccional había apuñalado a otro niño en el estómago con un cuchillo casero. Y Angel estaba exhausta. La sangre por todo el suelo. La trivialidad de la discusión que había dado pie a eso. El puto drama de toda la puta situación. Moverse, libre, después de un turno como ese, sentarse en un pub y exprimir una rodaja de lima en un gin-tonic, mientras ellos estaban encerrados, peleándose entre ellos porque qué otra puta cosa se suponía que podían hacer. No les culpaba. No podía compartir esa opinión con nadie. Nadie más en el trabajo lo veía como ella. Todos los demás pensaban que los niños eran unos mierdas violentos, subhumanos, y que una unidad de seguridad era el mejor sitio para ellos. Todos los otros, como Mitchell y Linda y Glen y Trish, terminaban sus turnos y eso era todo. Se iban a casa y seguían con sus vidas. Así que ¿por qué le costaba tanto a Angel desconectar? La forma en que los demás hablaban de los niños le revolvía el estómago. Y pensar en *estómago* le trajo de nuevo la imagen del niño apuñalado. Y de la herida bajo su camiseta, como un ojo abierto.

Angel se estremeció en su silla de madera. Tenía que sacudírselo de encima antes de llegar a casa, de lo contrario Ruby no la dejaría en paz.

No sabía cómo lo hacían otras parejas.

A veces sentía tal claustrofobia en casa, que se descubría parada en la calle antes de cruzar la puerta imaginando una versión de su vida en la que no tenía que cruzarla.

Hacía siglos que el trabajo era estresante. Había demasiados niños y faltaba personal, y la estaba apartando de Ruby.

Todavía veía a su madre llegando a casa del trabajo, exprimida y exhausta; todavía se recordaba prometiéndose que, hiciera lo que hiciera, nunca acabaría así.

Su cuerpo ya se habría descompuesto a estas alturas. ¿Cuánto tardaba? Hasta pudrirse del todo. Hasta que quedaran los huesos. ¿Y cuánto queda de una persona en los huesos?

Angel todavía la veía a veces en sueños. Descompuesta. Con la carne cayéndosele. Se había informado online y al parecer era normal ver cosas así.

Ella había querido que sentara la cabeza.

El gin-tonic es transparente y agradable como el cristal o el viento o algo tan claro como el aire.

En cambio todo el tema de los bebés. Los tratamientos y las citas. Había asustado el presente de Angel. La estaba absorbiendo de vuelta al pasado.

Solo quería acostarse en la hierba blanda y cerrar los ojos y sentirse cerca de otro ser humano sin que tuviera que ser para algo.

Se sentía sola.

Ruby siempre le decía que debía abrirse si quería hacer nuevos amigos. Pero a ella nunca se le había dado bien hacer amigos. Y se había vuelto más difícil al hacerse mayor.

Todos sus amigos eran los amigos de Ruby.

Habían ido al instituto todos juntos. Habían ido a los cumpleaños y a las bodas los unos de los otros. Todos eran heteros y blancos y moderadamente acomodados. Pero Angel no tenía amigos del instituto. Ella había odiado el instituto. Y odiaba encontrarse con la gente con la que había tenido que relacionarse en el instituto para estar a salvo. Aunque tampoco se encontraba con ellos nunca. Ahora llevaba una clase de vida distinta.

¿Por qué la estaba llamando Ruby?

Estaría yendo a casa desde el gimnasio. Entraría sin levantar la vista del teléfono. La estaría llamando solo para contarle a Angel lo que estaba viendo. O para preguntarle a Angel qué había comido ese día.

Tal vez no tengo que volver.

¿Y esa vez que Ruby había invitado a unos amigos a casa? Angel no tenía ganas de ver a nadie, así que les había hecho la cena, porque eso significaba que se podía esconder en la cocina, y había preparado esa lasaña rara y las placas de pasta habían quedado crudas porque no había querido usar mucha salsa a causa de su tripa y todos habían sonreído y habían dicho «Mmm, delicioso» y ella se había odiado a sí misma.

Vergüenza.

Vergüenza como el olor de colada húmeda, que se adhería a su ropa.

Esa vez que se enfadó porque quería tomar una cerveza en el paseo marítimo como todo el mundo pero los bares eran demasiado caros y no encontró el adecuado e hizo que fueran a tres sitios diferentes, porque ninguno era exactamente lo que quería, y Ruby dijo «De todas formas siempre estás deprimida, vámonos a casa» y

Angel dijo «Vale, está bien», pero ella quería tomarse una cerveza al lado del agua como todo el mundo, «Haz algo agradable solo por mí, algo agradable que quiero para variar». Y tal vez fue culpa de Angel que las cosas salieran como habían salido, porque Ruby tenía razón, era una niña. «Lo que tú quieres es una madre». Se lo decía todo el tiempo. «Tú quieres una madre, no una novia». Porque Ruby era mayor y la madre de Angel estaba muerta. Llevaba muerta mucho tiempo.

Y ahora tenían un donante asignado.

No le podía decir a Ruby que no quería que una persona creciera y descubriera que era igual a ella.

Vergüenza.

Vergüenza como la arena húmeda y la ropa mojada.

Vergüenza como la arena de la playa esa noche en la arena húmeda con Trish.

Llegar a casa y meter la ropa en la lavadora.

Trish del trabajo, en la playa después de tomar algo por el cumpleaños de Mitchell estaban fumando fuera en la oscuridad. «Para».

En realidad no era mentir. Ruby nunca preguntó. Así que Angel nunca se lo contó.

Ruby la estaba llamando de nuevo. Angel lo silenció y abrió los mensajes.

«Sigo en el trabajo. No puedo responder. Olvidé que Mitch pillaba el finde. Estaré aquí toda la noche». Emoji bostezo. Emoji mareado. «Lo siento x la peli». Corazón rojo. Corazón amarillo. Corazón rojo. «Hasta mñn».

Es bueno este gin-tonic. Como limpio. Sabe a limpio.

Abrió el chat con Trish.

«Te deseo».

Angel observó la pantalla, vio que el mensaje había sido leído.

«¿Puedes venir?».

Estaba delicadamente pendiente de los punto punto punto que le decían que Trish estaba tecleando su respuesta.

«Normalmente, sí. Encima de ti». Emoji de gota. Emoji de lengua. «¿Dónde nos vemos?».

El gin-tonic era tan limpio y brillante y afilado como un espejo cuando Angel sonrió por primera vez ese día. Era como un espejo pulido, tan bonito cuando lo miras.

Vamos allá. Podría. Tomar otro.

TRES

En su mesa en la esquina, Rothko miraba su pinta pero no la levantaba. El camarero le llevó un bol de agua a Donovan, se lo colocó entre las patas y le dio palmaditas en la cabeza, sonriendo a Rothko.

«¿Es chica o chico?». Rothko notó una mirada en los ojos del camarero mientras esperaba la respuesta.

«Es un chico. Pero tiene sus momentos», se oyó diciendo. No sabía con seguridad qué quería decir con eso.

«Es adorable». El camarero dio un suspiro de aprobación al alejarse.

Desesperade por mear, Rothko miró hacia los baños y vio las dos entradas, una a cada lado de una mesa de un grupo solo de hombres, que estaban bebiendo con dedicación y que parecía que llevaban un rato en ello.

Damas. Y caballeros.

Términos terroríficos.

En la cárcel no había nada de eso.

Rothko no quería problemas.

Se sentó con más ahínco en la silla y trató de olvidarse de mear mientras los hombres continuaban con su charla, pasando el tiempo intercambiándose comentarios crueles los unos sobre los otros que revelaban lo mucho que se querían. Hasta que Rothko llegó al punto

en que no podía aguantarse más. Se levantó, bajó la cabeza y cruzó la puerta del baño de mujeres. No había nadie, gracias a Dios. Se apresuró a hacer pis con miedo y después se quedó en silencio tras la puerta cerrada, aguzando el oído.

Contente de que fuera seguro salir, se lavó las manos surfeando una oleada de terror. Demasiado despacio. Una mujer entró, vio a Rothko en los lavabos, arrugó la frente, volvió a salir para comprobar el dibujo de la puerta. Entró de nuevo, todavía con la frente arrugada como si necesitara un testigo de su confusión. Rothko intentó dulcificar su lenguaje corporal, pero no pareció ayudar. La mujer siguió mirándole, inexpresiva como un lápiz sin punta. «Es el de mujeres».

Entró su amiga, les vio mirándose y dijo: «¿Qué ha pasado?».

«¡Mira!». Habló alto, señaló a Rothko. «No sé qué es, pero no es una mujer y no debería estar aquí».

Rothko no quería una pelea. Sintió que el pulso le oscurecía la vista.

La amiga de la mujer se apartó mientras Rothko arrastraba los pies en dirección a la seguridad de su mesa, pero cuando llegó, se encontró a un hombre bajito y fuerte con un jersey grueso. Miraba a Donovan.

Rothko lo examinó, con desconfianza.

«Un perro adorable». Desplegó una sonrisa serena. «¿No es precioso? ¿Cuántos años tiene?».

Rothko sabía cómo mantener esa conversación y se entregó relajade. «Creo que tiene diez, o menos. Quizá más».

«Está bien para diez, ¿no?». El hombre admiró a Donovan. «¿Te importa si lo saludo?».

«Adelante, colega, es amigable». El hombre se acuclilló, haciendo arrullos y chistando mientras revolvía las enormes orejas del perro. Donny apoyó pesadamente la cabeza en el hombre y el hombre se quedó encantado. Levantó la vista hasta Rothko y pareció reconocerle.

«¿No eres la chica de Meg Taylor?», preguntó. Rothko sintió el tirón del nombre de su madre. «¿Rothko? Me acuerdo de ti». Se puso en pie en el mismo lugar que había estado de cuclillas con Donovan y se apoyó contra la pared que había frente a Rothko, con la cara desbordando whisky y sentimiento. «¡No te he visto en… años!». Extendió la mano para indicar la altura que debía de tener Rothko, y se echó a reír al ver lo grande que se había vuelto Rothko. «Errol», le recordó. «Soy yo, Errol, debes de acordarte de mí, ¿no? En aquellos tiempos, solía quedarme en el piso de arriba de The Whale con tu madre».

Errol tenía algo de collie viejo. Los ojos brillantes que se abrían camino en una cara llena de arrugas. El balanceo sobre los metatarsos de los pies. Miraba a Rothko como si fuera el cuadro perdido de un maestro.

Rothko desplegó una sonrisa agridulce. «Por supuesto que me acuerdo de ti. Por supuesto que sí». Vio un fogonazo de sí misme, asustade al ver el cambio en la cara de ella. Esperando en su habitación a que ella subiera del pub en el piso de abajo. Hojeando sus discos, dando vueltas en la silla con ruedas que tanto le gustaba. Mirando por la venta el callejón de los cubos de basura, a la gente poniéndose. Tratando de averiguar qué era exactamente lo que los hacía actuar así. Y después, en los días malos, medio consciente en una habitación abarrotada de soledad, refugiándose

en la sensación de seguridad que emanaba de ese hombre. Incluso desmayade de espaldas a él, Rothko notaba que él seguía vigilando.

«Siempre me gustaste». Errol se cruzó de brazos y se apoyó más en la pared. «Eras una pequeña descarada». Se mesó la barba rala. «Tienes buen aspecto».

Rothko sonrió y asintió y sonrió y asintió y esperó que todo acabara. Su cuerpo todavía se estaba reponiendo después de las palabras de la mujer del baño.

«¿Entonces has vuelto?». Errol estaba deseoso de conectar.

Elle alargó la mano para coger su cerveza. «Sí, he vuelto». Le dio un par de vueltas sobre la mesa pero no la levantó. Errol captó el mensaje y se apartó de la pared.

«Bien. Bienvenida a casa». Y se distrajo admirando de nuevo a Donovan. «Se porta bien, ¿no?».

Rothko miró a su perro, agradecide. «Sí, se porta bien. Gracias». Donovan le contuvo con su presencia apaciguadora. Errol se agachó de nuevo y le dio una buena palmada de adiós antes de volver a la barra.

Rothko observó su pinta mientras la pinta le observaba.

Había sido una mala idea.

Debería haber sabido que no estaba preparade. Debería haberse atenido a la rutina y haber vuelto a la caravana. Había sido una idiotez ir allí. Todo el mundo le miraba. Deseó no haber puesto una x en la nota de respuesta a Meryl.

Donovan dormía con las orejas atentas al cuerpo de Rothko. Consciente de la decisión de marcharse antes que Rothko, empezó a estirarse. Rothko vio a Donovan estirándose y se puso la chaqueta como si se marcharan solo porque quería irse. La pinta estaba sobre

la mesa, intacta. Testigo de que Taylor había estado en el pub y no había bebido nada.

Se detuvo en la puerta a saludar a Errol. «¿Todavía la ves por ahí, a mi madre?».

«De vez en cuando».

Rothko no quería pensar en ella. Pero allí estaba, riéndose a su estilo áspero, revolviendo en el paquete del tabaco de liar, tirando sus cosas al suelo.

«Bueno, la próxima vez, ¿le dirás que he vuelto a casa?».

Errol asintió, solemne. Lo aceptó como una tarea. «Lo haré, colega».

Rothko levantó la mano para decir adiós, pero el pánico le entorpeció y se quedó atrapade en las puertas batientes al empujarlas y salió a la calle con la cara roja.

Chocó con el cuerpo de Donovan y tropezó. «Joder». Era inútil. «Idiota de mierda».

El pasado estaba en todas partes.

Meg y el pasado.

CUATRO

Meg Taylor despertó. Le picaba todo. Estaba en una habitación estrecha con una cortina de plástico al final. Todo era blanco. Excepto el suelo. El suelo era gris. Un lavabo bajo sobresalía de la pared del extremo más alejado. A su lado, un pila de cuñas de cartón en un estante blanco. Parecían sombreros de cowboy. Enormes máquinas terroríficas con ruedas reposaban en una esquina, como porteros.

Meg puto odiaba los hospitales.

El latido de su corazón en los oídos. Se concentró en él. Admiración total por la mecánica de todo el tema.

«Al final no es tan inútil». Sus palabras se confundieron unas con otras al sonar en la habitación.

«¿Qué has dicho, mamá?». Volvió la cabeza hacia la voz. Era una mujer. Estaba sentada al lado de la cama, en una silla de plástico, mirando su teléfono. «¿Qué estabas diciendo? ¿Necesitas algo?».

¿Por qué le hablaba así?

La mujer estiró el brazo pero se detuvo antes de tocarla; en su lugar se agarró al borde de la cama, mirando con dulzura a su madre. «Estás en el hospital».

Era como si le estuviera hablando a una mascota desobediente.

Meg intentó decirle a la mujer que no era estúpida, a pesar de que sabía que lo era, pero las palabras salieron sin definición. La mujer

se esforzaba por oírla.

«Está bien». La estaba haciendo callar.

Meg luchó contra el peso que presionaba sus pensamientos, que hacía su habla pantanosa. «¿Dónde está Michael?».

Sarai Shepherd hundió la cabeza en las manos un breve instante. Suspiró y volvió a levantar la vista. Michael fue el hermano mellizo de su madre, pero había muerto antes de que Sarai naciera. Lo cual había sucedido hacía casi cuatro décadas. Observó la cara torcida de su madre, escaneando recuerdos, buscando el presente. Él no tenía más de veinte años. Tenían su retrato en un marco en la pared del salón. Parecía triste en su uniforme.

Meg llevaba un tiempo mezclando épocas; los eventos vitales ya no eran lineales, sino simultáneos. Era como si una vez que algo sucedía, sucediera para siempre, existiendo con y sobre y en paralelo a todo lo demás que había sucedido. Iba adelante y atrás a la vez. Algunos días, Sarai veía una especie de misticismo en ello; otros, le parecía triste sin esfuerzo alguno.

«Michael lleva muerto mucho tiempo. Soy yo, Sarai. Has sufrido una caída. Y estás en el hospital».

Meg estaba parpadeando. Apretaba los labios hacia dentro. Enza odia cuando lo hace. Él siempre dice que la hace parecer un chimpancé. «Chimpan-ze-ze-top». Así la llama. A causa de los pelos en la barbilla. Ella tiene más barba que él. Es gracioso. Le gusta cuando él se ríe.

Pero tenía razón esa mujer. Por supuesto. Michael estaba muerto. Vio los detalles a fogonazos. Los hombros uniformados que lo cargaron. Los abanderados de su regimiento. Una hermosa bandera echada encima. El toque de clarín «The Last Post» y las palabras

valientes. Su padre estrechando manos. Nadie dijo la palabra «suicidio». Nadie la dijo siquiera.

Tenía que volver a la casa. Ezra estaría enfadado. Ella solo quería hacer bien las cosas. Pero había tanto que recordar. Lo que a él le gustaba comer y lo que no. Lo que le gustaba ver y lo que no, y cuándo. Las palabras que no le gustaba oírle usar. La hora a la que quería despertarse, la hora a la que quería su periódico, su café, su huevo. Cuándo llevarle el teléfono si sonaba y cuándo decirle a la gente que llamaba que no estaba allí. Cuándo salir de casa y cuándo estar. Si las cosas salían como él quería, era fruto de su propio trabajo y de su propia planificación, pero si no salían bien, era ella que le hacía estar mal. Había tanto que tener en la cabeza.

Sé lo que eres, oyó en su cabeza.

¿Era Sarai? Por supuesto que sí.

A veces se le escapaban las cosas, eso era todo.

No sé por qué lo aguanto, insistió la voz.

«Has sufrido una caída, mamá».

«Lo sé», saltó ella. «Estoy bien».

Sarai le sonrió y volvió a su teléfono. A leer titulares por encima. Celebridades con vestidos, trucos para perder peso y el apocalipsis.

Meg la miró un poco preocupada. Su hija mayor.

Parecía tan glamurosa. Tan pulcra. Pintalabios puesto. Rímel puesto. Cuarenta años atrás había sido del tamaño de una uva, crecía en la tripa de Meg. Y luego llegó y Meg estaba tan triste que no podía ni tenerla en brazos. Estaba demasiado cansada. Demasiado asustada. Ezra diciendo «¿Qué clase de mujer no sabe cómo cargar a un bebé?». Pero ¿y si le hacía daño? Y ella no paraba de llorar. Todo el tiempo lloraba haciendo ese sonido terrible que

significaba qué clase de mujer era. Pero mírala ahora. Ese pelo precioso, las puntas perfectas y con movimiento. A Meg le parecía tan guapa. Tenía el mismo aspecto de la madre de Meg.

Observándola sentada en la silla al lado de su cama, Meg se fijó en la manera en que la luz parecía reflejarse en sus pestañas y Meg pensó que era un milagro.

Cuando Sarai notó la mirada de su madre sobre ella, dejó el teléfono. Meg la admiró. Su hermosa complexión ancha. Sus enormes ojos profundos. Tenía un aspecto tan serio. Nada de tonterías con Sarai. Rasgos marcados. Llevaba unos pantalones baggy a la moda de un material sedoso que parecía tela de paracaídas, y una camisa muy bonita de aspecto suave. Color gris claro. Todo de diseñador, Meg no tenía ninguna duda. Zapatillas de deporte de diseñador también. Tobillera de plata. Prendas tan impecables. A Meg todo le parecía tan bonito y tan suave.

«Necesitas más cuidados de los que estás recibiendo». Su postura se hundió, y Meg se percató de que bajo su ropa bonita y su pelo perfecto, Sarai no lo estaba llevando bien. «Y tenemos que hablar de que vayas a vivir a algún sitio con más atención médica. Eso significa dejar el piso. Ir a algún lugar donde te puedan cuidar».

Meg entrecerró los ojos. La belleza desapareció de la imagen que tenía ante ella. «No necesito que me cuiden. No me voy a ir». Estaba casi gritando, había miedo en su voz. «No te lo permitiré. No quiero que me encierres en uno de esos sitios».

«Nadie te va a encerrar en ninguna parte. Simplemente tenemos que hablar».

Meg la señaló, la apuntó con un dedo torcido. «¡Yo nunca te haría algo así!». Lo había gritado. «Daría la vida antes de permitir…» y se

estaba retorciendo en la cama para incorporarse y poder fulminar mejor con la mirada a Sarai, pero entonces su ceño fruncido se desmoronó y debajo del miedo Sarai vio que aparecía una tristeza antigua. «No me las quitéis».

Sarai estaba cansada. Su voz sonaba cansada. «Mamá». Lo dijo con suavidad.

La rabia abandonó a Meg y alargó la mano con la que señalaba para acariciar toscamente la rodilla de su hija. «¿No me podrías enseñar el vídeo otra vez?». A Sarai le tembló el corazón en el pecho. Las subidas y bajadas la tenían totalmente agotada.

Encontró el vídeo y las dos se acercaron para verlo de nuevo. La pequeña de Sarai, Hayley, avanzando a zancadas hasta el centro del salón de actos del colegio. «Mira su carita. Tan orgullosa, ¡y su voz! ¿No te parece buena?». Sarai se secó las lágrimas mientras veían a Hayley inspirar y anunciar recalcando cada sílaba: «Bienvenidos a nuestro espectáculo».

Meg cogió la mano de Sarai mientras Sarai sostenía el teléfono y cuando terminó el vídeo, quiso verlo de nuevo. Parecía más menuda y más sumisa y más amorosa que nunca. Cuando estaban reproduciendo el vídeo por tercera vez, agarró la mano de Sarai con más fuerza y susurró: «No me echéis».

«No lo haré, mamá». Sarai recuperó la compostura. Volvió a su teléfono, clicó algo y leyó durante un rato, se alisaba el pelo sacudiéndolo. Meg contempló sus manos. La recordó con cinco meses, era increíble pensar que fuera la misma persona.

Lo era, ¿no? ¿Era la misma persona?

«A saber qué saldrá de todo esto». Sarai leyó por encima el artículo, desesperándose por el mundo a suspiros.

Fuera de la habitación la gente se lamentaba y tosía y eso hizo estremecerse a Meg.

«No veo la hora de volver a casa», dijo Meg. «¿Cuándo puedo irme a casa?».

«Todavía no puedes volver a casa, mamá».

«¿Por qué no?». Miró a Sarai con una desconfianza repentina. Fruncía el ceño tanto que su cara se redujo al tamaño de un puño.

«Has sufrido una caída». Sarai estaba tan cansada. «Creyeron que podría haber una contusión cerebral, pero no es así. Así que son buenas noticias». Meg miró con desprecio a Sarai y apartó la vista, desdeñosa de ideas grandilocuentes como «buenas noticias».

Cogió un pañuelo de papel y tosió dentro. «¿Dónde está Rothko?». Sarai observó a Meg arrugar y planchar el pañuelo hecho una bola. «Quiero ver a Rothko. Odio estos sitios». Meg miró a su alrededor. «Nadie es agradable conmigo en estos sitios». Su voz se volvió aguda y rencorosa. Sarai sintió que se estaba asfixiando. «Rothko es agradable conmigo. No como tú. Tú te pareces demasiado a tu padre».

Sarai se puso de pie. Besó a Meg en cada una de sus delgadas mejillas. Recolocó la tarjeta que le había llevado en la mesita al lado de la cama. La habían hecho los niños. Era un colorido dibujo de muñecos de palo al sol.

«No te estás yendo, ¿verdad?».

«Ahora tengo que irme». Sarai recogió sus cosas, se detuvo antes de cruzar la cortina que separaba a Meg del resto de la planta y le dedicó a su madre una sonrisa fría. Tenía las cejas fruncidas, la piel amoratada y fina. Había parado la caída con la mano y le habían

vendado la muñeca. «No metas mano a los médicos, ¿de acuerdo? Volveré mañana». Sarai echó la cortina tras salir.

Meg se quedó mirando a media distancia. Pasaron los minutos.

«Te quiero», le dijo a Sarai, pero ella ya se había ido.

Sarai se detuvo fuera del hospital y apoyó la cabeza en la pared. Notó la textura de los ladrillos contra el cráneo e hizo una exhalación tan larga como fue capaz.

Había oscurecido y la noche era lechosa, la bruma se extendía sobre las olas.

Cuando pensaba en su madre, sentía una ternura colosal, la arrastraba como el puto mar. Y sentía que la entendía, y quería que ella supiera lo mucho que la quería. Pero después la veía y siempre sucedía lo mismo; siempre se quedaba con la sensación de que era a la vez demasiado pequeña y demasiado grande para sí misma y que estaba atrapada en una personalidad que no reconocía como la suya. Reducida a un mero accesorio, para cualquiera de las versiones de Meg que estuviera presente en ese momento.

La idea de su madre era una cosa. Pero nunca aguantaba.

No se podía quitar la imagen de ella sentada allí tan débil y delgada. Su muñequita de gorrión vendada y sus ojos tristes, brillando de miedo. Eso destrozaba a Sarai. Destrozaba cada hueso de su cuerpo hasta que sentía que su caja torácica era una montaña de escombros sobre sus pulmones.

Miró la carretera. Los haces de luz de los faros atravesaban la lluvia cuando los coches pasaban a toda velocidad.

Años atrás. Rothko y ella en el asiento trasero, mamá y papá delante y ella le gritaba mientras él conducía. Volvían de una fiesta. La boda de alguien.

Ezra intentaba aplacarla. «Me lo pidió ella, y de todas formas tú no querías… ¿qué tiene de malo? Me gusta bailar».

«Ya me he dado cuenta de que te gusta, sí», le dijo ella con desprecio.

«¡Debe de tener ochenta años! ¡Meg! No puedes estar hablando en serio. ¡Es lo que la gente hace en las bodas!».

«Se tiró encima de ti».

Meg conducía muy rápido, y Sarai miraba las luces de los coches que apuntaban en dirección a ellos desde el otro lado de la carretera. Se obligaba a seguir mirándolas incluso cuando la cegaban.

«Flirteando con ella de ese modo. Ha sido vergonzoso. Ha pensado que era su día de suerte. Toda la noche. Qué desagradable. ¿Qué crees que dirá la gente? ¿Sobre mí?».

«¡Nadie va a decir nada!».

Meg siguió acelerando más y más.

«Ve más despacio», le pidió Ezra. Pero ella no lo hizo.

«¿Por qué sigues haciéndome esto?». Estaba gritando. «¿Qué problema tienes? ¿Por qué te comportas así?». Y Sarai se dio cuenta de que su padre empezaba a estar asustado. «Quieres humillarme, ¿no?».

«No», dijo él en voz baja.

«Mírame». Meg apartó la vista de la carretera para mirar a Ezra, y el coche aceleraba más y Ezra no la miraba. Ezra apartaba la mirada. «¡Mírame!». Le gritó. «¿Es esto lo que quieres?».

«Ve más despacio», le pidió él de nuevo. Pero ella no lo hizo. «Lo siento. Tendría que haber pensado en ti. No lo pensé». Sarai observó a Ezra volverse hacia Meg y alargar la mano hacia su brazo. «Por favor, lo siento. Tienes razón. ¿Puedes parar el coche?».

Y entonces Meg pisó el freno y sacó el coche de la carretera al arcén de grava que emergía de la noche y la repentina sacudida que se produjo fue terrorífica y todos salieron despedidos. El motor se apagó. Ezra gimoteaba: «No puedo soportarlo. No puedo soportarlo más».

Y Meg miraba a la carretera. «¿Tú no puedes soportarlo?». Y profirió una carcajada amarga, sarcástica.

Fue entonces cuando Sarai se desabrochó el cinturón y salió del coche y echó a correr.

«¡Sarai!», le gritó Meg. «¡Vuelve al coche!».

Pero no se detuvo. Solo quería correr. Meg saltó tras ella y la persiguió por el borde de la carretera. Corría tan rápido como podía, pero Meg la alcanzó y la cogió, levantándola. Sarai trató de escaparse de los brazos de su madre pero su cuerpo estaba debilitado por la rabia. «Es una carretera». Meg la sujetaba con fuerza, le hablaba a su cabeza, al pelo, a la nuca. «Es un puta carretera principal. ¿Por qué has hecho eso?». Sarai intentó girarse para apartarse de ella. Era alta pero Meg la tenía en brazos, medio la arrastró medio la llevó de vuelta al coche y la metió dentro. Empujó la cara de Sarai dentro del coche con más violencia de la que se dio cuenta. Entonces Sarai cedió, dejó de luchar. Meg se subió al coche y cerró las puertas.

Cuando el coche se reincorporó a la carretera, percibió a Rothko allí sentade, compartiendo con ella, como siempre hacía. Las cosas

buenas, y las cosas demasiado grandes que eran tristes y no se podían cambiar. Miraron por las ventanillas de sus respectivos lados. Meg encendió la radio, demasiado alta. Sin mirarla, Rothko alargó el brazo sobre el asiento de atrás y encontró la mano de Sarai y la sostuvo en su pequeña palma esponjosa.

Fuera del hospital, apoyada en la pared, Sarai intentó sujetar su propia mano. Pero no era lo mismo.

Y aquella vez en el aparcamiento del supermercado de ofertas. Cómo Meg las había dejado con una revista, cerró las puertas y dijo: «No será ni un minuto». Cómo les había sonreído a través de la ventanilla con su sonrisa ausente. «Quedaos ahí». Rothko a un lado, Sarai en el otro. Mirando a las familias empujando sus carritos. La esperaron tres horas. Y cuando al final Meg volvió era el monstruo y no la madre que había entrado al supermercado, mostrándoles una sonrisa deslumbrante por encima del hombro y diciendo, con su voz ausente: «¿Lo habéis pasado bien, chicas?».

CINCO

Fuera en la noche, con el encuentro con Errol en el Shipwright todavía reverberando en su sistema, Rothko caminaba deprisa de vuelta al solar, intentando no ser visible. Pasaron treinta minutos enteros antes de que llegara. Con la respiración entrecortada. Con sudor bajo la gorra. Pero al menos había dejado de llover. Quitó el candado de las puertas de acero y las abrió. «Estamos en casa, Donald».

Había luces en la de Roxanne y Cookie, salía humo del conducto del techo, pero aparte de eso, no había nadie.

Para el paseante lego, el solar al que Rothko había ido a vivir no parecía gran cosa. Un no espacio esperando su turno en el proceso de urbanización, rodeado de otros solares a medio construir, montañas de anónimos guijarros negros y del olor a obra. Pero detrás de las puertas cerradas con candado había un paraíso único.

Roxanne y Cookie llevaban en el solar desde el principio. Rox no tenía florituras. Pelo largo y lacio que se le pegaba a la frente. Los años habían sido crueles con ella y las drogas duras se le notaban mucho en la cara, pero era tan buena como perdida estaba. Con un don para la mecánica. Arreglaba motores viejos todo el tiempo. Tenía extremidades delgadas y un poco de tripa cervecera. Gafas. Apenas le quedaba algún diente. A Cookie, su amor, se la podía oír a un kilómetro. Escandalosos ataques de risa. Chillona. Malhablada.

Curvy. Ocurrente. Arrugada y abierta. Pendientes largos. Pantalones de cuero o vestidos brillantes. Madres de muchos hijos entre las dos que las visitaban a menudo. Vivían en el remolque de caballos abollado que habían arreglado como una casa de campo. Estufa de leña, dos butacas de tweed, unos cajones de boticario meticulosamente ordenados donde Roxanne guardaba sus clavos y tornillos. Cada una llevaba una cadena alrededor del cuello, de la cual colgaba un vial con la sangre de la otra.

Había cuatro caravanas de diferentes manufacturas y modelos aparcadas en el terreno, contando con el remolque de caballos de Roxanne y Cookie, con la caravana fija de Velma al final. Las cuerdas para la colada colgaban entre los techos de las caravanas. Tenían un huerto, macetas de colores. Un horno de pizza de barro. Bancos alrededor de un foso para hogueras. En el extremo más alejado de solar estaba el edificio de la fábrica. En su día había sido una atarazana, y ahora albergaba sus espacios comunes; en el piso de abajo había una sala gigante, lo suficientemente grande para colgar un trapecio y un par de hamacas de las vigas altas. Tenían un equipo de sonido, espacio para bailar, tres sofás viejos hundidos, una pantalla y un proyector. Y luego en el piso de arriba estaba la cocina: encimeras de acero inoxidable industrial, restos de la época en que la fábrica estaba en activo. Una mesa de madera grande en medio, ventanas enormes, vistas a la ciudad. La luz entraba a la sala todo el día.

Era un largo trecho desde la celda B2.15, donde Rothko había cumplido los últimos cuatro años.

Después de un tiempo, una persona tenía que adaptarse a que la trasladaran. Rothko había seguido las reglas; no se metía en peleas,

incluso había llegado a confiar tanto en elle que había conseguido trabajo como oyente, lo cual significaba que podía cruzar las distintas barreras de la cárcel e ir de celda en celda para que la gente le contara sus problemas, con la esperanza de que no se suicidaran. Y a Rothko se le daba bien eso. Pero incluso así, los guardias podían sorprenderte cuando querían. Rothko comprendía el juego. Lo que fuera para mantenerte en tu lugar. En cuanto parecía que Rothko estaba demasiado cómode, los guardias deslizaban el sobre bajo la puerta y eso era todo. Por la mañana ya habías desaparecido. No importaba los vínculos que hubieras creado o la sensación de seguridad que al fin habías hallado. No se daban explicaciones. Y no podías hacer nada. Tenías que embalar tus cosas y marcharte y volver a pasar por el proceso de establecerte otra vez. Eso suponía que una persona nunca podía acomodarse. A les prisioneres de categoría A como Rothko les enviaban a todas partes, era como la guinda del pastel de los juzgados.

La mayoría de las personas con las que Rothko había estrechado lazos en la cárcel nunca habían conocido la seguridad en su vida fuera; para esas personas, la vida en las galerías había sido su primera experiencia de estructura, o apoyo, y quitársela tan de repente a personas que habían vivido tanto tiempo sin ella a Rothko le parecía especialmente cruel.

En ese momento había siete personas viviendo en el solar. Personas de paso, de todas partes del mundo, que de un modo u otro se habían quemado con el fuego de ahí fuera. Rothko pasó los primeros dos meses en el solar en un estado de tensa fascinación, extrañade e impresionade. Hasta que se acostumbró, la ausencia de violencia le había parecido más amenazante que su presencia.

Velma tenía la caravana fija del fondo. Era la más antigua del solar. Mirando de frente a su setentena. Un cuerpo fuerte que movía con delicadeza, una abundante cabellera blanca que llevaba en trenzas. La mayoría de las veces te encontrabas a Velma fumando sin parar marihuana de alta calidad en bata y botas militares y ocupándose de las plantas. Su caravana estaba atestada de figuritas de pájaros. Cortinas de cuentas. Tapetes. Hierbas en botes. La virgen mirándote desde lo alto de todas las esquinas. Velma había vivido unas ciento cincuenta vidas. Conservaba una especie de lástima amable por el mundo.

Los siguientes eran Dill y Eugene en el autobús escolar azul. Dill tenía autoridad en el solar porque él había inaugurado el terreno años antes. Fornido y de juicio rápido. Tops apretados y abrigos de piel falsa. Tenía unos ojos marrones profundos, sombra de barba y un bigote cuidado. Su novio, Eugene, era una generación más joven. Una belleza propia de la realeza con la piel brillante de una persona obsesionada con la hidratación. Su autobús era acogedor: alfombras persas, pantallas de lámpara con flecos, fotografías enmarcadas de su duradero romance. Una banderola ondeaba en el techo, con el nombre de su caravana, *Boyfriend Material*.

La caravana de Rothko pertenecía a un hombre que había muerto unos días antes de que Rothko saliera de la cárcel. Eugene fue quien lo encontró. Su nombre era Headache Mo, y básicamente eso era todo lo que Rothko sabía de él.

Rothko había intentado hacérsela suya. La cama y el hornillo ya estaban allí, pero el resto lo había construido Rothko. Una cosa que le había enseñado la vida en la cárcel era cómo poner bonito un espacio pequeño sin tener mucho con lo que jugar. Solía cortar en

tiras las bayetas para hacer abrazaderas de cortinas con enormes lazos o para envolver los cartones de leche cortados que servían de botes de lápices. A Rothko le costaba creer las posibilidades que se le abrían fuera en el solar, donde con solo dar dos pasos encontrabas una lámpara antigua de bronce o una montaña de restos de madera. No le daba reparo dormir en la cama de una persona muerta. En la cárcel había tenido que hacerlo muchas veces. Manta y fundas de almohada nuevas. Le dio la vuelta al colchón. Quemó un poco de salvia y se arrodilló para dar las gracias.

Por último, estaba Fletcher al lado. Un cuerpo grande y blando. Con la tendencia de un bailarín a hacer estiramientos profundos. Podía tener sesenta o dieciséis. Sonrisa sincera que le achicaba los ojos. Sensible y evasivo. Camisas bonitas, pantalones a medida. Zapatos, botas, chaquetas. Ocasionalmente corbatas. Rothko nunca había conocido a nadie tan elegante.

Fletch vivía en la antigua ambulancia. Había colocado los tablones de un andamio a modo de tarima. Tenía un tocadiscos. Una chimenea. Una cocina alicatada. Incluso tenía una bañera fuera de la caravana, resguardada por una celosía en la que había puesto enredaderas y parras.

Era bajista de sesión. Cuando no estaba de gira, daba clases a niños de teoría de la música y piano. Vivía para la música. Había llegado a la fábrica para una fiesta una noche cinco años atrás y nunca se marchó. Un ser humano alegre al que acechaban los problemas por los cuatro costados.

Rothko se dejó caer en la cama y cerró los ojos para apartar sus pensamientos acelerados. Una noche sin beber no significaba que lo tuviera todo bajo control. El cansancio tiraba de elle, le metía bajo las mantas, le sujetaba con sus pesados brazos hasta que su respiración se volvió agitada y se quedó inmovilizade por un sueño desagradable.

SEIS

A Meg no le gustaba el calor que hacía en la planta. El ambiente estaba cargado e inmóvil, y necesitaba un respiro. Solo necesitaba un poco de aire. Eso era todo. Una bocanada profunda y llenarse los pulmones.

No se iba a quedar tumbada para siempre esperando a que le dijeran qué hacer.

A fin de cuentas, todavía tenía derecho a pensar por sí misma. Le echó un vistazo a su historial médico, leyó usuaria de drogas por vía intravenosa y decidió que no merecía ni una pizca de amabilidad.

Se halló sentada en los bancos fuera del hospital. Vestida. Bolsa en mano. Esperando.

Hacía frío y el suelo resbalaba tanto como el cielo.

Él llegaría en cualquier momento.

Debía de estar yendo en autobús. Ezra era demasiado agarrado para un taxi. Y a esas alturas sabía que a ella no le gustaba montar atrás en su moto.

Miraba a cada persona que pasaba sin curiosidad.

Meg tenía la constitución de zigzag de un rayo. Irregular y delgada. Atravesaba la imprecisión de la noche. Pero su espíritu era aire. Cuando caminaba, sus pies apenas tocaban el suelo, y mientras estaba sentada en el banco, repicaba con las puntas de los pies sin parar. Los años de cuclillas trabajando en suelos duros le habían

encorvado la espalda. Mantenía la compostura con firmeza. Una mujer sentada en un banco delante de un hospital, en la que nadie se fijaba al pasar.

Se pasó la mano por el pelo. Cuando conoció a Ezra, empezó a prestarle más atención a su aspecto. Se estremecía al pensar en antes. Cuando iba por ahí con lo que llevara al salir de la cama. Una fractura mal soldada abultaba el puente de su nariz y hacía que pareciera ladeada, como si siempre estuviera a punto de hacer una pregunta. Tenía las uñas pintadas y arregladas, de color beige. Nude lo llamaban en el salón de manicura, pero se había mordido los bordes. Sus labios eran finos y desaparecían cuando sonreía, y las arrugas eran profundas como fallas geológicas en su rostro hermoso.

No. No era Ezra. Era Sarai quien estaba yendo a buscarla.

No debería haberse tomado la libertad de salir así.

Un autobús se detuvo; examinó a cada persona que bajó.

Debería volver a entrar y esperar dentro. Odiaba tanto esos lugares. No le gustaba estar rodeada de tanta gente enferma.

Un poco más adelante, en la calle, una mujer de voz ronca y cara angulosa le gritaba a un hombre alto bien vestido. El hombre agarró la bolsa del ordenador y la alejó de la mujer, se la puso detrás. Meg veía su cara; tenía la expresión desconcertada de una persona mimada. «Solo porque fume crack», medio gritaba la mujer, «¡no quiere decir que haya robado esta bicicleta!». Empujaba una bicicleta por el manillar y el hombre estaba intentando sortearla, pero ella no le dejaba pasar. «Es mía. No la he robado». Cara como una caverna con dientes. El hombre trató de pasar de nuevo. «Espere». Ella suavizó el tono. «Disculpe, señor. ¿Tiene dos libras, por favor?». Meg no oyó cuál fue la respuesta del hombre, pero oyó

a la mujer responder a lo que fuera que él le había dicho; un solo y desesperado «¿Por favor?». Y era un por favor tan duro que a Meg le dolió en todas partes. El hombre del ordenador se coló por el hueco entre la bicicleta de la mujer y la pared y se apresuró a marcharse y la mujer se subió al sillín, mascullando. Se puso de pie sobre los pedales, avanzando y retrocediendo para quedarse donde estaba. Volvió la vista calle abajo y arrancó. Una adolescente corría al trote a su lado. Parecía que necesitaba irse a la cama. Piel cenicienta y pelo sucio. La mujer pasó tambaleándose en bici al lado de Meg. La adolescente redujo la velocidad al pasar, y a Meg le perturbó la forma en que la chica la miró. Directamente a la cara. La invadió la inquietud.

Rothko.

Nadie iba a ir a buscarla.

Se levantó y empezó a caminar deprisa, lejos de la mujer y de la adolescente y del hospital y del banco. Más allá de los bloques de pisos y las calles sin salida, más allá del parque y la vía del tren y el puente que cruzaba la autopista. Las vidas de los demás seguían.

¿Vas a comportarte? ¿O tengo que darte una lección?

Ya no.

Los recuerdos subían y bajaban por su piel mientras doblaba las esquinas. Caminando decidida sin rumbo. Por la calle principal donde la gente estaba de cuclillas, bebiendo en los bancos. Los perros estaban echados a su lado, masticando alegres botellas de plástico.

Ella no necesitaba a nadie. Estaba hecha de Edgecliff.

Esos pubs, ese campo de fútbol lleno de malas hierbas, ese aire de hormigón, las olas interminables que ralentizaban la vida esperando que sin hacer nada todo cambiara.

Era tarde por la noche cuando Sarai recibió la llamada del hospital. Salió al jardín en calcetines para huir del ruido de la tele. Había estado lloviendo y se le estaban mojando los pies, pero no quería entrar a calzarse. Estaba allí de pie con el teléfono en la oreja. El agua fría calaba el tejido de sus calcetines.

El hombre al teléfono tenía una voz nasal y monótona. «Entiendo que esté molesta. Pero nosotros no somos una unidad de seguridad. Somos un hospital. Si alguien quiere marcharse, no podemos hacer nada para detenerle». Sarai lo odió.

Meg continuó, caminaba de forma automática. Recorría calles que se sabía de memoria. Los fantasmas de días muertos y noches muertas se congregaban a su espalda. El barrio parecía un set. Pero la serie había terminado hacía años. Era duro cómo la vida seguía adelante. Las calles que le habían pertenecido a ella ahora eran el escenario de la historia de otra persona. Llegó a la estación de tren. Se perdió en los ecos de los anuncios que iban y venían. Levantó la vista a la pantalla del acceso a los andenes. Salían tantos trenes. Llegaban. Tantos sitios a los que ir o de los que venir.

Las parejas pasaban con ráfagas de risas.

Sintió soledad; una esfera gaseosa que emanaba de su centro y tocaba todo lo que miraba. Los objetos inanimados reverberaban cargados de significado. La barrera abierta en los tornos de acceso. La elaborada tracería de hierro fundido que remataba el techo de los andenes. El cartel del Ejército que decía «SÉ EL MEJOR». Todo

repentinamente prominente. Fuera, en el andén, bajó la vista hasta él. El mundo desaparecía en líneas rectas y vías oscuras que se internaban en la noche para siempre. Siguió mirándolo hasta que la asustó.

Llegó un tren, una ruta lenta a otra parte, y se subió. El cielo cayó hasta el suelo y la noche era la lluvia y la lluvia era la noche.

La gente estaba con espíritu de sábado. Solo eran pasadas las siete y media y para los fiesteros de fin de semana las cosas se estaban poniendo interesantes. Meg se apretujó para pasar entre dos pares de mesas de cuatro ocupadas por bebedoras de prosecco de voz aguda, que desbordaban sus tops de tirantes, gritaban de placer, invadían el pasillo. Daban palmas al tiempo que gruñían como una colonia de focas en cautividad. Ignoraron a Meg mientras ella se apretaba para pasar, ninguna de ellas apartó los codos o las maletas o las piernas para hacer sitio. Se sentó al lado de la ventana detrás de ellas y trató de pensar entre el ruido de su griterío. Voces indiscriminadas. Acentos de playa, marinos. Todas, roncas por el alcohol. La seguridad de gente que nunca ha sido derrotada.

Ahí fuera, más allá de las vías a oscuras, percibía la ciudad aunque no podía verla. Conocía el lugar de memoria. El agujero en la reja al lado del campo cubierto de maleza. Hierba muerta y lluvia amainando. Subiendo por la antigua carretera detrás de Ezra, de vuelta a casa. Sarai de pie en la parte de atrás del carrito, y Rothko dormida en la silla.

¿Dónde estaban las niñas?

Estaban a salvo en casa.

Las había dejado con Ezra.

A él se le daban bien las niñas. Él solo quería destruirla a ella.

Rothko, de cuclillas sobre sus piernas regordetas, estudiaba una procesión de hormigas. Su vocecita seria como una luz sobre las piedras del alma de Meg, «¿Por qué caminan en fila, mamá?». Pequeños brazos que pedían abrazos a la hora de dormir, Meg la levantaba, «Sujétate fuerte». La niña koala la rodeaba con los brazos y las piernas. Abría los párpados, breves miradas secretas, solo para ver la cara de Meg a medio centímetro de distancia, para tocar sus mejillas con la suya. Y luego alguien llamaba a la puerta y cuando la abría, Rothko tenía dieciséis años, su cara se había vuelto blanca como un hueso fracturado, y esos ojos angustiados, todo pupilas. *Quiero venir a vivir contigo*.

Las paredes del tren se estrechaban. Las mujeres todavía estaban gritando, escupiendo, alimentándose unas a otras de nuevos instantes de atención, después volvían a contenerse para ocultarse en la masa del anonimato. Le asqueaba. Ellas le asqueaban. El mundo entero le asqueaba.

Se puso en pie, agarrándose al reposacabezas del asiento de delante. «¿No os podéis callar?». Lo gritó, la voz dura de una persona que no tiene que temer lo peor, porque ya ha vivido lo peor. Las mujeres se estaban poniendo caras exageradas de hilaridad unas a otras. Se apartaron y se volvieron para mirar a la intrusa. Se echaban unas sobre otras con la fuerza de lo gracioso que era, lo random que era.

Fue dando tumbos por el pasillo que estaban ocupando, gritando a su paso. «Mejor que os calléis. Todas». Las miraba desde la puerta, esperando a que el tren se detuviera. «Ninguna de vosotras tiene ni puta idea. No sabéis nada de lo que es tener que…». El tren finalmente paró en una estación y Meg asomó la cara al aire.

«Loca». Le gritaron. Fingieron la risa hasta que fue de verdad. «Vieja desgraciada».

Meg se quedó al otro lado del cristal. Gritándoles a través de la ventana. «Pensáis que sois listas, ¿verdad? Voy a destrozar vuestras caras asquerosas. ¿Pensáis que soy algo de lo que reírse?». Golpeaba las manos contra la ventana y todo el vagón reverberaba con la fuerza de su desolación. Su cara deformada miraba con odio a través de la ventana, alterada y lúgubre.

Las mujeres se alegraron cuando el tren arrancó y pudieron volver a fingir que su propia y sólida funcionalidad no tenía nada que ver con la frágil disfuncionalidad de extraños caóticos como Meg.

«¿A qué venía eso?». Se recolocaron las chaquetas y los vestidos, se reacomodaron y cambiaron de tema.

Meg se quedó en el andén con el corazón acelerado, jugueteaba con el vendaje de la muñeca. Era consciente de que el problema de algunas personas era que no sabía cómo era que les partieran la cara.

Había acabado en un lugar raro. En realidad, nunca había estado allí antes. Solo lo había cruzado de camino a otros sitios. Cherry Hill. Más deseable que Edgecliff, a pesar de que solo las separaban un par de ciudades. La gente se mudaba allí soñando con una vida más sencilla. La gente quería tiendas de barrio de toda la vida, vecinos jubilados, gente blanca en la caja.

Se dirigió al paseo marítimo por las calles adoquinadas. Hasta que allí estaba.

La playa se extendía sin fin. Caliza, pizarra y rocas que se elevaban en montículos, que se convertían en pasto. Estaba oscuro pero distinguía los contornos de las cosas a la luz de las farolas.

Olas enormes que cargaban contra el rompeolas. El mar formaba espuma en la gola. Meg se paró enfrente y dejó que le llenara los pulmones.

Se había ido.

La última vez que había salido de Edgecliff fue en aquellas vacaciones en España. Estaba embarazada de Sarai. Recorrieron la plaza al atardecer, del brazo, que era como a él le gustaba. Mientras caminaban pasaron al lado de dos parejas que habían conocido y que estaban bebiendo sentados a una mesa. Ezra se había hecho amigo de esas parejas, pero ella no estaba segura. «Tonterías», le había dicho él. «Son gente agradable». *Y qué sabrás tú de la gente agradable*. Ella llevaba un sencillo vestido de algodón. Era púrpura claro, parecía casi rosa. Hacía mucho calor y no tenían planes, caminaban de la piscina al bar y a la plaza del pueblo. Uno de los hombres le gritó a Ezra, «¿Nos vemos después para cenar?», y Ezra aminoró el paso hasta detenerse y dijo «Sí, nos apetece mucho».

«Será de noche entonces», dijo el hombre mirando a Meg. «Te podrás quitar el camisón». Y ella bajó la vista y se rio, se parecía un poco a un camisón. Todo el mundo se rio.

«¿Esto?», dijo ella. «Lo tengo hace años».

Y Ezra se la había llevado, diciendo «Sí, lo vemos en las manchas de delante». Y la mesa había estallado a reír, y Ezra estaba

complacido consigo mismo mientras caminaban de vuelta al hotel. Meg no dijo nada. En realidad no había nada que decir.

La espuma saltó por encima del rompeolas al paseo marítimo. Vio a dos niños retándose a acercarse al borde y alejarse corriendo de la espuma antes de que los empapara. Su madre, que iba cargando bolsas más adelante, se dio la vuelta y les gritó que se alejaran del borde.

Meg continuó andando, internándose en el viento. Veía luces más adelante en el paseo. Se dirigió a lo que parecía un viejo y majestuoso pub, enfrente de un pequeño puerto. Tenía grandes ventanales enmarcados por vigas de estilo Tudor.

Dentro de The Last Hope, la moqueta estaba sucia y las paredes atiborradas de fotos del puerto en su apogeo. Pescadores recogiendo las redes en blanco y negro.

En el pub, los viejos estaban sentados solos, y los jóvenes con mujeres. Meg se quedó de pie en la barra, esperando su turno, y se fijó en una pareja joven. La mujer era hermosa, llevaba un vestido negro corto y unas botas doctor Marten verdes, estaba bien peinada, pero no dejaba de bajarse el vestido y se tapaba la boca con la mano cuando hablaba. El hombre llevaba una camisa blanca, pantalones de chándal anchos, y hablaba con dos hombres de otra mesa por encima de la cabeza de ella. Complexión ancha, gestos exagerados, sonrisa seductora. El ruido era un murmullo generalizado, interrumpido por el golpe seco de las bolas de billar de la mesa de la esquina. Eran casi las diez y estaban poniendo «Under the Boardwalk». A Ezra le encantaba esa canción. Lo veía, bajando la cabeza y cantando la parte del bajo. Disfrutando de lo molesta que ella fingía estar.

Pero a Ezra ya no le gustaba esa canción. De hecho, la odiaba. Del mismo modo que odiaba cualquier canción que le hiciera pensar, aunque fuera fugazmente, en su difícil primer matrimonio.

«¿Qué te pongo, querida?». La camarera le iluminó el camino. Llevaba una camiseta blanca metida en los vaqueros azul oscuro con las mangas enrolladas. Llevaba tirantes rojos. Pintalabios rojo. Pelo negro. Flequillo recto corto. Estilo rockabilly. Brazos cubiertos de tatuajes marineros.

«Ron con Coca-Cola, por favor, cariño. Grande. ¿Y tenéis habitaciones?».

«Tenemos habitaciones, pero no estoy segura de si hay libres. Espera un momento, estoy muy liada». Le hizo un gesto con la cabeza a la bola de pelo rizado rubio con sombra de ojos azul que trataba de llamar su atención. «Te he visto, preciosa. Tú eres la siguiente, ¿vale?». Luego se volvió hacia Meg. «Si sales y das la vuelta, hay otra puerta. Ahí está el bed & breakfast, si llamas al timbre debería haber alguien en recepción. Ella comprobará si hay algo libre. Dile que has hablado con Viv».

«Gracias, cariño». Meg empezó a relajarse. Algo en la energía de la camarera le recordó a épocas más felices.

«¿Quieres la copa antes o después?».

«Probablemente antes y después», dijo Meg. Viv sonrió.

«Ha sido un día de esos, ¿verdad?».

«Algo por el estilo». Meg le dio un billete de veinte, Viv lo cogió.

«Gracias, querida», dijo y se fijó en el vendaje y los moratones en sus mejillas.

«Y ya que estás una pinta de sidra».

Viv preparó las bebidas y le dio el cambio a Meg con una sonrisita indecisa. Sus ojos eran alegres y amables. Observó a Meg elegir una mesa y sentarse con cuidado, al fondo de la sala, de cara a la puerta.

Cansada de puto todo.

Dio un trago largo y lento a su ron. Eso estaba mejor. Cálido como el verano. Mucho mejor. Cálido como los pies sobre las rocas en verano. Bebió como si estuviera besando.

Ezra ya estaría preocupado.

Bien. Que se preocupara.

SIETE

Estaban dando golpes fuera. Rápidos golpes secos. Tres seguidos. *¿Qué puta hora es?* Estaba oscuro. Rothko entreabrió los ojos. Alargó la mano hacia la lámpara.

«¿Roth?». Era Sarai. Seguía llamando. «No hay prisa. Solo he estado fuera en la puerta veinticinco putos minutos». Rothko se arrastró hasta los pies de la cama para quitar el cerrojo. Abrió la puerta, con el pelo de punta, en camiseta y pantalón. Pálide y nerviose.

«Ya voy, ya voy».

Sarai asomó la cabeza. Con el ceño fruncido. *¿Qué sentido tiene tener un teléfono si no lo vas a contestar?*

Rothko volvió a hundirse en la cama y se tapó hasta las orejas. Le había molestado el despertar. «Estaba durmiendo. He estado trabajando toda la semana».

Sarai cerró la puerta tras de sí y le masajeó el cuello a Donovan. Donovan levantó su cabezota agradecido y ella se sentó a su lado en el banco acolchado que había en un lado de la caravana. El perro apoyó su pesada mandíbula en su regazo y se apretó contra su cadera. «Veinticinco putos minutos», se quejó ella, rascándole la cabeza a Donovan cuando empezó a dormitar. El peso tranquilizador de su cabeza en el muslo y el olor metálico de su pelaje, como de

tierra. Perro de caravana. Ella miró a su alrededor. «Se está bien aquí».

Como la mayoría de sus elogios, podría haber sido un insulto.

«He tenido que conseguir tu dirección por papá».

Se acordó de la férrea devoción de su padre por tener las direcciones de todo el mundo y enviar tarjetas los días especiales. Era triste. Pensar en él buscando el bolígrafo adecuado. Parecía una forma solitaria de decir *estoy pensando en ti*.

Sarai se estaba calentando las manos bajo los muslos, agitando las piernas. Donovan trataba de ponerse cómodo mientras su almohada se movía. Usó una pata para estabilizarla. Ella se rio de eso. Se estaba tranquilizando.

Se escabulló del peso de la cabeza de Donovan y fue hasta el hornillo. Comprobó que el hervidor tenía agua y lo encendió. Abrió las cortinas, echó un vistazo a la oscuridad púrpura. Imponentes bloques de edificios nuevos rodeaban el solar por todas partes. Las farolas brillaban por encima del muro e iluminaban el terreno de color amarillo. Flores plantadas en bañeras viejas. Una rampa de skate para niños. No se había imaginado eso cuando se enteró por Rothko de que había vuelto y que estaba viviendo en una caravana cerca de Turpin Road.

Estaba buscando bolsas de té en el armario de la comida, pero lo único que encontró fue un bote vacío de mantequilla de cacahuete, dos latas de melocotones y medio paquete de pilas de reloj.

«¿Agua?». Rothko se sentó, fuera de las mantas, sacando una mano. «¿Por favor? De la jarra».

Sarai llenó un vaso tallado con el borde dorado con agua de la jarra de peltre que había al lado. Lo puso en la mano extendida de

su hermana. Una sensación de infancia la recorrió. Desayunar con Roth antes del colegio. Echar la leche sobre sus cereales. Era un sentimiento acabado.

«El té está ahí dentro». Rothko señaló un bote estampado con cierre hermético. Sarai lo admiró. Estaba sorprendida por todos esos pequeños detalles; telas coloridas, fotografías de color sepia de butches en traje de los años veinte en marcos dorados. Estaba medio comprendiendo una verdad escurridiza: que Rothko había pasado los últimos quince años de su vida en una habitación no mucho más grande que esa. Que sin duda no había sido tan bonita.

La gente necesitaba belleza.

Especialmente la que absorbía más de lo que le tocaba de fealdad. Para que el resto de nosotros no tuviéramos que hacerlo.

Rothko estaba bebiéndose el agua y frotándose la cara. Esperando a que Sarai le contara qué estaba haciendo en su caravana. Se percató de que ella estaba mirando sus cosas. No estaba acostumbrade a tener visitas, y Sarai notaba su nerviosismo. Elle sentía que le estaba juzgando.

«Ven aquí». Ella le tendió los brazos. Tenían una forma estática de abrazarse que mantenía la distancia entre sus cuerpos.

Sarai se apartó y se puso a hurgar en la mini nevera. No había nada excepto un bote de salsa picante y un envase de plástico de salchichas de cóctel veganas. Cerró la nevera y se apoyó en la encimera.

Rothko había olvidado la presión que sentía al estar cerca de ella. Todo lo que hacía parecía tener cientos de significados ocultos.

Se rascó la barbilla y se preguntó cómo interesarse por su vida sin darle pie a un monólogo sobre lo duro que era todo. Los minutos se

acumulaban, el tiempo era un atasco. Finalmente Sarai preparó dos tazas de té y se instaló de nuevo en el banco.

«Y ¿cómo estás?», probó Rothko.

«Mamá ha estado en el hospital. La encontraron en la calle. Estaba desorientada. No iba vestida en condiciones».

«No parece propio de ella». El sarcasmo de Rothko era exasperante.

«En cualquier caso», Sarai cortó en seco, «se ha ido del hospital. Y no sé dónde está».

Rothko se preocupó por su hermana, todavía atrapada en una relación con Meg. Elle lo había aprendido a las malas a esas alturas, que su madre era incapaz de querer. Que no era capaz de pensar en nadie más que ella, o de sentir nada más allá de su propio dolor. Tenía un buen discurso, sabía cómo decirle a la gente lo que necesitaban oír, de modo que le daban lo que ella necesitaba que le dieran, pero el fondo estaba vacío. Ella pensaba que podía hacerlo todo a su manera. Rothko recordaba cómo solía mirar con desprecio a la gente en las reuniones. Ella siempre estaba por encima: del trabajo en los doce pasos. Los eslóganes. Compartir. Asentía todo el tiempo sin expresión alguna en la cara. Pero después, a solas con Rothko, se reía sin piedad de la facilidad con la que se dejaba llevar la gente. Así fue como nunca se rindió. Como se engañó para proteger su adicción. Como se las arregló para ponerla por encima de todo, a pesar de que decía que quería librarse de ella para siempre. Todavía se esforzaba por guardar sus secretos. Su adicción siempre iba primero. Pero por algún giro perverso del destino, seguía con vida. Dios sabría cómo se las habría arreglado.

Sarai había encontrado una paz temporal en su relación con Meg. Había aprendido a desconectar. A no dar más allá de lo que estaba dispuesta a dar. A no esperar nada a cambio de su generosidad. Era una relación frustrante, por supuesto. Unilateral en muchos sentidos. Pero Sarai era leal, hasta el punto de hacerse daño a sí misma. Lo cual hacía que su marido renegara por las noches, cuando los niños ya se habían ido a dormir, y ellos podían beber hasta perder el sentido y dormir juntos. Le decía: «Mi preocupación, amor, es la parte de ti que piensa que merece que la traten así».

Meg había vivido cuatro años en una vivienda con asistencia, a quince minutos a pie de la casa de Sarai. El terror de que pudiera morir en cualquier momento había hecho más llevadero aceptar que podía morir en cualquier momento. Sarai sabía que nunca podría salvar a su madre. No estaba intentándolo. Solo quería darle el respecto que merecía. Sabía que Meg hacía lo que podía cada día. Así que iba a verla dos veces por semana. La volvía loca, claro. Pero era lo menos que podía hacer.

«Ahora mismo. Me acaban de llamar. No sabía qué hacer. Qué otra cosa…». Rothko vio a su hermana hundiéndose bajo el peso de la preocupación. Cuán imposible era cuidar de alguien que no se cuida.

Se sinceró con ella, preocupade. «Sabes, te he preguntado cómo estabas y me has contado cómo estaba ella».

Pero Sarai continuó, no parecía haberle oído. «Quieren que vaya a una residencia». Puso su cara de puedes puto creerlo, con las cejas subidas, la barbilla hundida, los labios en un mohín exagerado. «No son capaces siquiera de mantenerla una noche en una cama y quieren que yo, sin más, se la entregue. Solo quieren el dinero. Es un puto timo». Sorbió el té. «¿Crees que puede ser algo relacionado

con el shock? ¿Una especie de respuesta al shock? ¿Alguna clase de episodio? Como. Ya sabes. ¿Una cosa psiquiátrica? ¿Provocada por la confusión? Por levantarse y no saber dónde estaba». Envolvió la taza con ambas manos. «Lo que estoy diciendo es: ¿deberíamos preocuparnos? ¿La habrán secuestrado o algo?». Notó la sorpresa de Rothko. Le detuvo antes de que empezara. «No. Lo digo en serio. Escucha. ¿Y si alguien ha decidido aprovecharse de una abuelita y robarle la puta pensión?».

«No creo que sea eso lo que ha pasado». Rothko cogió unos vaqueros y se los puso debajo de las mantas. Se levantó de la cama y se sentó en el suelo, de cara a Sarai. «Probablemente solo ha ido a pillar».

Sarai se sentía menospreciada. «Se oye a todas horas. Gente mayor. ¡Se aprovechan de ellos todo el tiempo!»

Rothko alargó el brazo y cogió la pierna de Sarai por el tobillo. Para tranquilizarla. *Debía de ser agotador*, pensó, *estar siempre preocupándote por cosas, cuando podías simplemente pasar*.

Rothko no soportaba que su hermana fuera tan agorera.

Sarai, por su parte, odiaba la indiferencia impostada de Rothko. La encontraba falsa y egoísta y una señal más de su incapacidad para tomarse nada en serio o pensar en nadie además de sí misme. Estaba harta de lo mucho que tenía que esforzarse siempre para constantemente quedarse corta, mientras Rothko parecía flotar por la vida, satisfeche de no ir a ninguna parte.

«¿Cuándo la viste por última vez?». Rothko le soltó el tobillo.

«Hoy, he estado en el hospital».

«¿Y cómo te ha parecido que estaba?».

«Parecía estar bien. Es difícil. Porque ha perdido la memoria».

Rothko se lo tomó como una bofetada. «¿Qué quieres decir con que ha perdido la memoria?».

«Quiero decir exactamente eso». Sus ojos destellaron con la oscuridad frenética de la Sarai niña, esa a la que Rothko solía recurrir en busca de protección. Se quedaron sentades un rato, mientras su historia común era arrastrada a la orilla y se alejaba a la deriva. «No quiere ir a una residencia».

Rothko se puso de pie y abrazó con fuerza a su hermana pero la cara de Sarai estaba atrapada en el abrazo, así que se escabulló. «Me estás tirando del pelo», se quejó, y Rothko volvió a sentarse. Rechazade. «Tienes que arreglar la calefacción», dijo ella, estremeciéndose visiblemente. «Aquí hace un frío que hiela». Rothko pilló la indirecta y se arrodilló para prender el fuego en la estufa. «¿Deberíamos llamar a la policía? ¿Es una persona desaparecida o de qué estamos hablando?».

«No te volverá a hablar nunca si hacemos eso», dijo elle en voz baja.

«Joder, si está muerta tampoco me volverá a hablar de todas maneras».

«No los llames».

«Bueno. Me estoy quedando sin ideas».

Rothko se concentró por completo en colocar la leña.

«No puedo permitirlo, Rothko. Un extraño limpiándole el culo. Ella lo odiaría». Sarai cruzó las piernas. Giró la tobillera para que el cierre quedara atrás. «Quiero llevármela. A mi casa».

«¿Al menos sabe quién eres?». Si Meg no recordaba lo que había pasado, entonces era como si se hubiera salido con la suya. Y había dejado a Rothko allí en medio. Le había dejado sole.

«Por supuesto que sí». Pero la cara de Sarai le decía a Rothko que no estaba convencida. «Preguntó por ti».

Elle no se conmovió. «Yo no quiero verla».

«Lo sé, Roth, pero esto no se trata de ti». Sarai seguía girando la tobillera. «¿Tú sabes lo que le hacen a la gente mayor en sitios así? Es horrible, joder. No puedo soportar la idea». Pero la idea presionaba desde todos los frentes.

Las ramitas prendieron, Rothko colocó dos troncos pequeños encima. «Debería caldearse pronto».

Se miraron la una a le otre. «Puedo conseguir que vaya un cuidador una hora por la mañana, pero eso no será suficiente. Necesita compañía, y alguien que se asegure de que no pasa frío o está incómoda o se ha caído de la cama. Que se toma la medicación. Que come y bebe. Que está aseada. En realidad, ella se limitará a ver la tele y ya. Tú ni siquiera tienes que… hablar o hacer nada en verdad. De momento no. He pensado que podías venir y quedarte en nuestra casa. Gratis. Mientras te reorganizas. Mejor que estar aquí, ¿no? Podrías pasar tiempo con los niños. Ser una familia».

Elle estaba segure de que su hermana tenía buenas intenciones, pero lo que acababa de describir a Rothko le sonaba menos soportable que quitarse la piel con un pelapatatas.

Sarai esperaba una respuesta. Pero Rothko no revelaba gran cosa. «No puedes dejarme esto a mí sin más».

«No lo estoy haciendo».

Pero Sarai ya había decidido qué estaba intentando decir Rothko, no necesitaba escuchar a Rothko decirlo. «¡Está rota! ¿Tú sabes el esfuerzo que tuve que hacer para ir a visitarte cada semana? No importaba a donde te trasladaran. No importaba qué me estaba

pasando a mí o a mis hijos o a mi marido. Me aseguré de estar ahí para ti». Rothko frunció el ceño a las llamas crecientes, ignoró a su hermana con un suspiro dolido.

«Estás negando con la cabeza. Estás suspirando. Obviamente estás tratando de decirme algo. Por qué no me lo dices de una vez».

Rothko se sentía asfixiade por su presencia. Sarai se sentía furiosa por la mansedumbre de Rothko.

«Es como siempre». Su voz adquirió el resplandor ronco de una queja antigua. «Yo haciéndolo todo».

Rothko saltó. «Bueno, pues no lo hagas. Si no quieres. No hagas cosas y luego te lamentes por haberlas hecho. Por una vez, esto no es mi culpa. ¿O sí?».

«Nunca he podido confiar en ti. Nunca has estado aquí. Cuando vamos al quid de la cuestión…».

«Espera, espera un minuto». Rothko se sentó sobre los talones, levantó las manos para detener aquello y que no se dirigiera a un lugar al que ningune de elles quería ir.

«Son migajas. Tú crees que puedes tirarme las migajas como si eso bastara. Eso no es amor». Se volvió más expresiva, sus gestos más animados a medida que proseguía. A la vez Rothko se encogía, se encerraba en sí misme. Se sumió más en el silencio. «¿Qué pasaría si yo decidiera que no se puede contar conmigo para nada? ¿Qué pasaría entonces? ¿A quién habría llamado el hospital si no me hubieran llamado a mí?». Hizo una pausa enfática. Aterrizó en las palabras. «¿Qué pasaría si yo fuera como tú? ¿Lo entiendes? Yo no puedo ser como tú».

Rothko no quería oírlo. Abrió la puerta y se dejó caer al otro lado. Sarai oyó que arrastraba algo pesado y el ruido que hizo al golpear

el suelo, ráfagas de sonido sin palabras, luego reiterados golpes secos de diferentes intensidades, como si Rothko estuviera pateando algo. Después nada. Solo respiraciones.

Donovan vigilaba la puerta, con las orejas levantadas, hasta que su persona volvió cruzándola, dando pisotones en el reducido espacio, buscando cosas que no encontraba. Al final, se conformó con coger una toalla y un neceser. Revisó los bolsillos en busca de la lata de tabaco y asintió para sí misme como si algo acabara de encajar.

«¿Sabes qué?», le dijo manteniendo la voz tan tranquila como pudo. «Te voy a dejar esto a ti». Y se dirigió a la puerta. Donovan le siguió con la mirada un par de segundos antes de ponerse de pie y correr para alcanzarle.

«¿Te largas, no? Vaya sorpresa». Pero lo único que oyó en respuesta fue el silencio de la caravana. Estaba sola. «Joder». Caminó de un lado a otro como si estuviera a punto de hacer algo, pero no sabía qué hacer.

Sarai podría haberse reído de la discusión de mierda si no se sintiera tan enfadada. Miró por la ventana, observó a Rothko cruzando el terreno en dirección a las puertas de la fábrica y desaparecer tras ellas. «¿En serio?». Pero al parecer no iba a volver. «Está bien». Recogió sus cosas y se dirigía a la puerta cuando Eugene salió del autobús escolar.

«¿Quieres ayuda para salir?».

Suspiró un suspiro de rendición. «Sí, por favor». Se quedó a su lado mientras abría el candado. Sus movimientos eran fluidos y olía a limpio como un hotel pijo. Como un perfume sofisticado. Ella quería gustarle.

«Gracias». Deseó haber hecho todo de otra manera. «Por favor, ¿le puedes decir a Rothko que me llame?», le pidió cuando se estaba marchando.

«Claro», respondió Eugene mientras cerraba la puerta tras ella. Pero Sarai no estaba segura de si había un interrogante al final de la palabra o no.

En The Last Hope, la señora de recepción estaba doblando toallas con la radio puesta. *Unbreak my heart, say you love me again*. Estaba tan pulcra que casi resultaba agresivo. Ojos serios. Se movía con pasos rápidos mientras conducía a Meg a la habitación escaleras arriba y le explicaba dónde se servía el desayuno y cómo encender los radiadores con una concentración firme y severa que hacía a Meg sentirse vieja y torpe. Meg le dio las gracias e intercambiaron sonrisas cómplices y la mujer se marchó, y Meg se quedó sola en una habitación limpia y tranquila con baño en suite y un cubrecama rosa desteñido.

Se tumbó en la cama y sintió que todo le resbalaba por los hombros. El andén de la estación de tren, la fría espera en el banco solitario. Todo le resbalaba y se notaba cada vez más ligera mientras se hundía más en la cama. Oía el pub en el piso de abajo y la gente riendo. Sentía oleadas y oleadas de angustia y alivio, que se hinchaban y rompían contra ella. Nada tenía sentido. Pero estaba viva. A salvo en una habitación caliente. Había caído al barro pero había logrado salir. Bebía de vez en cuando, sí. Pero no había tocado nada del resto.

Por favor, Ezra. No soy nada sin ti. Dejaré de llorar. Lo haré. No te merezco. Tienes razón. Lo haré mejor.

Nunca, ni siquiera una vez, se había marchado sola, nunca había hecho eso. Bajar de un tren y pedir una habitación. Tumbarse en una cama sola, toda para ella, no para nadie más. No para un cliente o una sesión o meterse. Eso la golpeó con algo que no sabía nombrar. Se parecía al remordimiento pero también era como al fin sentirse en su propia piel.

Algo de la sensación le recordaba a antes. A la infancia. Al pub donde había crecido. Su madre y su padre tenían su habitación enorme delante. La pequeña Meg y Mikey tenían sus literas en la parte de atrás. Él la dejó quedarse con la de arriba y podía mirar por la ventana desde la cama; veía la ensenada llena de barro a la luz de la luna. A los borrachos que arrastraban los pies a la hora del cierre, cantándose de camino a casa. El enorme caballo que tiraba del carro del ropavejero que pasaba resonando los cascos por las mañanas. Sentada en la cama de Mikey con su cajita de lazos. Mikey en el suelo intentado aprender a tocar la guitarra.

Miró la lámpara de la mesilla. Pantalla color melocotón con flecos. Pasó los dedos por los flecos, adelante y atrás, lentamente.

OCHO

Cuando estuvo segure de que Sarai se había marchado, Rothko se dio una larga ducha. Intentó quitarse de encima el día. El agua helada del canalón, subide a la escalera al azote del viento. El final del trabajo. La calle principal. La caja automática del supermercado. La mujer señalándole en el baño del pub. Errol diciendo «Bienvenida a casa». El sueño sin sueños del que le habían arrancado demasiado rápido. La pelea con su hermana a quien odiaba decepcionar. Y sobre todo la presencia cambiante de Meg que se colaba en cada encuentro, haciendo que el mundo entero resultara doloroso y solemne.

Oía a los demás en la cocina. Hablando, cocinando y riendo juntos. Se odió a sí misme por no ser capaz de formar parte del buen rato. No quería que nadie tuviera que verle.

Conocía esa sensación y sabía lo que sucedía cuando aparecía de esa forma, tenía muy poco tiempo para alejarse de la gente antes de hacer algo malo. No había tenido un episodio como ese desde que salió. Tendría que haber sido más estricte con su rutina.

Solo necesitaba caminar para sacudírselo de encima. Eso era todo.

Necesitaba calles bajo los pies. Moverse rápido en un espacio vasto sin restricciones. Tenía que ganar altura, mirar desde arriba el caos. Eso lo arreglaría.

Donovan a su lado, caminando por calles secundarias y callejones, trepando. Incluso ahí, tan tierra adentro, Rothko seguía notándolo, el profundo aliento del mar allí fuera, atrayéndole.

Había vuelto a casa.

Hileras de casas bajas y urbanizaciones silenciosas, resplandecientes en la noche de llovizna. Había tomado los viejos caminos hacia los viejos tiempos. No había pensado adónde iba hasta que se dio cuenta de dónde había llegado.

Devaney House. El bloque de Dionne.

Era raro. No era más que un edificio en una calle. Un espacio cualquiera que debía de haber pertenecido a mucha otra gente desde que Rothko empezó a dar tumbos. Pero para elle, era un templo.

Quería volver atrás, coger todos los años que había perdido y arrastrarlos al presente. Proteger a la criatura que fue. Mantenerla a salvo.

Donovan percibió su energía y gruñó a su lado, con delicadeza. «Estoy bien», le dijo acariciándole la cabezota plana. Él no estaba convencido. «Eres un buen perro».

Parpadeó y levantó la vista al que había sido el piso de ella. Había luz detrás de las cortinas.

Dionne.

Todavía seguía habiendo tanto por lo que estremecerse todos esos años después.

Se preguntó si ella continuaría viviendo por ahí, y si se acordaría de elle. Había pensado a menudo en ella esos años.

Podía ver a le Rothko más joven, de dieciséis años, vigilando a sus espaldas mientras pintaba grafitis en el asfalto. La cara sucia de barro y lágrimas. El humo negro arremolinándose a la luz de las farolas.

Echó otro vistazo. Los mismos bloques bajos, de cuatro pisos, construidos alrededor de una pradera comunitaria. La misma superficie de asfalto rojo de siempre tras las barandillas torcidas. Un par de columpios roñosos con las cadenas enredadas. El mismo tobogán amarillo que salía de la boca de la oruga. Solía sentarse a fumar marihuana en el tobogán con Dionne en mitad de la noche, observando cómo cambiaban las luces de las televisiones por las ventanas.

Todo seguía ahí. Pero nada era lo mismo.

Continuó andando. Mirando de reojo el bloque de ella cada pocos pasos hasta que llegó a las escaleras que conducían a los prados. Y cada vez que se volvía para mirarlo, su piso le golpeaba con menos fuerza. Tocaba una nota diferente en la escala de importancia. Hasta que al final apenas podía oírlo.

Subió trotando los interminables tramos de escalones estrechos hasta el espacio abierto; las amplias colinas que conformaban los límites de la ciudad conocidas como los prados, donde Rothko se hizo mayor.

Todo parecía mucho más grande que antes.

La perspectiva de Rothko había estado tan restringida en la cárcel que había afectado su manera de pensar. Todo se había reducido a visión túnel, lenguaje túnel, sueños túnel. Ahí arriba, la amplitud del campo de visión era vertiginosa. Alcanzaba a ver a putos kilómetros de distancia.

Rothko trepó hasta el punto más alto para contemplar las luces; quería ver la ciudad como era: hileras de casas construidas en filas. Parecía inofensiva. Lucecitas en patrones ordenados que iban de una oscuridad a otra. Un lugar del que te podías marchar cuando quisieras.

Edgecliff.

Era la clase de ciudad de *yo podría haber sido algo*.

Era la clase de ciudad de *voy a darles lo que nunca tuve, aunque me mate*.

Pero se estaba convirtiendo en la clase de ciudad de *me encanta, obtienes mucho más por tu dinero*. Como en todas partes en esa época, o al menos eso era lo que la gente le contaba a Rothko.

La mayoría de la gente de ahí se marchaba joven o no se marchaba nunca.

La mayoría de la gente se mudaba ahí cuando algo había ido mal.

Era la clase de lugar para empezar de cero.

La clase de lugar de final lento.

Las esperanzas y la falta de esperanzas y las esperanzas desaparecidas hablaban desde las cornisas ornamentadas, las banderas nacionales y el revoque descascarillado. Algo grandioso y en ruinas.

Rothko veía el mapa de toda su vida ahí fuera.

Sus ojos no dejaban de sentirse atraídos por la parte bonita de la ciudad, donde habían vivido con su padre. No veía la casa desde ahí arriba, pero sabía dónde estaba, y se descubrió buscando puntos de referencia.

Su padre se había marchado de la ciudad no mucho después de que Rothko se fuera. Ahora vivía con su nueva familia, en el campo.

Dos hijos. A Rothko le parecía que Ezra al fin tenía la vida que siempre había querido. Un familia mejor, más sencilla y más feliz. Lo cual significaba que él podía ser un hombre mejor, más sencillo y más feliz.

Con el paso de los años, Ezra se empeñó en hablar por teléfono una vez al mes. Sus hijos parecían seguros y cariñosos cuando les pedía que se sumaran a la llamada, para hablar sobre juegos de ordenador y raperos de los que Rothko nunca había oído hablar. Ezra enviaba sus fotos y detallaba sus logros en las cartas. Rothko miraba mucho y con concentración las fotos: los ojos y las barbillas y la forma en que colocaban los hombros. Buscaba algo en su cara que fuera de Ezra y no de Meg. Para intentar separar las partes de su propia cara mejor. Pero ¿qué podías saber a partir de una fotografía? Los chicos parecían alegres y deportistas y equilibrados. Nada que ver con Rothko.

La mujer de Ezra, Julie, era dicharachera y posesiva. Era su tercera mujer y, hasta el momento, obviamente su preferida. Trabajaba como agente inmobiliaria y Rothko se había enterado por la última carta de Ezra que estaban buscando una casa de vacaciones en España. *Bien por ellos*, pensó Rothko. Era extraño cómo algunas personas lograban pasar página del mismo pasado que otras personas no eran capaces de salir.

Ezra siempre había enviado dinero por el cumpleaños de Rothko. Oraciones escritas a mano en sobres dorados en las fiestas importantes. En hebreo en una cara, en inglés en la otra. Era su manera de mantener una relación. Cada una llevaba una parte de la otra a lo largo de la vida, una vaga figura amortiguada sin dimensión ni nombre.

¿Y Meg? Rothko la sentía y todavía le dolía.

Aquellos primeros seis meses después de la sentencia, cuando Rothko más la necesitaba, Meg desapareció en esa vida y al final tuvo una sobredosis. Rothko la conocía lo suficientemente bien para saber que no había sido un accidente. Meg, bien versada en los muertos vivientes del tema; en la sangre y las agujas, sola en el suelo del baño, doblada en dos, el borde de cristal de la pipa caliente le dejó una marca en la frente cuando se abandonó.

Cuando Rothko necesitaba de veras que estuviera ahí para elle, Meg desapareció en su dolor.

La sobredosis la llevó a un centro de desintoxicación y la tuvieron allí seis meses. Así que durante el primer año de la condena de Rothko, no hubo visitas de Rothko y Meg. Intercambiaron algunas cartas. «No puedo compadecerte para siempre». Un par de llamadas esperanzadoras desde la clínica. La voz de Meg más alegre y llena de vida de lo que había estado en años. «Lo sé, bebé. Lo sé». Lágrimas y recuerdos divertidos. «Sí, por supuesto que debes protegerte. Pero…». Haciendo promesas. Esa vez era diferente.

Pero no fue diferente.

Solo llevaba dos meses fuera de la clínica cuando volvió a recaer, otros ocho meses en la oscuridad, y para cuando salió de la succión de ese abandono y se declaró lista para solicitar la visita, era demasiado tarde para Rothko. «No puedes hacer siempre lo que te dé la gana y luego enfadarte conmigo porque me siento mal por las cosas que has hecho».

Meg se estaba esforzando en arreglar las cosas. Quería dejarlo, o eso era lo que decía en las cartas. Pero Rothko tenía tiempo de sobra para repensar el contexto de su vida. Y si era culpa de Meg,

no era culpa suya. *No puedo olvidar las cosas solo porque tú lo hayas hecho*.

Dejó de darle oportunidades.

Algunos días la rabia ayudaba a que el tiempo pasara.

Elle no sabía si Meg había recaído o en qué clase de infierno estaba viviendo. Lo único que sabía era que elle no podía salvarla. Y que ya no era su problema lo que ella hiciera.

Estaba bien eso de tener a alguien a quien culpar de todo.

Rothko no tenía mucho en la vida que le infundiera una verdadera sensación de logro, sobre todo los primeros años, cuando todavía se estaba adaptando. *No te rindas conmigo, por favor. Eres todo lo que tengo*. Devolver las cartas de Meg sin abrir era lo más cerca que había estado de la sensación de poder.

Pero para Rothko era duro no estar en contacto. Meg la acechaba en todas las esquinas. Y echaba de menos la emoción de ser suye.

Vio la forma de su cara en una visión estridente. Súbita como un cristal roto. Ahí estaba ella. La mandíbula delgada y prominente, los ojos líquidos, apocalípticos. Lo único que elle quería hacer era cuidar de ella.

Mamá.

Era una palabra difícil.

Resguardando un mechero en una cabina telefónica. *¿Por qué pones esa cara? Judy Garland se metía en su camerino a todas horas*.

Esperando a que se diera cuenta de que elle estaba esperando que se diera cuenta.

Su madre nunca había necesitado grandes razones para cagarse en todo lo que estaba bien en su vida, solo para demostrarse lo

difícil que lo había tenido siendo ella misma. Su capacidad para la autocompasión solo era comparable a su capacidad para la autosatisfacción.

Orgullo y vergüenza, las dos caras de la misma moneda con la que toda la familia se la jugaba.

Contempló la ciudad expandirse a sus pies.

Ahí estaba.

Sarai y los niños estaban por allí, en la parte bonita. No muy lejos de donde habían crecido.

Era difícil ver a Sarai. A Rothko le hacía sentirse sucie y estúpide. Era posible que vinieran de las mismas personas, pero en realidad nunca habían sido del mismo sitio.

Identificó los viejos lugares familiares en las hileras de luces. La tienda de fish & chips detrás del instituto. El parque de atracciones al lado del paseo marítimo donde trabajó en los paseos en burro unos dos minutos un verano.

Otras personas habían hecho cosas con sus vidas. Rothko simplemente se había sentado en una habitación. Viendo la vida pasar.

Todavía veía a Rothko más joven ahí fuera. Sentade en los muros, pateando ladrillos. Bailando con su mejor amigo, Sean, yendo a pillar.

Por entonces, parecía que la vida podía ir de un millón de maneras. Pero desde donde estaba en ese momento, parecía que solo podía haber ido como fue.

Se descubrió dándole vueltas a pensamientos que no le servían. «Recomponte», le susurró a la vista. Estaba fuera; podía ser una persona normal. Como esa gente, con las luces en las ventanas y la

cena en la sartén. Parecía agradable esa vida. Y podía tenerla si la quería.

No tenía que volver a los suelos sucios de habitaciones sucias con vino tinto en todas las paredes.

Observó a Donovan cansarse persiguiendo zorros, las sombras de zorros, el aire en el que los zorros habían estado hasta que fue hora de volver a la caravana, arrastrando el pasado como si fuera unas botas pesadas.

Rothko era le hije pequeñe de Ezra y Meg Taylor.

Allá donde Meg era salvajismo y romanticismo, Ezra era practicidad y energía.

Ella quería majestuosidad, música genuina y encuentros conmovedores. Él quería una rutina sólida y el respeto de sus colegas. Pero, lo que era crucial, ambos querían que los necesitaran.

Y formaron una familia.

Como muchas otras parejas pertenecientes a polos opuestos, se necesitaron el uno al otro durante un momento candente, antes de verse reflejados en los ojos de su pareja y ser incapaces de soportar en lo que se habían convertido.

Ezra Morris Taylor había nacido y crecido en Edgecliff. El único hijo de Morris y Rose. Dos trabajadores de la industria textil que asistían habitualmente a la sinagoga. Eran gente cualificada e industriosa, hijos de la guerra. Se habían mudado a Edgecliff para cambiar sus vidas. Dejaron East End en Londres por un nuevo comienzo: dirigir una casa de huéspedes judía orientada a una clientela acaudalada. El arrendador era el mismo hombre vivaz que había construido el

cine y restaurado el teatro en su afán de animar a una nueva ola de visitantes judíos a dejar los horrores de la guerra en el pasado y adoptar la tendencia de los tiempos de paz de viajar a la costa.

Morris era un hombre solemne, un bebedor y un soñador que despreciaba sus sueños porque nunca habían salido bien. Rose tenía una mentalidad comunitaria. Abstemia. Siempre vestida de forma inmaculada. Su técnica de supervivencia estaba probada: no importaba lo que la amenazara, se limitaba a quedarse quieta hasta que pasara. Normalmente pasaba.

Ella se ocupaba de las comidas y la barra y de la parte de la recepción. Él se ocupaba de los preparativos y de la limpieza.

Ninguno de los dos llegó mucho más allá de los sesenta. Rose tuvo un ataque al corazón, Morris por su hígado. Las únicas cosas que Rothko recordaba de cada uno era estar en unos brazos fuertes y que le besaran con un bigote húmedo, y el olor cálido y a cebolla de la cocina de Rose.

Lo único que Ezra había querido toda su vida era llegar a ser algo; la clase de algo de la que su madre hubiera presumido con sus amigas.

Su padre le daba miedo. No por violencia ni maldad alguna por su parte. Simplemente era un espíritu roto, y para un niño lleno de energía era algo duro de ver. Morris estaba constantemente exhausto. Carecía de personalidad hasta que tomaba un par de copas. Y luego, cuando se tomaba un par más, estaba sobrepasado por ella.

Ezra se juró que cuando creciera, si alguna vez se proponía algo, preferiría ser la clase de persona que fracasaría intentándolo en

lugar de la que nunca lo intenta y le echa la culpa al mundo para siempre.

El rasgo que definía a Ezra era su inquietud. Se presionaba más a sí mismo que ninguna otra persona que conociera. Era ese esfuerzo el que le daba propósito, más allá y por encima de lo que el esfuerzo cosechara o no.

Ezra había conseguido muchas cosas en la vida, pero en cuanto escalaba una cima, estaba al pie de otra y siempre regresaba a la misma inquietud que ya conocía.

Las relaciones iban y venían. En cuanto las cosas estaban a punto de ponerse serias, él desaparecía. Sin explicar por qué.

Era difícil para un hombre como Ezra Taylor sentirse satisfecho.

Margaret Elizabeth Wrennal, o Meg, había crecido a orillas del río en Londres. Deptford Creek. Su hermano mellizo Michael era mayor que ella por medio minuto. Su padre, Frank, era el propietario de un pub, y a la familia le iba muy bien. En apariencia, habían triunfado. Pero a puerta cerrada, la madre de Meg, Lizzie, no soportaba las infidelidades continuas o la presión de actuar como la esposa feliz para los clientes sentados a la barra. Frank hizo que el médico le recetara Valium. Y cuando Meg tenía ocho años, encontraron a su madre ahogada en la bañera, con una caja de pastillas vacía y una botella de vino. Un terrible accidente. Todo el mundo fue muy comprensivo.

Frank se mantuvo ocupado con el pub. Los parroquianos lo adoraban. Detrás de la barra podía ser el hombre que quería creer que era. Big Frank. Generoso y justo. Sin embargo, arriba con los niños, al verse a sí mismo gritándoles sin motivo, sus historias eran más difíciles de creer.

Tras la muerte de Lizzie, Michael se encerró en sí mismo, apenas decía palabra. Meg se lanzó fuera, al aire y al fango. Pasaba sus días al lado del río. Con los pies en el lodo. Buscando cosas tiradas que otra gente no quería.

Allí fue donde conoció a tío Gordon. Así le gustaba que lo llamaran.

Era amable con ella. Paquetes de tabaco. Botellas y latas. Él nunca se rio de ella como hacían los demás, ni siquiera cuando decía lo que quería de la vida. Ver sitios distintos y hacer algo bueno para el mundo. Hacer que la vida fuera mejor para la gente.

Lo único que tenía que hacer a cambio de su amabilidad era abandonarse y fingir que no estaba pasando.

Ella pensaba que él la quería.

Era agradable sentirse querida.

Pero corrió la voz de que la pequeña Meg Wrennal te dejaba hacérselo por un paquete de caramelos o una botella de sidra. Después de eso, no la dejaban en paz.

Según Meg, se iban a reír de ella hiciera lo que hiciera. Era más fácil dejar que hicieran lo que quisieran.

Después le gustaba sentarse sola al lado del río, feliz con su bolsa de caramelos.

Pero cuando vio cómo trataban a Michael por eso, aprendió a odiar.

Su hermano Michael siempre había sido un chico lúgubre, pero la pérdida de su madre supuso un peso enorme para él y nunca lo superó. Ahora tenía que pelearse a todas horas por lo que la gente decía de su hermana. Sin propósito, se alistó en el ejército. Le sentó bien; alejarse del sitio que le dictaba quién debía ser significaba que

podía empezar a ser quien era. Parecía que estaba floreciendo. Las cartas a Meg destilaban seguridad y estaban llenas de bromas. Su ejemplo le dio el valor para alejarse del pub y de su padre, y de los chicos del barrio.

Trabajó en tiendas y fue camarera. Estaba intentando ser la clase de persona que Michael le había dicho que podía ser. Pero perdía el foco en las fiestas, le gustaba ir muy lejos con el alcohol y las bolsitas blancas y lo que venía después, y de pronto estaba liada con un hombre casado. Mucho mayor que ella. Él le puso un piso en el Soho, con el acuerdo de que cuando fuera de visita, ella le pertenecía. Él detestaba la atención que ella atraía, al tiempo que anhelaba la validación que eso le reportaba.

Se hizo amiga de la triste jet set de West End. Las chicas que bailaban en los bares que cerraban a las seis y los chicos que ponían las copas. Pero el vacío de esa vida era agotador.

Tres años fue propiedad del tipo. A veces él le mandaba hombres para que Meg pagara sus deudas. Hasta la noche en que se despertó sola con calambres tan fuertes en el estómago que no podía respirar. Había tanta sangre que estaba segura de que se estaba muriendo. Él le dijo que estaba en camino, que no fuera al hospital sin él, pero nunca apareció, y ella abortó sola. «Demasiado tarde», se quejó él días más tarde. Estaba molesto porque ella no quería follar. *No tiene sentido disgustarse por eso, ¿no?*

La depresión fue como un coma. ¿Cuántos meses habían pasado? En algún momento se dio cuenta de que ya no aparecían las cartas de Michael en el felpudo. Pero aún así, cuando llegó la llamada no le pareció real.

Apenas había llegado a los veinte antes de irse del mismo modo que su madre.

Y en lo más profundo de Meg, la pena se acumulaba. La tenía en las entrañas y en los órganos; le bloqueaba los conductos de aire desde dentro hacia fuera; luchaba por respirar a través del dolor de no haber sido lo bastante buena para mantenerlos con vida. Ni a su madre ni a Mikey, ni siquiera al bebé.

Michael era la mejor parte de su carácter. Y ella le había avergonzado. Le hizo desear no estar emparentados para que la gente lo dejara en paz. No dejaba de pensar en él. Hasta que se dio cuenta de que a veces podías elegir si lo que sufrías era tu fin o tu principio.

Harta de pertenecer a quien la eligiera, le dio la espalda a Londres y se plantó en Edgecliff. Tratando de ser persona.

Reprimió el dolor tanto como fue capaz. Se quedó en casa de una amiga y trabajó en un salón de té y se aferró a la esperanza de que un día tal vez su alma volvería a hablarle.

Meg conoció a Ezra en el pub dos semanas después de llegar a la ciudad. Era casi el final de 1985 y estaba entrando una tormenta desde el mar. El viento era tan fuerte que el propietario del pub había cerrado las puertas. En la televisión que había detrás de la barra habían puesto las noticias locales sin volumen, imágenes de los disturbios de Broadwater Farm, Tottenham: una familia con niños pequeños mirando desde la ventana del piso de arriba, coches en llamas hechos trizas, farolas arrancadas del hormigón y una fila de cuerpos corriendo recortados contra un fondo de un incendio; mientras, en el escenario al lado de los baños, una cantante local

estaba destrozando a Joni Mitchell. Todos estaban preparados para una noche larga.

Parte de lo que atrajo a Ezra de Meg fue la condición salvaje que sentía que emanaba de ella. No se preocupaba por su aspecto, no le importaba lo que le decía a la gente. Era simplemente ella misma. Él nunca había conocido a nadie tan temerario. Y ella sabía cosas que él desconocía. Escritores y grupos y pintores impresionistas. Exudaba el glamour sucio de Londres por los cuatro costados, y a Ezra le parecía totalmente libre. Sin embargo, si la veía como su billete para escapar de la monotonía, no lo había entendido. Ella quería la vida de la que él quería escapar a toda costa.

Para Meg, fue la solidez de él. Parecía inquebrantable y seguro de las cosas. No era fanfarrón o impresionante como otros hombres con los que había estado. Lo notaba, Ezra no era violento. Y no parecía la clase de hombre que castigara a los demás por sus carencias. Le gustaba que él era capaz de reírse de sí mismo. Y que no parecía juzgarla. La dejaba ser ella misma.

Salían a dar largos paseos con la marea baja. Aguzaban el oído para escuchar los pájaros. Se sentaban al lado de la chimenea en su pub preferido. Iban al cine y veían películas en blanco y negro con las señoras mayores. No había sido así con los otros.

Dos meses después de conocerle, dejó la habitación en la que se alojaba y se mudó a vivir con Ezra, en el estudio diminuto que tenía alquilado encima de la verdulería. Cenaban juntos en la cocina, mirando la puesta de sol por la ventana del tercer piso. Antes de darse cuenta, él decía que estaba enfermo en el trabajo para pasar el día en la cama juntos, y Ezra Taylor jamás había faltado a trabajar por enfermedad en su vida.

Pasó un año como si fuera un beso lento.

Cuando finalmente sacaron la cabeza en busca de aire, Meg estaba embarazada y Ezra tenía tres trabajos para mudarse a un sitio que fuera suyo. Estaba decidido a abandonar el estudio.

Repartidor a primera hora de la mañana, luego reparaba lavadoras por las tardes y después de eso llevaba las cuentas de algunos negocios del barrio. Estaba estudiando contabilidad. Quería seguridad. Un futuro en el que todos pudieran creer.

No obstante, Meg no quería nada de eso. Lo único que quería era una vida corriente. Que él fuera suyo y ella de él. Y que eso fuera suficiente para los dos. Pero eso no era suficiente para Ezra.

Y de todas formas, ella estaba cambiando.

Ezra nunca había vivido con una persona que manifestara su angustia tan abiertamente. Según su experiencia, lidiabas con lo que te tocaba lidiar y si las cosas eran difíciles, te lo guardabas para ti. Tampoco le gustaba la forma en que ella bebía. Su padre había sido un bebedor y ver a Meg en las mismas le recordaba cosas en las que no quería pensar. Fue entonces cuando Meg empezó a ocultarlo.

Los dos querían con todas sus fuerzas que funcionara. Pero quererlo no hacía que el amor se manifestara. Así que se casaron.

Después Sarai nació y Meg cayó en una depresión que se tragaba la casa. Era la peor que había tenido. Ezra sentía que todo se le escapaba de las manos. No sabía qué otra cosa hacer aparte de esforzarse más en proveer.

Los oscuros estados de ánimo de Meg eran tan negros, que Ezra sentía que se asfixiaba. Luego, de la nada, su buen humor era tan bueno, de un blanco cegador, y Ezra temía la caída. Así que se replegó. Y la culpaba de la distancia entre ellos. No entendía por qué

ella no se levantaba ni se vestía ni dejaba de llorar. Lo único que él sabía era cómo esforzarse, sentía que ella no lo estaba intentando de veras. Quizá se trataba de una falta de disciplina que la empujaba a hablar con gente que Ezra no veía.

Él siempre le había dicho que no le importaba su pasado. Pero empezó a surgir subrepticiamente en todas las discusiones. ¿Con cuántos hombres había estado? Le preguntaba insistentemente. Ella nunca le había ocultado nada. Pero no entendía qué podía salir de bueno de darle vueltas a cosas que no se podían cambiar.

¿Más de un centenar? ¿Menos?

Uno de cada dos pensamientos de Ezra era una fila de hombres esperando su turno.

Para entonces ya había obtenido el título y había encontrado un buen trabajo. A los veintiocho años tenía mujer y una hija, y se las había arreglado para trasladar a su familia a una casa mejor de la que nunca se habían podido permitir sus padres. Las noches hasta las tantas y los madrugones y las mil horas trabajando habían valido la pena. Los hechos de su vida se correspondían con la felicidad. Pero no se sentía feliz.

Estaba seguro de que al final Meg saldría de sus extraños estados de ánimo. Que cuidaría de la casa como había hecho su madre, a pesar de su trabajo agotador y su marido difícil. Pero se estaban hundiendo en una ola de caos y desorden y no le gustaba lo que eso decía de la clase de persona por la que podría tomarle la gente.

Consiguió un trabajo mejor y se convirtió en uno de esos trabajadores que iban y venían cada día. Ida y vuelta a Londres cada día.

Fue entonces cuando comenzó con las otras.

La culpa que sentía le devolvía a Meg con una ternura nueva. Por un instante dio la sensación de que habían superado el bache y ella se quedó embarazada de Rothko.

Durante el embarazo, Meg había estado tan completamente volcada en lo que sucedía en su cuerpo que Ezra se descubrió sintiéndose celoso y abandonado. Se volvió descuidado. Empezó a dejar caer pistas de las otras mujeres a las que veía. Como si una parte de él deseara que le pillaran. La parte de él que necesitaba tanto la atención de su mujer, que no le importaba hacer lo que fuera para conseguirla.

Pero cuando ella le echaba en cara las señales que él dejaba para que ella las encontrara, se ponía a la defensiva; le decía que era su culpa, que ella lo había apartado. Que cualquier hombre en su posición hubiera hecho lo mismo. Que a fin de cuentas solo era sexo. No significaba nada. Le prometió que de todas formas ya había terminado. No habría más mentiras. Tenían una familia en la que pensar.

Las niñas estaban cada día más mayores. Tenían una casa bonita en una ciudad de mar. Ella deseaba que su madre hubiera vivido para conocer a sus hijas. Lo tenía todo. Ella sabía que lo tenía todo. Quería a su marido. Pero era como si él no viera que ella pasaba sus días defendiendo su casa del caos creciente; no le prestaba atención a la batalla constante que ella libraba con la limpieza, el constante hacer, cortar, frotar, el agotador e interminable trabajo de días que empezaban con alguien que la llamaba a gritos y terminaba con un sueño a regañadientes, que eran minutos robados más que horas.

Sarai necesitaba atención constante, su *sí, te veo, te estoy mirando*, era incapaz de jugar sola, necesitaba a Meg allí mirándola

a todas horas, como si temiera que si su madre no estaba para mirarla desaparecería. Luego estaba el bebé, que lloraba para que la cogieran, lloraba para que la cambiaran, gateaba hacia todos los peligros; tendiéndole las manos; mordisqueando, comiendo y tironeando de ella sin cesar. Los dedos, la ciénaga de sus cuerpos consumados, las urticarias, los arañazos, la caca y el pis y el vómito, el hambre, su pelo que había que cepillar, sus barbillas que había que limpiar, su ropa cubierta de barro o comida o pintura, las paredes que protestaban por el peso de la lavadora, los platos apilados, las cosas sucias cubiertas de mugre, todo lleno de flemas, todas las superficies pegajosas al tacto, puré de patatas por todo el suelo. «Es normal», le dijo él, «¿qué clase de mujer no puede sobrellevarlo?». Es la vida. «La vida normal». Pero ella no estaba hecha para eso. No se merecía ser feliz y nunca lo sería. Estaba demasiado sucia para que le fuera tan bien. Realmente era vergonzoso cómo se había dejado llevar. Prueba de lo estúpida que era. Permitirse creer que la pequeña Meg Wrennal podría ser amada de veras. Y si al menos una vez él hubiera llegado a casa y se hubiera dado cuenta, al menos por una vez, de la cantidad de cosas que ella estaba haciendo.

Pero él no se daba cuenta de nada. Callado. Fingiendo que no estaba callado, de modo que si ella era la que preguntaba qué pasaba, sería ella quien habría empezado.

Y se estaba volviendo mezquino.

Naturalmente, él se había dado cuenta de que ella se ponía tensa cuando la tocaba. Ella decía que le había perdonado, pero era ella la que siempre sacaba el tema. Él no podía dar un paso en falso sin recibir una bronca. Cada vez que llegaba a casa, ella parecía

despreciarlo un poco más. No había sonrisas para él ni palabras cariñosas, ya no había bromas entre ellos, ni risitas robadas por encima de las cabezas del caos que habían creado. De repente, no eran un equipo. Él lo había notado. Era consciente de eso. Pero pensó que era culpa de ella porque siempre estaba enfadada con él. En lugar de culpa suya por darle motivos.

Ella se estaba esforzando, pero él nunca estaba satisfecho, o había cocinado de menos o se había arreglado de más. La comparaba con las otras mujeres con las que estaba con insinuaciones veladas y le hacía sentir que se estaba volviendo loca. En su desesperación por ser lo que él quería que fuera, ella perdió por completo el sentido de quién era. Volvió a soñar con su madre en la bañera. Un sueño recurrente que había dejado atrás cuando lo conoció. Él siempre estaba enfadado con ella. Siempre estaba molesto. Siempre la fiscalizaba. A ella le aterrorizaba enfadarle. Estaba obsesionada y ansiosa. Ocultaba las botellas vacías. La acechaban cosas que no estaban allí.

Por miedo a perder la cabeza para siempre si se quedaba un minuto más en su casa, se marchó.

Rothko tenía cinco años. Una pequeña grandullona. Era como el tocón de un árbol. Sarai tenía ocho y ya había crecido. Meg las dejó allí, en la acogedora casa de Ezra con su acogedor sueño para sostenerlas. Ella le creía cuando él le decía que no se merecía el tiempo que le había dedicado.

Al principio se quedó con amigos. El plan era recomponerse y buscar una casa y luego las niñas podrían ir a vivir con ella. Pensaba que se las arreglarían. Custodia compartida. Podría haber ido de

muchas maneras. Las parejas lo hacían todo el tiempo. Pero Ezra estaba dispuesto a castigarla, a hacerle pagar por haberle dejado.

Él volcó todo el poderío de su energía en el juicio. Él era percibido a primera vista como profesional y respetable, mientras que ella era claramente inestable. Una bebedora. No se podía confiar en que tomara su medicación. Ella carecía de la seguridad en sí misma para responder a su campaña con un ataque. No quería sacar las aventuras ni escarbar en la basura para montar un escándalo con cotilleos. Lloriquearle al juez del tribunal de familia. Ella solo quería vivir en su cuerpo, sin sentir que ese cuerpo le pertenecía a un hombre que la odiaba por tener una mente que no funcionaba exactamente como él creía que debería funcionar. Y estaba cansada.

Le dieron la custodia exclusiva a él. Ella se quedó con la bebida.

Y un año después, él consiguió una orden judicial que le revocaba el derecho de visita.

En Edgecliff, cualquier persona que bebiera no estaba lejos de ser alcohólica. O pasar de alcohólica a las aflicciones más duras, densas y sucias que rondaban en los márgenes de las farras.

Ezra invitó a su novia a vivir unos meses después de que Meg se marchara. Wendy era tan distinta a Meg. Amable con él e interesada en las cosas que él decía. Juntos pusieron sus miras en la felicidad, que para Ezra siempre había tenido el mismo aspecto. Una casa limpia, una mujer sonriente, unos hijos simpáticos, un buen trabajo. Pero había caído algo oscuro en su sueño.

Y lentamente, Meg Taylor se convirtió en una cara habitual. Parloteando por la mañana sobre planes urgentes, con una lata y un cigarrillo de liar en su puño huesudo. Consiguió un habitación en la

planta de arriba del pub donde bebía la mayor parte del tiempo, tenía trabajos esporádicos para complementar el paro.

Tras una buena borrachera, una noche pantanosa en Edgecliff, Meg se encontró la parte de arriba de una mesa de billar en la calle y la llevó a rastras al pub con un par de monopatines.

Ella y los colegas con los que bebía acabaron bajándola al sótano, lo cual significó que tenían su pequeño antro after-hours para beber.

Simplemente pasó. No fue nada extraordinario. La coca se había terminado y alguien sacó la pipa. Le llegó y ¿por qué no? Más vale disfrutar la vida. La mayoría de los días, en su cabeza no había más que gritos.

NUEVE

Rothko se dirigía a casa. Las tiendas estaban cerradas. Todo estaba en silencio. La calle vacía estaba iluminada por farolas que proyectaban la luz en nubes de lluvia silenciosa.

Acampada en una entrada, Rothko vio a una mujer de rasgos angulosos, encorvada, envuelta en tristeza. El dolor brotaba de ella como dos enormes alas. La mujer vio a Donovan y se iluminó.

«¿Todo bien?», la saludó Rothko reduciendo el paso.

«Qué perro tan bonito». Admiró a Donovan.

«Sí, es adorable».

«Yo tenía uno. Parecido. ¿Qué es, Rottweiler/pastor alemán?».

«Es de todo. Es una mezcla».

«Es muy guapo. ¿Es amistoso?». No llevaba zapatos y tenía los pies muy hinchados. Uno de ellos, se fijó Rothko, parecía infectado. No estaba muy lejos de perderlo.

«Sí. Es un amor. Se llama Donovan». Donovan oyó su nombre y se acercó a investigar. Olisqueó el aire alrededor de la mano extendida de la mujer. Ella le dio una caricia suave. Él se quedó muy cerca de ella, de lado, le ofreció la espalda para que se la rascara. Ella le peinó con los dedos, él se dio media vuelta y le frotó la nariz.

«Ay. Es muy bueno. Perro adorable», dijo ella, riendo. «¿A que eres bueno?». Él aulló para darle la razón. Todes estaban disfrutando. Pasó el tiempo. Donovan era delicado con ella. Ella le

sopló el aliento cálido en la cara, él estornudó y sacudió el morro, acercó la nariz a la de ella. Tenía la cara cubierta de costras y cortes y los ojos rebosantes de vida.

«¿Cómo te llamas?», preguntó Rothko.

«Constance». Rothko asintió pero ella no le preguntó el suyo. Volvió a mirar a Donovan.

«Le gustas».

Ella se rio. «Atraigo a todos los perros, tesoro».

«¿Cómo estás?», preguntó Rothko.

«¿Yo?».

«Sí».

Se encogió de hombros. «Tengo frío. Ha sido duro esta noche». Le sonrió a Donovan. «Pero no te preocupes. Te acostumbras».

«¿Cuánto te falta para entrar esta noche?».

Ella se lo pensó. «Necesito otras nueve o diez libras. Pero hoy no puedo bajar, no con el pie así. Y qué hora es. De todas maneras no te dejan entrar a menos que te hayan visto tres noches seguidas. No se puede ir a ninguna parte. Ahora mismo somos tantos que no saben qué hacer con nosotros».

«¿Más de los habituales?».

«Da esa sensación».

Rothko se llevó la mano al bolsillo. Sacó tres billetes de veinte del fajo que tenía en la cartera y se los ofreció».

«Entonces cómprate un saco, o una botella o lo que sea, y un par de noches a resguardo, ¿lo harás?».

Constance miró los billetes. «¿Seguro, colega?».

«¿Puedes ir a un centro de salud o algo por el estilo? Para el pie».

Ella se estremeció. «Oh, no. Odio los hospitales». Sacudió la cabeza. «No puedo hacerme eso a mí misma».

«A mí tampoco me gustan. Pero, de verdad, no tiene buena pinta».

«Lo sé, lo sé». Ella bajó la vista. «Iré, sí». Rothko, todavía sujetando los billetes, los agitó en dirección a ella. Constance los cogió y se los guardó en el bolsillo. «Gracias». Levantó la cara hacia la lluvia. «¡Gracias!». Ella sonrió y Rothko vio la niña en ella. Donovan movió la cola. Constance extendió la mano y Rothko se la sujetó, con fuerza. Vio lo rojos que tenía los nudillos. Las venas todas muertas. Les estaba cayendo la lluvia encima y se soltaron las manos.

«De nada», dijo Rothko. La estaba mirando a la cara, pero era difícil de interpretar. Sus ojos estaban lejos. Ella tenía el dinero en el bolsillo y eso significaba lo que significaba. «Buenas noches, Constance». Rothko continuó andando. «Valor».

«Dios te bendiga, hermana. Buenas noches», gritó Constance a su espalda. Rothko se tragó la irritación y siguió adelante, hasta que oyó su voz gritando. «Eh, colega». Rothko se dio media vuelta. «Colega. ¿Eres una chica o un chico?».

Rothko sonrió y dijo poco a poco. «No lo sé. Quizá soy las dos cosas». Y se encogió de hombros con los brazos levantados en un gesto que abarcaba la calle, la lluvia y el sinsentido de todo.

Constance asintió. Alegre. «¡Bien por ti!».

Rothko caminó hacia ella. Serie de nuevo. «Escucha. Constance. Escúchame». La voz se le elevó en el pecho. «Cuando te ignoran. O cuando te miran como si fueras una mierda, como si fueras menos

que nada. Te lo digo». Rothko era presa de la intensidad. «No durarían ni un minuto. Si tuvieran que pasar por esto».

«Sí, claro, colega». Ella desdeñó lo que decía con un gesto de la mano.

«Ni un día. Aquí fuera, así». Rothko señaló la manta mojada. El cartón roto.

Constance estaba frunciendo el ceño. Abrió la boca desdentada en un breve trance. Magullada e hinchada, sucia, con una vida agotadora, los ojos cansados. Luego se empezó a reír. Una risa profunda, con textura, que salía de lo más profundo, hasta que se convirtió en una tos cargada de flemas. Rothko se volvió a encoger de hombros. Se marchó.

«Estás peor de la cabeza que yo». Constance le gritó a la espalda cuando giraba la esquina. Observó el espacio que elle había ocupado durante un rato, con el puño sonriendo alrededor de los billetes que tenía en la mano.

DIEZ

Angel Douglas estaba intentando sentarse, pero el peso de la estancia seguía aplastándola hacia abajo. Estaba tumbada en la cama, con la cabeza apoyada en la pared. Estaba desnuda con la manta enredada en las piernas.

Trish, con su calzoncillo blanco Calvin Klein, ocupaba el sofá de dos plazas. Le colgaban las piernas por el apoyabrazos y tenía un brazo detrás de la cabeza. El otro sujetaba una botella de oporto entre las tetas. La tele estaba encendida.

¿Era de día o de noche? Angel había perdido la noción del tiempo por completo.

La cama estaba al lado de la ventana, pero las cortinas bloqueaban el mundo. Pesadas, de satén mate. Azul oscuro. Trish las había conseguido en el mercadillo de los martes. De vez en cuando, Les, del puesto de ropa, recibía el vaciado de un piso y Trish iba a la caza del tesoro, un fedora negro, una corneta y unas cortinas de satén. Todo por diez libras.

Angel oía el golpeteo de los platos en el fregadero del vecino. Explosiones en la tele. Disparos de ametralladora. Alguien gritando «¿Qué? ¿Cuál es el puto problema ahora?».

El techo se estaba hinchando. Había manchas alrededor de la lámpara. Los pétalos de las rosas de escayola se habían vuelto

marrones. Los muelles húmedos cedieron debajo de ella cuando se giró en la cama mohosa para coger la cerveza.

Estaban retransmitiendo gimnasia artística, Trish pagaba un plus por los deportes.

«¿Quieres otra?», preguntó Trish sin mirarla.

Angel comprobó por dónde estaba la lata agitándola y dijo: «Venga».

Trish fue hasta la bolsa que había debajo de la mesita de centro, abrió una cerveza y se la acercó. Angel terminó la que tenía en la mano, dejó la lata en el suelo y aceptó la nueva. Trish se hizo sitio con una mirada. Angel desplazó la tripa y las caderas hacia la ventana y Trish se sentó en el borde de la cama. Se sujetó una pierna contra el pecho, con la barbilla sobre la rodilla, la otra pierna colgaba por el borde, los dedos del pie apoyados en el suelo. Los ojos en la pantalla. Era tan guapa, pensó Angel. Tan distante y nada imponente. No como Ruby.

Los amigos de Ruby llevaban todos los bares de la ciudad. Dirigían restaurantes y galerías de arte y tiendas de ropa de segunda mano. Todos estaban cansados de sus vidas, y desesperados por algún cotilleo que validara la depravación de sus elecciones sensatas.

Así, esa tarde, después del Shipwright, se escabulleron a un lugar donde nadie las viera. Se refugiaron en la habitación de Trish, como hacían una vez cada dos semanas. Además, buscaban momentos juntas tras las puertas cerradas en el trabajo. Angel sabía que le gustaba más a Trish de lo que a ella le gustaba Trish. Lo cual le daba mucha satisfacción. Aceptar ser otra persona, a los ojos de otra persona que pensaba que era una persona distinta, lo cual significaba que podía ser una persona distinta.

Trish no sabía que, en el fondo, Angel no era nadie en realidad.

Solo Ruby sabía eso.

En la tele, estaban en las barras paralelas. Los gimnastas hacían cosas milagrosas.

«Yo hacía gimnasia artística», dijo Trish.

«No me sorprende». La voz de Angel estaba cargada. Las palabras salieron como una sola. Llevaban horas dándole. Luchó contra el peso que le oprimía el cerebro pero ya no estaba segura de nada. Hacía mucho tiempo que no hacía una maratón como esa. Pero Trish y sus preciosas escápulas, derrumbándose debajo de ella… Quería aplastarla, destrozarla, hundir la cara entre sus muslos y arrastrarse ante ella y ponerla de rodillas como si todavía estuviera lo suficientemente viva para sentir eso.

Ruby en el baño, sentada en la tapa del retrete mientras Angel se depilaba con una cuchilla las axilas en la bañera, diciendo «Creo que, sexualmente, no estoy aprendiendo nada nuevo contigo. No siento que estemos creciendo…».

«En realidad, yo quería hacer ballet. Pero no teníamos dinero para eso. Así que en su lugar hice gimnasia artística». Trish se llevó la rodilla al pecho con delicadeza y dejó escapar un leve suspiro. «Me encantaban las bailarinas».

«Hubieras sido una buena bailarina», le dijo Angel, y lo decía en serio. «Eres perfecta para el ballet». Se imaginaba a Trish, de joven. Veía la parte de ella que ya estaba presente por entonces. La calma feroz de sus ojos y esa manera suave de caminar con zancadas largas y la dulzura en ella, que todavía no se había agriado. En la tele, un hombre estaba haciendo el pino en el aire, sujetándose en dos anillas de madera.

«Qué cosa tan loca de la que ser el mejor en el mundo». Angel lo admiraba. «Es tan específico».

«A mí me encantaba».

«¿Competiste?».

«Podría haberlo hecho. Pero… era una época extraña». Angel nunca había preguntado, pero sabía que a Trish le había sucedido algo de joven. A veces era muy infantil, como si hubiera dejado de desarrollarse a los ocho años. Angel tenía mundo suficiente para saber lo que eso solía significar en una persona.

«¿Todavía puedes hacer gimnasia? ¿Alguna cosa?».

«Claro que puedo, bebé». Trish rio. Se puso de pie para intentar hacer un spagat. «A veces», dijo, deteniéndose con las piernas separadas, incapaz de bajar un centímetro más, riéndose de lo imposible que era, pero sin abandonar la postura. «A veces pienso en si hubiera aguantado». Lo intentó de nuevo, fracasó otra vez. Lo intentó de nuevo, bajó un poco más. Puso cara de dolor. Las dos se rieron. «Si hubiera aguantado, ahora estaría retirada». Trató de bajar más en los spagats, pero se le frenaban los pies en la moqueta rugosa y se balanceaba en calzoncillos, buscando el equilibro.

«Dejé de ir a los nueve, creo. Pero lo echaba mucho de menos. Acabé apuntándome al equipo de netball como consuelo en el instituto. Pero me pillaron practicando sexo oral con una compañera de equipo después del entrenamiento». Se reía de ello. «Jeyda. Ah, si la hubieras visto, Angel, era preciosa». Todavía seguía en la postura. «La señora Lyle. Ahí se acabó todo… La odiaba. Nos pilló en el vestuario». Se apretó los pulgares por el esfuerzo que le suponía reírse mientras hacía memoria. «Anda que no se quedó el rato suficiente para echar un buen vistazo. Luego nos expulsó del

equipo». Volvió a ponerse de pie, fue a por su botella. «Putos homófobos». Bebió pensativa. «En esa época todo el mundo era homófobo, ¿no?».

Angel se giró y se tumbó boca arriba. «Yo era homófoba». Al confesar su tono era apagado, abrazándose mientras hablaba. Con la mano en la axila, cerca del corazón. «Una vez escupí a una persona. En un bus». Trish se estremeció. Angel asintió. «Por besar a su novia».

Trish la observó, había compasión en su ceño fruncido. «Amor».

«Ojalá pudiera decirle que lo siento».

El tosco cuerpo de Angel se hundió en la tosca cama y Trish notó los toscos ojos de Angel dirigirse a ella y que la habitación caía bajo su peso. El aliento abandonó su boca, volvió a la cama y se movió lentamente, cargando con el peso. Trepó para sentarse a horcajadas en las caderas de Angel y recorrió la extensión de su cuerpo con la mirada y Angel alargó los brazos para atraerla hacia ella, la aplastó contra su pecho y las hizo girar y Angel sintió a Trish debajo como si fuera arenas movedizas, como si cayera por un acantilado de arena, como si tratara de escalar una pared derrumbándose, o como si quisiera subir corriendo dunas móviles, sus ojos eran pozos oscuros de rabia silenciosa, estaba tan hambrienta de sentir y se restregaron, se hundieron profundamente la una en la otra, empujaron y guiaron y aplastaron y apretaron y dieron y al final cedieron porque ¿por qué no sentir? ¿Por qué no sentir todo eso?

Hasta que se quedaron tumbadas juntas, mirándose en silencio a la cara, la sensación en el aire era de tiempo agotado, sabían que no faltaba mucho antes de que Angel tuviera que volver con su novia. Tenían que conformarse con el momento. Nada de planes de fin de

semana, ni con amigos, ni de irse a vivir juntas, ni de paseos por la playa al atardecer, ni de comprar entradas para conciertos. Tenían las frentes cerca, la oscuridad suavizada por las lámparas de noche. Trish lo sintió y se decidió. ¿Por qué callárselo? No podía hacerle más daño de lo que eso ya se lo estaba haciendo a su corazón.

«Te quiero». Lo susurró.

Angel le sostuvo la mirada y miró en lo profundo de sus ojos, y lo que Trish leyó fue que Angel sentía lo mismo. Pero no podía decírselo de vuelta. Por Ruby. Angel le dedicó a Trish su expresión más soñadora, como si para ella eso fuera la tortuosa conexión de una pareja señalada por el infortunio, que descansaba junta, a centímetros de distancia, respirando el aliento la una de la otra, en la agonía de su última hora juntas. Pero lo que Angel pensaba de veras mientras miraba a Trish a los ojos era lo simple que era esa persona. Lo fácil y boba y fea y blanda que era, lo complaciente, lo poco compleja, lo infantil y típica, y estúpida. Lo había arruinado todo. Qué aburrido. Qué vomitivo tras ese hecho.

Debía de ser la hora de cierre de los pubs, se dio cuenta con preocupación Rothko. Mantuvo la cabeza baja al pasar al lado de un grupo de hombres. «Nunca te hubieras atrevido», estaba diciendo uno de ellos. «¡No lo habrías hecho en la vida!».

«Lo habría hecho. ¡Fue tu culpa! Si tú no hubieras…». Los tíos se acercaron. Uno de ellos, de treinta y pocos, con entradas, sin abrigo a pesar del frío, en una camiseta de manga corta dos tallas demasiado pequeña, con los bíceps a la vista para una noche en la ciudad, vio a Rothko y dejó de caminar. «¡Molly!». Que se detuviera

gradualmente hizo detenerse a los otros, y el grupo más o menos se reunió. «¡Molly Taylor! ¡Soy yo! ¡Lee Maguire! ¿Te acuerdas de mí? Solía comprarte maría». Rothko dejó de andar, lo miró. Era algún chaval del instituto probablemente. ¿Tal vez el hermano pequeño de alguien?

«¿Cómo te va la vida?», preguntó Lee excitado. Chillando. «Han pasado AÑOS, ¿no?». Sus amigos se dieron la vuelta para encender cigarrillos y encontrar algo mejor que mirar. Lee se acercó un paso. «Ya estás fuera, ¿no? No te he visto por aquí, pensaba que me habría encontrado contigo». Lee miró a su alrededor, bajó la voz. «Me enteré de lo que pasó». Rothko no recordaba haber visto antes a esa persona.

Donovan gimió, reaccionando a la incomodidad de Rothko, y se pegó a sus piernas.

Lee vio que sus colegas se alejaban. «¿Todavía estás cumpliendo condena?», preguntó.

«No. No». Rothko negó con la cabeza. Se alejó.

«Bueno, me alegro de volver a verte», dijo Lee. «¡Buenas noches, tía!». E hizo una reverencia exagerada y se fue a alcanzar a sus amigos. Rothko los oía hablando a voces, bebidos, mientras se alejaban en dirección contraria.

«¿Quién era esa, capullo?».

«Era Molly Taylor».

«No, ¿era ella?».

«¿Por qué? ¿Quién es Molly Taylor?».

«¿Os acordáis de esa yonqui, hace años, que le pegó una paliza a un viejo? ¿En su casa? Iba a Edgecliff Green, en el curso de mi hermano.

«¿Era ella?».

Y otro riéndose dijo: «Su madre me la chupó una vez por diez libras». Y todo el grupo se echó a reír. Se partían.

«Jase, me das asco. Eres un puto asqueroso».

«Diréis lo que queráis, tíos, pero os lo digo: es mejor cuando no tienen dientes».

Rothko aceleró, mientras fantaseaba con todo detalle con volver corriendo y matarlos a hostias. Con romperles la cabeza contra el asfalto. Con patearles la cara hasta que no les quedara cara.

«No tiene sentido enfadarse». Casi podía oír a Meg diciéndolo. «La gente así lleva las vidas más miserables que se pueden llevar. Porque ni siquiera saben lo miserables que son». Solía guiñarle un ojo y darse un golpecito en la cabeza y luego señalaba a Rothko y decía: «Creen que se lo están pasando bien. Pero nosotras sabemos que no. ¿Verdad, cariño?».

Rothko echó a correr. Hacía mucho que no corría, era incómodo, pero siguió, obligándose a hacer el esfuerzo, hasta que la rabia que le atenazaba comenzó a diluirse. Finalmente, llegó al solar. Con la cara roja. Donovan iba a su lado, zancada a zancada, y elle se detuvo en la puerta para recuperar el aliento.

No había seguido a esos chicos para empezar una pelea.

No.

Había corrido en dirección opuesta.

Sentía que había otra persona dentro de elle, enterrada debajo de todo ese tiempo, abriéndose camino hacia la superficie y tratando de captar su atención. Era como si esa persona fuera elle, pero no como elle era en ese momento. Se parecía más a como era cuando era pequeñe. Había algo dulce en la sensación. Dulce como solía ser

con Dionne. Probablemente ella era la única que había visto esa dulzura en elle en la vida. Excepto quizá Fletcher.

Se preguntó si Fletch habría vuelto de su tour ya. Le sonaba que volvía ese fin de semana.

Lo había echado de menos. Y quería verlo. Él hacía que todo fuera divertido y estuviera bien.

ONCE

De vuelta en el terreno, Donovan paseó tranquilo hasta la cocina de la fábrica en busca de restos de la cena y un lugar caliente en el que echarse. Rothko vio la luz de Fletcher y llamó a la puerta.

Fletch abrió y asomó la cabeza. «Capitán Rothko con una ballesta». Una referencia a Dizzee Rascal como si nada, como siempre.

«¡Ey, colega!». Apoyó la cabeza sudada contra el acero frío de la caravana, observando el vaho de su aliento en la noche. «¿Cuándo has vuelto?».

«Acabo de llegar. Estoy jodido. ¿Qué estás haciendo?». Su voz sonó ronca.

«Nada». Rothko lo envolvió en un abrazo.

«¿Has estado bien?», le preguntó Fletcher a su hombro.

«Sí, colega. Todo bien». Dejó pasar un segundo antes de decirlo. «Pero te he echado de menos». Y Fletcher se rio con su carcajada estridente mientras se separaban.

«Oooh. Qué bonito. Yo también te he echado de menos, colega». Ronco como estaba, y con gallos, su voz seguía llena de música y Rothko sentía alivio de volver a estar cerca de él. Él estaba tan cómodo en su piel, que hacía que Rothko se sintiera cómode.

«¿Qué estabas haciendo? ¿Te ibas a la cama o…?».

«¿A la cama? Nunca. Estaba fingiendo que deshacía la maleta. Pasa, pasa».

Rothko le siguió dentro. «Entonces ¿cómo te ha ido?».

Más cerca, a la luz, Rothko se fijó en que Fletcher parecía cansado, harto de la carretera, con la mirada vacía de la comida basura y la falta de sueño. «Ha ido bien, sí», dijo él. «Pero me alegro de estar en casa».

La caravana olía a humedad, a cerrado e incienso pasado. No había mucho espacio para moverse con el pedal y las cajas. Fletcher estaba en proceso de guardar el bajo en su sitio especial, una estantería construida ex profeso sobre la cabina. Metió la mano en la bolsa de mensajero y sacó dos cervezas. Le pasó una a Rothko, y luego se acordó y le tiró una botella pija de té verde con zumo de fruta. Rothko le echó un vistazo. «Está buenísimo», se lo vendió Fletcher. «¿Qué puedo decir? Me he gentrificado. Y me gusta».

Se sentaron en los extremos de la cama. «Pero no está lo bastante frío. Lleva en la carretera desde anoche. Como yo». Rothko giró la botella que tenía en la mano. «Un laaaargo camino». Fletcher se desplomó en la pila de cojines, estiró las piernas. Sintiendo el suelo quieto después de tres semanas en movimiento. El espacio reducido tras la compañía de los otros músicos del grupo. En algún lugar a lo lejos pasó algo, y la gente aplaudió.

«¿Cómo ha estado?», preguntó Rothko. «Me gustaría viajar así. Ver todas esas ciudades». Fletch lo pensó; las horas en la caravana, mirando sus mensajes. La espera en lugares muertos. Beber. La carne gris y la lechuga marrón y el café aguado. Drogas baratas de promotores pesados. Musiquita de un teléfono en un vestuario sin ventanas. El resentimiento fangoso de un público reacio. El letargo

expectante y silencioso de los coleccionistas de discos. El zumbido en los oídos y los amplificadores estropeados. La búsqueda de sexo en el bar después. Luego, de vuelta en la furgoneta, enfermo y agotado. Esperando a que pase el viaje para volver a empezar.

«Ha estado bien», dijo Fletch. «Mucha gente. Bailando. Así…», dejó la frase en el aire.

«Eso debe de ser una locura».

«Hemos hecho veinte conciertos en veinte días». Fletch exhaló un cubo de aire de los pulmones.

«¿Eso es mucho?».

Se rio con un resuello cansado. «Sí, chaval», dijo él. «Es mucho». Se sacudió un rizo con una mano en el aire. Rothko observó a su amigo de vuelta. Impresionade. Parecía tan completo y tan en casa consigo mismo.

«¿Puedo preguntarte algo?». Fletch esperó a que dijera más, con las cejas levantadas como diciendo *sí, por supuesto*. «¿Siempre lo supiste?». Y Rothko miró a Fletch y luego no miró a Fletch con un dolor en los ojos que era inconfundible. «Que tú, en plan…». Se calló. Fletcher vio cómo se apretaba las rodillas, pellizcando puñados de sus vaqueros. Rothko se sorprendió fabulando y se echó a reír. «Perdona», dijo. «Me refería a…».

El rostro de Fletcher se abrió mirando a su amigue. Más o menos se esperaba una pregunta así, y alargó la mano para darle un empujón a cámara lenta. «Sí», le dijo. «Siempre lo supe». Se reacomodó en la cama. Dobló una pierna y la subió hasta el pecho, apoyó el brazo sobre la rodilla. «Lo gracioso es que fui al médico a los dieciséis. Lo cual, lo creas o no, fue hace mucho tiempo, y las cosas por entonces eran simplemente… imposibles. Así que me

obligué a olvidarlo. Lo hundí a pisotones. Pero poco a poco volvía a emerger». Extendió las manos y recorrió su cuerpo desde el suelo hacia el pecho, hacia la boca. «Para cuando llegó aquí, solo tuve que dejarlo salir. No podía retenerlo más». Rothko asintió. Escuchando. «Tenía veintiséis. Veintisiete. Veintiocho y seguía reemergiendo. Pensé que llegaba demasiado tarde. Creí que las hormonas no funcionarían en mí. Que mi vida se desmoronaría si le decía algo a alguien. Que era mejor ser un desgraciado para siempre que correr el riesgo de enfadar a mi familia. De perder mi trabajo. De perder a mis amigos. Pero no podía seguir fingiendo».

«Pero ¿cómo supiste que era el momento?».

Fletch se frotó la parte de atrás de la cabeza, sonrió al pasado. «Es una locura pensar en ello ahora, es como si fuera una persona diferente. Me había dado la espalda por completo a mí mismo. Estaba… paralizado. Como completamente desconectado de mi cuerpo. Actuaba de forma mecánica».

Rothko negó con la cabeza sin dar crédito. Porque lo que Fletcher estaba describiendo era tan distinto de lo que Rothko pensaba de Fletcher, y de hecho sonaba más a como Rothko se sentía respecto a sí misme.

«Creo que lo que realmente pasó fue que perdí a tres personas cercanas a mí en el mismo año. Murió mi madre, luego murió mi abuela, y después murió une de mis mejores amigues que conocía de toda la vida. Así que pensé que la vida era demasiado corta. Yo. Yo no quería irme a la tumba sin haber vivido nunca un día de mi vida».

Rothko sintió el escozor de las lágrimas, trató de detenerlas. «¿Y entonces qué pasó?».

«Yo pasé», dijo él. Escudriñó a Rothko. «Y finalmente, tras casi cuarenta años de vida, estaba vivo. Y la depresión». Fletch negó con la cabeza. «La cosa. El secreto con el que había cargado toda mi vida», señaló a Rothko con la cerveza, «por fin empezó a desvanecerse. Y pude ponerme en pie». Rothko buscó su mirada, y se miraron a los ojos. Fletcher vio el dolor que había allí y asintió. «¿Por qué preguntas, colega?».

Rothko dejó caer los hombros bajo el peso de lo que no sabía cómo explicar, su encogimiento era tan triste que hizo que Fletcher corrigiera su postura para animarle. «Me hace», empezó. Fletcher se quedó muy callado y esperó mientras Rothko buscaba las palabras. «Simplemente lo siento muy hondo dentro de mí. Y yo. Es como. Creo…». Comenzó de nuevo. «Te miro y pienso. Ni siquiera sé cómo lo hiciste». Guardó silencio, se mordió el lado del pulgar. «¿No es duro? ¿Ser…?». Pero Rothko ni siquiera podía decir la palabra. Le daba demasiado miedo y estaba fascinade con ella y ¿si no le pertenecía?».

Fletcher se rio con dulzura y dijo: «¿Qué, trans? No, colega. No es duro. Es más duro no ser trans si lo eres. ¿Sabes qué quiero decir? Es más duro mentirte a ti mismo y sentirte atrapado en un cuerpo que no es el tuyo. Pero no, ser trans es maravilloso. Del mismo modo que ser cis es maravilloso. Porque estar vivo es maravilloso. Cuando estás vivo, es la hostia. Puedes follar, puedes bailar, puedes ir a trabajar, puedes ir a la puta oficina de correos, puedes sentarte en una habitación solo. Y no duele».

El aire suave de la caravana amplificó el momento.

«Me refiero a que sigues siendo tú. Te siguen molestando las mismas cosas. No dejas de ser un capullo por arte de magia con las

cosas que siempre has sido un capullo. Tú, por ejemplo, seguirás siendo extraño e hipersensible. Pero también serás más tú. No sé si tiene sentido.

Fletcher cambió de posición para mirar de frente a Rothko. Luego Rothko hizo lo mismo.

Parecían niñes, sentades une frente al otro en la cama de Fletcher. Con las piernas estiradas. Era mono. Rothko volvió a intentarlo. Habló lentamente. «¿Puedo preguntarte qué eres tú, Fletch? ¿Un hombre trans, es eso? ¿Un trans masculino?».

«Sí. Puedes decirlo, está bien».

Las palabras eran nuevas en su boca, saladas y húmedas como comer una ostra por primera vez, con miedo, con miedo de hacerlo mal. «En la cárcel, había mucha gente que pensaba que era como yo. Había muchas butches en mi ala. Nos llamaban kings y daddies. Muchas chicas decían que éramos sus hombres. Pero no significaba…». Se perdió y no encontró la manera de acabar la frase. «¿Sabes qué quiero decir?». Fletcher esperó con elle. «Pero no había nadie que fuera realmente como yo. Que se sintiera como yo me sentía. Yo también llevo cargando la cosa toda la vida». Dirigió la mirada a Fletcher. «No sabía qué me pasaba». Fue un alivio decirlo. Pero dolía. «Ojalá lo hubiera sabido. Tengo la sensación de que si hubiera tenido un nombre para lo que me pasaba a los quince años en lugar de a los treinta y cinco, toda mi vida habría sido de otra manera». La cara de Rothko se entristeció.

Fletcher se tomó un momento antes de responder. Esperó a que Rothko le mirara a los ojos. «No te pasa nada», dijo con su voz profunda y amable. «No es que Rothko tenga una enfermedad.

Tienes disforia. Necesitas curarte. La cura es la transición. La cirugía. La testosterona. Luego tendrás una vida feliz y normal».

Rothko miró la cara de Fletcher. Fletcher sacaba las palabras de la tierra bajo la caravana. «Esas cosas pueden ser cosas que quizá quieras y tal vez necesites. En algún momento. Pero también puede ser que no. Y no saberlo no es un problema». Rothko se estaba sonrojando. Las lágrimas ardían en las comisuras de sus ojos. «No estás enferme, colega. Eres hermose». Fletcher dobló las piernas y se abrazó las rodillas. «Es el mundo de ahí fuera el que está enfermo. El mundo que dice que la gente como nosotros no existe o que está mal o no es natural. Esa es la cosa que necesita tratamiento y sanar. No tú, amigue». Apoyó la barbilla sobre los brazos. Observó a Rothko ahí sentade, perdide en sus sentimientos. «Tómate tu tiempo. Y cuando quieras o si quieres hablar. Cuando sea. A cualquier hora. De cualquier cosa o de nada yo estoy aquí. ¿Vale?».

Rothko se cubrió con las manos su cara enorme y curtida y se rio porque estaba a punto de llorar. Fletcher se acarició la barba con el pulgar.

«Venga». Dio un trago a su cerveza.

Rothko levantó la vista de sus manos. «Pero tú no crees de verdad que soy hipersensible, ¿no?».

Fletcher ocultó la sonrisa en el último trago y se puso de pie.

«¿Qué? ¿Adónde vamos?», le preguntó Rothko.

«Vamos a salir».

Rothko gruñó. «¿Salir? ¿Adónde?».

Había oído hablar de las noches que Fletcher salía, pero elle siempre decía que no le apetecía. Ponía la excusa de que tenía que

trabajar por la mañana. Se imaginaba que esos sitios serían intimidantes. «Tú piensas que cualquier sitio es intimidante», le había respondido Fletcher cuando se lo dijo. Llevaba intentando que fuera con él tres meses, pero Rothko insistía en que solo quería ir a un bar normal sin que le causara problemas. No quería tener que ir a un sitio especial para que fuera así. «Tú misme», le había dicho siempre Fletcher, pero sabía que llegaría el día. Y ahí estaba.

Rothko desconfiaba de la idea de comunidad porque nunca la había experimentado. Pero Fletcher veía que no nutrirse de la comunidad debilitaba a Rothko.

«Acabo de pasar tres semanas en una caravana con heteros esnifando cocaína». Puso los ojos en blanco y sacudió el cuerpo. Saltó arriba y abajo en el sitio un par de veces. «Necesito queers en mi vida. Y tú también. Esta noche hay un fiestón guarro en el sótano». Le apretó el hombro a Rothko. «Y esta vez no te vas a escaquear».

EL PASADO

ABRIL DE 2006

UNO

Rothko Taylor. Raya al medio, flequillo a los lados, lacio y soso. El pelo sin cepillar jamás atado en una coleta con una goma que ya no tenía elástico. Un bulto muerto enredado en la base de la nuca. Los ojos escurridizos como las piedras cubiertas de musgo que quedan varadas en la marea baja. La piel del color de la arena de construcción; la calidez de la tez de su padre acentuada por el sol y el viento. Dieciséis años al día siguiente y la misma altura de los chicos cuando no está encorvade. Pero siempre lo está.

Se sienta al final de la clase. Esperando a que la vida se reinicie.

Símbolo de la paz de oro en una cadena muy fina. Un ópalo de fuego en una alianza de plata que llevaba en el dedo corazón. Muslos grandes, brazos grandes. Caderas anchas que odiaba. Complexión robusta. Una tripa que se redondeaba por encima del cinturón. Las uñas mordidas hasta hacerse sangre, manchas de boli azul en los dorsos de las manos.

Atrapade en una sala pequeña con gente pequeña que quería cosas pequeñas. Se desplomó sobre el pupitre. Es demasiado grande para eso.

Colocade.

La presión en el aula era sofocante. Todo se arrastraba. El señor Pelton estaba caminando entre los pupitres con las manos en las

caderas, haciendo un ruidito al pasar como los coches buenos. Un Rover Estate con calcetines de montaña.

Dibujó una línea continua en el margen superior de la página que tenía abierta delante. El boli siguió la línea hasta que se convirtió en una cara, luego la cara tenía gafas de sol puestas y daba una calada a un porro. El cable de los cascos pasado por la manga de su camisa, el Walkman viejo de Sarai en el bolsillo del pantalón. Escuchaba *Liquid Swords*. Apoyaba la cabeza en la mano izquierda para ocultar el auricular que tenía en la oreja.

Le observaban.

Le miraban.

Toda la clase se había dado la vuelta para mirarle. El señor Pelton, cejas pobladas, carácter flemático, cruzó los brazos. Rothko se sacó el auricular de la oreja con discreción y lo escondió de nuevo en la manga. Pelton estaba a media frase «… que está usted muy ocupada no haciendo es mucho más importante que aprender con el resto de nosotros, ¿no es así, señorita Taylor?». El rubor se extendió desde las sienes y se apoderó primero de las mejillas y luego subió hasta la frente. «Está haciendo perder el tiempo a todo el mundo», continuó sin entusiasmo. «A algunos de estos estudiantes les interesa su futuro». Rothko miraba fijamente el pupitre. El rubor era como un ataque. «¿Bien?».

Veía el cielo ahí fuera, a través de las ventanas sucias. Y Pelton, con sus andares de un día en las carreras y su piel transparente y las bolsas bajo los ojos y la panza cansina y los pelos negros que le crecían en el dorso de las manos. Dio tres pasos lentos en dirección a elle. El jersey gris se le subía, manchas de sudor en las axilas. Echó un vistazo al libro de Rothko a unas cuantas filas de distancia.

«¿Por qué se molesta en venir?».

Rothko se hundió más en su pupitre y ocultó la cara roja en el hueco de los brazos.

«No sé qué cree que la hace tan especial que puede hacer exactamente lo que quiere. Pero el resto de la clase está padeciéndolo porque aquí estoy, otra vez, hablando con usted en lugar de enseñando». El discurso condescendiente de mil días de instituto. «Ni siquiera lleva el uniforme. Ni ha escrito la fecha». Rothko se hundió en su piel, se replegó en su interior.

«¿Por qué me está dando siempre el coñazo, señor Pelton?», dijo en un tono normal, sin rabia. Pelton retrocedió.

Su voz se amplificó desde el cuello tembloroso cuando señaló con el brazo firme la puerta. «Ya está bien. ¡Fuera! ¡Ahora!».

«¿Por qué?».

«Por insultar a un profesor».

«Yo no le he insultado». No podía meterse en más problemas. Ya le habían dado el último aviso.

«No voy a perder más tiempo discutiendo con usted de esto. Coja sus cosas y salga». Rothko retiró su silla. El resto de los chavales ahogaban las risitas. Las chicas normales pusieron los ojos en blanco. Sean fue el único que le mostró su apoyo. Le guiñó un ojo mientras metía los libros en la mochila.

Rothko se detuvo en la puerta, con el pomo en la mano. Miró al señor Pelton directamente a los ojos y dijo: «Cómele el coño a tu madre, imbécil de mierda». La clase estalló en carcajadas. «Ahí lo tiene, ahora sí le he insultado».

Sean se estaba partiendo de la risa. Daba palmadas en el pupitre.

«Que le vaya bien en la vida no llegando a ninguna parte», le gritó el señor Pelton.

Y después, Rothko estaba al otro lado de la puerta y caminando por los pasillos, sole.

Toda esa gente era demasiado pequeña. Pero Rothko no. Rothko iba a largarse de ese lugar.

Recorrió las puertas de acero abolladas de las taquillas con la mano. Escuchó el eco de sus pasos. Con el hombro pegado a la pared, avanzó arrastrándose, rascando los ladrillos que se deshacían.

Si amonestaban de nuevo a Rothko, le expulsarían para siempre. Su padre le había dicho que si no le empezaba a ir mejor en el instituto, lo mejor sería que se buscara otro sitio para vivir.

Demasiado tarde.

Se escabulló girando por el lado del edificio hasta el campo de atrás y a través del agujero en la verja.

Libertad.

Pero ¿qué hacer con ella?

Cruzó hasta donde daba el sol, sin objetivo pero vibrando con los colores en el aire. Bajaba por carreteras de hormigón sin un alma, con la música alta en los oídos, andando al ritmo del bajo. Giró en una esquina para ir a la pequeña galería comercial en los bajos de los pisos de al lado de la estación: fish & chips, quioscos, casas de apuestas.

Sacudió la barandilla. Esperó que pasara algo. No pasó nada.

En la casa de apuestas, el hombre del mostrador estaba leyendo un periódico, con las gafas en la punta de la nariz. «¿Cuántos años tienes?», le preguntó a Rothko sin levantar la vista.

«Veinticinco», dijo Rothko.

El hombre suspiró. «No puedes estar aquí».

«Tengo veinticinco años». Rothko negó con la cabeza exasperade. «Me pasa esto siempre». El hombre, de cabeza gris afeitada hasta quedar en un destello plateado, gafas de montura de metal, nariz grande y ganchuda, examinó a Rothko.

«¿Puedo ir a las tragaperras o no?», preguntó Rothko. El hombre pasó la página del periódico. La alisó con meticulosidad.

«Si entra alguien más, te largas directamente».

Rothko ocupó su puesto en la máquina tragaperras y jugó sus tres libras. Con los últimos veinte peniques, ganó ocho libras y sesenta peniques. Las monedas cayeron rodando una tras otra. Chocaban en la bandeja. Rothko aplaudió. El hombre tosió desaprobando su comportamiento. Moneda tras moneda de veinte peniques, apretando los dientes, volvió a meter todo en la máquina y no ganó de nuevo.

Frustrade y desplumade, golpeó la máquina.

«¡Ey!», gritó el hombre. Se marchó bajo sospecha. Se quedó fuera del local de fish & chips cinco minutos. Al final entró. «Hola, jefe», dijo. «¿Puedo pedir unas patatas y pagártelas mañana?».

Manos enormes abiertas sobre las encimeras relucientes. Muñecas carnosas. Mangas enrolladas. Camisa blanca que amarilleaba en el cuello. «No».

«Vamos, colega. Vengo aquí siempre. Me conoces».

«No», dijo otra vez. Rothko salió, se quedó fuera. Podía oler la salsa de curry, y le daba hambre.

Había quedado con su madre más tarde. Le iba recoger a las cinco y le iba a llevar a comer una hamburguesa por su cumpleaños. No

tenía que esperar tanto.

Caminó hasta la hierba encharcada entre las tiendas y los pisos, donde había una hilera de bancos, y se sentó. Se puso los cascos e intentó volver a escuchar GZA, pero le hacía sentir inquiete, así que se quitó los cascos y escuchó a las gaviotas en su lugar.

En el fondo del bolsillo del pantalón encontró una bellota de hachís. Pellizcó una esquina, la olió. Jabón. No era bueno. Se lio un porro de todas maneras. Sabía a alquitrán y le dio sueño. Treinta por ciento de petróleo. Dos tíos pasaron andando. Capuchas puestas. Manos en los pantalones. Arrastraban la pierna izquierda. Uno alto, otro bajo. Los dos blancos, caras serias. Vaqueros Moschino oscuros y zapatillas Nike TN. Rothko dirigió la mirada al suelo.

«Mira», dijo el bajo. Rubio con corte french crop. Engominado por delante.

«Vaya marimacho», dijo el otro. Desgarbado, no muy espabilado. Vello facial incipiente. «¿Qué haces?».

«Nada», dijo Rothko.

«Está fumando», dijo el bajo.

«Eso es una chusta, ¿no?». Se sentaron uno a cada lado de Rothko dejándose caer pesadamente. Cerca. «Danos una calada, por favor, nena», dijo el bajo. El más alto pasó el brazo por el respaldo del banco. Se acercó más. «Venga. Sé amable». Sonreía. Apestaba a desodorante Lynx.

Rothko sacó del bolsillo la piedra de hachís y se la dio. «Os la podéis quedar».

Los tíos se levantaron, riéndose, y se largaron. «Demasiado fácil», dijo el más alto. «Me haces sentir mal». Y desaparecieron.

DOS

Rothko fue caminando por el trayecto más lento a casa. Las manos metidas en los bolsillos de su abrigo favorito. De ante marrón oscuro pero tan viejo que ya era casi verde. En su día había sido de su madre, pero todavía no se lo había pedido de vuelta. El cuello de lana de oveja subido. Era de lo más romántico, pero estaba condenado en una ciudad sin romance.

Llegó a su calle y entrecerró los ojos para mirar primero a un lado, luego al otro, arriba y abajo en la calle desierta. No había rastro de ella. Solo coches limpios y rosales y dos mujeres con pañuelos en la cabeza podando un seto.

Arrastró los pies hasta el camino de la puerta.

Casa.

O así la llamaban.

El chalet pareado de tres habitaciones con el ático reformado y el garaje amplio en la calle desierta de casas idénticas donde la gente como ellos tenía vidas como esa: trabajos, hijos, coches, trajes de tres piezas, carne en la mesa, material para hacer ejercicio cogiendo polvo, unas cervezas en el pub los fines de semana. Revoque de guijarros y terrazas de madera barnizada. Medias de redecilla para los aniversarios. Encimeras limpias. A Rothko le daban ganas de gritar.

Era el sueño de toda la vida de su padre, Ezra, materializado en habitaciones de techos altos y ventanas de guillotina, pero Rothko apenas notaba como entraba la luz en casa o lo tranquila que era la calle donde vivía. En cambio, cada vez que arrastraba los pies por el camino de la entrada, lo único que sentía era terror. La soledad que se abría como una boca en la puerta.

Llegaron las cinco y pasaron, pero Meg no se presentó. Se suponía que tenía que recogerle.

Caminó de un extremo del reluciente salón al otro una y otra vez. Las paredes estaban pintadas de un color gris piedra muy a la moda. La moqueta era de yute natural. El sofá lila no invitaba a sentarse. Era demasiado rígido y cuadrado para echarse a gusto. Ezra había redecorado hacía poco y había tirado todo lo que a Rothko le resultaba confortable y hogareño, lo había sustituido por líneas rectas y ángulos definidos.

Miró por la ventana de nuevo.

Nada.

Se sentó en el suelo frente a la ventana, contra la pared. Tenía la sensación de que siempre estaba sole en esa casa. Su hermana Sarai se había ido a la universidad. Solo quedaban Rothko y su padre, pero él casi nunca estaba en casa. Ezra se marchaba temprano y trabajaba hasta tarde, y los fines de semana prefería quedarse en la casa de su novia Wendy, o irse de la ciudad. Él creía que alejarse de Rothko quitaría presión a la relación. O en cualquier caso eso era lo que se decía a sí mismo.

Se tumbó en la moqueta y miró la parte de debajo de las cosas.

Ella le había prometido que iban a salir. Se suponía que iba a ser un regalo del cumpleaños.

Era su culpa por creerla.
Se levantó y fue a buscarla.

Rothko Taylor no era la clase de adolescente que los adultos miraban pasar con una sonrisa ambigua; elle no inspiraba la añoranza feliz del pasado en los extraños. Era una criatura dura, acosada, que malinterpretaba las cosas. Ceño fruncido. Al margen de la moda, poco agraciada. Caminaba con las zancadas grandes y amplias de un hombre adulto y tenía el torso de una mujer y unos pechos que no le pertenecían. Las manos en los bolsillos, ropa harapienta de la talla de otras personas. Pantalones demasiado largos. Camisetas que eran demasiado pequeñas o que le llegaban hasta las rodillas. Cosas heredadas y otras que encontraba. Lo que fuera con tal de no ir de compras con Wendy. Que anhelaba lo que le gustaba llamar tiempo para estrechar lazos de chicas.

Fue más allá de la tienda de alfombras y el vivero y los cafés con mesas con mantel y tartas expuestas en los escaparates, hasta que llegó al parque donde había bancos resguardados llenos de gente colocada y atajó por allí hasta el otro lado de la ciudad, donde la pintura estaba desconchada y las barandillas torcidas, como si alguien hubiera estado atrapado tras ellas, desesperado por escapar.

Empujó la enorme puerta de dos hojas de The Whale. Estaba oscuro y olía como huelen los pubs. El olor a alquitrán del humo y el olor a pis rancio de la cerveza y el olor a sobaco de la gente.

Vio a una mujer que reconoció en una mesa al lado de la ventana con un periódico abierto. Piernas cruzadas, chaqueta de cuero, uñas largas pintadas de rojo, piel como la de un par de botas viejas. Su nombre era Carleen. «¿Has visto a mi madre?», le preguntó.

«Está atrás, cariño mío», dijo Carleen, dulce como los besos. «Ven y siéntate conmigo, mandaré a alguien a buscarla». Y cambió de sitio para que elle se sentara. Pero elle no quería sentarse.

La puerta de atrás daba al callejón que bajaba hasta el mar. Rothko la cruzó y fue hasta donde estaban los contenedores de basura y miró a su alrededor pero no veía nada. Después bajó la vista, y ahí estaba. Apostada entre la pared y un contendor, sujetándose las rodillas, mirando el mar. Ella no levantó la vista pero Rothko vio que tenía la cara arrasada por el llanto.

«¿Qué estás haciendo ahí abajo?», le preguntó.

Ella volvió la cabeza. «¿Rothko?». Miró a su hija durante un buen rato antes de sonreír. Pero Rothko no le devolvió la sonrisa. «No puedes estar aquí». Se limpió la cara con el borde inferior del jersey.

«¿Mamá?». Era una palabra tan pequeña, pero tenía tanto asociado. Parecía que cada cosa que fluía entre ellas pasaba a través de esa palabra y volvía cambiada.

Ella señaló al mar, con una sonrisa distante. «Mira su energía». Rothko apoyó el hombro en la pared y pateó la grava. Trataba de no mirarla.

«Tú deja de mirarme así». Le sacó la lengua por un lado de la boca. Elle no se rio. «Oh, venga». Ella suspiró. «Tú y yo nos conocemos desde hace mucho», comenzó Meg con su voz de érase una vez que Rothko sabía que quería decir que estaba hablando para darse el gusto ella. Se le quebró la voz por la emoción ebria.

«Toda la sangre que corre por tus venas», ella le miró con rabia. «Es tan antiguo como la humanidad misma». Apartó la cabeza de los ladrillos húmedos. Su sonrisa había desaparecido y estaba al borde de las lágrimas. «¿Vida tranquila? Eso es lo que la gente quiere cuando no soportan reconocer quiénes son en realidad». Tenía babas en las comisuras, que se habían acumulado en manchas blancas. Levantó un dedo torcido. «Yo le di todo. Él mintió. Os apartó de mí». Negó con la cabeza. Con fuerza. Como un perro con una rata en la boca. «Me dejó sola en la calle». Miraba fijamente, con intensidad, beligerante. Pero el peso de eso era demasiado y sucumbió, la frente en las rodillas, jadeaba. «No tengo nada». Rompió en sollozos ahogados. «Ni a nadie».

«Está bien». Rothko se acuclilló a su lado. La rodeó con un brazo y le apartó el pelo de los ojos. «Está bien, mamá». La levantó para que no se quedara doblada por la cintura.

«¡No está bien! Me miras con desprecio». Ella le fulminó con la mirada. Rothko la sujetó con más fuerza. «Y, y, y, y me juzgas por estar sucia y, y por beber y por no ser como las otras madres con sus putos…».

Rothko apoyó un lado de la cara en la espalda de Meg y la sujetó con fuerza. «Mira el mar, mamá», dijo con suavidad. «Tienes razón. Hoy realmente tiene energía, mira». Meg miró.

«Yo te quería». Sus sollozos se volvieron más secos, se abrían paso destrozándole el cuerpo. «Yo os quería tanto. Y ninguno de vosotros jamás…». Pero se estaba calmando y perdiendo la rabia. La tristeza tiraba de ella y la hundía. Descendía por ese desagüe. Se llevó la mano al corazón. «Él no era la persona que me dijo que era. Y tú. Se suponía que tú serías la mía. Pero. Pero». Rompió a llorar

en sollozos jadeantes. «¡Para de atacarme!». Abrió la boca en un grito silencioso. «Él no conoce el significado de la puta palabra. Él no tiene ni idea de lo que se siente al ser atacado». Y se desmoronó en un charco de dolor. «Me han jodido tantas veces». Rothko la sujetaba tan fuerte como podía, cerraba los ojos apretándolos para intentar modificar lo que ella parecía. «La gente es cruel». Se ahogaba al intentar respirar llorando, su cuerpo temblaba y se derrumbaba como si le pegaran desde dentro. «Me han tirado botellas de cristal…». Se calló. Lloraba sin sonido.

Rothko le frotaba los brazos y la sujetaba con tanta fuerza como era capaz. Pero ella le apartó para señalar las ventanas vacías que tenían encima. «Creen que son mejores que yo». Bajó la vista y se vio a sí misma. «No son mejores. Yo estaba limpia». Los sollozos volvieron a cortarle la voz, y las palabras salieron enredadas y mezcladas. «No tenía que haber no significado ser así yo no quería yo no».

«Te entiendo», le dijo Rothko. «Te entiendo».

«Tú no me entiendes», le respondió con desprecio. «¿Entenderme? Tú solo te preocupas por ti». Sus pupilas se comieron el resto de sus ojos. Los ladrillos estaban húmedos y deshaciéndose detrás de los contenedores y su voz dura, a gritos, reverberó. «Él me hizo daño. Su adorable pequeña familia. Todos vosotros. Como si no hubiera pasado nada. Como si yo ni siquiera existiera. Él se follaba todo lo que se movía. ¿Pero era mi culpa? Porque yo no estoy bien. Y ahora estoy aquí en este vertedero de mierda como si ni siquiera EXISTIERA». Estaba actuando. ¿Para quién? Rothko nunca lo había sabido. Esperó hasta que terminó y le acarició la espalda mientras ella se retorcía de un lado a otro. Su

cara era un desastre de lágrimas y mocos y suciedad y tenía el pelo pegado a la piel y ella no se había presentado cuando había dicho que estaría allí. En su lugar había estado ahí, haciendo eso. Era demasiado buena bebedora como para arrastrar las palabras, pero Rothko sabía que era grave cuando su voz se ponía así de rara. Ella había prometido por la vida de Rothko que ya no estaba fumando crac. Al parecer esa promesa valía tanto como todas las demás.

«Está bien», susurró Rothko. Y Meg empezó de nuevo. Sus manos encontraron los brazos de Rothko y le agarró con tanta fuerza que le hacía daño.

«Debes tener cuidado con un hombre que consigue todo lo que quiere de la vida, mi Rothko. Debes tener cuidado con un hombre así». Sus ojos entraban en ebullición y se serenaban, el negro de sus pupilas empezó a perder potencia. «Mi bebé. Tú eres igual que yo. Tú eres igual. Que yo». Se aferró a elle con sus manos como pinchos de metal, las hundió tanto y tan fuerte en la parte superior de los brazos de Rothko, que le notó en los huesos. Ella le miró a la cara mientras estaba de cuclillas. Bajó la voz, ya más tranquila. «No me sueltes. Por favor». Lo repitió. «No me sueltes». Estaba cubierta con un abrigo rojo hecho polvo. Tenía una lata en el bolsillo. Las arrugas de su rostro eran como grietas en la tierra.

Rothko intentó levantarla, se puso el diminuto brazo de Meg alrededor del cuello y la agarró por la muñeca, pero no consiguió ponerla de pie y en su lugar cayeron al suelo.

Rothko se puso en pie como pudo, moleste. «Levántate, mamá», le dijo en tono de queja. «Vamos». Meg permaneció quieta. Mirando al cielo. Hasta que al final asintió con la cabeza como si estuviera

profundamente de acuerdo con algo, y luego se puso de pie, le tomó de la mano y le condujo de vuelta al pub.

Dentro, la gente estaba escuchando tocar la guitarra a un imbécil anodino con una gorra de béisbol. Tenía la piel tan blanca que parecía fluorescente. Daba pisotones para no perder el ritmo. Las cuerdas vibraban mientras rasgueaba los acordes de «Live Forever». De vez en cuando, llegaba gente, se largaba, aplaudían. Meg empezó a balancearse, bailando con Rothko a la triste luz de día del pub. Le besaba las mejillas, cantando «Maybe I just wanna breathe. Maybe you're the same as me». Se deshizo de su abrazo y le tiró del brazo por la muñeca hasta que finalmente se marcharon.

Fuera, Meg se detuvo para buscar el tabaco en los bolsillos. Carleen salió hablando a sus espaldas mientras empujaba la puerta. Llevaba una pinta color púrpura de snakebite and black en una mano. En la otra una bolsa de patatas fritas y un cigarrillo. El pelo flotaba alrededor de su cara en ricitos suaves y tenía los labios pintados de color rojo brillante y a Rothko le gustaba. Carleen le vio observándola y sonrió. «Al final la has encontrado, cariño», dijo parpadeando. Meg arañó el aire en dirección a ella. Un puñetazo impotente a nada.

«No me hables. No me das más que problemas».

«¿Qué?». Carleen se enderezó. «¿Yo qué he hecho?».

«¡Apártate de mí!». Meg estaba gritando. «¡Lárgate de una puta vez!, ¿vale? Me debes dinero. Te lo advierto…». Y atrajo a Rothko más cerca de ella y se marcharon calle abajo, Meg mascullando y mirando a sus espaldas.

Caminaban al ritmo de Meg, que era demasiado rápido para Rothko. Pasaron al lado del centro de masajes, la barbería, la tienda de cultivo de cannabis, el taller de la inspección técnica con los neumáticos apilados y atravesaron las calles llenas de gente y bullicio de West Docks. Recorrieron las calles húmedas de lo que en su día fueron las casas de los trabajadores hasta que llegaron a la sórdida calle principal con sus tiendas de conveniencia: la bodega, la pizza a domicilio, la tienda de muebles de segunda mano, y giraron en Nightingale Road donde Meg había vivido los últimos años, en uno de los pisos de la cooperativa de vivienda.

Abrió la puerta y le hizo un gesto con la cabeza a Rothko para que pasara primero.

«Después de ti, mi señor».

Rothko se dirigió a la primera puerta del pasillo, que daba al pequeño salón con la cocina integrada y encendió el hervidor. Meg se quedó en el umbral un buen rato, observando a Rothko coger las tazas y abrir la nevera en busca de leche. Había una ventana al fondo que daba al jardín sobre la encimera de la cocina y la tímida luz del día entraba a través de la fina cortina a rayas. Se quitó el abrigo y lo tiró en el sofá. Se peinó con las manos.

«¿Tomamos un café?», le preguntó Rothko destapando una botella de leche y oliéndola.

«Estás tan mayor», dijo Meg, yendo al equipo de música y ojeando la pila de discos. «No eras más que una cosita diminuta». Se decidió por Cream. «I Feel Free».

Rothko vertió el agua caliente en la cafetera; encontró un tenedor para revolverlo. Meg se giró hacia elle. Vaqueros raídos y manos en alto. Rothko tenía el hervidor. «Esto está caliente, ¿vale?», dijo,

resguardándolo con el cuerpo. «Ten cuidado». Meg dejó de dar vueltas y salió de la habitación. «¿Dónde vas?», le gritó Rothko. «Tienes aquí el café».

«Solo voy al baño», le respondió gritando. Rothko llevó las tazas y esperó en la mecedora de al lado de los altavoces, acunando la taza con las dos manos para retener el calor.

Pasó un buen rato. Lo bastante largo para que el disco se parara. Fin de la cara A. De todas formas, la música sonaba hueca sin ella.

Contempló los objetos. El color rojo brillante de los zócalos. La esquina astillada de la encimera de la cocina. Sabía qué significaba que hubiera desaparecido durante tanto rato, pero se dijo que no lo sabía. Se levantó para darle la vuelta al vinilo. Se sentó de nuevo. Esperó más.

Ella regresó como si no hubiera nada que comentar de los treinta minutos que había estado desaparecida. Le sonrió vagamente a Rothko mientras cogía la taza. «Gracias». Le hizo una reverencia. *Café au lait*. Cambió el disco. *Rum Sodomy & the Lash*. Dejó caer la aguja en la cara B. «Dirty Old Town». Se llevó la taza a la sien con delicadeza.

«Ya debe de estar frío». Rothko la observaba desde la silla baja en busca de señales de la mentira que sabía que le estaba contando. La mentira que ella sabía que elle sabía que le estaba contando. Era todo tan agotador e interminable y daba vueltas y vueltas eternamente.

«No está frío. Está perfecto». La letra de la canción siguió y Meg también. Se balanceaba con los ojos cerrados. Rothko miraba como salpicaba el café en el suelo. «I met my girl. By the factory wall».

Rothko le quitó la taza y la apoyó. Liberada, Meg se quitó las botas a patadas, se sacó los calcetines y empezó a hacer piruetas. Estrujaba la alfombra de pelo largo con los pies descalzos y perdía el equilibro al hacer los giros. Cantaba cada palabra, movía los brazos arriba y abajo. Le cantaba a Rothko en la cara, buscando sus ojos para mayor impacto emocional, hasta que terminó el estribillo y se quedó callada. Comenzó a llorar de nuevo, intensas lágrimas silenciosas que hundieron su cuerpo hasta el suelo y arrugó su rostro en piezas diminutas.

Rothko fue hasta los discos. Paró el de The Pogues, que sabía que hacía llorar a Meg. Escogió el de Aretha Franklin. El álbum se titulaba *Soft and Beautiful*. Se lo enseñó para que le diera el visto bueno.

«Bien». Meg se acomodó con la espalda en la pared, observaba a su hija con una expresión de intenso sufrimiento en la cara. Rothko puso a Aretha, bajó uno o dos puntos el volumen y volvió a su mecedora. Una sensación inquietante y resbaladiza se apoderó de Meg. Se dejó llevar por la música brevemente, se meció un poco, con los ojos cerrados, y mientras sonaba la música, parecía estar quedándose dormida. La frente cayó hacia el suelo. Se dobló sobre sí misma.

«¿Mamá?». Rothko la despertó. Ella le sonrió, una sonrisa exhausta, larga, los párpados pesados.

«Era una cabezada», dijo ella. «Anoche no dormí».

«Así te vas a hacer daño en la espalda. Ten». Cogió el cojín que tenía detrás y fue a lanzárselo, pero ella le dijo que no con la mano.

«No me estoy durmiendo». Se enderezó, apoyándose en la pared, fantasmagórica e irreal. «Vaya desastre que me he hecho en la

cara». Volvió la cara hacia Rothko. «¿Parezco uno de los Kiss?». Rothko negó con la cabeza.

«No, mamá, estás bien». Era mejor seguirle la corriente que llamar las cosas por su nombre y correr el riesgo de sufrir los daños colaterales.

«Solo será un minuto». Fue haciendo eses hacia la puerta.

«¿Dónde vas?».

Se dio media vuelta y meneó un dedo hacia elle. «Voy a maquillarme un poco. ¡Debo de estar hecha un desastre! No es bueno para ti que me veas siempre llorando». Salió de la habitación. Pasos rápidos y ligeros y cuando volvió a entrar, veinte minutos más tarde, de nuevo fingía no estar fingiendo. Pero esta vez estaba más acelerada, más fría. Más errática.

«¿Qué está pasando?», le preguntó Rothko.

«Nada. Ahora mismo no puedo. Me lleva un rato». Se llevó la mano al estómago y suspiró. «Una agonía. Te lo juro por Dios». Y ella se lo creía. Así que Rothko tenía que creérselo. Pero quizá ella vio la confusión en su cara. «No es justo para ti», dijo ella volviendo a sentarse. «Yo solo quiero que estés bien». Su tartamudeo se hizo más pronunciado cuando sus emociones se intensificaron, o quizá era el miedo a que Rothko mencionara su comportamiento lo que la empujó a perder un poco el hilo. «Solo necesito…». Le costó empezar la siguiente palabra. «Ir. Irme a algún si». Volvió a atascarse. «Sitio. Donde me puedan curar». Titubeó. Lo volvió a intentar. «No lo hago». Cerró los ojos. «No lo hago a propósito, cariño… Pero tú…». Estiró las piernas hacia delante. «¿Crees que quiero vivir así?». Empezó a llorar de nuevo pero esa vez no había lágrimas, solo su cara lloraba. «Lo hago lo mejor que puedo». Se

atragantó y farfulló y se dio puñetazos en las piernas. «¿Dónde está tu lealtad?». Se calló y su llanto se transformó en una risa vacía, irreal. Aretha estaba cantando «I wish I didn't love you so». Meg se volvió a peinar hacia atrás con las manos. Recuperó la compostura. Sonrió de nuevo.

«Vaya galeo». Quería decir jaleo, pero no se le podía corregir.

Fue hasta los discos; levantó la aguja del de Aretha y la dejó caer en The Everly Brothers. Bailó triste de un lado a otro, mirando a través de la cortina a la calle. Cantando. «Whenever I want you, all I have to do is dream».

Flotó hasta el sofá chesterfield de cuero rojo, se sentó en el borde. Un pájaro en el columpio de una jaula. «¿Por qué no vienes a vivir conmigo?». Ella le miraba fijamente. «Te podrías quedar la antigua habitación de Sky. Podríamos ponerla bonita. ¿No? Podríamos colgar fotos. Podríamos cenar juntas y podría ayudarte con los deberes y…». Ella lo estaba viendo. «Ven a vivir conmigo, me aseguraré de que vayas al colegio y de que te bañes y cenes». Se mantenía muy erguida. Tenía los ojos muy abiertos y esperanzados, su cara estaba tensa y rígida a causa del monstruo que estaba conteniendo.

«¿Vivir contigo?», ratificó Rothko. «¿Aquí?».

«Exacto». Ella asintió con la cabeza, sabiamente. «Exacto».

El teléfono de Rothko sonó. Era Rosie P del instituto preguntando por un tal Henry.

Le quedaban diez libras de maría. Era consciente de que podía vendérsela a Rosie P por veinte libras. Esa no se enteraba de nada.

Meg seguía mirándole fijamente. «¿Lo pensarás?».

«Sí, claro».

Ella parecía satisfecha con eso. Rothko se concentró en su café antes de bebérselo. Pasó los dedos por la superficie de madera del brazo de la mecedora.

La mirada de Meg lo abarcaba todo. Su atención se le estaba tragando. No le gustaba cuando se obsesionaba de ese modo con elle. Era muy claustrofóbico.

Finalmente encontró el valor para hacer la pregunta. «¿Estás consumiendo?».

Ella negó con la cabeza, y frunció el ceño, devastada. «No». Su cara se convirtió en el escenario de una sucesión de emociones estudiadas. «¡No!». De nuevo lloraba sin lágrimas. «No, no estoy consumiendo». Horrorizada. Herida. «No hago nada bien. Piensas que doy asco… ¿verdad? Siempre estás castigándome. Acabo de pedirte que vivas aquí. ¿Por qué haría eso si yo…?».

«Está bien, mamá. Está bien».

«No está bien».

Ahora era ella la que no le dejaba estar. Rothko se sabía esta de memoria. Le acosaría hasta que se disculpara. Pero no quería dejarse arrastrar en eso tan interminable y opresivo. Se puso de pie para marcharse.

«Me tengo que ir».

«¿Por qué?». Ella se hizo la inocente. «No te vayas. Acabas de llegar». Su mandíbula estaba tensa. «Nunca vienes a verme».

«Mamá, venga». Rothko cogió su chaqueta y se dirigió a la puerta.

«Venga, ¿qué?», le gritó ella. «¿Por qué empiezas una conversación si luego te vas de la habitación?».

La oyó por la ventana al pasar por debajo en la calle. La brisa en su piel fue repentina y fresca y deseó ser tan ligere que le levantara y le llevara por encima de los tejados de las casas.

Ella se lo había prometido.

Era su culpa por haberla creído.

Meg se inclinó sobre la mesa de centro, se retorcía de ansia. Parecía que habían pasado cinco minutos desde que Rothko medía cincuenta centímetros. Un pequeño nubarrón inseguro con el pelo en la cara. Flotaba cerca de Meg. Observaba todo lo que ella hacía, para imitarlo cuando creía que ella no le miraba.

Eran pensamientos demasiado grandes para ella. Imposibles de abarcar. Se revolvió los bolsillos en busca de lo que necesitaba. Se concentró en quitar el papel film y el mundo se redujo a la piedra.

TRES

Rothko fue hasta el paseo marítimo y rodeó el antiguo puerto para llegar a casa de Rosie P. Rosie era una especie de amiga de Rothko que vivía con su madre y su hermana en una de las casas adosadas victorianas que se caían a trozos y que se inclinaban pesadamente unas en otras en una calle muy bulliciosa del casco antiguo.

Todavía sentía los ojos de Meg presionándole. Siempre le llevaba unas horas volver a estar normal después de pasar tiempo con su madre.

Era el contrapeso de Ezra. Tan abierta como reprimido era el padre de Rothko. Con su insatisfacción y su inseguridad latente, su energía patológica para conseguir las cosas a toda costa. Al menos Meg exhibía sus heridas a ojos de todo el mundo. Sí, le había roto el corazón más veces de las que Rothko era capaz de contar, pero sabía que no era su intención. Y con su madre, Rothko al menos sabía a qué atenerse. Bailes, insultos, pesadillas. Montaba un escena allá donde fuera. Llena de promesas vacías y de un amor intenso. Un caso perdido del que no podía escapar. Sabía de dónde venía cuando la veía desmoronarse por una frase en una canción que elle no había escuchado nunca. Pero no quería que muriera sola tirada en el suelo. Y si estaba consumiendo otra vez…

Pasó una hilera de bloques de estuco rosa y gris, con balcones que daban al mar. Si hubiera levantado la vista, habría visto la cara

en la ventana del piso de arriba, donde Angel Douglas apoyaba la frente en el cristal. Pero Rothko no levantó la vista, siguió dando pisotones en la acera. En su lugar, mantuvo la mirada clavada en el turbio oleaje que se expandía en la distancia y confundía con el cielo.

Angel acababa de llegar del instituto. Iba al otro instituto, el bueno. Vivía en un piso luminoso. Paredes blancas. Linóleo de damero en la cocina. Moqueta fina en las habitaciones. Eileen, la madre de Angel, lo mantenía limpio a golpe de furores diarios en los que vaciaba los armarios, les daba la vuelta a los muebles y limpiaba el polvo de debajo.

Estaba en el salón. Tenían un aparador de madera oscura con una vitrina llena de juegos de té que no eran para usar. Y el típico sofá anticuado, de estampado floral color rosa viejo, donde su madre estaba tumbada. Se sujetaba la cabeza. La tele estaba encendida. Hollywood. Película romántica. Julia Roberts. El teléfono estaba sonando. Eileen no respondía porque solo podía ser alguien con quien no quería hablar. Familiares enfadados o facturas que no podía pagar.

«Si suena una vez más, te juro que lo tiraré al mar». Siguió sonando. Pero ella no se movió.

Angel se estaba comiendo una bolsa de patatas, lentamente, y mirando a través del cristal de las puertas del balcón el mar al otro lado. Siempre que Angel se sentía insegura, ralentizaba las cosas. Caminar, hablar, lavarse los dientes, lo que fuera. Se metió una patata entera en la boca, sin romperla. Y esperó a que se deshiciera

por completo antes de coger otra. No se permitió ni chuparla ni masticarla para no acelerar el proceso.

Todavía tenía el abrigo puesto. Se estaba desabrochando la chaqueta botón a botón desde que había llegado una hora antes. Seguía en uniforme. Falda plisada, calcetines largos, zapatitos incómodos.

Eileen se levantó, gruñó al bajar los pies al suelo y al ponerse las zapatillas de andar por casa. Se sujetaba el cuerpo en las partes que le dolían. Los costados, la espalda. La cabeza. «Estoy destruida».

Angel presionó la frente contra el cristal y observó el movimiento del mar hasta que se mareó.

Había pájaros en lo alto de las olas. Cabalgándolas arriba y abajo.

«Los zapatos», le pidió Eileen mientras trajinaba en la cocina. Angel la oyó trasteando con los cacharros y poniendo su música.

Absorta en el proceso de liberar sus pies de los zapatos sin mover el resto del cuerpo, Angel mantuvo los ojos clavados en el paseo marítimo donde vio a dos señoras en scooters eléctricos adaptados acercándose desde los extremos del paseo. Se pararon para hablar. Una de ellas había tuneado su scooter con adhesivos cromados y un enorme manillar como si fuera una Harley Davidson. Llevaba una chaqueta de cuero con flecos cubierta de parches. A Angel le habría gustado tener un scooter eléctrico. La otra mujer llevaba a su perro en el regazo, envuelto en una manta escocesa. El perro se asomaba desde debajo de la manta, resguardando las orejas del viento. A Angel le habría gustado tener un perro que se sentara en su regazo. Pero los perros ensuciaban y corrían por la casa y tiraban las cosas, y siempre intentaban saltarte encima y babearte la cara. A Angel le

gustaba cuando los perros le saltaban encima. Pero a su madre no les gustaban ese tipo de cosas.

Estaba lloviendo otra vez. A ella le parecía precioso como caía la lluvia en las olas. Estaba tratando de oír el sonido que hacía a través del doble cristal mirándolo, pero había demasiado ruido dentro.

Angel deseó tener un sitio al que pertenecer como la lluvia tenía el mar.

En el equipo sonaba Mariah Carey. Reverberaba por el piso. Angel guardó los zapatos y se encontró a Eileen en la cocina, con las mangas subidas y los ojos cerrados. Gesticulando. «I know you're shining down on me from heaven. Like so many friends we've lost upon the way».

Percibió la presencia de Angel en la puerta y se volvió hacia ella, con lágrimas corriendo, y la cogió para un baile fugaz.

El único propósito en la vida de Angel era ser lo que su madre necesitara que fuera, momento a momento. Si era capaz de mantener a su madre feliz, las dos estarían bien. Angel había aprendido a leer los estados de ánimo y los sentimientos de su madre mejor que los suyos.

Eileen dejó de abrazarla, entre risas, y volvió a los fogones, donde tenía una olla burbujeando. «Ahora siéntate a cenar, que estás adelgazando».

Angel salió al pasillo, todavía desabrochándose el abrigo botón a botón. Le quedaban tres. Casi lo tenía, no podía apresurarse justo al final. O tendría que volver a empezar.

Eileen gritaba hacia donde estaba ella, por encima de Mariah Carey, de la televisión, del teléfono que estaba sonando otra vez.

«¡Era camarera, Angel! ¡Una camarera! ¡Le dio su maqueta a un cliente!».

Fuera de la casa de Rosie, bajo la lluvia, Rothko se frotó las manos rápido, y las sacudió moviendo las muñecas. Llamó al timbre y se dio la vuelta para mirar la calle que tenía a la espalda mientras esperaba en la puerta.

Rosie hablaba con un ceceo que Rothko sospechaba que era fingido; una especie de inocencia infantil falsa que, en el mejor de los casos, a Rothko le parecía innecesaria y, en el peor, directamente perturbadora. Tenía mechas largas de color verde y rosa. Llevaba tops minúsculos y vaqueros enormes que caían por encima de sus zapatillas; siempre llevaba los bajos deshilachados y mojados. Ella era una de las muchas chicas que tenían algo con Rothko. Disfrutaban de su atención, o le encontraban interesante en un sentido que los chicos no lo eran. Raramente conducía a tener sexo con esas chicas, era mucho más intenso que eso; quedaban durante días seguidos, hablaban por teléfono durante horas, dormían abrazades con toda la ropa puesta. A veces un par de besos de despedida cuando llegaba el día. Pero luego se echaban novio y Rothko no volvía a saber de ellas en meses.

Rothko era una persona a la que podías llamar para pillar si no conocías a nadie para pillar. No ganaba dinero, pero le salía gratis lo suyo porque al ir a por lo de los demás se quedaba una parte. Le gustaba el estatus que le daba. Un pase para existir entre la gente.

Rosie chilló cuando le vio, abrió los brazos de par en par y se saludaron con un abrazo. «Estrújame más fuerte», dijo ella,

aferrándose cuando Rothko trató de apartarse.

Había otra chica en la casa. Rothko la había visto por ahí y la saludó con un gesto.

Dionne Troy estaba sentada en el suelo, apoyada en el asiento del sofá. Las cortinas estaban cerradas, en la televisión echaban *Scream* y la habitación olía a incienso Nag Champa.

Dionne llevaba una sudadera gris con una foto en blanco y negro de Lady Leño de *Twin Peaks* y una falda negra de flores corta. Tenía las piernas estiradas. Estaba descalza, llevaba una tobillera de hilo trenzado azul y tenía las uñas de los pies pintadas de color azul turquesa. Unas cicatrices oscuras destrozaban la piel de sus piernas alrededor de los muslos, cada cicatriz era tan ancha como un dedo meñique. Miró a Rothko. El eyeliner se curvaba hacia arriba en las comisuras de sus ojos. Pómulos altos. Media sonrisa elevaba sus labios.

Tenía una baraja de tarot en la mano, y estudiaba los dibujos mientras mezclaba las cartas. Ella se movió un poco y Rothko se sentó a su lado, con la espalda apoyada en el asiento del sofá. Se levantó la camisa y puso la mano en la calidez de su tripa en un gesto de seguridad en une misme que había aprendido observando a su mejor amigo, Sean, pero se dio cuenta de que al hacerlo se sentía expueste. Así que se bajó de nuevo la camisa y en su lugar metió la mano en el bolsillo del pantalón.

«¿Qué estabas diciendo?», le preguntó Rothko a Rosie.

«Me han roto el corazón». Estaba de pie delante de la tele, con una botella de amaretto. Una pajita en espiral rosa sobresalía de la boca de la botella. Sorbió con ella. «Mark. La semana pasada sin ir

más lejos me dijo que podía quedarme uno de los cachorritos». Frunció la cara. «Es un capullo».

Rosie le pasó la botella a Dionne, que la dejó a su lado y siguió mirando las ilustraciones de las cartas. «Estas ilustraciones son lo más».

«Estamos preguntando a las cartas si debería seguir con él». Explicó Rosie. «Son de mi madre». Se tumbó en el sofá detrás de Rothko y Dionne con las piernas estiradas sobre el apoyabrazos. «Lo llevo en la sangre. Nosotras tenemos el don».

Dionne las extendió en abanico y se las ofreció a Rothko. «¿Coges una?».

Rothko levantó la vista hasta sus ojos. Fue como mirar el mar desde la playa un día claro y ver hasta el fondo.

«Tienes que hacer una pregunta», le dijo Rosie.

«¿Mentalmente o en voz alta?».

«No creo que importe». Dionne sujetaba las cartas inmóvil y observaba a Rothko por encima.

«Puedes hacerla mentalmente. Pero tienes que pensar la pregunta con claridad». Rosie se puso de lado. «Para que las cartas te oigan».

«¿Qué clase de pregunta?».

Rosie alargó el brazo y tocó el pelo de Rothko desde atrás. Lo cual hizo a Rothko apartarse. «Algo que quieras saber, que no puedas resolver sole».

¿Lograré salir de aquí?

«¿La tienes?», preguntó Dionne.

Sí, Rothko la tenía. Acercó la mano hasta la baraja en busca de una carta que le hiciera sentir algo. Se decidió por una. La extrajo lentamente. *¿Conseguiré marcharme de este lugar?*

«Nueve de bastos». Dionne miraba la imagen.

Rosie se asomó por encima del hombro de Dionne para mirar la carta que tenía en la mano. «¿Qué crees que significa?».

Rothko se echó a reír. «Creía que tenías el don».

«Estoy aprendiendo». Le sacó la lengua. Dionne buscó en el folleto que se explicaban los significados y leyó en voz alta: «Coraje al enfrentarse a un ataque… Una estabilidad inexpugnable». Ladeó la cabeza. «¿Para ti tiene sentido?».

Rothko parecía dudar.

Dionne trató de interpretarlo en su lugar. «Creo que está diciendo que tienes un gran batalla por delante. Y que no deberías rendirte. ¿Puede ser?».

Rothko miró y ella le enseñó la ilustración de un guerrero exhausto, todavía en pie. «Yo no me rindo», le dijo. «Esa parte ha acertado».

«¿Qué signo eres?», preguntó Dionne.

«Yo me sé el mío», dijo Rosie. «Yo soy piscis». Pero Dionne siguió concentrada en Rothko y no le hizo caso a su amiga. «Piscis es el pez», explicó Rosie, pasando el brazo por encima de Dionne para coger el amaretto y llevárselo al sofá con ella. «Los peces son creativos y fluyen con la corriente. Pero ¿cómo voy a fluir cuando las cosas con Mark son tan jodidamente dramáticas siempre?».

«¿Qué día naciste?».

«El 2 de abril», respondió Rothko.

«¡Eso es mañana!», Dionne giró el cuerpo un poco más hacia elle. Tenía la cabeza apoyada en la cadera de Rosie. Sus ojos estaban serenos, pero estaban fijos en Rothko y Rothko sentía el calor de su

fijación, el poder de su atención para crear un momento allá donde cayera.

«Es mañana».

«Aries», le dijo. «Signo de fuego».

«¿Eso es bueno?».

Rosie se tumbó de espaldas y dejó los pies colgando por fuera del apoyabrazos del sofá. Rothko se llevó la mano al calcetín para coger la bolsita de maría y la levantó hacia ella.

«Aquí están tus drogas, delincuente».

Rosie atrapó la mano de Rothko y cogió la bolsita. Cantó Cypress Hill: «I want to get high. So high». Abrió la bolsita y la olió. «Moley… ¿Me lo puedes liar?». Rodeó el hombro de Rothko con el cuello. «Tú lo haces tan bien».

Rothko le chasqueó la lengua. «Ya sé que es lo único por lo que me quieres». Cogió un cojín del sofá y lo convirtió en una mesa de liar en su regazo. Nunca más feliz que cuando tenía algo que hacer.

«Los aries son personas honestas. Y apasionadas». Dionne cerró los ojos para recordar más cosas. «Independientes». Rothko asentía al escuchar con alegría. «También impacientes…». Ella abrió los ojos de nuevo. «Impulsivos. Irritables».

«Oh, ¿qué? Estaba yendo tan bien».

Rosie enterró la cara en el apoyabrazos del sofá y dijo: «No puedo dejar de pensar en él». Gimiendo como protesta por la injusticia del dolor que estaba sintiendo, se levantó a rastras y abandonó la habitación y Dionne y Rothko se quedaron soles.

«¿Por qué te llama Moley?», preguntó Dionne.

«Mi nombre es Molly. Por eso». Dionne asintió.

«¿Pero te gusta más Rothko?».

«Es como me llama la gente».

«¿Por qué?».

Rothko chupó el papel con cuidado. Lo alisó. «Haces un montón de preguntas, ¿no?».

Dionne se encogió de hombros. «Solo cuando estoy interesada».

Rothko sonrió al escuchar eso. «Está bien saber que estás interesada».

Rosie volvió al sofá dando saltos y se tumbó de nuevo suspirando. «No ha contestado». Rothko examinó el porro, estaba bien. Lo dejó y empezó el siguiente. Y notó que Rosie estaba jugando con las puntas de su coleta corta otra vez. «¿Nunca llevas el pelo suelto? Estarías tan guapa si llevaras el pelo suelto». Estaba metiendo los dedos en las puntas enredadas de Rothko.

Rothko apartó la cabeza. Una rigidez se apoderó de elle y Dionne se dio cuenta. «Quita», dijo sonriendo. Pero había miedo en su sonrisa, y estaba empezando a sonrojarse.

«¿Podemos verlo? ¿Puedes soltártelo y dejarnos verlo? ¡No te rayes! ¡Mira, se está rayando!». Rothko sintió que se encogía. «¡Venga! ¡Déjame verlo! Dionne quiere verlo, ¿verdad, Dionne?». Rosie empezó a hacer movimientos como para soltarle el pelo a Rothko.

Dionne la cogió de la pierna y dijo: «¿No puedes poner música? Es que he visto esta película mil veces. Me estoy aburriendo».

La atención de Rosie se desvió, pero su mano seguía en el pelo de Rothko. «¿Qué quieres escuchar?».

«¡Steve Hyper D! El set con Skiba».

Rosie soltó la coleta de Rothko y fue al equipo de música. Se arrodilló delante de la pletina.

Rothko miró a Dionne, dejando de lado su cara roja. «¿Te gusta el drum and bass?».

«Me gusta el rollo Darkside, pero no me va la mierda Jump Up».

Rothko estaba impresionade.

Sonó Rancid a todo volumen en los altavoces. «Esta es la cinta que me grabó Mark», Rosie se puso a bailar, con las manos en el aire, retorciendo el cuerpo en una torpe imitación de baile que había aprendido de la tele. «Antes era tan mono conmigo. Vosotras no lo entendéis».

Dionne puso los ojos en blanco. Se levantó para estirarse, y sonrió desde lo alto a Rothko. «¿Quieres un té?». Rothko se encogió de hombros para dar a entender *no, estoy bien*. Dionne cruzó el salón hacia la cocina. Rothko volvió la cabeza para observarla mientras se iba. No fue consciente de lo que estaba haciendo hasta que ella le miró de reojo desde la puerta y elle la pilló mirando atrás para pillarle mirándola. Ella salió de la habitación. Una sonrisa tímida de *quizá*.

CUATRO

Al día siguiente, era más mayor.

Dieciséis. Pero ¿qué significaba? No sabía qué quería de la vida. Sobrevivir cada día ya era bastante pedir.

Cerca de las tres de la tarde Rothko estaba sentade en las barandillas al final de las escaleras, vigilando la carretera. Poco después, ahí estaba él.

Sean.

Sintió que se le llenaban las mejillas con una sonrisa mientras su amigo avanzaba bailando hacia elle, mirándose en las ventanillas de los coches.

Rothko admiró a su amigo mientras llegaba. Vaqueros negros, Vans negras. Un hoja de maría dorada en el cuello. Se estaba dejando el pelo largo y todavía estaba en una etapa rara. Sean vio a Rothko en las escaleras y aceleró el paso.

Había algo glorioso en él. Los ojos enormes, amables, la piel marrón, límpida; todo sano. Todo acentuaba la bondad de su adolescencia llena de energía. Él le subía el ánimo a Rothko, la manera en que absorbía energía de lo que fuera que hiciera. Y Rothko le adoraba.

Sean tenía un montón de amigos y era popular entre las chicas. La gente no entendía por qué se relacionaba con Rothko. Cómo era posible que una chica y un chico fueran amigos como lo eran ellos,

sin sexo. Pero a Sean le caía bien Rothko. Siempre le había caído bien, desde el día que se conocieron en el patio de atrás fumando porros. A él le gustaba que elle era quien parecía ser. Sabía que elle era rare. Pero a Sean le gustaban los raros. Él también lo era. Lo que pasaba es que nadie se lo esperaba de él. Era demasiado hetero para ser raro. Demasiado guapo para que los otros chavales pensaran en su personalidad. Aparte de Rothko.

Subieron al trote las escaleras. Sean estaba haciendo el juego de pies rápidos del entrenamiento de boxeo, Rothko tenía que subir los escalones de dos en dos para seguirle el ritmo.

«¡Feliz cumpleaños, colega!».

Rothko le sonrió al cuello de su camisa.

«¿Dónde estamos yendo?». Sean estaba corriendo de espaldas. Moviendo los brazos a los lados rápido.

«Te vas a caer».

«No me voy a caer». Fue más rápido escaleras arriba de espaldas. El doble de rápido. «¿Al círculo? ¿Quién hay por ahí?».

Sean se tropezó y se cayó de espaldas, frenó la caída a tiempo y derrapó. Los dos se miraron a los ojos y se doblaron. Les dio un ataque de risa.

«Noooooooo». Sean se aplaudió. «¡Una vergüenza!».

«Pero cuenta. No te has caído».

Cogieron el camino de barro que atravesaba los campos de cultivo, en dirección a los prados, las colinas que conformaban los límites de la ciudad, donde se reunían los inadaptados y los pirados.

Edgecliff.

Rothko había crecido cerca de los clubs y bares del paseo marítimo, las heladerías y los locales de fish & chips. Se había

pasado los veranos esquivando a los visitantes de fin de semana borrachos, recién bajados del tren para un beso, un baile y un vómito. Atrincherade a la espera de los inviernos tranquilos y los vientos ululantes, rondaba observando a otra gente que merodeaba fuera de los pubs y las calles sin salida y los astilleros. Pasaba mucho tiempo sole, allí donde la luz era absorbida por las paredes de piedra húmedas y los contenedores oscilaban atrapados entre los dientes de las grúas y los juncos salvajes del sendero costero cantaban y el escarpado acantilado lanzaba trozos de sí mismo a las rocas de abajo.

Dieciséis años de eso.

Se sentía sole porque anhelaba otro tipo de vida.

Las cosas no eran tan fáciles para elle como para Sean. Elle no podía conocer a alguien y ver qué pasaba. Siempre llegaba ese momento en que tenía que averiguar si le gustaba a una chica o si ella solo quería ser su amiga. Y tenía que decidir cuándo decírselo, y cómo decirle qué era elle. Al margen de cómo lo hiciera, no podía negar que era algo, y era agotador; la constante negociación interna que Rothko necesitaba para vivir entre otros seres humanos.

Pero no había sentido eso con Dionne.

El instituto era una pesadilla. Y su casa era triste. Cada vez pasaba más y más tiempo vagando por ahí. Era Edgecliff lo que le mantenía a flote, y lo quería por eso. Era como un tercer progenitor para Rothko, tan disfuncional como sus padres de verdad. Pero al menos era más previsible.

Llegaron al claro al que se dirigían y se encontraron a un montón de chavales sentados en cajas o skates o apoyados contra el muro bajo que bordeaba uno de los lados del camino. Chocaron los puños

y se dieron un breve abrazo antes de sentarse. Rothko empezó a liar un porro, divisó a Dionne unas cuantas personas más allá y la señaló al reconocerla. Dionne saludó y le guiñó un ojo.

«¡Ay, ay!», gritó por encima del espacio que les separaba. «Es le Aries. ¡Feliz cumpleaños!».

Dionne Troy.

Ahí estaba ella.

Incluso más hermosa al verla por segunda vez. Brillante en el ombligo, cansancio en los ojos. Sonreía a Rothko. Rothko le devolvió la sonrisa y le dieron ganas de bailar. *Ella se acordaba*. Ella extendió un brazo hacia elle con una lata de Cider K. Rothko alargó la mano y la cogió.

«Gracias, Dionne», dijo. Dionne le lanzó un beso.

«¿Es tu cumpleaños?», preguntó otra chica.

Asintió con la cabeza para confirmarlo.

«¿Cuántos años cumples?».

«Dieciséis».

Todos se rieron y fingieron alegrarse y Dionne dijo: «¡Eres un bebé!».

Rothko le sonrió. «Anoche no decías eso». Y todo el mundo se volvió a reír, y Dionne le tiró un mechero. Rothko se agachó, lo recogió y dijo: «Ahora es mío». Dionne se levantó e intentó quitárselo.

«No, ahora no es tuyo». Se lo quitó de las manos. «Que tengas más suerte la próxima vez», dijo ella mientras caminaba de vuelta a su sitio, contoneando las caderas victoriosa.

Sean le dio un codazo en el costado. «Creo que le gustas». Rothko se sonrojó.

«No, tío. No es eso».

Sean se llevó las manos al corazón y se tiró de espaldas al suelo.

«Déjalo», le suplicó Rothko.

«Ese eres tú, ¿no?». Se recostó y se apoyó sobre el codo y empujó la rodilla de Rothko. «¿Y de qué la conoces a todo esto?», preguntó Sean en voz baja.

«La conocí ayer».

Sean le miró por encima de la nariz como si tuviera unas gafas en la punta. Estaba intentando, a su manera, infundir seguridad a su amigue. «Le gustas», afirmó.

Aparecieron unos chavales con un altavoz en un carrito. Rothko cambió una bolsa de maría por un par de pastillas y setas. Sean rebuscó en su mochila y sacó dos botellas de rosé con tapón de rosca. «¿Qué? Estaban de oferta. Era lo único que podía comprar».

Algunos bailaban al lado del altavoz en un grupito y otros estaban patinando en las barandillas, pero la mayoría de la gente estaba sentada por ahí. Dionne seguía sonriendo en dirección a Rothko.

Para cuando el sol se estaba poniendo, todo el mundo estaba del revés. Rothko se había tomado un trago ingente de rosé, se había fumado medio porro de una calada salvaje y había contenido el aliento mientras Sean le levantaba y le daba vueltas tan rápido como era capaz, con los brazos alrededor del pecho de Rothko. Vueltas y vueltas y vueltas. Cuando le soltó, Rothko cayó en el suelo, riéndose y puestísime. Le acababan de subir las pastillas y el porro, movía la cabeza arriba y abajo al ritmo de la música y daba patadas hacia atrás, riéndose. Todo el mundo se estaba riendo.

Unos cuantos patinadores estaban de pie, haciendo fila, se turnaban para saltar por encima de la pila de cajas de cerveza, y no

dejaban de caerse al suelo y rodar unos sobre otros y tirar las cajas y levantarse y hacerlo otra vez. Rothko se tumbó de lado en la hierba y contempló los cuerpos que saltaban y tiraban las cajas, y notó las hebras de hierba oscura cuando se apoyó para levantarse. De pie. Miró a Dionne, al otro lado de la multitud. Todavía tenía oleadas de risa en el aliento. Se acercó y se detuvo a su lado. Ella estaba de pie con el peso en una pierna, la mano en la cadera. Fumaba un cigarrillo mentolado, bebía su sidra, se la veía tan guapa y tan capaz de causar problemas.

Era agradable estar a su lado. Ella le miró de reojo, mantuvo los ojos fijos en los de elle. Luego apartó la mirada. Luego alargó la mano y tomó la suya y empezó a jugar con ella, pasó la punta del dedo índice por las líneas de la palma de la mano de Rothko y la fuerza de la sensación de Dionne tocando su piel eran tan potente, que estaba a punto de desmayarse.

Cayó la noche. Un par de los mayores prendieron una hoguera. Dos de los patinadores que habían estado saltando las cajas empezaron a intentar saltar sobre las llamas. Gritaban cuando se quemaban las piernas. Se reían. Volvían a hacerlo. Todos reían. Little Peanut; cabello pelirrojo rizado, delgada como la hoja de una espada. En sujetador y pantalón de chándal ancho, el gorro beanie calado hasta las cejas, tenía el carrito con el altavoz y lo llevaba dando vueltas en un gran círculo y bailando al pasar. Shy FX. «Original Nuttah».

Rothko siguió a Sean y a unos cuantos más, lejos del grupo principal, hablaban en voz baja, bebían su vino, miraban las estrellas. Todo se filtraba a través de una malla muy fina.

Lejos del fuego y los cuerpos en movimiento y los borbotones de risa, Dionne caminó hacia elle. Se detuvo delante de elle, y se miraron cara a cara un momento. Las voces alrededor de Rothko se redujeron a un único sonido. Se perdió en la tinta de sus ojos, el curso de su cuello y su barbilla inclinados hacia arriba como si ella le estuviera midiendo. Ella se acercó más y Rothko sintió sus cuerpos tocándose. Apenas tocándose. Tocándose de nuevo.

«Eres demasiado cool para mí», dijo ella. Y luego ella le besó. Atrapó su labio con los dientes y tiró hasta que el mundo cobró sentido. La suavidad de su cuerpo cedía cuando Rothko respondía presionando hacia su presión. Ella le tomó de los hombros y el cuello con sus dedos calientes, contundentes, hacia ella. Rothko con sus dos camisetas, las dos sudaderas, los pantalones de chándal debajo de los vaqueros, envuelte contra el mundo, se sintió desnude. Se quedó en el beso sin saber cómo devolverlo, sin saber cómo no devolverlo.

CINCO

Fue entonces cuando la noción del tiempo cambió para Rothko.

Los días pasaban en una nebulosa de Dionne. Cada tarde, Rothko esperaba en los prados para ver si ella aparecía. Y cuando lo hacía, estaban una al lado del otre todo el tiempo. Y las semanas se sucedían unas tras otras como los versos de una canción infinita. Se acababan de conocer, pero se tenían le une a la otra. Y todo les pertenecía.

Dionne era un par de años mayor que Rothko, pero solo iba un curso por delante. Tuvo que repetir a causa de los problemas que había en su casa, y tener dieciocho años le confería un estatus entre sus amigos del instituto que Rothko entendía que ella no quería poner en juego dejándose ver con elle. Nunca se lo dijo así. Lo único que ella dijo fue: «No es asunto de nadie», pero por la razón que fuera, en el instituto, se comportaban como si no se conocieran.

En los prados era un mundo diferente con reglas diferentes. Eran dos cuerpos más en una montaña de cuerpos, saltando por encima de las cosas. Y la mayoría de las noches, cuando era hora de irse, a Dionne le gustaba que Rothko la acompañara a casa.

Algunas noches, sin embargo, Dionne no quería que la acompañara a casa, quería salir con los mayores, que la llevaban a clubs donde Rothko no podía entrar y corrían con sus coches viejos por la carretera de la costa. U otras noches se marchaba en el coche

de alguno de los mayores sin decir adiós y desaparecía, y Rothko se daba cuenta demasiado tarde de que no estaba. Y a veces, cuando estaban en el círculo, Dionne se iba a los matorrales con uno de los chicos. Cuando hacía eso, Rothko la esperaba. Montaba guardia para que nadie los interrumpiera. Con la cara caliente y roja. Deseaba ser elle la que estuviera en los matorrales con ella. Luego ella salía, limpiándose la boca y bajándose la falda y se reía y cogía la mano de Rothko y se iban corriendo muy deprisa y se caían y ella se acurrucaba en sus brazos y la abrazaba con fuerza.

En un sentido era amor. O al menos, algo parecido.

Pero sentade tras su pupitre en el instituto, el amor que sentía por Dionne era música a través de las paredes. La fiesta de otra persona. Rothko aguardaba los minutos dolorosos mirando al vacío. Se sabía el horario de Dionne de memoria. Faltaba a clase para esperarla por los pasillos, el momento en que sabía que la vería de lejos.

El área de bachillerato, donde Dionne pasaba sus días, estaba en un edificio aparte, separado del edificio principal del instituto por un desolador patio de hormigón. La gente de su curso no tenía que llevar uniforme ni compartía horarios con el resto del instituto. Ocupaban su propio espacio aéreo. Sobrecargado. Si Rothko se lo montaba bien, sus caminos se cruzaban en los recreos. O en los minutos entre clases.

Rothko, en el último año de la secundaria, casi había terminado el instituto. Solo le quedaban los exámenes. Pero nadie esperaba mucho de elle. Elle menos que nadie. Navegaba por el edificio, fumándose los días como los cigarrillos apurados, que ocultaba en las manos ahuecadas y sucias, dándole patadas a una pelota de

tenis detrás de los laboratorios de ciencias; sabía exactamente dónde estar para sentir que ella bañaba el día de luz dorada al pasar a su lado sin aminorar el paso. Esa sonrisa diminuta era suficiente para que el mundo existiera. Por el latido que le atravesaba cuando Dionne caminaba hacia elle y Rothko, apoyade en las taquillas, levantaba la vista y la observaba acercarse. No hablaba ni sonreía. Solo miraba fijamente, intentando no hacerlo. Su mundo secreto era tan potente que asfixiaba el mundo real. Y Dionne miraba y apartaba la mirada y volvía a mirar y a apartar la mirada y el instituto desaparecía y se paraba, y todo sonaba como la nota más baja de un piano.

Un mes después de conocerse, una noche bajo las nubes húmedas, cuando Rothko la estaba acompañando a casa, Dionne se detuvo delante de la entrada del edificio y dijo: «No quiero que te vayas».

Así que elle no se fue.

Dionne vivía en los bloques de ladrillo amarillo bajos, de cuatro alturas. Estaban construidos alrededor de un jardín comunitario. La superficie de asfalto rojo detrás de unas barandillas torcidas. Los columpios con las cadenas enredadas. Un tobogán de color amarillo chillón que salía de la boca de una oruga pintada. Los bloques estaban conectados por pasillos subterráneos y soportales. Puertas macizas con hileras de timbres. Macetas en las barandillas. Bicicletas infantiles en los balcones. Voces reverberando en las escaleras. Escalones de hormigón gastados en medio.

«¿Mamá?», gritó Dionne cuando entraron. Rothko oyó a su madre responder.

«Estoy en el baño. Espera». Y se notaba la fragancia agradable de la espuma de baño procedente del pasillo.

«He venido con alguien».

«Está bien, cariño. Dame un minuto».

Su casa era diferente a la de Rothko en todos los sentidos. Para empezar había cosas en las estanterías y cuadros colgados en las paredes. En la casa de Rothko no había ningún cuadro. Ezra no quería trastos.

El piso de Dionne era más pequeño que la casa de Rothko, pero a Rothko no le daba la sensación de que era pequeño. Le daba la sensación de que era colorido y cálido.

Rothko sabía que la madre de Dionne, Agnes, trabajaba en los ferris y también hacía joyas que vendía. Todo estaba cuidadosamente ordenado. Las cosas de hacer joyas estaban guardadas en un montón de cajoncitos, etiquetados con su caligrafía con florituras. Había plantas encima de los armarios altos cuyas hojas descendían por las paredes. Había cortinas amarillas en las ventanas. Un calendario en la nevera con fotos en blanco y negro de leyendas del jazz. Ese mes era John Coltrane.

Dionne condujo a Rothko a su habitación, y a Rothko le gustó en cuanto cruzó la puerta. Olía como ella. Había un montón de flores colgadas boca abajo, secándose. Las paredes eran de color morado oscuro. Tenía un neceser de maquillaje y perfume y un espejo grande. Tenía un póster en la pared de dos mujeres besándose en zapatos de tacón y un póster enorme de Tupac.

Sobre la cama, tenía una fotografía tamaño A4 enmarcada de un hombre atractivo y sonriente sentado en un butaca enorme, florida, con un bebé recién nacido en brazos.

Se tumbaron en la cama. Une al lado de la otra. Dionne se acercó con un beso y metió la mano debajo de su camiseta para tocar su piel. Sus manos encontraron el sujetador de Rothko. Tenía un lacito en medio. Parecía juvenil y no parecía de Rothko. Bajó la mano por su tripa y la metió por debajo de la cintura de su pantalón de chándal, notó los lacitos de delante a juego con el sujetador. Eran una bragas grandes, infantiles, con un ribete. Rothko no estaba disfrutando la exploración de Dionne de su cuerpo. Le gustaba tocarla, pero no le gustaba que le tocaran. Se sentía expueste. Vulnerable. Se veía desde arriba, a sí misme en una cama con la mano de una chica recorriendo su piel, y descubrió a la vez que Dionne que tenía un cuerpo.

«¿Te gustan?», preguntó Dionne tocando la cintura de sus bragas.

«En realidad nunca he pensado en ello».

«¿Dónde las has comprado?».

«La novia de mi padre. Wendy. Las compra y las deja en mi habitación».

«¿Por qué?».

Rothko estaba mirando la mano de Dionne mientras le buscaba. Odiándolo. Dionne estaba viendo la verdad sobre elle, obligándole a verla también. Pero Rothko ocultó su incomodidad. Se le daba bien hacer eso. «No me gusta ir de compras».

«Pero ¿qué es peor? ¿Ir de compras o estas bragas?».

Rothko se rio, retorciéndose. «Tienes razón, sí. Lo siento». Apartó la mirada del terror que le provocaba la mano de Dionne, en su lugar la clavó en el techo, intentando calmar los nervios. Ella le observaba con un interés que a Rothko le resultaba doloroso. Se sonrojó tanto que Dionne lo notó en sus propias mejillas.

Agnes llamó a la puerta, les dos se apartaron y se sentaron, lejos une de la otra. Asomó la cabeza por la puerta y les vio escapando a toda velocidad a los lados opuestos de la cama.

«Hola. Ya estoy limpia de pies a cabeza». Agnes era una mujer de caderas anchas, risa cómplice, la clase de persona de movimientos fluidos, que está cómoda en su piel. Llevaba unos pantalones ajustados y unas sandalias de tiras finas. «Es un poco temprano para irse a la cama, ¿no?».

«Este es Rothko del instituto».

«Hola, Rothko del instituto». Mientras les escudriñaba, la suya era una mirada cómplice.

«¿Mamá? ¿Qué pasa?».

«Nada. ¿Me dices a mí? Yo sé cuándo sobro». Y volvió a la otra habitación.

Dionne puso los ojos en blanco. Pero a Rothko le pareció adorable que su madre hubiera ido a comprobar que todo iba bien. «Vamos fuera y nos liamos uno».

Fuera, el sol se estaba poniendo. El día había sido salado y caluroso y ahora la luz del crepúsculo serenaba el cielo. Se sentaron en los columpios que había delante del bloque. Une al lado de la otra, en direcciones opuestas, para poder mirarse mientras se columpiaban.

«¿Era tu padre el de la foto al lado de tu cama?», preguntó Rothko con delicadeza. Dionne asintió. «¿Cómo era?».

Ella encendió el porro. Dio una calada. «Era divertido. Como tú». Ella sonrió. La sonrisa dulcificó su voz.

«¿Crees que soy divertide?».

«Sí». Apoyó la cabeza cuando lo dijo. La sien descansaba en la cadena del columpio.

«¿En plan que te ríes de mí o que te ríes conmigo?».

«Las dos». Ella dejó de columpiarse. Puso los pies en el asfalto. «Creo que le hubieras gustado. Me recuerdas a él».

«¿Sí? ¿En qué sentido?».

«Algo». Dio otra calada. Exhaló el humo entre los dientes. «Tienes algo».

Rothko apoyó la cabeza en su columpio, imitándola.

«¿Cómo pasó, Dee?».

Ella habló de forma comedida. «Un accidente de tráfico». Colocó las palabras en línea recta desde la boca. «Alguien robó un coche y estaba conduciendo en puto sentido contrario. ¿Sabes las carreteras grandes que hay al lado del supermercado de ofertas? Una putada».

Se quedaron sumides en sus pensamientos un rato. Ella siguió.

«Yo estuve muy mal después. Por eso perdí un curso. Ahora lo llevo mejor. A veces pasa una semana entera sin que piense en él. Entonces me siento culpable». Se apartó el pelo de los ojos. «Lo peor de todo es. En plan. Pienso, él, en el momento, ¿lo supo? ¿Cuánto tiempo tuvo para pensar… no puedo hacer nada? ¿Sabes qué quiero decir? Creo que es lo peor de todo. Pensar en él asustado. O triste por dejarme. O en lo último que pensó. ¿Sabes a qué me refiero?».

Se pasaron el porro. Caladas profundas y exhalaciones lentas.

La voz de Rothko sonó baja y ronca. «Vi una cosa en la tele. Sobre las experiencias cercanas a la muerte». Se rascó las mejillas, se dejó la mano en la barbilla. «Era sobre gente que volvía, por

ejemplo de una parada cardiaca, de haber estado muertos. Y volvían».

Dionne estaba escuchando, esperando a que continuara.

«Todos, ¿sabes? De lo que fuera. A uno le habían disparado. Otro tuvo un ataque al corazón. Muy jodido. Uno de ellos se despertó en la puta camilla. La operación había ido mal… sin importar lo aterrador que hubiera sido. ¿Qué es eso? A uno le falló el paracaídas».

A ella le gustaba escucharle describiendo cosas. El modo en que señalaba las sílabas importantes con el dedo.

«En cualquier caso, el tema es que todos contaban lo mismo. Que habían sentido una profunda sensación de paz. Simplemente paz. Adonde fuera que se habían ido, lo que sintieron fue una ligereza que no habían conocido hasta entonces».

Ella respiró por la nariz. Encendió un mechero un par de veces y observó la llama. «Gracias por decir eso», dijo ella. Y Rothko asintió, complacide de haber dicho lo correcto. «Todavía tengo sus mensajes en el teléfono». Sonó tan definitivo.

Rothko alargó la mano para coger la de Dionne. Ella se la dio. Y se quedaron sentades así, de la mano, fijándose en los detalles de la piel de le otre. Meciéndose un poco hacia atrás. Un poco hacia delante. Lentamente. Hasta que resonaron unos gritos en la calle y Dionne retiró la mano.

Era un grupo grande de chavales, jugando con una pelota de fútbol. Más o menos eran de su edad.

«Vaya, Dionne», la saludó una de las chicas. Dionne estiró el brazo para chocar con un par de ellos cuando se acercaron a los

columpios. Se abrió un espacio entre Rothko y Dionne que no había habido antes.

«¿Qué estáis haciendo?», preguntó Dionne.

«Vamos a casa de Andy». Rothko sintió las miradas sobre elle. «¿Vienes?».

Ella negó con la cabeza. «No, me voy a casa».

Los chicos se reían a gritos mientras chutaban la pelota a la cabeza de los demás tan fuerte como podían. Uno de ellos incluso había perdido la zapatilla e iba corriendo por ahí con el calcetín.

«No lo intentes», estaba diciendo. «Te voy a…». Iba dando saltitos con el pie descalzo en dirección a la zapatilla perdida. Pero alguien llegó primero y la tiró al otro lado de la valla.

Rothko sonrió vagamente. Como si formara parte de lo que pasaba.

«¿De dónde sales tú?», dijo uno de los chicos mirando a Rothko. Llevaba un pendiente del logo de Nike en la oreja. Una raya afeitada en las cejas.

«De por aquí», le dijo Rothko. Miró hacia arriba y hacia fuera desde debajo de la frente.

El chico se acercó. «¿De qué bloque?».

Rothko miró a Dionne. «Para qué la miras a ella, estoy hablando contigo». El cambio de energía atrajo la atención de todo el mundo. Rothko se levantó del columpio. El chico le hizo sentarse de nuevo de un empujón. «¿Para qué te pones de pie? Cobarde. ¿Qué tienes para mí?».

«Basta», dijo una de las chicas.

«¿A quién le estás hablando?». El chico le frunció el ceño; con el pecho hinchado, lleno de un poder caricaturesco.

«Es una chica, capullo». La chica le chasqueó la lengua, y el chico se tapó la boca con las manos.

«¿Quéeee?». Dio un salto atrás, físicamente impresionado. «¡No me mientas!». Rothko intentó controlar los nervios, pero estaba cortocircuitando. «¿Eres una chica?».

«Sí», le dijo Rothko.

«¡Iba a meterte una hostia!», dijo el chico. «Perdona. Uf. Perdona». Y empezó a reírse, una exagerada risa falsa. «Bro, pensaba que era un tío, sabes». Haciendo aspavientos como si fuera la cosa más divertida del mundo.

«¡Se había creído que era un tío!».

Dionne se puso en pie. «Vamos», le dijo a Rothko haciendo un gesto. «Nos vemos después, gente». Salió del parque infantil. Rothko la seguía. Con la cara completamente roja. Las extremidades no le funcionaban con normalidad, eran demasiado pesadas.

«Adiós», les gritaron las chicas. Riéndose.

«Pero parece un tío, ¿no?». Rothko oyó que decía el chico cuando se alejaban. «¡Estaba a punto de darle una paliza!».

«Tú no podrías pegar ni a tu madre».

«Pero ¿a qué viene hablar de mi madre?».

Dionne y Rothko se refugiaron en un soportal que cruzaba el bloque. Hasta la calle. Rothko trató de mantener la cara bajo control. Giraron a la izquierda y rodearon los bloques, caminando deprisa, hasta que Dionne giró y elle le siguió por un callejón lleno de maleza que pasaba entre los jardines traseros de los pisos de abajo de dos bloques adyacentes. Tenía treinta centímetros de ancho. Un lado era

una cerca de madera y el otro era una verja metálica verde. El callejón estaba lleno de malas hierbas, sin pavimentar. Las malas hierbas estaban muy crecidas, llenas de florecitas azules y blancas. Unas cuantas ramas caían por encima de las vallas de los jardines que había al otro lado. Había un trozo de suelo de hormigón a medio camino donde habían dejado basura. Unos cuantos pallets apilados contra la valla de madera. Un sofá tapizado viejo. Le colgaban borlas por debajo. Una bolsa enorme de periódicos locales. Una mesita de televisión astillada a la que le faltaba una pata. Un par de neumáticos de coche viejos.

Dionne miró atrás a Rothko, que caminaba a treinta centímetros de distancia. «Perdona lo de estos».

Rothko respondió riéndose. Ella barrió con la mano unas cuantas hojas de encima del sofá y se pusieron cómodes. Estaba tapizado en una tela gruesa, estampada. Tal vez en su día fue majestuoso, pero ya no lo era. Tenía los brazos y las patas de madera curvada.

«Odio a todo el mundo». Dionne apoyó la cabeza en el hombro de Rothko. «Podría morirse todo el mundo, excepto tú». Ella tomó su brazo y lo recorrió arriba y abajo con los dedos. Rothko volvió la cara hacia ella y le dedicó toda su atención. El tiempo pendía con suavidad de la valla de metal y salía música de las ventanas abiertas de arriba. Casi era de noche.

«Me gusta este sitio». Rothko hablaba en voz baja.

«A mí también».

Dionne trazó formas en la cara de Rothko con las yemas de los dedos. El mundo se redujo a los movimientos más sutiles. Todo comenzaba y acababa en el tacto. Ella se acercó más hacia elle y

abrió la boca ante sus labios. Los besó como si no hubiera nada de malo en elle.

Pero debajo de la ropa de Rothko estaban esas estúpidas bragas y ese estúpido sujetador, y debajo de esas cosas, peor aún, había un cuerpo. No era suyo en realidad. No tenía nada que ver con elle, con quien era. Pero ahí estaba. Era la cosa en la que vivía, la que representaba su espíritu ahí fuera en el mundo. Pero no le había entendido para nada.

Rothko se apartó del beso. «Me tengo que ir», le dijo. Ella parecía molesta.

«No quiero que te vayas».

«Lo sé». Elle empezó a incorporarse. «Pero tengo que ir a casa». Salieron de la tranquilidad del callejón y se despidieron en la calle principal.

«La próxima vez, ¿te quedarás a dormir?». Ella le miraba esperando una respuesta. Pero Rothko no quería que le miraran más.

Caminaba deprisa. Dejó atrás los campos de fútbol y las fábricas de acero, pasó por debajo de los arcos del tren, más allá de las largas calles blancas de las casas de posguerra que daban a los huertos. No estaba yendo a casa. No quería sentarse en una casa vacía a ver la tele.

Giró en un cul-de-sac color beige y silbó hacia la ventana de atrás de la casa de Sean hasta que este asomó la cabeza.

«¿Qué haces?», gritó Rothko.

«Nada. Bajo».

Sean abrió la puerta. Se saludaron chocando los puños y subieron a la habitación. Nev, el padrastro, estaba preparando algo en la cocina. Era un hombre encantador. Con la complexión de un portero de discoteca. Calvo, con barba, sonriente. No hablaba mucho pero cuando lo hacía, su voz era amable. Le gustaba recorrer el suelo de la cocina deslizándose con los calcetines cuando su mujer no le veía. Tenía el horno abierto, saludó a Rothko cuando subía la escalera, con la atención fija en la sartén caliente. El hermano pequeño de Sean chilló feliz en su trona.

Rothko se sintió tranquile en la habitación de Sean. Pósteres enormes colgados. Bruce Lee en *Operación dragón*. Lara Croft en *Tomb Raider*. Un alien haciendo el signo de la paz, diciendo «Preséntame a tu dealer». Y un print en blanco y negro de Muhammad Ali, con los guantes en alto, y sobre la imagen una cita en mayúsculas, LA MEJOR MANERA DE HACER REALIDAD TUS SUEÑOS ES DESPERTAR.

Rothko se tumbó en el pequeño sofá que había ayudado a Sean a llevar a rastras desde la calle el año pasado y se quitó las zapatillas. Sean estaba jugando a *Grand Theft Auto 3*. Una lámpara de lava burbujeaba en la esquina. Empujó un cenicero de pub enorme por la mesita hacia Rothko, que cogió el porro a medias y se lo terminó agradecide. Pasaron diez minutos.

«¿Te importa si me quedo a dormir aquí?», preguntó Rothko a través del humo. Sean detuvo el juego y se puso de pie para rebuscar en el armario. Agarró el saco de dormir que estaba metido a presión en lo alto y se lo tiró. Rothko lo atrapó y Sean se volvió a sentar para retomar la partida. «Un delincuente, ¿eh?», le dijo a la pantalla. «Cierra la boca». Se lio a golpes con el control pad e hizo

que el personaje con el que estaba jugando detuviera a un coche que pasaba y sacara al conductor. «¿Quieres más?», estaba diciendo. «Pues toma. Cobarde». Su personaje se subió al coche y empezó a conducir. Sean fue cambiando de emisora de radio. Encontró The Pointer Sisters, «Automatic». Se enganchó. «Has venido una noche buena», dijo él. «Cocina Nev. Siempre hace toneladas de comida».

Comieron delante de la tele con las dos hermanas de Sean y la madre de Sean, Debs. Estuvieron viendo concursos y Debs acertó todas las respuestas. Rothko apenas dijo una palabra. Simplemente se sentó allí con la sensación de que no debería estar ahí y de que todo el mundo quería que se fuera. Después de cenar, Sean lavó los platos y Rothko los secó mientras Nev se fumaba un cigarrillo en el jardín trasero. Las hermanas de Sean estaban haciendo los deberes delante de la tele, Debs se fue a su turno de noche y Rothko pensó *así es una familia*. El bebé se despertó y Sean fue a consolarlo. Nev asomó la cabeza por la puerta de atrás, con el cuerpo todavía en el jardín.

«Sean ha ido a cogerlo», dijo Rothko.

«Ah, bien». Nev entró y cerró la puerta tras él, escuchando el monitor del bebé; oyó a Sean susurrando al bebé con voz cantarina. «Te puedes quedar todo el tiempo que quieras, ¿de acuerdo? Aquí siempre eres bienvenide». Rothko empezó a sonrojarse. «Ya somos tantos, que apenas notaríamos a una persona más».

La amabilidad del comentario le hizo sentirse horrible.

La luz de la mañana se coló entre las cortinas. Rothko parpadeó y se restregó la cara. Sean se había ido temprano al entrenamiento de boxeo. Había dejado a Rothko durmiendo en su habitación. Se despertó rare.

Abajo no había nadie. Caminó despacio hasta el salón. Como siempre, le habían abandonado.

Le dio la sensación de que todo hablaba. Los patines en el rincón. Los libros de texto en la mesa de al lado de la tele. El enorme marco dorado en forma de corazón con la foto de Nev y Debs del brazo, con las mejillas rojas y sonriendo en la meta de una carrera patrocinada, con camisetas de investigación contra el cáncer. Rothko abrió unos cuantos cajones, miró dentro, pensando *así son las vidas de la gente*. Uno de los cajones estaba lleno de medicamentos. Cajas y cajas de pastillas preparadas para Deborah Hammond.

Rothko sabía que estaba enferma; llevaba enferma un tiempo. Sean no entraba en detalles. Pero aquel día que habían estado sentades en el muelle, solo elles dos, Rothko le había envuelto con sus brazos fuertes y se había quedado así mientras lloraba.

Rothko cogió algunas de las cajas. Leyó los complicados nombres y se dio cuenta de que era real. Que quizá se iba a morir.

«Sevredol», leyó. «Sulfato de morfina».

Sopesó la caja que tenía en la mano. Trató de sentir su poder. Pero no pudo.

Esta cajita blanca alivia el dolor. A Rothko le parecía tan limpia y eficiente. ¿Cómo podían esas pastillas blancas ser la misma cosa que la carnicería que se estaba tragando a su madre?

«Pueden causar adicción».

La cosa que ella había elegido por encima de elle. Una y otra vez. Y otra. Y siempre.

Le vino como si fuera un teatro de sombras que se desarrollaba a su alrededor mientras estaba de pie en el salón en silencio de Sean. Todas las veces que su madre se había desenganchado luego recaído luego desenganchado luego recaído y todas las mentiras. Traiciones que Meg no reconocía como traiciones. Promesas que nunca salieron bien. Todos los sueños bonitos que ella tejía y que a Rothko le encantaba ver cómo tejía. Y la tristeza de saber lo mucho que distaba quien era ella en su corazón y quien era ella en el mundo. Y no saber nunca cuál era real. La madre que decía que le quería o la madre que hacía las cosas que Meg hacía cuando consumía.

Y todo era por esto.

No eligió o pretendió o siquiera supo que iba a hacerlo, solo cuando se hubo metido la caja de pastillas en el bolsillo se dio cuenta de que lo había hecho.

De vuelta en casa, en su habitación, se tomó una de las pastillas y esperó a sentirse diferente. Le pareció que pasaba una eternidad, pero no pasaba gran cosa. Así que siguió tomando pastillas, hasta que el tiempo le ató a su ancla y le hundió en su cama. El tiempo le retuvo por los tobillos y le llenó la cabeza flotante de sus marañas de hilo. Sintió una calidez que le asfixiaba al extenderse. Se rindió. Su cuerpo lento. Yendo hacia dentro. Envejeciendo. Paralizándose. Descendiendo. Se vio a sí misme alargando la mano, de deditos regordetes, cogiendo la mano de su madre, en el cruce, lanzándole

besos a la gente mientras se alejaban a toda velocidad. ¿Es real o no? No consigue entender el giro. El suelo es el techo, pero el techo es una boca sonriente. Toma las curvas diciendo Dios ayuda a quien se ayuda, nerviose en la frontera entre la desesperación y el deseo. Todo está en llamas pero todo el mundo miente, todo está bien en tanto que todo es de alquiler. Si lo quieres, puedes mover ficha, pero nada se mueve y el suelo requiere toda su atención y se está tragando su garganta, ve que se cierne una oscuridad y quiere parar el estruendo en sus oídos pero la ola rompe en su barco y lo vuelca. Se sumerge, se hunde bajo el peso, en las profundidades. Más abajo. Sombras y dientes y movimientos lentos. No hay música aquí abajo, ni clima ni gente ni medida ni necesidad de seguir sintiendo, basta con relajarse en el sueño y…

«Estoy en casa», gritó Ezra al cruzar la puerta. Pero nadie respondió. Cogió las facturas del felpudo de la entrada y se dirigió a la cocina, donde abrió los armarios y se quedó parado un rato, mirando la nada que había dentro. Quizá podía invitarla a comida a domicilio. Podían ver alguna película de acción tonta.

Subió al trote las escaleras hasta su habitación. Gritó su nombre un par de veces. Llamó a la puerta de su habitación y la abrió. «¿Estás ahí?».

Pero lo que vio le extirpó el habla. Estaba inconsciente, boca abajo. Trató de despertarla. «¿Rothko?». No respondía. La sacudió por el hombro. Volvió su cara hacia él. Tenía el corazón paralizado por el terror. No lo sentía. Le dolieron las venas cuando levantó su cuerpo en brazos, gritando «¿Rothko?». Pesaba tanto. Tenía los ojos

cerrados, él se los abrió, le dio palmadas en las mejillas. «Roth, por favor». Llamó a la ambulancia y habló con la mujer del teléfono: «¿Pero cuánto tardarán? Vengan ya. Tienen que venir ahora. Creo que no respira. Podría meterla en el coche, pero no estará más segura en la…». Se levantó con dificultad y la arrastró, con las manos en sus axilas, hasta abajo, en dirección al coche.

Le acariciaba la cara mientras avanzaba diciéndole «Estás bien, cariño. Estarás bien». Pero la mujer del teléfono le decía «Quédese ahí» y él respondía «¿Cuánto tardarán?» y su cuerpo era un sumidero, el mundo se disolvía, todo colapsaba porque *esta es mi bebé* y *no está respirando* y *¿cómo puedo protegerla de una cosa que no veo?*

Esperando en el hospital, mareado por la adrenalina. Temblando. En shock. Se obligó a dejar de dar vueltas. Se forzó a sentarse.

Todavía podía sentirla, con un año. El calor que desprendía, dormida sobre él.

Todavía recordaba cada detalle.

Llovía a cántaros la noche que nació. En ese mismo hospital, a las dos de la mañana. Las dos de la tarde antes de que finalmente llegara.

Ya había pasado por ello antes con Sarai, pero todavía no estaba preparado de verdad para el esfuerzo que requería. Cuánto más dolor tenía Meg, menos ruido hacía, pero él lo veía en su cara. Tumbada en la cama, el pelo negro como la tinta y su boca muda abierta sobre la almohada y la delgadez de su piel y lo pequeña que

era cuando no se ponía por encima de él, poseída por la desesperación.

Él le repetía lo bien que lo estaba haciendo. Tenía ese miedo angustiante de que ella se iba a morir. Ella estaba tranquila, él era presa del pánico. Ella le dijo que se fuera un rato. Él fue a buscar un café.

En la sala de espera, la tele estaba encendida. Retransmitían los disturbios en la cárcel de Strangeways. Observaba a esos hombre en el tejado. Asombrado. Destrozaban todo con las camisetas enrolladas en la cabeza, colgaban pancartas por las ventanas que decían «Queremos hablar con miembros del Parlamento». Se quedó en la sala de espera durante toda la transmisión, con el cuello doblado hacia la tele que colgaba del techo.

Las imágenes se interrumpieron para dar paso a las llamas que arrasaban la cárcel espantosa. Él sentía que era fuego sagrado.

Él había conocido a hombres que habían estado allí. Sitio de mierda. Había escuchado las historias. Encerrados veintitrés horas al día. Palizas regulares. Tres en celdas diseñadas para una persona. Les daban antipsicóticos a la fuerza. Les pinchaban sedantes para callarles. No le extrañaba que estuvieran destrozando ese lugar. Bien por ellos.

Las cámaras de las noticias mostraban el fuego asomándose por las ventanas de la prisión. Era un fuego redentor. Igual que lo sería su bebé. Una vida nueva, una nueva oportunidad de hacer las cosas bien con Meg. Si esos hombres podían hacer eso, él tenía que ser capaz de mantener a su familia unida.

Tenía que controlar su vida.

Su cuerpo estaba lleno de esperanza mientras los miraba, arrancando las tejas del tejado y lanzándoselas a los guardias que estaban abajo. Piernas y brazos y torsos. Cuerpos. Cosas nada sorprendentes, cosas normales pero presiónalas lo suficiente y serán capaces de hazañas increíbles. Como dar a luz. O arrancar puertas de acero.

Por primera vez en mucho tiempo, bajó la cabeza y rezó. La primera oración que le vino a la mente fue una que solía rezar en Yom Kipur. *Perdónanos, por favor. Dios misericordioso*. Ezra se quedó sentado en la sala de espera, solo, ofreciéndole a Dios la lista de sus pecados. Y pidiendo la expiación.

Y entonces nació ella.

La estrechó en sus brazos, con los ojos cerrados, para sentirla.

Era su hija pequeña. Su bebé. Una persona a la que quería más de lo que nunca había querido a nadie. El profundo sentimiento de anteponer a un ser humano a ti mismo que Ezra solo había sentido cuando miraba a los ojos de sus hijas.

Pero de algún modo, esa persona que había llegado a su vida para enseñarle lo que era el amor de verdad, esa criatura que él juró proteger de todo mal, se había alejado tanto de él, que no podía alcanzarla. Él no había estado allí cuando ella le necesitaba.

Se acordó de ella a los siete años, después de que Meg se marchara, cuando se obsesionó con las ballenas durante uno o dos años. Tenía ese enorme libro de tapa dura, lleno de fotos y diagramas que solía leer a todas horas. Abierto ante ella allá donde estuviera sentada. «Esta es una jorobada», le explicaba. Mientras, él trasteaba en la cocina tratando de darles de comer a todos. Sin escuchar. «Viajan cinco mil kilómetros cada año. Muy muy lejos en el

océano. Cuando la madre de una le canta a su hija, pueden estar a kilómetros de distancia, y aún así la hija sabe que es su madre por la canción».

¿Cuánto tiempo había estado inconsciente en el suelo?

Veía su cuerpo desplomado por todas partes.

Ojalá hubiera escuchado mejor cada palabra que ella había dicho en su vida.

Ezra bajó la cabeza y rezó, igual que cuando nació. «Hemos pecado contra Ti con promesas vanas», susurró, y su voz era ronca y titubeante, «y hemos pecado contra Ti al sentir odio gratuito». Había pasado mucho tiempo, pero encontró las palabras, o ellas le encontraron a él. «Hemos pecado contra Ti al traicionar tu confianza, y hemos pecado contra Ti al sucumbir a la confusión». Le ardían los ojos y se golpeaba el pecho con la mano como le habían enseñado. «Por todos estos pecados, Dios misericordioso, perdónanos, concédenos la expiación».

Y Dios se mostró en la doctora de voz suave con las gafas en la mano, que se inclinó para decirle a Ezra que su hija se había recuperado, que ya podía llevársela a casa.

Tenían que notificarlo al instituto. La policía envió a una agente de uniforme y ella se sentó, marcando casillas del cuestionario, erguida y tensa en el sofá lila caro que Ezra creía que iba a transformar sus vidas, como en los programas de reformas de casas de la tele. Hubo visitas del equipo de salud mental. Citas por teléfono con la gente que velaba por la seguridad de los menores. La atmósfera era claustrofóbica. Ezra se descubrió asomándose a intervalos a lo largo

de la noche a la habitación de Rothko, aguzando el oído para oír su respiración. La culpa era como un tendón desgarrado.

La única vía de escape que tenía Rothko de la autoritaria presencia de Ezra era volcarse en los deberes. No tenía que ir al instituto por su convalecencia, así que se entregó por completo a repasar cosas que en realidad no había aprendido nunca. Pero desde que había estado en el hospital, todo lo que miraba propiciaba pensamientos intrusivos. Cada día tenía que esforzarse para no rendirse al cosquilleo que le hacía preguntarse qué pasaría en realidad si se tirara de cabeza al tráfico. O si se vaciaba una taza de té hirviendo en la cabeza. Le daba vergüenza y miedo pensar en lo que había hecho. No quería que lo supiera nadie en el instituto.

Ezra y Rothko giraban en órbitas amplias alrededor de su secreto compartido, dos planetas, amenazantes. Sentían el asombroso calor que desprendía el secreto en cada giro de sus elipsis. El casi haberse perdido el uno a le otre llenaba el aire entre ellos de un silencio nuevo. Ezra regresaba a toda prisa después de trabajar, por las tardes, alérgico a sus propios pensamientos, y desesperado por no perder más tiempo. Pero después de tres semanas de aquello, Ezra estaba harto de que el equipo de salud mental metiera sus narices recriminatorias en sus problemas. Ella tenía que presentarse a sus exámenes. Tenía que pensar en el futuro. A Ezra le parecía que lo mejor hubiera sido que todo el mundo dejara de hablar del tema a todas horas y que permitieran a la pobre chica seguir adelante.

Mayo fue una cámara sin aire. Cada movimiento observado y registrado. Pero al final a Rothko le dieron permiso para volver a salir

a la calle. Hizo los exámenes sole en el aula del centro de reeducación, bajo la supervisión del orientador escolar, Gerald. Tenía la credencial colgada del cuello, la había plastificado pagándolo de su bolsillo. Llevaba una sudadera roja, vaqueros gastados y unas Adidas hechas polvo que gritaban s*oy un buen tío*. A Rothko le caía bien. Le dejaba salir a fumar y le preparaba chocolate a la taza aguado.

Al fin era viernes. Cinco semanas después del episodio de las pastillas, estaba de nuevo en los prados, tirade en la hierba, escaneando el horizonte. Vio la silueta familiar de Sean acercarse. Era la primera vez que Rothko le veía desde lo que pasó.

Sean no sabía nada de la sobredosis. Nadie lo sabía. Sean simplemente se había imaginado que Rothko estaba con su nueva amiga, Dionne. Y por eso no le había visto. Elle lo observó, su silueta recortada por la luz del sol poniéndose, y oyó el golpe de sus pisadas en la tierra. Se detuvo delante de elle, pero no sonrió. Rothko levantó la mano para chocar. Sean le saludó pero había algo diferente. Elle quería mirarle a los ojos, pero le costaba.

Se quedó sentado ahí una eternidad, en silencio. Con las rodillas abrazadas contra el pecho. Daba la sensación de que se estaba preparando para decir algo. Al final, los demás que estaban ahí se fueron y se quedaron a solas.

Rothko estaba arrancando puñados de hierba y jugueteando con las hebras. Sean señaló sus manos. «Estás con los temblores, colega».

«No». Rothko tiró la hierba y metió las manos en los bolsillos.

«¿Qué pasa contigo?».

«Nada».

«Sabía que fuiste tú». Él le miró fijamente, había confusión en sus ojos, esperaba una confesión. Rothko siguió en silencio. «Reconócelo».

«¿Que reconozca qué?».

«Lo estás empeorando, colega». El tono de su voz era lo más duro de aceptar para Rothko de toda la conversación. Le hablaba con delicadeza. Incluso después de lo que Rothko había hecho, Sean seguía tratándole bien. «Tú sabes que mi madre está enferma…». Desistió. No era una conversación cómoda para él. «Tiene dolores. Todo el tiempo. Esas pastillas son para el dolor. ¿Creías que no se daría cuenta de que habían desaparecido sin más?».

Rothko apretó los dientes. Sintió que le daba vueltas la cabeza. La piel le ardía.

«Desde que empezaste a ir con la Dionne esa…».

Sean se volvió para mirar directamente a Rothko, pero Rothko no podía soportar ver la cara de su mejor amigo mirándole, tan dolido y con tanto desprecio. «Robaste a mi familia».

Rothko empezó a oír raro. Tenía un pitido altísimo en el oído izquierdo. El resto era una red caída. Un lapso de ruidos sordos que le engullía los tímpanos. No dijo nada. Era mejor que intentar justificarse, y que Sean pensara que estaba intentando darle pena.

No quería hablar de la sobredosis, el hospital. Hacía siglos que era demasiado tarde para dar explicaciones, para decir que sintió que esa caja en el cajón era la única salida a tantos años esperando a que su madre dejara de mentirle a la cara. Una línea directa a su corazón. No había pensado de quién o para qué eran realmente las pastillas. Hasta ahora.

Sean no pudo soportarlo. ¿Cómo podía estar ahí sentade, ignorándole? Esperó tanto como fue capaz. Hasta que al final se puso de pie. Suspirando de forma audible. «Si así es como vas a comportarte».

Rothko levantó los ojos entrecerrados hacia él. Tragó. Encontró su voz. «Lo siento», dijo al fin. Pero no se le ocurría qué más podía decir.

«¿Qué? ¿Eso es todo?». Él esperó, visiblemente, a que Rothko le quitara ese peso de encima. Pero Rothko había vuelto a mirar hacia el otro lado. Quería decirle muchas cosas, pero no sabía cómo. Todo se atascó en su cabeza. Rothko había aprendido que se podía seguir queriendo a una persona incluso si odiabas lo que hacía. Estaba esperando a que Sean dejara de estar enfadado y que las cosas volvieran a la normalidad. Pero cuanto más lo ignoraba, más enfadado estaba él. Hasta que pensó que sería capaz de pegar a Rothko si no se iba. «Robaste a mi familia». Lo dijo otra vez, pero esa vez había menos rabia en su voz y más pena.

Sean se marchó. Y Rothko se quedó sole.

Era la primera vez que se le rompía el corazón.

Y se lo había hecho a sí misme.

SEIS

Rothko no quería estar sole después de eso. Se unió a un grupo de chavales que más o menos conocía, y salía por ahí, bebía hasta que las cosas empezaban a parecer interesantes. Siempre estaba pasando algo en algún sitio. Esperaba a Dionne en la playa a medianoche. Escuchando las olas. Hasta que ahí estaba. Cruzada de brazos, cigarrillo en mano. Sonriendo con el cuerpo inclinado, echando el humo por el lado de la boca.

«Entonces ¿adónde vamos?».

Rothko condujo a Dionne a través de las pesadas puertas del enorme depósito donde se celebraba la fiesta: suelo de hormigón, vigas de acero que sujetaban el techo de planchas de madera contrachapada. En la pared había pintado un león rugiente de color dorado. Un potente sistema de sonido calentaba las esquinas y los perroflautas daban botes de un pie al otro, bebían cerveza negra importada en botellas oscuras y fumaban maría fuerte de alta calidad.

Fueron directamente a los altavoces y se pusieron de cara a la música. Empapándose en ella. Había pocos sitios en los que se sintieran lo suficientemente libres para besarse como querían. Nunca se arriesgaban en lugares donde pudiera haber hombres mirando. Tampoco en sitios donde no conocieran a todo el mundo. Ni cerca de parques o de gente normal o del instituto. O de gente religiosa. O de

viejos. O de jóvenes. Ni en el pub donde Dionne trabajaba. Ni en esa fiesta.

Se habían vuelto muy buenes en abrazarse sin tocarse.

Tres horas después estaban colocades, moviéndose lentamente, escuchando el sonido dentro del sonido, y Dionne llevó a Rothko cogida de la manga de la sudadera a los baños y entraron a un cubículo juntes. Soles al fin. La luz tenue, cambiante.

Suspiraban la una por le otre, en la esquina del cubículo con los *subwoofers* vibrando al final del pasillo. Los bajos que venían de más allá del baño hacían temblar el suelo y los vocales se oían muy alto. Una melodía silbada. Una parte coral, cantada. La profundidad de traqueteo de los *subwoofers* apilados y la claridad de los *scoops*. Quizá era la música la que le daba el valor para sentir. Pero cuando Dionne le desabrochó los vaqueros, Rothko la detuvo.

«¿Qué pasa»». Le atrajo hacia ella. Levantó la camisa de Rothko para imprimir sus besos en la piel de elle. Y en lugar de responder, Rothko la cogió y le dio la vuelta, le besó la nuca y la apretó por detrás, con manos fuertes que encontraron el camino con caricias firmes, la boca de elle buscando la de ella, la cara de ella volviéndose para besarle mientras elle apretaba más y más fuerte todavía, y cuando Dionne se estremeció contra su cuerpo, se estremeció y echó la cabeza atrás, con la respiración atrapada en la garganta, Rothko sintió la profunda satisfacción de saber exactamente cómo dar placer a una persona. Dionne se dio la vuelta para encararle, condujo sus manos hacia abajo, pero Rothko la detuvo de nuevo. Le negó la satisfacción que elle acababa de disfrutar.

«Nunca me dejas». Frunció el ceño, dolida.

Los ojos de Rothko reflejaban su preocupación. Se esforzaba para que Dionne entendiera algo que elle misma no entendía. «Yo solo quiero estar… con mi cuerpo. Quiero ser». Atrapade por las luces de la verdad que se acercaba. Riéndose de sí misme para hacerlo más fácil. «Me siento une idiote».

«¿Me lo cuentas?».

Elle apartó la vista. Apoyó la cabeza en la pared del cubículo y bajó la vista. «Simplemente me gustaría que pudiéramos follar. Eso es todo».

«Acabamos de hacerlo».

«No. En plan, sacarla y follarte. Quiero decir. Ojalá pudiera…». Y las palabras en voz alta eran raras y le daban vergüenza y la sonrisa de Rothko era triste.

Dionne se llevó la mano al ombligo. «Yo te siento aquí», le dijo. «Solo con cómo me miras». Ella puso la mano de Rothko encima de la suya, la presionó contra su abdomen.

De vuelta delante de los altavoces, bailaron hasta la madrugada y se marcharon al amanecer.

La música le había purificado el espíritu, y salió al día fresque de la sesión de dub. Bailar le había aligerado el paso y caminaba siguiendo el ritmo. Rothko cantó la base que todavía oía en sus oídos, y les dos caminaban dando saltos.

«Quiero ver la luz», dijo Rothko levantando la vista a la mañana que ocupaba el cielo. «Conozco el sitio».

Pasaron por un ultramarinos a buscar dos zumos de grosella Ribena y un paquete de cigarrillos slim. Caminaron por la carretera de la costa y por el camino del acantilado hasta que la ciudad quedó a su espalda. Saltaron los rompeolas, con los pies en la arena

húmeda, todavía encharcada por la bajamar. La luz inundaba la playa y rebotaba en las olas. Rothko condujo a Dionne a una pequeña cueva en la roca caliza y se quedaron en la entrada. La playa arrastraba la luz del mar, los detritos quedaban varados en su estela. Maderas flotantes y trozos de maquinaria oxidados. Algas y fragmentos de piedra caliza. Era hermoso.

Contemplaron el mar durante una hora somnolienta. Abrazándose y hablando en murmullos. Y luego ya era por la mañana.

«Vamos». Dionne se puso de pie, empezó a caminar de vuelta por la playa.

«¿Dónde vamos?». Rothko corrió para alcanzarla.

«De compras».

De vuelta en la ciudad, se dirigieron a la calle principal, Dionne un paso o dos por delante, Rothko rezagade detrás, se deslizaba en su estela. Pasaron al lado de una chica que ningune conocía y en la que ningune se fijó. Una adolescente, tenía algo lunar. Algo nocturno. Pelo blanco, labios secos y cara de dolor como una hoja en blanco, expectante. Ella se fijó en elles cuando pasaron. Volvió la cabeza para seguirles con la mirada. Impresionada y repelida a partes iguales por la sensación que emanaban. Examinó la ropa que llevaban. Oyó sus voces, hablando bajo. ¿Qué clase de libertad era esa? A ella no le gustaba.

Angel Douglas llevaba la misma ropa que las chicas de su clase. Vaqueros ajustados con partes de encaje y piedras de color rosa cosidas en las costuras. Jersey blanco de Tommy Girl. Zapatillas Air Force One blancas. Se agarró a las asas de la mochila mientras

esperaba, observando la calle. Pero sus ojos seguían volviendo a las freaks roñosas con sus pantalones anchos y sus chaquetas hechas polvo.

Rothko y Dionne no se habían fijado en la chica que les observaba desde el otro lado de la calle, agachades en el escaparate retranqueado de la tienda de segunda mano. Ahora caminaban a la par, se reían tapándose la boca con la mano. Angel subía y bajaba sobre las puntas de los pies. Le molestaban. Sentía envidia por no tener una amiga así.

Angel nunca lo había conseguido. Nunca había llegado a entender cómo se hacía. Nunca había sido elegida como mejor amiga. Había en ella algo que no sabía qué era y que asustaba a las niñas. De algún modo, percibían que no era una chica más. No era lo bastante alegre, tenía demasiada melancolía dentro. Los amigos de Angel eran chicos, a los que tenía que superar para ganarse su sitio. A ella le encantaba la sensación de respeto. Se lo había ganado duramente, atreviéndose a ir más lejos que ninguno de ellos. Como solo una chica era capaz de hacerlo. Pero ella nada más iba con ellos, ninguno de ellos era íntimo.

Dionne y Rothko desaparecieron en una tienda. Y los ojos de Angel volvieron a la calle.

Llevaba en la calle principal esperando a su padre diez minutos. Estaba inquieta y necesitaba sentarse. Se puso de puntillas para sentarse en el borde del estrecho alféizar delante del cual estaba esperando pero no calculó bien y se resbaló, con torpeza, arrugándose la ropa. Saltó hacia delante para alejarse de la pared pero aterrizó de un modo extraño y sintió un dolor agudo subiéndole desde el tobillo. Enfadada consigo misma, se bajó las mangas por

encima de las manos y se dio la vuelta para mirar a otra parte. El viento la hacía parpadear, y no sabía qué hacer con su cara.

¿Y si aparecía? ¿Y si no aparecía?

Angel veía a la gente saliendo de la iglesia, bajaban la calle con sus sombreros y zapatos de punta. Hacían la clase de ruidos que hace la gente cuando está paseando con sus familias. Escuchaba las risas altas y exageradas y los retazos de conversaciones de la gente al pasar, como *normalmente no tengo una gran opinión de las porciones en sitios así, pero no, estuvo muy bien. Fue un brunch. Buffet de brunch*…

Los niños caminaban con sus padres e iban de la mano de sus padres y se subían a sus hombros y las madres empujaban los carritos y tomaban bebidas calientes de vasos de poliestireno y todo el mundo parecía tener una familia normal. Pero ella no la necesitaba. Nunca la había tenido y de todas formas no la necesitaba. Porque la suya no era como todas esas. Y ella tampoco era como ellos, así que no necesitaba lo que ellos tenían. Se apoyó en la pared. Se inclinó hacia delante de nuevo. Sus piernas parecían largas en los vaqueros. Eran demasiado largas para su cuerpo. Su madre decía que crecería hasta que le quedaran bien, pero eso fue cuando él llegó.

De la nada.

De repente.

Había esperado todo ese tiempo y luego él llegó en su coche gris plateado como si fuera lo más normal y bajó la ventanilla y dijo: «Hola, princesa».

Angel sonrió de oreja a oreja y agarró las asas de la mochila y se acercó.

«¿Subes?».

Era un coche nuevo. Estaba muy limpio. Los asientos eran marrones y olía bien. Y había un pergamino pequeño colgando del retrovisor que decía «Enséñame, Yahvé, tus caminos a fin de que yo ande en tu fidelidad, guía mi corazón para que tema tu nombre», y entre ellos estaba el reposabrazos. Acolchado. Y su padre le sonreía a ella pero seguía mirando la carretera y Angel se sentó quieta y sintió su presencia ensordecedora. Era como estar al lado de un avión despegando. Así era sentarse a su lado en su coche mientras él conducía y olía a jabón, plantas y especias, y olía a coche nuevo, y a chicle de canela picante o algo parecido. Y él estaba mascando chicle así que tal vez era eso. Llevaba una camisa elegante y vaqueros grises, y su cuerpo era delgado y largo, como Angel, pero él abultaba más porque él era un adulto y Angel era una niña. Angel era su niña. Pero Jake no era el adulto de Angel. El adulto de Angel era mamá y mamá tenía caderas anchas y la cara cansada e hinchada todo el tiempo, y Jake era elegante y limpio y amable y tenía un coche nuevo, y él le había prometido a mamá que de ahora en adelante las cosas serían diferentes. Y que él quería estar presente.

Rothko caminaba despacio detrás de Dionne. Con la cabeza gacha mientras ella recorría los percheros. Llevaba una cesta en el brazo mientras buscaba en los percheros de rebajas.

«¿Qué es lo que odias tanto de estos sitios?». Ella le miró directamente al alma como hacía siempre.

Rothko se encogió de hombros y apartó la mirada. «Simplemente no me gustan».

Dionne le cogió del brazo. «Por aquí». Le condujo más allá de las faldas y los vestidos y los tops y los vaqueros a la parte de hombres, donde planeó por los pasillos hasta que se paró. Rothko miraba al suelo. Sonrojade.

«¿Alguna vez has llevado bóxers?».

«¿Dionne?». Rothko estaba pendiente de cada persona que había en la tienda. «¿Qué estás haciendo?». Lo susurró. Desesperade.

Eligió un pack de seis bóxers azul marino con la goma negra. Rothko no podía mirarla a los ojos. «Estos valdrán», le dijo con dulzura, y los metió en la cesta como si fuera la cosa más simple del mundo. La cara de Sean si lo supiera, Rothko se lo podía imaginar, con el ceño fruncido y espantado. *Pero ¿por qué? Es raro*. Los bóxers eran para chicos. Las bragas eran para chicas. «Te quedarán de la hostia».

Apareció una vendedora. Se quedó cerca y les observó, con una fugaz sonrisa falsa. Pelo alisado, hasta los hombros, maquillaje tan perfecto que su cara parecía digital, ni una arruga en su camisa del uniforme. Dionne levantó la vista de los bóxers y saludó a la mujer.

«¿Todo bien, chicas?». La vendedora estaba mirando a Rothko, tratando de entender qué era lo que estaba mirando.

«Sí». Dionne la confrontó con una sonrisa letal. «¿Tú estás bien?».

Levantó la mano para normalizar la situación. «La sección de mujeres es por ahí… si necesitáis algo».

«Estamos bien».

Rothko sintió que se le cerraba la garganta. Odiaba la forma en que su presencia en sitios como ese incomodaba a la gente normal.

La mujer parecía estar a punto de decir algo más. En cambio, se marchó. Volvió la vista un par de veces hacia Rothko mientras lo hacía. Notó que Dionne alargaba la mano para coger la suya. Sintió su pulgar acariciándole los nudillos.

Le condujo hacia los calcetines brillantes. Se detuvieron en el pasillo de la ropa de deporte. Escogió los sujetadores deportivos más sencillos que encontró. Uno negro. Uno blanco. «Te vendrán bien», dijo ella. «Te sentirás menos…». Y Rothko asintió.

«Sí».

«Son ajustados. Harán esto». Ella se aplanó el pecho con las manos para enseñárselo a Rothko.

Hasta que no pasaron las prendas por la caja y Dionne las pagó y las metió en una bolsa de plástico que Rothko llevaba en la mano, columpiándola, y estuvieron de nuevo en la calle donde la luz era real, Rothko no fue capaz de respirar cómode.

«¿Dionne?». Rothko la detuvo mientras caminaban. Miró a su alrededor en la calle buscando las palabras que no encontraba en su boca.

«¿Qué pasa?», susurró ella. Rothko miró arriba y abajo en la calle principal, «que le den», besó las cosas que no podía decir en la boca danzante de Dionne, y sintió que el beso que le devolvía le decía que ella lo había entendido.

En el coche de su padre, todavía parado en los semáforos de las obras de la carretera, Angel vio a las dos chicas besándose en la

calle y se inquietó y se sintió expuesta.

Jake también las vio. Chasqueó la lengua de forma audible.

«No me importa lo que cada uno haga en su casa. Pero ¿por qué tienen que hacerlo aquí en la calle a plena luz del día? Hay niños».

Las chicas no dieron señales de que fueran a parar, y el semáforo de las obras estaba clavado en el rojo. Jake les tocó el claxon, pitidos largos y estridentes, hasta que se separaron en plan *¿qué?* Y vieron el lamento de desaprobación en la cara que les miraba fijamente desde detrás del volante.

«Pues deja de mirar, pervertido». Dionne le hizo una peineta.

Jake bajó la ventanilla y respondió gritando «Comportaos. ¿Qué problema tenéis?». Pero las chicas se estaban largando. Dejaron a Jake plantado en el semáforo, dándole vueltas a lo vulgar que era su miedo.

«Mira qué pintas llevan». Se rio de ellas para relajarse. Proyectó su vergüenza en ellas, del modo en que había aprendido que se suponía que debía hacerlo una persona. «¿Por qué van vestidas así?». Miró a Angel y Angel se rio con él. «¿No parecen idiotas? Mira a la gorda. Pareces una vagabunda, cariño». Su risa fue menguando.

El semáforo seguía en rojo, pero Jake no aguantaba más. Tamborileando los dedos sobre el volante, miró a ambos lados de la carretera y se lanzó. Aceleró al pasar al lado de las obras. Había ganado al sistema. Reafirmaba su estatus: él no era el pringado de nadie.

Dionne se colgó del brazo de Rothko, y se alejaron por la calle principal, lejos del coche que les había pitado y de la mujer del

pasillo de la ropa interior con ojos que decían *aquí no hacemos las cosas así*. Iban bañades en la luz que se arrojaban la una a le otre.

Una panda de alcohólicos fuera del Cash Converters que había más adelante. Una llevaba un sombrero de pirata. La melena morena sobresalía alrededor. Minifalda vaquera. Chaqueta militar de camuflaje con las mangas enrolladas.

Se dio la vuelta.

«¿ROTHKO?», gritó agitando los brazos. Y a Rothko se le cayó el alma al suelo. Su madre le envolvió en un abrazo opresivo. Las clavículas de ella se le clavaron porque le apretaba en un ángulo extraño. Le besó en ambas mejillas y miró a Dionne. «Hola, cariño», dijo ella, «¿y quién es tu adorable amiga?». La cara de Rothko se puso de color rojo muy oscuro. Era una erupción de vergüenza.

«Dionne». Enderezó la espalda. «Esta es mi madre, Meg».

Dionne estaba entusiasmada. «Dios, ¿qué dices?», dijo ella. «¡Me alegro mucho de conocerla!».

Meg sonrió a la chica guapa. Lo cual dejó a la vista los huecos que convertían su cara en una calavera. «Bueno, me alegro mucho de conocerte, cariño». Cogió a Dionne del brazo y la hizo dar una vuelta. Y Dionne se reía, dando vueltas con Meg, que se quitó el sombrero de pirata y se lo puso a Rothko para poder mirar a Dionne de arriba abajo. La piel de Meg mostraba signos de cansancio y tenía los ojos apagados pero Dionne percibía su belleza en la delicada estructura ósea, el pelo largo negro. La impresionante y luminosa libertad que desprendía.

«¡Eres tan guapa!», le dijo Dionne, y Meg dijo, «Oh, me gusta esta chica, Rothko. ¿Nos la podemos quedar?». Rothko se rio con ella, pero quería pegarse un tiro. «¿Y qué estáis haciendo?». La voz

de Meg era ronca, zalamera. De no haber dormido en toda la noche. Su piel estaba tostada por el sol y sucia. Rothko se quitó el sombrero.

«No gran cosa. Estábamos yendo a casa».

«Bueno, no os entretengo». Sonrió. Y su diminuta cara arrugada se iluminó y tomó la cara de Dionne entre las manos y le dijo: «Preciosa, cuídamela, ¿lo harás? Es muy especial».

Y Dionne dijo: «Lo sé. Lo haré». Y Meg la miró intensamente a la cara, durante lo que para Rothko fue una cantidad de tiempo imposible. Pero Dionne simplemente la miraba de vuelta, y no parecía asqueada ni rayada. De hecho, Rothko vio como Dionne tomó la cara de Meg del mismo modo. Y las dos se miraron a los ojos.

«Nos tenemos que ir, mamá», dijo Rothko. Y Meg le sonrió a Dionne, dejando a la vista los huecos, los enormes agujeros negros que succionaban el universo hacia sus encías, y asintió.

Se volvió hacia Rothko y dijo: «Espera, espera un minuto». Y se puso a rebuscar algo en los bolsillos hasta que sacó un billete arrugado. «Toma», dijo ella. Rothko no quiso cogerlo.

«No, mamá. Está bien».

«No, cógelo», dijo ella. Su sonrisa se estaba desvaneciendo. De repente se puso seria. «Cógelo. Cógelo». Para evitar una escena, Rothko cogió el billete de veinte libras y se lo guardó en el bolsillo. «Invita a esta chica preciosa al cine», dijo Meg. «Y no te olvides de comprarle palomitas».

«Gracias», dijo Rothko. Tenía toda la cara roja. El cuello, rojo. Debajo de la ropa, notaba que se le había puesto roja la espalda. «Nos vemos». Le devolvió el sombrero y Meg le abrazó. Ella era más

baja que Rothko y hundió la cara en su hombro y le estrechó con sus brazos delgados, fue como si le hubiera saltado encima un animal asustado.

SIETE

Rothko se había estado esforzando. Ezra se había percatado del esfuerzo. Pero no podía deshacerse de las dudas. Ambos sabían lo inútil que era tener esperanza.

Pero esa noche habían ido a cenar a un restaurante turco, estaban apretados en la mesa de la esquina, con un menú combinado y entrantes variados para dos personas. Había sido una semana tranquila. Los dos estaban animados. La mente de Ezra había vuelto a concebir la posibilidad de un futuro.

«Mira, no importa lo que pase con los malditos exámenes, ¿sabes?».

«Te hacen pensar que son cuestión de vida o muerte». Sus ojos se encontraron un instante atraídos por el peso de esas palabras.

«Quiero decir que sí, son importantes. Claro. Pero si no salen como tú quieres, no significa que no puedes hacer lo que quieres».

«¿Qué pasa si no sé qué quiero?».

«Solo tienes que pensarlo un poco, eso es todo».

«¿Tú sabías lo que querías hacer?».

Ezra tenía los carrillos llenos. Señaló su tenedor. «Yo me dedicaba a currar. Un trabajo que odiaba tras otro. Para que vosotras no tuvierais que hacer lo mismo».

Rothko no estaba convencide de que elle no tendría que hacer lo mismo. «Pero a mí no se me da bien nada».

«No es cierto. Eres lista. Siempre lo has sido». Sus ojos eran amables y estaban cargados de dolor. Bajo sus palabras, notaba las de verdad latentes, las que había retenido en la boca masticando: *He dedicado toda mi vida a que tuvieras más oportunidades. Pero nada tiene sentido si no quieres vivir*.

«Escucha. Sé que ha sido duro para ti. Con tu madre y… yo lo he intentado. Espero que lo sepas. Y Wendy también. Los dos hemos intentado darte un poco de… estabilidad».

Rothko se agachó sobre el plato. Asintió.

«Pero no ha sido una época fácil para ti».

Vio un destello cruzar la cara de Rothko y por un instante le golpeó la imagen de ella, desplomada inconsciente. Esa cara, muerta para el mundo, contra el suelo.

«Podemos pasar página. ¿Vale?». Su sonrisa era convincente. «Simplemente rasca un aprobado en los importantes si puedes. Y si no, quizá puedes aprender un oficio. Algo con las manos. Una vez aprendes, un oficio te lo puedes llevar a donde quieras».

«Yo quiero sacar buena nota, papá».

«Ya lo sé». Ezra levantó su cerveza. «Lo harás».

Tomó un buen trago. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Estaba feliz en compañía de Rothko.

«Es como empezar de nuevo», admitió Rothko, con cuidado de no creérselo mucho, por si el universo les escuchaba. Ezra estaba orgulloso de su hija pequeña. Parecía más madura que antes.

«Lo es», le dijo. Convencido de que podía hacerlo realidad. «Para los dos».

Quizá los días difíciles habían quedado atrás.

Se sentía sole. Estaba separade del resto de los chavales en el instituto. Hizo los exámenes en un aula vacía detrás de los laboratorios de ciencias. No le hacía ninguna gracia ponerse detrás de los demás. Les veía cuando salían a fumar, cuando hacían fila fuera del salón de actos, empujándose unos a otros, y se sentía excluide.

Echaba de menos a Sean. Pero como era demasiado doloroso echarle de menos, en su lugar le odiaba.

Incluso Dionne le dejaba fríe. Se estaba hartando de la confusión que sentía cuando ella le mostraba afecto. Una cosa era que ella le comprara bóxers en secreto, pero eso no cambiaba quién era Rothko o lo difícil que hacía todo ser quien era.

Era miércoles. Una tarde horrible, calurosa y pesada. Iba a llover. Julio se acercaba. Una extraña luz verde se abría paso entre las nubes bajas. Se había prometido que dejaría de ir corriendo cada vez que ella le llamara. Ya había pasado una semana de eso. Y se le había acabado la paciencia.

A la mierda.

Se escabulló para ir a fumar a la parada de autobús. Observaba a los chavales normales pululando felices en sus grupos, gritando durante los recreos para comer, pasándose los brazos por los hombros unos a otros como si nunca hubieran existido los problemas.

Se sentó en el banco de la parada de autobús, deslizándose por el asiento de plástico. Capucha puesta. Manos en los bolsillos.

Allí estaba ella.

Dionne.

Pasó caminando, al otro lado de las puertas del instituto, con su minifalda negra y sus medias a cuadros y sus Nike Cortez rojas y blancas. Pintalabios oscuro y las tiras del sujetador a la vista por el cuello de la camiseta. Una camiseta ancha blanca con cubierta del álbum *In Utero*. La chaqueta en un hombro, la parka gris con pelo en la capucha. Estaba andando al lado de un chico alto con el pelo recién cortado en un fade y un chándal gris claro, que sonreía alegremente. Se dirigían al patio de atrás, tal vez a fumar un porro. Dionne vio a Rothko a través de la verja y se desvió. Rothko afianzó los pies en el suelo. Se preparó contra el deseo. «¿Te has enfadado conmigo?». Apoyó el hombro en la verja del colegio.

«No». Rothko apartó la mirada.

«¿Quieres ir a algún sitio a hablar?». Rothko asintió y empezó a andar. Dionne le siguió unos pasos más atrás, le alcanzó al otro lado de la carretera principal, y bajaron juntes las escaleras del laberinto de pasillos subterráneos que había bajo el cruce de tráfico denso.

Dionne caminaba de espaldas en los túneles a oscuras, sonriendo a Rothko. Olía a hormigón húmedo con maría y pis y pintura de aerosol. Luego salieron a un descampado. Botellas y latas. Una maleta rebosante de ropa de bebé. Garajes en los que la gente guardaba cosas rotas que soñaban arreglar. Rothko se sentó en el murete que rodeaba el descampado, contra la puerta de chapa ondulada de un almacén. Dionne caminó hasta los extremos del terreno y miró alrededor, luego volvió, y se paró delante de Rothko. Separó sus muslos con la rodilla y se metió entre ellos, pegándose a su cuerpo, hasta estar estómago con estómago. Respirando. Apoyó los codos en los hombros de Rothko. Bajó la vista hasta su cara.

Pasó una eternidad, suavemente. El pendiente dorado sobre su labio reflejó la luz del sol.

«¿Qué pasa?».

Rothko apartó la mirada y luego miró atrás. «Nada».

«Venga», Dionne le empujó con su cuerpo. «¿Qué ha pasado? ¿Por qué no contestas mis llamadas?».

Si fuera normal, si fuera como todo el mundo, quizá podría tener una novia como el resto de la gente. Quizá en ese caso que le gustara alguien no sería tan doloroso.

Dionne le examinó, con la cabeza ladeada.

Odiaba la parte de sí misme que hacía todo tan difícil e imposible. La parte física.

Ella depositó un beso lento en su boca. Los labios abriéndose. Rothko se sintió languidecer. Le besaba como si se le estuviera bebiendo. «Voy a buscar el coche, espérame en lo alto de la rampa». Ella se apartó, se rio con calidez. «¿Me deseas?».

«No», sonrió Rothko. Y ella desapareció.

Mientras cruzaban el barrio en el Mazda irisado de Dionne, Rothko sintió que se relajaba. El coche había pertenecido a la abuela de Dionne durante siglos, y todavía tenía su esencia, empezando por los cubreasientos de bolas de madera. Perfume, tabaco, donuts glaseados, champú de perro. Trabajaba en la peluquería canina. Cuando finalmente reconoció que estaba demasiado endeble para conducir, se lo había regalado a Dionne. Y ahora era su billete para recorrer el mundo. Lo quería con locura.

Rothko la observaba, repantigade en el asiento del conductor, con el codo en la ventanilla, dando una calada a un porro contundente con los labios húmedos.

Aunque no fuera su novia. No importaba qué era o no. Lo único que importaba era que se sentía bien cuando estaba con ella.

«Pasa entonces», le dijo Dionne a una persona que estaba intentando cambiar de carril mientras agitaba la mano impaciente. «Vamos». Y luego chasqueó la lengua. «Capullo».

Puso la mano en el regazo de Rothko. Empezó a apretarle los muslos. Continuaba concentrada en la carretera, pero le sonreía. Rothko le cogió el porro y le dio dos caladas lentas. Exhaló el humo espeso por el hueco de la ventanilla, lo dejó apoyado en el borde del cenicero. Cambió el peso en el asiento para sentarse al lado de ella. Comenzó a besarle los pómulos, el cuello. Se tomó su tiempo. Notó que el cuerpo de Dionne se volvía pesado. Le metió la mano debajo de la ropa. Sus dedos se pelearon para sortear las restricciones de la chaqueta, la camiseta, el cinturón. Había tantas barreras.

Dionne salió de la carretera principal y aparcó en una calle más tranquila.

«¿Qué haces?», susurró Rothko.

«Parar».

«¿Por qué?». Se besaron asomando los dientes con delicadeza; sus cuerpos subieron y bajaron juntos. Dionne se apartó y le clavó una mirada que Rothko interpretó como un desafío. Se movió hacia ella, pero ella salió del coche.

«¿Dónde vas?».

«Ven», dijo ella. Alegre.

Rothko tiró la bolsa debajo del asiento y se bajó por el lado del acompañante. Colocade. Tropezó con el bordillo. Como si las piernas fueran de otra persona.

«Hace siglos que quería traerte aquí». Dionne le cogió de la mano. En la calle, donde el mundo podía verles. Rothko estaba vibrando con eso. Tratando de actuar con normalidad. «Cada vez que paso en coche, quiero traerte».

«¿Dónde vamos?».

«¿Te quedarás esta noche conmigo?».

Se suponía que elle iba a dejar de ir corriendo cada vez que ella le llamara. Pero… «Claro, sí».

El cielo era de color blanco y pesado. Puré de patatas infinito. Hasta el suelo. Se detuvieron delante de una tienda. No había nada en las ventanas. El rótulo sobre la puerta decía ADULTOS.

Entraron. La respiración de Dionne estaba en lo alto de su pecho como siempre que estaba excitada. Agitada. Dentro, en la segunda planta, había una cortina de tiras de tela color crema. La mujer de detrás del mostrador levantó la vista; rondaba los sesenta años, pulseritas finas que tintineaban en la muñeca, el pelo recogido en lo alto de la cabeza en un moño despeinado. Llevaba una chaqueta larga negra, abierta y dejando a la vista unas tetas enormes. Dionne saludó con la mano; la mujer se sacó algo del fondo de la boca con la uña. Volvió a bajar los ojos a su revista.

«¿Qué estamos haciendo aquí, Dee?», preguntó Rothko con la boca cerrada. Dionne se tragó una risita, le condujo por los pasillos. En cada extremo de la tienda había hombres corpulentos echando un vistazo. Rothko se fijó en la presencia de los hombres pero

mantuvo los ojos fijos en Dionne. Se detuvieron. «Mira», dijo Dionne. Y Rothko lo hizo.

Minúsculos. Inmensos. Puños de goma. Uno doble de cristal con forma de herradura. Una amplia selección de vibradores con diferentes programas. De treinta centímetros con la punta en curva. Los morados pequeños. Los flexibles con rugosidades en espiral que se doblaban en diferentes formas. Tapones anales y rosarios anales. Arneses de cuerpo con tachuelas y hebillas. Con bolsas para los testículos, con fundas para el pene. Con ventosas, para pegarlos a la silla. Brillantes. De arcoíris. Negros mate, gruesos como un tobillo.

Dionne le sujetó la mano con fuerza. Rothko tenía la garganta seca. «Quieres follarme con uno, ¿verdad?», le dijo en voz baja al oído. Se aclaró la garganta cuando Dionne se apretó contra su cuerpo y miró a Rothko a la cara. Buscó sus ojos y susurró, «No puedo esperar». Y Rothko sintió que las entrañas se le caían a los pies.

Hileras de DVD y percheros de disfraces de enfermera baratos. Todo le resultaba efervescente. Porque, claro. Por supuesto. Pero Rothko no había caído en que así era cómo. Simplemente entrabas en el sex shop que estaba detrás de Burger King y te comprabas una de esas cosas y eso era todo. Se sintió grande y nerviose, la cara se le había puesto roja. Su pelo no era cool.

Dionne, sin vergüenza alguna, sonreía. Iba cogiendo una cosa detrás de otra de las estanterías, abriendo las cajas y sacando las cosas para mirarlas bien. «Demasiado plasticoso», dijo ella, alargando la mano para coger la de Rothko, la puso boca arriba y le fustigó con uno largo púrpura. «Queremos uno que puedas ponerte». La misma energía serena que siempre tenía cuando

hacían cosas que provocaban que Rothko se olvidara de cómo se respiraba.

«¿Qué te parece este?». Le enseñó una caja de cartón con una foto delante de un hombre y una mujer en un dormitorio, ella con el arnés puesto, follándole por detrás, él mirándola por encima del hombro, con la boca abierta. En la foto de atrás aparecían dos mujeres desenfocadas, una encima de la otra, en un estado de intensa animación. Se rieron de las fotos. Dentro, venas y pelotas y todo. Un arnés «color carne». *¿La carne de quién?* Había una protuberancia de silicona rugosa para estimular a quien lo portaba. A Rothko le dio la sensación de que se iba a desmayar. Se rio. Parecía extraño. No parecía magia. No tenía sentido. Quería metérselo en los pantalones y sacárselo para Dionne.

«Sí, no sé», dijo. Y Dionne lo llevó al mostrador. Rothko, en silencio pegade a su brazo, sintiéndose como una cabeza de ganado, no era capaz de levantar la vista a la mujer de la caja por si les pedía el DNI o conocía a su padre o lo que fuera. Dionne compró vaselina y dos poppers. La mujer lo puso todo en una bolsa de plástico denso y negro. «Os lo vais a pasar la mar de bien con todo esto, ¿eh, chicas?», dijo ella. Dionne cogió a Rothko del brazo y salieron corriendo de la tienda, ansioses por respirar.

Ya en el coche, el motor encendido, DJ Brockie pinchaba *RAM Trilogy*. Dionne se incorporó al tráfico, sonriendo por la comisura de la boca, le cogió la mano, se llevó sus nudillos a los labios. Y Rothko aterrizó en el presente. Al fin, una persona.

Aparcaron en el piso de Dionne, salieron del coche y se miraron. Fue suficiente para hundirse en una oleada de risa que casi las tiró al suelo cuando estaban subiendo las escaleras, partidas por la mitad, intentando enderezarse y salir a la superficie para recuperar el aliento.

«Hola», gritó Dionne al abrir la puerta de la calle.

«Estoy aquí», respondió Agnes desde la cocina. Fue hasta el salón y se las encontró en el pasillo. «¿Cómo estáis?», preguntó con la cacerola en la mano. Revolviendo. Llevaba unos leggins de leopardo, una camiseta de Prince, *Sign o´ the Times*.

«Estamos bien. Estaremos en mi habitación».

«¿Qué? ¿Esto es todo?». Le puso morritos a Dionne, que suspiró y le dio dos sonoros besos en las mejillas a su madre. «¡Gracias!», dijo Agnes. «¿Habéis comido?». Dionne asintió.

«Sí, hemos comido algo por el camino».

«¿Tendréis hambre después?». Se dirigió a Rothko, a quien le encantaba su comida. Rothko se asomó para mirar qué había en la cacerola. Dionne tiró de elle.

«No, estamos bien. Pero gracias, mamá. Ahora vamos a mi habitación. ¿Vale? Te quiero». Se fueron por el pasillo hacia su habitación.

Agnes volvió a la cocina, puso música.

Falsete brasileño, guitarras.

Dionne tiró sus cosas en el suelo. Cervezas y cigarrillos de la bodega, un estuche de maquillaje en su bolsa de discos World

Dance. Se tumbaron en la cama de Dionne. Se quedaron así un rato. Rothko miraba el perfil de la cara de Dionne. Parpadeando.

«Siempre me estás mirando».

«Me gusta mirarte».

Ella volvió la cara, su ojo izquierdo tapado por las mantas. «¿Qué ves?». Ella apartó las mantas aplastándolas. Se rio.

«A ti». Rothko la observó hasta que le dolió.

Dionne se bajó rodando de la cama, encendió dos velas y cerró las cortinas de la ventana que daba a la calle más abajo; fuera había oscurecido.

Sacó una caja de su armario y la abrió en su escritorio. Se sentó y empezó a rebuscar entre los paquetes y bolsitas. Sacó una.

«¿Quieres una raya?».

«¿Y tu madre?».

Dionne se encogió de hombros. «No se enterará».

Parecía que era lo único que hacían juntes, y Rothko no estaba segure de querer hacerlo. Quizá no le apetecía estar toda la noche colocade con ella. Sentía que todo se alejaba. Habría estado bien ir al cine o algo por el estilo. Quedarse en la puerta de McDonald's. Como el resto de los chavales, que Rothko pensaba que eran imbéciles y no tenían personalidad.

Supuso que no se podía tener todo.

«Entonces, venga», capituló.

Contenta de oír eso, Dionne se levantó del escritorio y se desvistió para Rothko. Tenía una expresión expectante y un poco enfadada. Rothko la miró, ya que entendió que le invitaba a hacerlo. Dionne aceptó la mirada y bailó. Cerró la boca abierta de Rothko con una uña bajo su barbilla. Una actuación de sexualidad ensayada

aprendida de alguna bomba sexual de Hollywood, metabolizada a través de dos jóvenes queers en Edgecliff. Dionne le pasó una cerveza y fue a preparar las rayas.

Rothko estaba tumbade a lo ancho en la cama, en la parte de arriba, cogió la bolsa negra que estaba a los pies, sacó la caja y la miró. Cartón barato. Aguantaba a duras penas. Sostuvo la cosa en cuestión en las manos, era firme y suave a la vez. El olor intenso y limpio del plástico nuevo y el látex. Como los Ken que Sarai tenía, a los que Rothko solía desnudar para ver qué había debajo. La foto rara de la caja de nuevo; se tumbó de espaldas. Dionne, ocupada con las rayas, no se dio la vuelta. Lo sujetó sobre su cara, justo encima de la nariz. Tenía un agujero para hacer pis en la punta. Una sensación caliente, sorda, le golpeó la boca del estómago cuando valoró su peso. Lo deslizó dentro de la cintura del pantalón de chándal, lo sujetó ahí, notó la corriente que le transmitía, mientras elle se colaba por la puerta del baño.

Cerró la puerta y se quitó los pantalones, se deshizo de los calzoncillos y los calcetines y se sentó desnude de cintura para abajo mirando el arnés pensando *cómo coño*. No había nada más. Se lo puso. Una pierna grande y lenta tras otra, incómode. Era demasiado alte y grande en ese baño para gente pequeña y, cuando se levantó, vio sus estúpidas tetas en el espejo. Interrupciones incómodas. No eran suyas.

Los espejos eran raros. Sentía a quien veía reflejade en ellos muy lejos de quien era. Siempre le desquiciaba enfrentarse a cómo le veía el resto del mundo. Elle sentía que caminaba por la vida sin cuerpo. Tenía tan poca conciencia de él en su día a día, que cuando lo veía ahí delante, como si le perteneciera, le daba la sensación de

estar mirando en un espejo de feria. Quien sentía que era aparecía alargade o encogide, tan deformade que era irreconocible.

Se sacudió la sensación. Se agachó y se giró para ajustar las correas, las apretó tanto que se le hundían en las piernas. Bajó la vista y lo vio. Se le escapó una risita. Se puso los calzoncillos encima, lo observó hincharse como si estuviera viendo porno. Lo tocó a través de la tela. Suyo. Era suyo. Se puso los pantalones y recogió los calcetines del suelo. Cuando se agachó, le tocó la tripa y le hizo reír de nuevo. Salió discretamente del baño y volvió a la habitación, aguzando el oído para comprobar que Agnes seguía en la cocina en la otra punta del piso.

Dionne estaba sonriendo cuando volvió. «Ey, amor», dijo ella, con los ojos entrecerrados. Encendió de nuevo un porro cargado que había apoyado en el cenicero. Dionne le pasó el billete. La grande era la de ella. Se metieron las rayas. Subieron el volumen de la música. Movían los brazos y sacudían el culo. Hacían bailes graciosos. Rothko tocaba una batería imaginaria. Cada vez más rápido. La hacía girar, se reían. Dionne enterró la cara en su pecho. Hasta que ella bajó el ritmo. Pasó la lengua por los labios de Rothko. Elle cayó en el encantamiento. A su manera, elles dos soles.

Rothko escapaba de su cuerpo cuando desaparecía en el de Dionne.

Su placer era la victoria de Rothko sobre el mundo que le avergonzaba y le hacía sentir que nunca era suficiente.

La levantó, la sentó sobre la cama para quitarle las bragas de encaje, ya sin risas, lentamente, la tumbó, cubrió de besos delicados sus muslos y hasta el final de sus piernas. Subió una y otra vez. Dionne, acariciando los hombros y la espalda de Rothko, le subió la

camisa, pero no se la quitó porque no se podía desnudar a Rothko. Rothko continuó depositando besos alrededor de su ombligo, y descendió de nuevo, dibujando la línea de sus caderas, hasta que encontró el lugar hacia el que se dirigían los besos. Primero exhaló sobre los pliegues y ondas, dejó la boca abierta encima de la carne rosa que se hinchaba, bailó con la punta de la lengua, gradual, tentative, hasta que sintió que ella le empujaba por la nuca y le dio todo su calor. La absorbió en su boca, lamiendo con fuerza y delicadeza, sorbió, cada vez más rápido, hasta que los fluidos de ella le salpicaron las mejillas, entonces volvió a ir más lento, regresó a la superficie y luego se sumergió en su hinchazón, sorbiendo, besando, sintiendo como crecía en su boca.

Ahí, tocando a Dionne como un instrumento, Rothko no era menos. Era más.

Se olvidó de sí misme guiándola hacia el clímax; le daba un descanso, la estimulaba, le daba un descanso, la estimulaba. Y mientras su cuerpo florecía camino del estremecedor fin, Rothko seguía dirigiendo la hinchazón, la presionaba con las muñecas, con los hombros, retorcía los nudillos encima, aceleraba con los labios y la lengua, emitiendo frecuencias, fundiendo cada una con la siguiente, crescendo sobre crescendo hasta que era demasiado para soportarlo y ella ya estaba al otro lado, maldiciendo, tirando de elle para que se pusiera encima; ella lo notó a través de la ropa y fue la primera vez que Rothko vio esa mirada.

Se quedó encima de ella, observando como el placer le transformaba la cara, y se disolvía en el otro mundo. Ese que a veces se le abría cuando estaban juntes les dos soles. Un mundo donde Rothko era perfecte. Un mundo de aliento contenido y visión

microscópica. De tacto que reverberaba hasta la eternidad. Donde cada cosa mínima que había sucedido en sus respectivas vidas había sucedido a la perfección para crear ese momento atómico.

A las tres de la mañana Dionne se hizo un moño, cogió un billete e inhaló un fragmento de shock que adormeció su cerebro y lo dejó en un estado de efervescencia.

«Te quiero», dijo ella. «Pute pervertide».

Rothko se sentía complete.

A las cuatro de la mañana todo el esplendor se había esfumado. Follaban sin sentido. Lubricante y más lubricante, a Rothko le dolían las entrañas vacías y Dionne estaba pálida en sus brazos mientras se cabalgaban le une a la otra entumecides, ferozmente, sin fin. El placer estaba en la pérdida de placer. Cerca pero inasible. Dionne, cogiendo bocanadas de aire y luego exhalando exhausta. Su cara contra los bordes de las cosas; su espalda contra las estanterías, la puerta, el armario. La cabeza de Rothko contra el radiador.

A las cinco de la mañana el ritmo había bajado, Dionne se apretaba contra elle y Rothko tenía los ojos cerrados para impedir que brotaran las lágrimas que sentía en el fondo de la garganta. Cuando Dionne dijo su nombre, fue como si se lo acabaran de poner. Descubrió en ese instante que le pertenecía. Ella se mantuvo firme con elle, apretó los dientes, no había vuelta atrás y Rothko cedió y la dejó hacer, y era real. Tenía que serlo.

A las seis de la mañana el sueño no había hecho acto de presencia.

Elle la observaba. Los poros obstruidos de la frente a causa del maquillaje corrido, y la forma rara y congestionada en que respiraba cuando estaba de lado.

La quería.

Se mordía los carrillos por dentro y miraba a Dionne con las manos detrás de la cabeza.

«¿Qué pasa?».

Se arriesgó a decirle la verdad. «Ojalá pudiéramos ser así. Fuera».

La cara de Dionne se convirtió en un suspiro conocido. «A los chicos de por aquí les gusta romper cosas». Hablaba con tristeza. «Especialmente cosas bonitas. Si supieran lo nuestro, esos». Se refería al mundo exterior, señaló con la barbilla hacia la ventana. *Esos*. Los chavales que iban a su clase. O los que iban al instituto con Rothko, o los de las casas de protección oficial. Niños y acosadores y niños acosados que les rodeaban por todas partes. «Intentarían romperlo». Se tensó de rabia. «Ni siquiera por nada en particular. Ni siquiera porque realmente quieran hacerlo. Solo porque es la puta mierda que hacen».

«Te pertenezco», le dijo Rothko. Con las manos todavía detrás de la cabeza. «No soy de nadie más». Creyó que había dicho algo muy importante. Pero ella siguió como si no le hubiera oído.

«Molestar a la gente les hace reír. Es patético, ¿no? Las cosas que hacen para sentirse mayores y fuertes».

Rothko decidió dejar de hacer preguntas estúpidas. Dionne, al notar que se replegaba, se giró hacia elle. «No importa lo que piense nadie más, tú eres la única persona que me conoce. La única». Ella le dio un beso húmedo que a Rothko le resultó opresivo.

A las siete y media estaban en la ducha, Dionne le lavó la espalda, las axilas, las plantas de los pies. Atenta y metódica. Rothko la dejó soltarle el pelo y quitarle la goma apretada y ella usó medio bote de acondicionador intentando pasar un cepillo por los rizos

enmarañados. El silencio concentrado de su intimidad, de su ritual de aseo. Nadie se lo había enseñado nunca a Rothko: *Así es como una persona tiene un cuerpo*. Nadie en la vida de Rothko siquiera sabía que elle no lo sabía.

A las ocho y cuarto se estaban despidiendo de Agnes, que levantó la vista de su bolso, en sujetador y falda, con la camisa colgada en una percha encima de la tabla de planchar, su cuerpo se parecía tanto al de Dionne que Rothko se sonrojó y Dionne, con dos tostadas en la mano, besó a Agnes en las dos mejillas y Agnes dijo: «Muy bien, chicas. Que tengáis un buen día». La televisión estaba encendida y la plancha soltando vapor y ella no se fijó en los pozos vacíos que eran los ojos de les dos. En sus mandíbulas bloqueadas.

OCHO

Rothko no sabía para qué iba al instituto. No se acordaba de si tenía ese día un examen o no, pero quería estar con Dionne tanto tiempo como pudiera y ella tenía que asistir a clase. Así que la seguía pegade a sus talones. Era agradable que te llevaran.

Esperando en la parada del autobús, Rothko veía partículas. El destello de una sonrisa en la boca de Dionne le enviaba ondas por las piernas. Ella cantaba los slow jams que estaba escuchando en los cascos. Giraba las caderas y los hombros. Jodeci. Ginuwine. Aaliyah. Era una de esas mañanas. Movía el cuello de izquierda a derecha. Otra gente iba a trabajar, salidos de la cama con un aspecto enternecedor de cansancio, todos arreglados y limpios como una patena. La norma violenta y Dionne cantando las palabras que no debía en un susurro.

El autobús paró, arrastraron los pies hasta el fondo. Dionne se quedó en la ventanilla, Rothko, con las piernas separadas, se iba golpeando los tobillos por el pasillo. Delante, una chica de trenzas de color morado y uniforme de la tienda de bricolaje y jardinería B&Q buscaba algo en el bolso. Una con un plumas hasta el tobillo de color plateado y un flequillo grueso dormía apoyada en la ventanilla. Una con zapatos elegantes y gastados tecleaba en un portátil robusto. Una con un gorro de ganchillo y la camisa planchada se había sentado con las rodillas juntas y leía un biblia.

Subió un grupo de chavales: camisas de uniforme, cortes de pelo de precisión, zapatillas de deporte blancas refulgentes. Había una chica con ellos, llevaba el pelo decolorado blanco en un moño. Dos mechones peinados con gel le caían a cada lado de la cara. Angel Douglas miró a Dionne y a Rothko al sentarse.

Los chavales eran del otro instituto. Rothko no los reconoció pero se dio cuenta cuando ocuparon la parte de atrás del autobús en los asientos de cuatro que había a cada lado del pasillo, delante de donde estaban sentades Dionne y Rothko. Dionne se reía, estaba acurrucada en su brazo, sujetándole la pierna por la rodilla. Era inusual para Rothko recibir esa clase de muestras de intimidad en público.

Rothko oyó una voz dentro de su cabeza, hablándole desde otro sitio. *¿Estás bien?* No sabía si era la voz de su padre o la suya de mayor o qué. Solo tenía ojos para Dionne. El movimiento de su garganta al cantar Mary J. Blige. Dionne notó la mirada de Rothko y se sintió hermosa por lo que elle veía en ella. Se acercó un centímetro más, se apretó contra elle y subió para rozar su nariz con la de Rothko, y depositar un beso lento. Se fundieron en él.

«¿Qué? ¡Hazlo otra vez!». Voz alta y aguda. Un estudiante. De maneras tiránicas. Agitaba las manos.

«¿Qué ha hecho?». Una voz más alta, más profunda. Un chico más tranquilo. De complexión más grande.

«La ha besado», el chillón, más excitado. «¡Eso es gay!».

«No digas mentiras». Se giró hacia el fondo del autobús, y lo mismo hizo el resto del grupo. «¿La acabas de besar?».

«Hazlo otra vez», otra voz, riéndose.

«¡Bésala otra vez!».

Dionne se apartó un par de centímetros de Rothko. Miró por la ventanilla. Rothko sintió cómo cambiaba y quiso protegerla de ese cambio.

«¡Venga!». El de la voz más grave. «No seas tímida».

«Te está ignorando».

«¿Por qué me ignoras?».

«¡Bésala, colega!». Risas como si no hubiera habido nada gracioso en el mundo hasta ese momento. «¿Qué pasa? Sé que anoche le estuviste haciendo un dedo». Risas como si acabaran de descubrirlo. Como si fuera el primer grupo en probarlo.

A Dionne: «Pero ¿por qué estás con eso? No eres tan fea, tía. Podrías ligarte a un tío».

Rothko los atravesaba con la mirada. Con la respiración en lo alto del pecho, el pelo enredado, con su abrigo pasado de moda que parecía viejo y raro. La complexión cuadrada, la mandíbula marcada, los huesos anchos, toda su enorme masa le hacía sentir como une freak al lado de esos adolescentes limpios, pulidos, delgados, desenfadados y vestidos a la moda.

«¿Por qué nos miras?». Uno bajito, la voz como un fuego artificial que estalla a medias, le clavó el hombro al alto en las costillas. «Mira cómo nos mira».

«¿Qué estás mirando?», dijo el de la voz grave. «Te gusto, ¿eh? Es eso». Las bocas llenas de risa como si fuera algo delicioso de comer. «No te preocupes, yo no tengo prejuicios. Te voy a follar tan fuerte que te curaré». Tragándosela. Quedándose sin aire de puro placer.

«Arg, tío, es un espanto». La risa derramándose y salpicando el autobús, llenando el pasillo. «Pero ¡qué dices! Si es como el enanito

gruñón». Se alimentaban unos y otros de la misma bazofia. Se la llevaban a los labios y se la chupaban de los dedos.

«Después de mí no serás lesbiana, nena. Serás mi mujer. Te tendré limpiándome la cocina». La risa se prendió, estalló y murió.

Rothko no respondió. Se limitó a desafiarlos con la mirada. La vergüenza se estaba transformando, convirtiéndose en rabia. Dionne seguía mirando por la ventanilla, pero le apretaba la pierna con tanta fuerza como podía, tratando de llevarles de vuelta al otro mundo donde todo les pertenecía.

Angel sintió que el cuerpo se le tensaba. Odiaba a Rothko. Por estar allí sentade, con el aspecto que tenía y sin que le importara. Todo lo que rodeaba a Rothko le parecía demasiado brillante, demasiado cercano. Angel solo necesitaba que esa chica horrible dejara de brillar. Parar de una puta vez a la parte de Rothko que no sabía que no se podía ser así. Como era ella. No te podían besar así. Se merecía que le pegaran una hostia en la boca. Tenía que apagar el fuego. El que había en Rothko. El que había en ella. Tenía la piel ardiendo, las manos calientes. Las mejillas encendidas.

Se levantó de donde estaba sentada con la espalda apoyada en la ventanilla, dos filas más adelante de Rothko y Dionne. Acumuló una bola de flema y la retuvo en la garganta.

Se puso de rodillas en el asiento y escupió a Rothko. Aterrizó en su rodilla. Rothko observó el lugar donde había caído. Solo oía el latido de su corazón en los oídos. El escupitajo resbaló por la pernera del pantalón a cámara lenta, la flema asquerosa cayó en el suelo.

El chico de la voz grave se tapó la boca en shock. «¿Vas a tolerar eso?».

La voz de Rothko era serena. «Me da igual». Tenía la cara de color rojo oscuro. Los chicos se miraron frunciendo las cejas.

«¡Dice que no le importa!».

La gente de delante del autobús se dio la vuelta para mirar. Mirándose unos a otros desconcertados. «¿Qué se les puede decir? No se puede hacer nada. Por lo que sé, podrían llevar navajas».

Angel volvió a carraspear. Escupió de nuevo. Esa vez apuntó más alto. Aterrizó en la manga de Rothko. Rothko se lo limpió con el borde del asiento. Dionne tenía la mirada clavada en Angel. Respiraba agitada. Estaba sujetando la otra manga de Rothko con las yemas de los dedos. Quería tumbar de una hostia a esa chica. Pero eran demasiados y ella no quería empeorar las cosas para Rothko.

«Así que no te importa, ¿no?», preguntó Angel.

«No me importa».

Escupió de nuevo.

«Me gusta», dijo Rothko.

«Aaaaarg». Dijeron los chicos a coro. «Eres asquerosa».

«¿Te has visto en el espejo?». Angel le miró con malicia por encima del asiento. «Pareces una vagabunda, cariño».

El alto, con la mano en la cintura de su pantalón de uniforme, estaba tumbado en el asiento como si estuviera tomando el sol. «Es tu novia, ¿verdad? ¡Pues bésala!».

«Bolleras», dijo Angel. «Baja del autobús». Todos los chicos se echaron a reír.

«¡Pelea!».

«Quiere pelearse contigo».

«No», dijo Rothko. Los chicos se pusieron de pie para bajarse y caminaron en dirección a las puertas.

«Baja del autobús y verás la paliza que te voy a dar». Tenía la piel pálida, huesos prominentes. Alta. Su cuerpo se mantenía unido por los omóplatos. Cara cansada, bolsas debajo de los ojos. Manos rápidas y fuertes que acentuaban sus palabras huecas.

«No», dijo Rothko.

«Porque sabes que te voy a romper el culo, ¿no?».

«Sí», le dio la razón Rothko. «Si me bajo de este bus y me peleó con todos vosotros».

Angel caminó hasta las puertas cuando el autobús se detuvo, pero siguió mirando por encima del hombro. Los chicos se bajaron y empezaron a andar. Rothko se permitió una risa fingida cuando la chica estaba llegando a las puertas.

«¿De qué coño te ríes?», gritó al fondo del autobús. «¿Crees que estoy de broma?». Se abalanzó hacia elle, dispuesta a pelear. Su carita puntiaguda llena de odio. Se cuadró para la pelea. Rothko sintió que le hervía la sangre. Enfadade y harte, se levantó mientras ella venía en su dirección y avanzó dos pasos para encontrarse con ella. Presa de la furia. Echó el puño atrás y descargó un puñetazo corto en el lado de la cabeza de Angel cuando ella estaba levantando el suyo para pegarle. Se hundió justo en la sien, el anillo del dedo corazón rasgó la piel. Angel cayó en los asientos y dentro de Rothko todo se volvió negro. Su cuerpo se movía de forma autónoma. No recibía instrucciones del cerebro. La ira se había desatado. Le absorbió y le subyugó. No había nada más.

Se agarró con ambas manos al pasamos del techo para poder patear con los dos pies el pecho de la chica. Pateó con todo su peso

el cuerpo delgado de la chica mientras estaba desmadejada sobre el asiento. Volvió a patearla. Primero un pie y luego el otro. Angel se levantó sujetándose la cabeza y apartó a Rothko de un empujón para ir con sus amigos. Rothko ardía de rabia. Estaba acelerade por la rabia. Tragaba saliva a toda velocidad. Le dolían los puños de tenerlos apretados con tanta fuerza. Dio un paso atrás y se encontró con Dionne, que le sujetó la mano y le abrió el puño.

Angel se bajó como pudo, gritándole a sus amigos. «Eh, vosotros. Sí, vosotros». Pero sus amigos estaban a unos cuantos metros. El conductor cerró la puerta en cuanto ella se bajó. Los otros no habían visto lo que había pasado. Para cuando se enteraron de que había habido una pelea, las puertas estaban cerradas. Rodearon la parte de atrás del autobús, golpeando las ventanillas donde estaban sentades Rothko y Dionne, gritándoles que se bajaran. Llamándoles maricones.

El conductor arrancó. Dionne sacó el dedo corazón por la ventanilla de atrás cuando se alejaban. Las tres personas de la parte de delante seguían murmurando.

«Son todos unos salvajes».

Rothko tenía la cara roja. Hasta las sienes y cuello abajo. Miraba fijamente a un punto sin ver nada. Dionne le dibujaba espirales en el brazo con las uñas.

«Nunca te había visto así», le dijo. En su cara había preocupación. Rothko se apretó los muslos mirando el lugar donde había caído el escupitajo. Temblaba. Movió las rodillas arriba y abajo y apoyó la cabeza en el asiento, exhalando.

Dionne se mordió la piel que rodeaba la uña del dedo pulgar, sin dejar de mirar por la ventanilla de atrás. «Deberías haber pasado».

Caminando a toda prisa con las piernas temblorosas, en medio del bullicio de sus amigos, que la rodeaban por los hombros, Angel sintió la felicidad de ser el centro de atención. Formaba parte de algo. Una banda de malotes que la respetaba por su violencia. Ella se rio con ellos mientras hablaban gritando uno más que otro sobre que iban a encontrar a esas lesbianas asquerosas. Y de lo que les iban a hacer. Y Angel era especial. Valiente como una chica que era uno más de los chicos.

Pero después, en el silencio de su salón, cuando la mirada escudriñadora de su madre recorría su piel y la voz preocupada de Eileen le preguntaba «¿Quién te ha hecho esto? ¿Qué ha pasado», Angel ya no se sentía valiente.

NUEVE

«¿Eres tú?». Rothko oyó la voz de Ezra desde el piso de arriba cuando dejó la mochila en el pasillo.

«Soy yo», gritó. «Hola».

En el recibidor la temperatura era cálida y la luz que entraba por las ventanas de la cocina se proyectaba en las paredes, Rothko observaba las partículas de polvo girando en espiral en los rayos, atrapade, hipnotizade antes de agacharse y sentarse en el primer peldaño de la escalera enmoquetada para quitarse las zapatillas. Oyó los pasos de Ezra cuando salió del dormitorio que daba a la fachada y se detuvo en lo alto de la escalera, mirando hacia abajo. Había estado en la habitación de Rothko.

Se miró fijamente las rodillas. Lo había sentido ahí todo el día. El escupitajo en sus pantalones que le decía a todo el mundo quién era: alguien que se quedaba sentade en silencio mientras los chicos le decían a su novia cosas como «Pero ¿por qué estás con eso?». Y la forma en que Dionne desaparecía en cuanto se encontraban con otras personas.

Y cómo había recorrido los pasillos mirando a través del cristal a la gente de las aulas, yendo de una clase a otra o al patio de atrás a fumar, con esa mancha de flema en su ropa. Y cómo se había marchado del instituto media hora después de llegar, se había pasado el día en una tienda de discos. Escuchando a otra gente

escuchar música. Mientras eso seguía en su ropa. La marca de un fantasma. Y ya había llegado a casa y eso seguía mirándole fijamente. El trozo de tela poseído que estaba justo por encima de su rodilla.

«Aquí estás». Rothko se giró para levantar la vista desde el escalón donde estaba sentade. La cara de su padre parecía bochornosamente vieja. «Tienes un aspecto horrible», dijo Ezra.

«Gracias».

«¿Dónde has estado?».

«En el instituto». Ezra rodeó a Rothko, se dirigió a la cocina y esperó. Rothko le siguió. Él le miró fijamente. Rothko intentó tantear de qué problema se trataba. Pero Ezra se limitaba a mirarle con el ceño fruncido y a esperar. Rothko no tenía claro qué estaba pasando. Las profundas arrugas consumían el rostro de Ezra. Al final, sacó dos tazas del armario, encendió el hervidor, y volvió con elle. «Me ha llamado la señorita Shoffa».

«¿Para qué?».

«Dímelo tú».

Rothko se frotó la nuca. «No lo sé. Has hablado tú con ella».

«¿Te has metido en una pelea esta mañana?».

Rothko se encogió de hombros.

«¿Qué? ¿No te acuerdas?».

«No, es solo que… No lo llamaría pelea».

«¿Cómo lo llamarías?».

«Nada en realidad. Eran solo unos críos».

«¿Críos?», se burló. «Una chica de trece años. En uniforme. Con dos costillas rotas. Porque le has pateado el pecho».

«No ha sido mi culpa, papá, de verdad». Rothko hablaba muy despacio. Las consonantes se fusionaban.

Ezra negó con la cabeza disgustado. Imitó el tono de Rothko: «No ha sido mi culpa».

«Lo digo en serio. Yo no quería…». Pero Ezra le interrumpió.

«Le has dado un puñetazo tan fuerte en la cara que le has hecho sangre. Tienes que haberle dado con ganas». Ezra estaba empezando a gritar. «Tienes suerte de que su madre llamara al instituto y no a la policía. Eso es agresión con lesiones. "No ha sido mi culpa"». La voz le llenó el pecho. «No puedes ir por ahí comportándote así». Entrecerró los ojos. Rothko observaba en silencio. Esperando a ver qué pasaba. «¿No me estás oyendo? ¿Hola?».

«Te estoy escuchando».

«¿Me puedes contar qué ha pasado?».

Pero ¿por dónde se suponía que debía empezar? ¿Por el beso? ¿O por las voces de los niños normales y arreglados diciéndole que lo hiciera de nuevo? ¿O por la laguna que tuvo cuando sintió que la rabia se apoderaba de elle? No sabía que la chica solo tenía trece años.

«Primero te encuentro tirada boca abajo en el suelo. Respirando a duras penas, joder». Estaba dolido. Le atacaba. «¿Ahora les das palizas a niñas pequeñas?». Rothko se sintió exhauste. Todo daba vueltas. «Creía que estábamos pasando página. ¿Qué ha pasado con empezar de nuevo?».

Las cosas empezaron a dar vueltas y a sacudirse.

«La señorita Shoffa dice que ella no puede ayudarte más de lo que ya te ha ayudado. Te va a expulsar, y siendo justos, no la culpo.

No quieren que vuelvas para hacer el resto de los exámenes».

«¿Tenemos que hacer esto ahora, papá?». A Ezra le molestó que le interrumpiera a medio sermón. «Estoy cansade».

«¿Por qué estás cansada? ¿Qué has estado haciendo?».

A Rothko le pesaba la cabeza, clavó la mirada en el suelo. Estaba en la silla como un montón de ropa mojada.

Ezra estaba sentado ante elle. Esperando a que levantara la vista. Pero no lo hizo.

«¿Qué estamos haciendo? Tenemos que hacer algo. No puedes comportarte así y pensar que no pasa nada. Robaste una caja de pastillas a una paciente de cáncer. Estuviste a punto de morir sola. En tu puta habitación. ¿Qué crees que habría significado eso para mí? ¿Para tu hermana? ¿Para Sean? ¿Para la madre de Sean?». Rothko negó con la cabeza, pensando *a Sean no le importaría que yo me muriera*. «Piénsalo. Piensa en lo que estás haciendo». Enfatizó sus palabras para conseguir un efecto mayor. «¡Le fracturaste las costillas! No está bien. Eso no está bien, Rothko». Ahora más tranquilo, más triste. «¿Dónde te has ido?».

Rothko se quitó la gorra. «Estoy aquí». Se sujetó la gorra contra la parte de atrás de la cabeza. Ezra se sentía atrapado, aprisionado bajo algo pesado. Estaba desesperado por salir. Por sacarlos a los dos de allí. Pero lo único que Rothko veía era la autocomplacencia. Las cejas levantadas. Los suspiros exagerados. Que veía las cosas y luego apartaba la mirada. Hasta que Ezra dio un puñetazo en la mesa, luego se metió el puño en la boca. A Rothko el dramatismo de la situación le pareció surrealista y se obligó a tragarse la risa que le llenó la boca desde el fondo de la garganta. Sintió un poco de pena por Ezra. Con la frente perlada de sudor inútil.

«Vas a terminar como ella».

El dolor que eso le provocaba era grava en los ojos y la boca y la nariz de Ezra. Dejó caer la cabeza y se apretó los talones de las manos contra los párpados. El silencio de la habitación los envolvió hasta que Ezra, parpadeando, levantó la cabeza y vio a Rothko reuniendo fuerzas para levantarse de la mesa sobre la que se había derrumbado y empezando a ponerse en pie lentamente.

«Siéntate».

Pero no lo hizo.

«Te estabas esforzando mucho. ¿No se suponía que estábamos dándole la vuelta a las cosas?». Era tan confuso. ¿Cómo se suponía que Ezra debía manejar eso? No lo sabía.

Rothko siguió en silencio. No había nada que pudiera decir. La mirada de Ezra se estaba volviendo inquietante y quería estar sole. Se volvió hacia la puerta. Tenía que escapar de la habitación y de la presión y de sus ojos sobre elle.

«¿Dónde vas?».

«Fuera».

«Acabas de llegar». Ezra retiró la silla, dio un salto para cerrar la puerta de golpe antes de que elle llegara, y la mantuvo cerrada cuando Rothko trató de abrirla.

«No vas a salir. ¿A hacer qué?». Rothko tiró de la puerta; Ezra la cerró de un empujón. Cogió a Rothko por los hombros, intentando alejar a su hija de las cosas de las que sabía que no podía protegerla, pero Rothko lo sorteó. Corrió a su habitación, Ezra subió las escaleras detrás de elle. Cogió unas cuantas cosas. Una muda de ropa, el alijo de debajo de la estantería. El poco efectivo que había reunido pasando maría y que guardaba en una lata de película.

Luego Ezra estaba con elle, siguiéndole al salir de la habitación, tirándole de la ropa; se lo quitó de encima en el descansillo de arriba de la escalera.

Rothko se dio la vuelta para encararle, apartó las manos de Ezra y se preparó para pelear. Pecho con pecho. Respirando con dificultad. Sus ojos estaban muertos como dos monedas antiguas cuando lanzó dos puñetazos. Ezra bloqueó los puñetazos, absorbió los golpes, y abofeteó a Rothko cinco, seis veces en la cabeza con la mano abierta. «¿Qué te pasa?», le estaba diciendo. «Para». Intentaba que elle se calmara. Pero Rothko estaba furiose, no dejó de lanzar puñetazos con todas sus fuerzas hasta que Ezra cayó al suelo sujetándose la mandíbula. Y Rothko trastabilló escalera abajo con Ezra agarrándole por la espalda.

«Si te marchas ahora, hemos terminado». Se lo estaba gritando. «No podrás volver, no después de esto».

Él no quería que ella estuviera en la calle, donde estaban todos los problemas. Él quería que ella se quedara en casa con él. Donde él pudiera mantenerla a salvo. Pero él no sabía cómo decir nada de eso. En su lugar, le estaba tirando del pelo y cogiéndole de la ropa mientras Rothko se alejaba de él, y Rothko también estaba gritando, «No me toques. Mejor que no me toques, joder». Luego estaban otra vez pecho contra pecho y a Rothko le ardía la piel, a mitad de escalera, por debajo de Ezra, dándole puñetazos en las entrañas con toda su penosa fuerza y Ezra seguía presionando. Rothko le lanzaba patadas con sus piernas torpes, al tiempo que trataba de mantener el equilibrio.

«Hazlo otra vez, joder. Venga».

Y la dureza de su voz fue un shock para Ezra. Él estaba intentado contenerla, pero Rothko le lanzaba rodillazos y codazos, le empujaba con el pecho, hasta que Ezra estuvo frente contra frente con Rothko, le dio un cabezazo a su hija mientras le agarraba los brazos, creyendo que estaba poniendo freno a su violencia. Sin ver la suya. Y con el impulso, perdió el equilibrio. Cayó con todo su peso sobre Rothko, y ambos se inclinaron hacia atrás, en una dolorosa caída escalera abajo. Aterrizaron en el recibidor al pie de la escalera y Rothko gateó hacia la puerta, pero Ezra volvió a agarrarle. En el caos de la situación, Rothko se golpeó la cabeza contra el marco de la puerta. Su hombro se estrelló contra la puerta. Los ojos de Ezra, en el forcejeo, mostraban un dolor que a Rothko le pareció risa. La vergüenza que sintió al verlo levantó su cuerpo en una embestida contra él, pero Ezra la contuvo con su peso, le abofeteó la cara con el dorso de la mano, Rothko gritó tan alto como era capaz, se revolvió y empujó hasta que de alguna manera se puso en pie. Ezra todavía trataba de retenerle. Todavía trataba de ahogar sus puñetazos en un abrazo. «No habrá más oportunidades», le dijo. «Lo digo en serio. Si te vas ahora, estás sola. Para. Cálmate». Pero no estaba funcionando. Rothko echó la cabeza hacia atrás para alejarse de Ezra, atravesando la vidriera de colores de la puerta de entrada. Los añicos de cristales de colores estallaron a su alrededor. Fue entonces cuando Ezra le soltó y Rothko se dio media vuelta y abrió la puerta, con los ojos abiertos de par en par por el estrés, y cayó de espaldas en el camino del jardín de la entrada. Reptó de espaldas para alejarse de Ezra, que estaba de pie en la puerta abierta. Rothko, levantándose con dificultad, en calcetines, se llevó

una mano acusatoria a la parte de atrás de la cabeza, pero no había sangre.

Ezra tiró las zapatillas por la puerta abierta y le dieron a Rothko en la cabeza, en la cara. Rothko las cogió, se las puso.

«¿Crees que puedes sobrevivir ahí fuera sin mí?». Ezra observó a su hija pequeña marcharse. «No podrás». Pero Rothko ya se había ido.

Ezra cerró la puerta. La mantuvo cerrada. *Los putos vecinos*. Se quedó de pie en el recibidor, rodeado de cristales, aturdido por la repentina ausencia de Rothko. Las secuelas de la pelea dejaron un hormigueo en el aire. Se sentó en el sofá pensando *¿Ahora qué?* Se sentía observado, por sí mismo, desde arriba. Estaba tan cansado. Se tumbó boca arriba, consciente de que cada rincón de la estancia vacía se cernía sobre él. Su ira remitía. Estaba confundido. En el hogar familiar. Sin su familia.

La única forma de que ella se diera cuenta de lo que estaba perdiendo al tomar el camino que estaba tomando era que él cortara todos los lazos con ella. El shock la haría centrarse. Eso la traería de vuelta antes de que fuera demasiado tarde.

Prefería ser él y no el mundo exterior quien le enseñara las lecciones más duras.

Si la dejaba comportarse como quisiera, sin restricciones, ¿cómo aprendería que las acciones tienen consecuencias? ¿Qué clase de padre sería él?

No.

Eso era lo correcto.

Ella no tardaría en darse cuenta de su error.

Era la única esperanza que él tenía de que ella regresara.

DIEZ

Rothko caminaba por las calles desiertas hacia los prados. Pero en realidad ya nadie salía por allí desde que llamaron a la policía para detener una pelea y le confiscaron las drogas a todo el mundo. Cogió la ruta que pasaba por la urbanización de Dionne, pasó por la bodega de su edificio. Notaba el dolor en la cabeza de haber atravesado el cristal de la puerta. Sus manos volvían a los puntos sensibles de las extremidades que habían absorbido los golpes. En busca de moratones.

Leyó los anuncios en el escaparate hasta que vio a un par de los mayores; Kathy y Jon-Boy. Los perdidos. Debían de rondar los veinte años, pero era difícil de saber. Dos fumados idiotas que iban a la deriva porque habían tomado demasiado ácido. Kathy estaba doblada de la risa, sentada en el muro que había fuera de la bodega, con una bolsa de pegamento en la mano. Cara permanentemente quemada por el sol con ojos claros y brillantes y heridas alrededor de los agujeros de la nariz. Sudadera entallada con cremallera y cordones de arcoíris en las botas. Jon-Boy estaba sentado a su lado, haciendo un beatbox horrible y cantando para sí mismo. *Om Shanti*. Cabeza rapada y cola de rata. Chaqueta vaquera negra con las mangas cortadas.

Rothko los saludó levantando el puño. Chocaron. Chocaron los hombros. «¿Me podéis comprar unas cervezas?».

Kathy le miró con los ojos entrecerrados desde el muro, gritando: «No, no podemos. No deberías beber». Rothko no dijo nada. Se limitó a mirarla. «¡No sabe qué decir!» Kathy se rio. «No te preocupes. No me voy a chivar de ti».

«Déjala en paz», intervino Jon-Boy. «Es colega mía, lo es». Y le pasó a Rothko su botella y dijo: «Aquí tienes, rastas. Dale un trago. Yo te compro las cervezas, ¿qué quieres?». Rothko sacó un billete de cinco libras del bolsillo.

«Seis por cinco, lo que tengan de oferta». Y Jon-Boy se marchó, caminando de puntillas.

«Rápido, pásamela». Kathy alargó la mano en dirección a la botella, pero Rothko la apartó lejos de ella. Dio un trago. Y ella se echó a reír al verle, dio palmas. «No estás mal, eh. Eres una pequeña pirada, ¿no?».

¿Eso era su vida?

Estar ahí sentade en la calle a los veinticinco, ¿como esos dos? ¿Como Ezra temía que acabaría?

Jon-Boy regresó victorioso, dio una palmada en el muro a su lado. «Ven, ponte cómoda». Rothko miró por encima de la cabeza de Jon-Boy y vio el reflejo de los tres en el cristal oscuro de la tienda de detrás del muro. Le dio la sensación de estar mirando un recuerdo del futuro.

«No, ya me iba de todas maneras. Hasta luego, colegas». Le pasó una cerveza a cada uno de sus mayores. Pagó el peaje de su libertad y se dirigió a las escaleras que subían a los prados.

Cruzó los campos. Sole. Se puso a hacer planes en el tocón de un árbol. Llegó a ver el último rayo del sol desapareciendo entre los

huecos de los árboles. Estaba sediente de algo. Se bebió una lata de cerveza entera. Pero eso no apagó la sed.

Llamó a Dionne, pero nadie respondió. Probablemente se había dejado el teléfono en la habitación o algo por el estilo y ahora estaba viendo la tele. Se la imaginó, descalza en el sofá, acurrucada con la cara en un cojín viendo *EastEnders*. Comiendo Doritos. Agnes en la butaca, retorciendo alambre con sus alicates diminutos. Con las gafas que le hacían los ojos enormes, diciendo: «No sé cómo puedes ver este sinsentido». Y luego, dos minutos más tarde: «¡No! ¿Por qué la está besando? ¿Ese no es su cuñado?». Y Dionne: «Pensaba que habías dicho que era un sinsentido». Esa habitación daba tanta sensación de seguridad. Quería estar allí. Desaparecer en la vida de otra persona. En lugar de ahí fuera. Sole.

No podía llamar a Sean. No después de lo que había hecho. Le odiaba por haberse apartado de elle. ¿Dónde coño iba a ir?

Se le apareció como una mano tendida. ¿Podría coger el tren nocturno e ir con Sarai?

«¿Hola?». Su hermana sonaba segura y risueña al otro lado de la línea. Algo de la sensación que le produjo a Rothko oír su voz acabó con su impostura y rompió a llorar. Ella le oyó.

«¿Qué ha pasado?». Sarai estaba en un espacio ruidoso, sonaba como un pub, Rothko la oyó alejarse de las voces y los ruidos. «¿Rothko? ¿Estás bien?».

Rothko se limpió la cara con la manga sucia. «No ha pasado nada». Ignoró las lágrimas.

«¿Qué has estado haciendo últimamente?». Sarai, fuera de la unión estudiantil, se sentó en el bordillo y apretó el teléfono contra su oreja. Nokia 3210.

«Poca cosa. Solo quería saber cómo estás. ¿Qué tal la uni?».

«Es divertido, sí. Raro. La gente es extraña».

«¿Extraña cómo?». Era agradable pensar que existían otros sitios.

«No sé. La gente toca la guitarra y esas cosas».

Rothko se rio a pesar de la tristeza que reinaba en sus mejillas. «Raro». Rothko oyó el tráfico al otro lado. Se imaginó a Sarai en una calle de Glasgow. ¿Cómo era Glasgow? No tenía ni idea.

«¿Hoy estás triste, Rothko?». No había dormido nada la noche anterior. Le dolía la mandíbula. Sentía la pelea en todo el cuerpo como si se hubiera quemado al sol.

«No, estoy bien».

«¿Te has hecho daño?». La voz de Sarai era lenta y serena. «No has vuelto a tomar nada, ¿verdad?».

«No».

«Bien».

«Saraiah». Elle nunca usaba su nombre completo; a ella no se le pasó por alto. «¿Puedo ir y quedarme contigo?».

«¿Aquí?».

«Papá me ha echado».

«Ay, colega». Murmuró con empatía. «¿Por qué?».

«Tuve una pelea con unos chavales en el autobús. Me han expulsado del instituto. Es largo… Yo ni siquiera…». Estaba tan cansade de ser quien era y hacer la cosas que hacía.

«Dile que lo sientes».

«Pero ¿puedo ir?».

«Por mí sí, pero… Ya somos más de los que deberíamos y el casero ya se está quejando al respecto. Imagínate que yo estoy compartiendo una cama individual con Scott».

«¿Y en el sofá?».

«No tenemos sofá. Todas las habitaciones son dormitorios excepto la cocina y no se podría meter una cama ahí». Se escuchaban une a la otra, en silencio en sitios diferentes.

«Vale. No te preocupes».

«¿Y qué pasa con Sean?».

«Sí, le preguntaré a él. Buena idea». Fingió alegría. «En todo caso. Oye. Ahora tengo que colgar».

«¿Estás segura de que estás bien?».

«Estoy bien, sí. No te preocupes. De verdad». Parecía convincente.

«Está bien, capulla. Gracias por la llamada».

«Te echo de menos», le dijo Rothko.

«Yo también, colega».

Colgaron. Miró fijamente el pequeño teléfono-ladrillo que tenía en la mano, pero no sabía cómo hacer que le conectara con otras personas.

Llamó a Dionne de nuevo. Nadie respondió. Lo intentó una vez más y no obtuvo respuesta. *¿Y si se pasaba y llamaba a la puerta?*

Si había salido, podía sentarse en el callejón con el sofá viejo a esperarla. Allí atrás se estaba bien y tranquilo, resguardado del viento. Se habían sentado juntes allí antes cuando las cosas estaban bien. El recuerdo era reconfortante.

Llamó de nuevo sin querer. Se encontró escuchando el teléfono sonar. Ni siquiera había sido consciente de que su mano tocara el botón.

Envió un mensaje: «Estás? x».

No tuvo respuesta. Esperó tanto como pudo, luego envió otro: «K acs sta noxe? xx».

Nada.

Abrió otra cerveza, se la bebió más despacio que la anterior. Se bebió la mitad y se levantó del muro. Cogió la bolsa de cervezas, la mochila, la lata abierta y cargó todo torpemente, en el abatimiento de la noche. Salió de los campos, y volvió a bajar las escaleras en dirección a la oscuridad con destellos de la ciudad de costa. Había una niebla extraña en el aire, era como una mordaza en la boca. Tan cerca como una almohada. A veces venía del mar esa clase de neblina y hacía que la ciudad pareciera sumergida en el agua.

Quizá se había quedado dormida.

La mochila se le clavaba en el hombro. Le dolía en el sitio que había chocado con la puerta. Llamó de nuevo, sujetaba el teléfono haciendo pinza con el cuello mientras llevaba la bolsa de cervezas en una mano y la lata abierta en la otra.

El tono del teléfono se volvió hipnótico, se olvidó de qué era. Tan solo era un sonido que estaba escuchando mientras caminaba por las calles desiertas. Había luces en las casas. Gente en las cocinas. Y Rothko estaba sole en la oscuridad.

Entonces de repente sonó un clic y atendieron. Había música, risas. Nadie decía nada.

«¿Hola?», dijo Rothko.

«¿Hola?», dijo una voz grave que no reconoció. «¿Quién es?», preguntó la voz, más risas.

«Soy yo».

«Hola, yo». Oyó a gente hablando a gritos, alguien cantando la letra de una canción. *No está bien, pero vale*.

«¿Dónde está Dionne?».

«Está ocupada, colega». Y el teléfono murió. Rothko se paró en seco en la calle, levantó la vista hacia las fachadas. Seguía con el teléfono entre la oreja y el hombro. Sintió que estaba a punto de hacerse pis encima.

Llamó de nuevo. Le colgaron. Llamó de nuevo. Le colgaron. Se le aceleró la respiración. Le dolía la cabeza. Llamó de nuevo. Le colgaron. Llamó de nuevo. Otra vez la voz. Esa vez buscando pelea.

«¿Qué quieres?». Se estaba riendo de Rothko. «Pírate».

«¿Dónde está Dionne?».

«Te llamará mañana». Sonidos de mucha gente hablando, risas cada vez más altas, personas que gritaban para hacerse oír. Dizzee Rascal. «I Luv U».

«Que se ponga al teléfono. Quiero hablar con ella».

«Vete a casa. Rarita de mierda. No quiere hablar contigo».

«¿Qué? Que te jodan».

«Está bien. Me voy a joder».

«Espera. ¿Quién eres? ¿Dónde está Dionne?».

«Vete a tu puta casa, gorda bollera. Deja de llamar». Colgó.

Le costaba vadear las palabras de él. Subían desde el pavimento, le llegaban hasta la rodilla. Rothko dejó de caminar para terminarse la cerveza. Tiró la lata vacía en el seto de alguien. Luego se sintió mal. Intentó recogerla, pero estaba demasiado alto y se arañó con el seto y se cayó dentro. Estúpide.

¿Y quién era ese? ¿Estaba tratando de follársela?

¿Quizá Rothko no lo había hecho bien anoche?

¿Dónde estaba Dionne?

Eso todavía estaba allí, en la caja al lado de la cama. ¿Y si el chico del teléfono lo había encontrado? El juguete que Rothko tenía que usar porque elle no estaba complete. ¿Y si ella le había hablado al chico del juguete? *No*.

Se tranquilizó. Estaba siendo une paranoique.

Era amor.

No hacía más que unas semanas estaban sentades en la playa después de la rave de dub. Fumando maría en el parque que había delante de su piso. Sentades en el sofá del callejón. Besándose. Escuchando Tupac. *Me Against the World*.

Rothko siguió. Pasos lentos y amplios. La vergüenza era como un hueso atravesado en la garganta. Hasta que llegó a la calle de su edificio. Levantó la vista a su ventana.

Las luces estaban encendidas y la puerta del portal abierta. Rothko percibía los movimientos de los cuerpos de dentro. Había dos personas asomadas al balcón que daba a la calle, fumando. Tenían las capuchas puestas. Pasándose el brazo por el hombro el uno al otro.

Rothko encendió un cigarrillo. ¿Qué problema había? Dionne había invitado a unos amigos a casa. No había nada de malo en eso. No había oído su teléfono. Algún capullo lo había cogido y le había dicho esas cosas para reírse. La gente dice cosas estúpidas a todas horas. Probablemente no tiene nada que ver con Dionne. Así que ¿qué? No era una fiesta a la que no le había invitado. Simplemente había salido con gente y había decidido llevarse a unos cuantos a casa. ¿Qué problema tenía elle? Se estaba disgustando por nada. ¿Por qué tenía que ponerse siempre tan tense? Lo suyo era un secreto. Tenía que ser así, porque de lo contrario la gente se metería en sus

asuntos y no lo entenderían y lo estropearían. Dionne se lo había explicado un millón de veces y Rothko lo había entendido. Sí. Lo había entendido.

Aún así.

Le dolía el cuello de mirar arriba. Tenía que ordenar su cabeza, decidir adónde iba a ir.

Se alejó doblando la esquina, en dirección al callejón. En cuanto se metió en él, se sintió menos expueste. Era más tranquilo que la calle. No pasaban coches. Había una luz difusa procedente de las ventanas de arriba. No había estado allí desde el mes pasado, con ella. Pero daba lo mismo. El sofá seguía allí. Los cojines tapizados rotos y hundidos. La bolsa enorme de periódicos. Las cajas de cartón desmontadas y puestas en el suelo con las que alguien le había hecho la cama. Miró todo con cariño. Finalmente podía sentarse. En algo que no fuera un muro de ladrillos duros. En un lugar que no estaba en la calle donde todo el mundo podía verle sentade sole. Apoyó el brazo en el reposabrazos de madera, se levantó la gorra para pasarse la mano por el pelo y abrió otra lata. Borrache de dos latas con el estómago vacío. Tenía el cerebro caliente por dentro por las cervezas. Ni siquiera quería más. Pero eso no le iba a detener.

Se sentó ahí, esperando algo. Pero no había nada que esperar. Pasó un rato muy largo. Debió de quedarse dormide porque se despertó de repente. Temblando.

Escarbó la tierra con las llaves. Hizo un agujero. Lo rellenó. Hizo otro agujero. Más profundo. Lo volvió a rellenar. El callejón olía a hojas y basura, pero a Rothko no le daba miedo. A pesar de las moscas y las ramas que colgaban hasta tan abajo. No tenía otro sitio al que ir. Era un refugio.

La luna estaba en lo alto, podía verla a través de la verja de metal. Un agujero sólido de plata en el cielo. *Gorda bollera*. Le dolía en lo profundo de las entrañas, donde vivía la soledad. Le dolía más que los moratones en los brazos o en el lado de la cabeza. Le alteraba.

Unas lágrimas lentas amenazaban en sus ojos, pero se deshizo de ellas parpadeando.

Que le dieran a Dionne.

Que les dieran a todos.

Habían estado sentades en los columpios que había ahí mismo. De la mano hasta que llegaron los chavales. El escalofrío que le recorrió cuando ella apartó la mano.

Visiones de Dionne, su cuerpo como una serpiente con pechos, ella haciendo inclinarse a Rothko hacia atrás y elle le había dejado que abriera sus piernas, incluso cuando Rothko se quedó fríe y no le gustaba, agarrándose a su espalda mientras ella empujaba.

Elle creyó que con Dionne era diferente. Si elle hubiera sido un chico, nada de esa mierda estaría pasando.

Rebuscó en la mochila el tabaco de liar, el mechero, su mano encontró un desodorante y lo sacó. Se aplicó una buena dosis en la boca, por la camiseta, atontade por el espray. Mezclaba las cosas. Eso era lo único que quería. Sentir algo diferente.

Levantó la cabeza con mucho esfuerzo y lio un cigarrillo, tomando tragos de la lata con sacudidas torpes. Se puso el cigarrillo sin encender en los labios y lo mordió con cuidado mientras sacudía el bote de desodorante. Puso el mechero encendido delante y apretó el pulverizador y contempló cómo estallaba como un soplete, fffffff, como una máquina rugiente. Sonrió.

Encendió el cigarrillo y le dio caladas tan rápidas que se mareó. Sacó el teléfono del bolsillo y llamó de nuevo. Le colgaron. Llamó de nuevo. Le colgaron. Se sentó con las rodillas separadas, las zapatillas hundidas en la basura, el abrigo cayendo a cada lado, la cabeza hacia atrás, la gorra subida. Se sentía más y más tense cada vez que le cortaban la llamada, era como si le estuvieran reteniendo físicamente. Necesitaba hacer algo. Romper algo.

A veces, de acuerdo, a veces, era verdad que elle no conseguía localizar a Dionne. Eso pasaba. A veces Dionne se las arreglaba para agenciarse coca del hombre del pub en el que trabajaba, y les vendía parte a los chavales de su curso para quedarse el resto gratis. Todos creían que ella era su amiga, solo Rothko sabía la verdad, que se la estaba jugando a todos para quedarse su parte. Era como ella se lo había contado a Rothko. Elle era la única persona que la conocía de verdad.

Y, a veces, cuando estaba en medio de todo eso, Rothko no conseguía localizarla. Unos días después, cuando ella volvía a ponerse en contacto, Rothko le preguntaba qué había pasado y ella decía: «Simplemente se alargó. Ya sabes cómo son. Pesados de la hostia. En fin. Tengo dos gramos para nosotres». Y para Rothko tenía sentido, pero le gustaría que el resto de la gente supiera que en realidad no le caían bien a Dionne. Que les estaba timando. Y que en realidad ella prefería a Rothko.

Ezra tirándole las zapatillas a la cara, y Dionne en el autobús después de la pelea diciendo «Deberías haber pasado» y Sarai por teléfono diciendo «¿Te has hecho daño?» y Meg debajo de todo eso, llorando en su abrigo, acuclillada en el callejón, y Sean en los prados con la guardia baja, diciendo «Robaste a mi familia» y Meg

agarrándola de los hombros con sus manos terroríficas, sumergiéndose bailando en los ojos de Rothko aunque los suyos han desaparecido, y la voz del teléfono diciendo: «No quiere hablar contigo».

Se levantó y pateó la bolsa de periódicos con tanta fuerza como fue capaz. Se abrió y los periódicos se desparramaron. Cogió unos puñados, rellenó el respaldo del sofá viejo, los metió a puñetazos en las fundas de los cojines, todos los muelles se salían de la espuma de relleno. Cogió el desodorante otra vez y roció los periódicos arrugados. Roció el interior de los cojines. Colocó el mechero delante del desodorante para que se prendiera y prendió los periódicos.

Algo bajo su control.

Siguió rociando el espray hasta que el bote se acabó. La mayoría de los periódicos se desintegraron en el fuego, pero la tela gruesa soltaba humo negro y olía a pelo y plástico quemados. Todo era amarillo y se derretía. La espuma de dentro cobró vida con el fuego. Se transformaba. El armazón del sofá empezó a humear. El viento soplaba en el callejón y las llamas se hacían más grandes. Alimentó el fuego con más cartón. Las llamas lamían los pallets apilados al lado de la valla. Los tiró al suelo para que prendieran más fácilmente.

El fuego estaba creciendo de verdad.

Las llamas superiores eran naranjas, pero debajo de esas llamas había otras llamas; más azules, más verdes, presionando desde abajo a las naranjas, convirtiendo el material de dentro del sofá en aceite. La espuma, los hilos, la tapicería prendieron. Todo prendió.

Se enorgulleció mientras todo ardía, esos colores feroces eran suyos. Líquido. Sólido. Gas. Todo a la vez. Lo mimó, lo enalteció con

lo que encontró para acrecentarlo: ramas, basura, trozos de madera contrachapada podrida. Una fuerza devoradora que se había creado a sí misma. De repente era inmenso, y cargaba hacia elle, se le echaba encima. Tomó conciencia de su magnitud demasiado tarde. De su calor, su humo. Se quedó parade delante, hechizade. Una criatura delante de un tren a toda velocidad.

ONCE

Se pegó a la valla del otro lado del callejón. Bebió más cerveza, hipnotizade.

Tenía demasiado calor. Las llamas le estaban mordiendo la piel de la frente y las manos. Dentro de poco sería demasiado. La ropa le pesaba. Inhaló el fuego, sintió la proximidad de su aliento contra elle. Cogió su mochila del suelo, metió la última lata dentro, y se la echó al hombro.

El sofá ardía. La basura de dentro había empezado a crepitar y refulgir. Apoyade en la valla de metal, se reía sin mover la boca, solo su aliento y sus dientes se reían. Estaba impresionade.

Nunca había estado tan cerca de un fuego tan grande; quería sentarse dentro. Hasta que la hoguera escupió dos clavos muy largos de uno de los pallets que había en el suelo. Y cuando los clavos salieron volando del fuego, chillaron. Los tablones de madera del cobertizo que daba al callejón estaban empezando a curvarse. Era demasiado.

Huyó del callejón. Se escabulló con la cabeza gacha por la parte de atrás de los edificios. Se paró en la calle para mirar el balcón de Dionne. Seguía sintiendo el fuego en la piel. Olía su aliento en la ropa.

Mierda.

Oyó las sirenas.

Había mucho ruido en la calle y la gente gritaba y eso no era bueno. Mejor que no le vieran ahí. Se largó. Corriendo tan rápido como podía. Intentando llegar corriendo a antes. La ciudad era tan desalentadora como el mar pero elle corría tan rápido que su sudor hervía.

¿Dónde coño iba a ir?

Quería correr atrás en el tiempo a cuando tenía cinco años y hacer que todo saliera de otra manera. Pero no podía hacer eso, y tenía que largarse de la calle porque no se trataba de un pequeño error. No era como faltar a clase o que le pillaran con un porro. Era grave. Alguien podría resultar herido. Y quizá ya le habían visto, pareciendo sospechose de la hostia corriendo así. Y después de lo del autobús, ¿qué pasaba si la chica había ido a la policía? Quizá ya estaban buscando a Rothko. Y si no le buscaba la policía, seguro que la chica y sus amigos le estarían buscando si era cierto que la había lesionado como su padre decía. No era seguro estar en la calle. ¿A qué coño estaba jugando?

Solo había un sitio al que podía ir. Con la única persona que no haría preguntas.

Giró bruscamente, recorrió los pasajes serpenteantes, dejó atrás la bolera, el cine. Corrió hasta que le costó continuar; sintió punzadas en las caderas al toser bolas de flema de sabor metálico.

Bajó por Turpin Road, descendió más allá de los terrenos baldíos y las fábricas abandonadas, pasó unas pesadas puertas de acero, que estaban abiertas, y redujo el paso para echar un vistazo. Vio a un hombre, empujando las puertas, cerrándolas con una cadena gruesa, le llamó la atención algo. Rothko anduvo más despacio. Sus ojos se encontraron. Él le hizo un gesto con la cabeza a Rothko.

«¿Estás bien?». Esa voz. Le resultaba familiar. Se parecía a la que oía a veces en su cabeza.

Cerró la puerta, pero Rothko todavía alcanzaba a verle las manos tirando de la cadena mientras cerraba. Algo en la seguridad y la tristeza de esas manos hizo a Rothko bajar la vista a las suyas, cubiertas de mugre y humo y ceniza, antes de meterlas en los bolsillos y decirse que debía seguir.

Más abajo, en dirección a las calles más bulliciosas, donde estaban los pubs y las tiendas de comida para llevar y los bares. Había grupos dispersos alrededor, iluminados por los letreros de neón.

Quizá ella estaría en un buen lugar.

Sentía que alguien le observaba pero ahí no había nadie. Habría jurado que había oído esa voz otra vez. Se quitó la idea de la cabeza. Se limpió la cara con la manga y llamó al timbre.

Y ahí estaba. Con su vestidito de swing y el rímel y las medias negras, diciendo: «¡Hola! Eres tú. Pasa, estás dejando entrar la corriente». Miró a ambos lados de la calle a la espalda de Rothko antes de cerrar la puerta y le siguió hasta el salón.

Había gente desperdigada. Sonaba música. Ella se apresuró a darle un abrazo áspero. Su cara se iluminó de orgullo. «Mi bebé. Esta es mi pequeña bebé». Le dio una vuelta por la habitación y recibió palmadas en el hombro de manos enormes. Y le besaron en la mejilla con risitas.

Dos mujeres bailaban juntas. Cogiéndose de las caderas la una a la otra. Una llevaba la cabeza rapada, pendientes de aro grandes, y

estaba descalza sobre la alfombra de pelo largo. La otra llevaba un jersey ancho de lana y nada debajo, su piel era como la luz del sol.

Dos hombres barrigones con barba estaban sentados juntos, y Errol, el amigo bajo y enjuto de Meg, estaba allí, duro como un collie, y la mujer pelirroja que se llamaba Carleen que Rothko recordaba del pub estaba allí, y una chica chupada, sin apenas carne, solo ojos tristes, pintalabios y unos vaqueros negros. Delgada y afiliada con una sonrisa apagada. A Rothko le gustó. Se quedó cerca de Meg, que estaba radiante, con Rothko allí dándole motivos.

Más tarde, sentados en círculo, todos hablaban de alguien que conocían que acababa de morir, y Errol estaba diciendo que había oído que los hombres de mediana edad tenían mayor riesgo de suicidio que cualquier otro grupo de edad, en especial los que no eran ricos, y uno de los hombres con barba dijo: «¡Caray! Ese eres tú, Gary, ¿o no?». Y todos se rieron.

«¿Alguna vez lo habéis pensado?», preguntó la chica triste y delgada.

«¿Él?». Meg rompió a reír con sus carcajadas rasposas. «No podría matarse aunque quisiera. ¡Le he visto intentando ponerse gotas en los ojos!». Y toda la habitación se rio largo y tendido del comentario, y Rothko se sintió orgullose de ser su hije porque era divertida y hacía a la gente reír así, echando la cabeza hacia atrás y con la boca muy abierta.

¿Y si alguien ha resultado herido en el incendio?

¿Cuánto tiempo llevaba en ese salón con esa gente?

¿Y si la poli estaba fuera buscándole?

No importaba cuánto tiempo llevaba allí. Ahora ese era su lugar. No con Ezra y sus sueños acomodados. Sino ahí, con Meg y esa

gente, que veían más allá de las tonterías.

Ezra cogiéndole de los hombros mientras su cabeza retrocedía y atravesaba el cristal de la puerta. Y la chica del autobús con su cara cansada, cerrando los ojos cuando Rothko le pateó al pecho.

¿Y si el fuego se ha extendido y ha llegado a los pisos? ¿Y si ha subido al de Dionne?

Ahí con esa gente. Libre.

Eso estaba mejor.

Las cortinas están echadas. Están escuchando «Fast Car» y todo el mundo habla y se mueve dando pasitos cortos y las cosas no están vinculadas a otras cosas y Meg se acuclilla al lado de la mesa y Rothko la observa, se fija en que su espalda está muy recta. Se aparta el pelo de la cara y tiene los hombros al aire y está hablando con el hombre que está a su lado y está fumando lo que dijo que ya no fumaba pero ahí está, Rothko lo está viendo, y ella inhala concentrada, todo su cuerpo está succionando, todavía está haciendo fuerza, esforzándose en la acción, y ahora ha terminado. Vuelve la vista hacia Rothko, pero la sensación de Rothko es que no le ve, porque sus ojos han desaparecido. Mira fijamente. Tiene la mirada fija en un punto lejano, no está mirando a Rothko, está mirando a algo detrás de elle. Rothko se da la vuelta para mirar, pero no hay nada.

Suena su teléfono. Es Dionne.

Dionne.

«¿Estás bien?». A Dionne le suena extraña su voz. No parece elle.

«Siento lo de antes», le dice. «Ha sido una locura de noche». Bosteza y Rothko escucha la forma de su garganta abriéndose, se abandona un instante a la inmensidad de su respiración. Es tarde. Es la hora fría de la noche. La hora de no retorno. El fugaz camino al amanecer. «Algún capullo tenía mi teléfono, no me acuerdo. No sabía que eras tú quien llamaba». Rothko no la oye bien, hay demasiado ruido en la habitación en la que elle está y de todas formas no quiere oírla. Ya no quiere sentarse a sus pies, esperando a que le dé permiso para lamerle la mugre de entre los dedos de los pies. O lo que sea. *A los chicos de por aquí les gusta romper cosas*. Ojalá fuera capaz de enfadarse con ella. Pero la voz de Dionne en su cabeza es demasiado alta. Quiere sentir más allá de ella. Sentirse por dentro. Pero no puede. «A todo esto, ¿dónde estás?», pregunta ella. Rothko se tapa el otro oído y se encoge sobre el teléfono.

«En ninguna parte», dice.

«¿Te has enterado de lo del incendio? Han venido los camiones de bomberos y todo». Rothko sonríe al recordarlo, cada vez más grande. «No sé qué lo ha iniciado. Pero, gracias a Dios, han conseguido apagarlo».

Rothko sonríe, le cruje la mandíbula. «Entonces todo bien».

«Había ambulancias».

«¿Ha resultado alguien herido?».

«No lo sé. Espero que no».

Rothko está muy lejos. De ella. De todo. Es una sensación agradable. Como si finalmente el poder que ella ejerce sobre elle se estuviera debilitando. E incluso si alguien ha resultado herido en el incendio, ya no le parece que sea su problema porque está lejos, en otra parte, con otras reglas. Apuesta fuerte. Piel curtida. Ojos

endurecidos. ¿Qué incendio? Esta habitación es lo único que existe. Dionne sigue hablando en el teléfono. «Todo el mundo está en la calle. Aún ahora. Es una locura… Pensar… Lo que podría… ¿sabes? La gente realmente podría… ¿sabes qué quiero decir? Podría haber muerto gente».

Rothko se encorva todavía más, besa con los labios el teléfono mientras le pregunta: «¿Te gusto?».

La oye fruncir el ceño. «Sabes que sí».

«Entonces ¿por qué lo ocultas?».

Ella parece desinflarse con el cambio repentino de tema. Pero su voz suena tierna cuando dice: «Es precisamente porque me gustas que no quiero que la gente lo sepa».

Rothko deja caer el teléfono en el regazo y corta la llamada con el pulgar dolorido. Ella vuelve a llamar. Elle mira fijamente su nombre, pero lo deja sonar.

A ver si le gusta.

Guarda el teléfono en el bolsillo y vuelve a unirse al grupo. Meg está agitando las manos y respirando rápido entre los dientes apretados, la satisfacción se dibuja en sus labios. Echa la cabeza atrás. Le pasa la pipa al hombre que está a su lado, Rothko lo observa. Da una calada profunda, apretando los ojos y arrugando la frente por el sabor. Toda su cara se contrae. Se contrae. Se contrae. Se abre. Exhala. Y le va a pasar la pipa a Rothko, pero se para y le pregunta a Meg: «¿Ella puede?».

Y Meg dice: «No, ella no puede, joder». Pero él se la ofrece a Rothko de todas maneras, está animado, y Rothko mira a Meg, pero Meg está inclinada hacia atrás con las manos apoyadas tras la espalda, todo su cuerpo es una antena, conduce la vibración, siente

las cosquillas en los labios. Y a Rothko le parece bonito ser así de libre. Ser tan oscure y estar tan muerte y estar tan libre de todo sentimiento. Estar tan pillade y enferme y mal y asustade. Se parece al amor.

Rothko coge la pipa de la mano del hombre, él no opone resistencia. «Es mi hija pequeña, puto…», dice Meg, pero no está mirando a Rothko, está mirando al techo, sonriéndole a la sensación que la atraviesa. Sonriéndole deprisa mientras dura, ahí está.

La chica delgada y triste se deja caer sobre los antebrazos y le dice en un hilo de voz rota: «¿Sabes cómo?».

Y Rothko la mira desde debajo del pelo y dice: «Que te jodan», y la chica dice: «Dámela y te lo enseñaré». Y Rothko se aparta de ella para encender el mechero y calentar la piedra como si fuera un trozo de hachís, no puede ser tan difícil, ¿no? Todo a su alrededor ya se ha ido a la mierda, así que por qué no sentirse bien. En medio de eso. Inspira, succiona el humo del pequeño filtro asqueroso hasta que le dan espasmos y los contornos de todo parecen trazados en negro y su pecho se expande y llena la habitación, pero elle no pesa y no siente y no piensa y no es real en absoluto, pero es más real. Más real. Más. Sí. Y el pecho es un puño martilleando una ventana y las caras son alegres y elle no tiene nada dentro excepto este momento, el pasado ha desaparecido y el futuro es imaginario y Meg ahora está sentada sobre los pies, de cuclillas en su vestidito de swing, con un alfiler en el puño y las arrugas en la cara como un papel estrujado como páginas que se convierten en una gran bocanada de aire que comparte y que le hace sentir tan bien como…

Rothko volvió en sí y el mundo entero era una carnicería. Monstruos en la oscuridad olisqueando latas de barniz. Nada de eso era real. Ni los grupos de

hombres que le miraban fijamente riéndose cuando pasaba ni las mujeres sentadas en muros que hablaban despacio y fumaban rápido. Ni los chavales con sudaderas anchas que se pegaban por placer. Ni los pequeños fantaseadores maníacos que rechinaban los dientes con los ojos brillantes como revistas vivas y aparecían al lado de los cajeros, intentando exprimir una dosis más de un paquete vacío. Cambios graduales consolidados en transformaciones monumentales, sangre nueva para viejos mitos. Nuevos rencores. Viejos talentos. Mantén la postura y pivota los puños. Cada hora es una torre de la que escapar. Arriesga, de cabeza por la tormenta y el granizo. Felicidad antes que todo lo demás. Viviendo como un pez en una bolsa en la feria, dando cabezazos al plástico, hasta que al final lo entiende. Una cosa es querer libertad. Ser libre es otra. Borrache en lo alto del acantilado, respirando la niebla. El tiempo horadando espirales y montañas hacia dentro. Rothko nunca había tenido tiempo hasta que perdió el sentido del tiempo. Todavía seguía esperando que las nubes se despejaran. Chupaba la pipa para liberarse. Corría en círculos alrededor de los policías lentos. El viento estaba en todas partes. Dándole bofetadas como un boxeador. Lluvia fustigante. Acosade por su soledad, la ciudad era malvada. Merodeaba por sus venas y callejones sucios. Guiando. Siguiendo. La cara vacía de su madre era el canto fúnebre del tráfico. Rothko se unía cantando con la mano en el corazón, el gran himno de «Yo lo haré de una manera diferente». Pero todo desaparecía «una piedra y una papelina». A veces tienes que fracasar miserablemente. El tiempo había colapsado. No había forma de volver al comienzo. Hasta que Rothko se sintió asquerose en su corazón. Heche de algo en lo que no valía la pena confiar, quizá de algo que había perdido, pero que no lo tenía y no podía tenerlo, y había cambiado el mundo que le rodeaba. Cuando Rothko miraba atrás e intentaba identificar el momento en que el mundo se había puesto patas arriba y el tiempo había huido, lo ubicaba en aquel día gris en que llamó a la puerta de Meg y decidió quedarse. Estaba haciendo todo lo que podía contra Causa y Efecto, cuando la Vida saltó desde la cuerda del ring, aterrizó sobre su pecho y empezó a gritar por encima de cada palabra y en cada respiración. Aun así, el estúpido corazón humano espera milagros que no llegarán. Milagros, como *llévame a mí si quieres. Pero, por favor, salva a mamá*. Se permitió sucumbir al refugio de drogadictas en diciembre. Estaba

bien reírse de las cosas y no recordar. Era un placer complejo. Que las chicas de miradas tormentosas le prestaran un poco de atención. Ellas nunca le decían adiós a su antigua vida, simplemente veían a través de su disfraz. Pero elle había ido demasiado lejos para retroceder. A veces era bueno olvidar. Así es como Rothko fue de rique a andrajose. Ansiose por una dosis. Las cosas se estaban volviendo cambiantes y la imagen seguía retrasándose detrás de la banda sonora. ¿Era Meg quien marcaba el ritmo o era elle le que estaba aprendiendo? A veces, en plena noche, oía su antigua vida cantando en las líneas telefónicas, sonando en el viento, pero nada tenía forma más allá del papel de aluminio y el mechero. Nada era más brillante que el vacío que había dentro. ¿Cuándo dejó de buscar Ezra en los bancos y en las tiendas de campaña con una foto de Rothko sonriendo con aparato? Cuando la volvió a encontrar, sentada con unos amigos, estaba totalmente ida al lado de los contenedores de la parte de atrás del Sainsbury's grande. Tenía la misma cara, pero no era la misma. Su nombre era un dolor en el estómago todo el día. Él rezaba para que cambiara o se mantuviera fuera de peligro. *Por favor, Dios, aleja a mi hija del peligro*. Pero la tercera vez que ella asaltó su casa y se llevó las Ray-Ban, la tele, la batidora, la maquinilla de afeitar eléctrica, él limpió el desastre y ni siquiera se quejó. Intentó darle cobijo cuando llegó la tormenta eléctrica, pero ya había sido suficiente, todo era una locura y él se dio cuenta de que nadie podía salvarla. Incluso Sarai dejó de aparecer. Había estado llamando a puertas durante meses. *Quiero ver a mi hermana*. Recorriendo penosamente casas okupas sucias donde los adolescentes furtivos vendían piedras de crack a gente que tenían cuarenta y tantos. Hasta que algo en ella se rompió. Porque su hermana le mentía cada segundo que hablaba. Sarai perdió a Rothko en el fuego y el humo. No tuvo más alternativa que dejar ir a Rothko. Sucedió lentamente. Elle agotó todas las opciones. Era solitarie, pero así es la vida. Sarai intentó no alejarse, pero el tiempo pasa y pronto el dolor está enterrado tan hondo, una vida entera puede pasar en el intervalo de dos encuentros. Empieza por una cosa, pero no tarda en ser así, la pelea es la razón por la que están peleando. Es lo que hay y Sarai no puede confiar en Rothko para nada que no sean pesadillas. Dionne en el mundo real se sentía abandonada. Sentía que Rothko la había traicionado al caer en ese círculo vicioso. Es duro cuando le ve por la ciudad, porque ella solía ser todo

para elle, pero ahora ya no le hace caso. Está enfadada hasta el punto de que se vuelve temeraria cuando va de rave, luego se arrepiente y culpa a Rothko por no ser lo bastante fuerte para dejar de comportarse como si no tuviera nada que valiera la pena salvar. Se estresa cuando se encuentran por la calle. Dee cruza de acera y chasquea la lengua cuando le ve. Ahora solo queda tristeza entre elles. Porque ¿cómo puedes ayudar a la persona que quieres si esa persona no se está ayudando a sí misma y tú ya tienes lo tuyo? Despidieron a Agnes y Dee tuvo que cambiar. La vida real empezó y Dee tuvo que enfrentarse a ella; no eran de la misma calaña, no estaban cortades por el mismo patrón ni con la misma tijera. Porque el dolor es dolor pero el dolor de algunas personas es una historia que se inventan. Y el dolor de algunas personas es una capa de piel que no pueden quitarse. A ojos de Dionne, a Rothko le protegía el dinero; la red de seguridad de tener a alguien ahí cada vez que tropezaba. Por mucho que se derrumbara, Rothko no había tenido problemas de verdad. ¿Cómo era posible que cayera en lo más bajo y no aprovechara lo afortunade que era y lo mucho que le querían? Era horrible. La cabezonería de todo ello. Había tantas personas dispuestas a ayudar si elle se dejaba. No era suficiente. No había manera de convencerle. Era como si prefiriera ser une desgraciade. Estaba atascade. Dando vueltas en el mismo sitio. Al final, a Dionne no le quedó otra opción más que alejarse. Cuando el verano llegó, Rothko se sentía indolente; los perroflautas trasladaban los equipos de sonido de un lado a otro, hacían fiestas en la reserva natural de North Kent. Se movía en autostop. Nunca se había sentido más libre. Dormía en una lona debajo del muelle. Pero el verano nunca dura. Y la droga tampoco. En las horas bajas, con las manos pesadas, asfixiada y amargada, Meg iba a trabajar, chupaba el enchufe por un segundo de energía, hasta que los clientes quedaban neutralizados. Se desmontaba por una papelina del temido polvo. Cada encuentro casual, cada criatura rancia y ávida que surcaba y repiqueteaba en su cuerpo. Cada «perdón», cada «por favor». Llenándolos con suavidad. Ella se escupía en la mano y se ponía de rodillas. No puedes elegir tu enfermedad. Dionne era un recuerdo, Rothko no ahondaba en ello. No pensaba nunca en el pasado. No lo necesitaba. *Somos tú y yo*. El hábito fue a más. Cada día se despertaba para alimentarlo. Cada noche trabajaba para complacerlo. Para que estuviera tranquilo. Para sentir su

respiración estabilizándose en sus brazos cuando se mecía para dormir. Elle quería cosas que no podía describir; quería descansar. Quería cambiar. Quería menos que todo eso; quería salir de debajo de la vergüenza. Se acercaba a la aniquilación una y otra vez, pero algo le traía siempre de vuelta antes de que su alma empezara a ascender. Los ojos abiertos de par en par en la penumbra, la habitación era un pasillo, la gente estrechaba lazos a la sombra del matadero. Algunas personas no entienden para qué es el amor, viven la vida demasiado asustadas para descubrir más. En cuanto se conocieron, se sintieron a salvo. Su nombre era Penelope, Pen era una especie de celebridad local. Su padrastro era uno de los ricos de la ciudad, había comprado la mitad de la ciudad, solo para tirar todo abajo y vender los terrenos para construir. Pen y Rothko estaban en eso juntes, tratando de encontrar el camino de regreso a la eternidad. Ella le contó todo, la triste historia completa, cómo podría haber tenido todo, pero había acabado siendo una fracasada. Ella lo achacaba al día en que le contó a su madre que no estaba bien que su padrastro la tocara de formas que no le gustaban. Él siguió yendo a su habitación por las noches. Contarlo no le puso fin. La madre no se lo creía. Así que Pen se fue de casa, se sentía más segura en la calle. Con apenas quince años, estaba más allá de cualquier ayuda, intentaba controlar un agujero negro sola. Años y años. La madre estaba al límite de sus fuerzas, la recogía cada vez que caía, la ingresaba en centro tras centro, en programas de tratamiento que costaban doce mil libras cada uno. La desintoxicaban durante un tiempo, pero nunca lograban que lo dejara. Ahora ya tenía veintidós años. A pocos segundos de que se le acabara el tiempo. Tenía las venas jodidas. Los intestinos obstruidos. No quería morir, pero no quería vivir del dinero de su padrastro; como otra propiedad más, algo en lo que él metía dinero, hasta que respondía de forma adecuada. Había oído hablar de un centro de rehabilitación en Tailandia, un monasterio. «No puedo más, Rothko, esto tiene que acabar». La estancia era gratuita, solo tenía que pagar el viaje. El programa era duro y sin lujos. Tenías que quererlo de verdad, no había metadona ni pastillas. Solo esfuerzo y oración. Así que estaba terminando aquí y comenzando allí. Había reunido la mitad de la tarifa del billete. Lo estaba consiguiendo. Poco después Pen se marchó de la ciudad, Rothko nunca supo si lo había logrado o no, pero a veces, cuando una noche se ponía

difícil, seguía escuchando su risa, y el sueño que ella tenía era uno que elle nunca había olvidado. Y ¿por qué no? Si ella podía hacerlo, tal vez elle podía hacer lo mismo. Si conseguía subir a Meg a un avión. Lo veía con tanta claridad: una casita al lado del mar, un par de gallinas ponedoras en el jardín, podría arreglarle los dientes a Meg, ella podría descansar un poco. Vida nueva. Sin estrés. Buen tiempo. Si se comprometían, podrían hacerlo, juntes. Y cada vez que tenía ese pensamiento le atormentaba la idea del padrastro de Pen con su fortuna en una caja fuerte. Con millones para malgastar y su poder implacable, elle podría conseguir miles de libras en media hora. La imagen se volvía más clara con cada parpadeo. El Rolex de platino al lado del lavabo. Un reloj en el bolsillo y los cielos se abrirían. Podría poner fin a la suciedad y a la peste. Le dijo a Meg que estaba haciendo planes. No eran seguros del todo, pero valía la pena intentarlo. Ella o bien no estaba escuchando o no se lo creyó. «Mi dulce bebé», le abrazó suspirando. Ojos que nunca dejaban de llorar. Manos que nunca dejaban de sostener, pero nunca encontraban nada. Rothko no era en absoluto une ladrone profesional, se había apuntado una o dos veces a un trabajo de una noche suelta, pero no tenía la inteligencia, ni la fe en sí misme, que se habían de tener en grandes cantidades, para robar de verdad una casa como era debido. Pero ahí estaba. La casa en la colina. El enorme camino de entrada. La fuente con el querubín y los leones en las columnas. Estaba segure de que era esa casa. Dos de la mañana. Viernes. Ahora ni un ruido, Rothko, silenciose como un fantasma. Forzó la cerradura con un peine. Buscando mejor suerte en la casa bien surtida de otra persona. Era una mansión. Candelabros de cristal. Cortinas de terciopelo para ocultarse de la gente pequeña llena de amargura y miedos. Entonces Rothko oyó una voz en la escalera y se bloqueó. Lo que siguieron fueron golpes fuertes descargados con agresividad contundente. Rothko explotó, Rothko se fundió y se corroyó. Lo estaba haciendo por Meg, por Dionne, por Penelope. Por todas las cosas que nunca había sido y por las cosas que nunca conseguiría ser. Rabia. Hasta el tuétano y panorámica; cuando le sobrevenía así, no veía nada más. Le barría y le absorbía, le arrastraba los huesos y le rasgaba la piel, era mejor rendirse que intentar nadar para salvarse. Y cuando se pasó, se vio de pie ante él, a quien le sangraban los oídos. La cara destrozada, asquerosa. El pelo blanco

volviéndose rojo, el cuerpo desmadejado sobre la alfombra. Elle todavía esperaba que el cuerpo se levantara. En cualquier momento, seguro que estaba a punto de volver a la vida cuando la jueza dictaminó homicidio involuntario y le condenó a veinticinco años. El tiempo dentro era diferente. Pasaba, apenas pasaba. Iba a la deriva, se colaba por grietas minúsculas y aumentaba la presión del aire, se movía a través de elle, le aplastaba, bloqueaba sus pensamientos y paralizaba su función, llegaba en desgarros intermitentes y dejaba una luz deslumbrante tras de sí. Mirando a través de las manos entrelazadas, con la cabeza en su regazo, el tiempo era una gota detenida en el grifo, su mente era una tubería atascada, que chillaba para que la liberara mientras que las manos le cubrían de mugre a través de las sábanas. Alargándose desde el pasado, asfixiante y cubierto de cicatrices, unos dedos nadaban y tiraban de elle desde las sombras, limpiándole. La sangre se coagulaba, le partía los labios, pero estaba demasiado maltreche para beber siquiera a sorbos, contemplaba cómo se alejaba su cabeza rodando. Guillotina. Cada folículo y articulación inflamados, asfixiándole, el cerebro le latía en las sienes, inquiete y deprimide al mismo tiempo. *Estás bien*. Pero había estado tanto tiempo en la oscuridad que ni siquiera sabía que echaba de menos la luz. El cuerpo como un coche estrellado. Los pulmones llenos de cristales rotos. Agitando los posos del culo de la botella. Calambres en el estómago. Espasmos en las piernas. Vómitos interminables. Apenas sujete por dos pinzas oxidadas. Un nuevo comienzo. Buen intento. Ni de coña. Mordisqueando las esquinas con los ratones. Concéntrate en tus manos. Rotas como los planes. Ahogándose con la lengua. Sudando hasta empapar la ropa, los ojos hinchados como las glándulas. En esa celda pequeña y estrecha, ata una cuerda alrededor de los estertores, sigue tirando hasta que el reloj de arena se rompe y la arena se esparce por todas partes, vuelve a la tierra. El tiempo pasa. No pasa. Deja de preguntar cuánto ha pasado. El tiempo no era real. El mundo era un borrón. Ya no tenía sentido pensar. Simplemente camina en línea recta y habla cuando te pregunten. Sé normal. Ríete cuando toca. Entiérrate para que nadie pueda encontrarte. Muy pronto, todos dejarán de buscar. Despierte en posición fetal. Demasiado aburride para leer. Demasiado asustade para jugar al billar. Nuggets los miércoles. En blanco en la cola de la comida. El hambre era algo. Pero Dionne con su vestido de

verano, al sol. Joder, era demasiado cruel. Es curioso cuánto tiempo puedes mirar fijamente una pared mientras haces la cola del teléfono aunque no hay nadie a quien llamar. La violencia explotaba como fenómenos meteorológicos. Intentó parecerse más al resto. Porque después de un tiempo nadie quiere ser amigue de le chavale si siempre está deprimide. Fue la soledad. Cansade de no conocer a nadie y de saber que nadie podía conocerle. Las chicas dulces eran unas amargadas. Era mejor mantenerse alejade. A las pesos pesados de la galería, con sus batallas que ganar, les encantaba exagerar hasta la mayor nimiedad. Encurtiéndose en su vinagre. Como pepinillos en un bote. Nada funcionaba como fuera. Había mucho que aprender y no había tiempo para errores. ¿Las veías intercambiando paquetes de forma organizada? Labios sellados. De momento estaba limpie. Pero ¿cuánto tiempo duraría hasta que se despertara? Palpitaciones cardiacas. Temblores. *No quiero volver ahí. Dios, mantenme a salvo*. Mejor matar el pasado. Matarlo todo. Aniquilarlo. Mostrarte como eres. Entonces alguien podría quererte lo suficiente como para cuidar de ti. Elle solo quería una amiga como todas las demás. Así que intentó dar más de lo que le correspondía. El anhelo de pertenecer. Fortalecerlo hasta conseguirlo. U olvidarlo. Forjade de nuevo al calor de ese anhelo. Moldeade a golpes. Desterrando al Dios que había en elle. Cuando el mundo se hace el muerto, tú háztelo más. Hazte pequeñe. Porque al final de cada cuerda está el último hilo que impide la caída. Pero si Rothko no podía sentir, entonces no lo había perdido todo. Insensibilizade como cualquiera que vive para satisfacer a los demás. Le antigüe elle fue asfixiade y aniquilade. Pero lo que quedaba oculto de elle seguía desbordándose. Podías oírle dando puñetazos a las puertas. Después de dejar que le destrozaran chicas que no le gustaban en su celda por la noche. Porque ¿por qué no? El tiempo era una masa sin contornos, signos de libra esterlina parpadeando en las máquinas tragaperras de tirar el tiempo, sangre de sus piernas amputadas desparramada, haciendo brillar el suelo. Gente cantando en la celda de al lado. Preparada para el nuevo cargamento. Ahogándose en él. Una multitud surfeando una habitación llena de demonios. El agujero en su espíritu cada vez era más difícil de llenar. Quería que Dios matara la parte de elle donde habitaba la oscuridad. Estaba muriendo para vivir. Pero una vez tras otra, algo le traía siempre de vuelta antes de que el

alma empezara a ascender. Muerde la almohada, grita desesperadamente, luego recupera la compostura, levanta la cabeza y cierra la boca. La gente se desmorona delante de la gente. Tú puedes desmoronarte sole, pero ¿acaso te hace bien? ¿Iba a superarlo o iba a permitir que le venciera? *Estás bien*. Rothko tuvo una conversación seria consigo misme y siguió intentándolo. ¿Eso era otro año que había pasado o un suspiro? Despachado. Un coche fúnebre en una carretera nacional. Lleno de golpes por detrás, llegará lejos. Cada recién llegada era un volcán durmiente. Las historias de siempre contadas por caras nuevas. Ahora elle entendía las reglas. Ya había tenido una pequeña muestra. Hizo las pruebas que le asignaron los pervertidos de los guardias cuyas mentes no descansaban. ¿Quién está haciendo daño a quién? ¿A quién merece la pena evitar? ¿A quién hay que amar y a quién hay que mimar? A pesar de lo cruel que se volvió el tiempo, elle se opuso a desaparecer e hizo cuanto pudo por mantener la cabeza gacha y que todo fuera bien. Tenía un motivo para seguir adelante. Tenía algo en que convertirse. Por le Rothko que había sido cuando todo era joven. Había aprendido el poder de la rutina. La fortaleza, las instrucciones claras. Aprendió los libros, las apariencias y los métodos retorcidos con los que funcionaba la gente. Cómo sobrevivir sin vivir del todo, cuando vivir cada minuto era infinito; pero cada final al que llegaba seguía siendo solo el principio. La vida le había abandonado, y alguien tenía que pagar por ello de verdad. ¿Dónde estaba Meg en todo esto? Ahí fuera en la inmundicia, dando sermones desquiciados a quien quisiera escucharla, sobre su hija pequeña, la cual le había sido arrebatada por la justicia, hasta que tenía lo suficiente para pillar y hacer que todo desapareciera. Devolvía las cartas de Meg. Pero su madre seguía en el espejo. Cuanto más pequeña la hacía, más imponente se alzaba ella. Sonando para siempre entre las ruinas y el humo, como la última nota de la melodía. Dentro, el tiempo era como agua a través de un colador. Estaba segure de que tenía más que dar. Pero no tenía ninguna prueba para demostrarse a sí misme que podía superar su insignificancia y vivir. Había pasado quince años observando el tiempo y era el momento de volver al tiempo. Había cumplido su tiempo. El tiempo estaba volviendo. Tiempo de hacer el esfuerzo, de averiguar si elle era una persona. *¿Cuánto tiempo estuviste ahí fuera esperándome? ¿Mirabas cuando no había nada que ver? ¿Eras tú? ¿Me tocaste la cara cuando mi cara era una sombra y*

me dijiste que esperabas que aprendiera a cómo ser? ¿Eras tú a quién oía? Cuando me acercaba demasiado al borde del precipicio, ¿eras tú lo que sentía? ¿La palabra amable cuando me trataban mal y yo estaba apostando todo a dejar de apostar por mí? ¿Eras tú? Quince años desencadenados una mañana de lunes, el cielo caía como una atracción de feria. Terrorífico. El tiempo era un pirado que corría tras elle. No podía bloquearlo. Le había encontrado. Final. El tiempo era un pájaro en la trayectoria de vuelo. El tiempo se había acabado. El tiempo era el primer baile. La última etapa. Sólido como una rama muerta, durmiendo hasta el rebrotar de la primavera. Que las tuberías estallen. Que todo se despegue. Atravesade por la vida, esforzándose en recordar, este era el comienzo, no el final. *Tiempo*. El tiempo estaba bien si tomabas un solo vaso. El tiempo era un prostituta de lujo de risa seca, que lo leía en las hojas del té, cobrado, agotado. Lo apostó todo al rojo y se compró un club nocturno. El tiempo era un callejón sin salida. El tiempo era una oportunidad remota. El tiempo era una butch en un *line dance*, olé tú, bro. El tiempo era un predador remontando el vuelo. Clavando sus garras. El tiempo era un acaparador. El tiempo era una sombra en el agua. El tiempo era una advertencia. El tiempo era un turista, por supuesto. Un Tauro que llevó el toreo a la sala de baile. Un dolor de pelotas. Un triste espectáculo. Pausa para el aplauso. Nada importante. El tiempo es una bomba sin explotar. Una silla vacía en el porche en otoño. Las ventanas tapiadas. Todo lo que apesta a aburrimiento. El tiempo está al teléfono, dice que ya es hora de irse. Edgecliff llama. Pero ¿le estaban liberando o estaba cayendo? La verdad estaba en hacer. Era o resolución o ruina. Respira hondo. No hay otro camino que a través. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tomó el único camino que conocía. *¿Eras tú a quien oía? Cuando merodeaba demasiado cerca del precipicio, ¿era a ti a quien percibía? ¿La mano suave cuando me trataban mal y yo estaba apostando todo a dejar de apostar por mí? ¿Cuánto tiempo estuviste ahí fuera buscándome?* Fue entonces cuando el tiempo parió a Rothko, le expulsó al presente. Veinte años en caída libre en el vacío de la dilación. Y ahí estaba. El comienzo había comenzado. Le misme Rothko que era cuando todo era joven. Quería convertirse en alguien. Corría tan rápido como podía, pero nunca lograba escapar. Estaba volviendo a la vida. Era libre y lo sería más. En la esquina de su sonrisa, había un peso; le niñe que había

sido, la negación y el dolor. No es tan sencillo como transición y luego alivio. O cautiverio/liberación. Pero Rothko al fin estaba vive. O al menos estaba vive. La primera mañana bajo la lluvia intensa que caía del tejado como si estuviera tratando de explicarle que el origen y la solución eran lo mismo, lo vio con claridad, sucio y sencillo como era: la gloria de lo mundano. No quería lujos ni nada tan inútil como el entretenimiento. Solo quería vivir al día. Eso le sostenía. La vergüenza que le hacía retorcerse era un soniquete amargo. Pero quizá había vida más allá de los bordes del marco. Porque el dolor es dolor pero el dolor de otras personas era de donde venía elle, y el dolor de otras personas era un lugar que conquistaba en la oscuridad, que le incitaba a despertarse y desarticularlo todo, solía pensar que un día empezaría, pero ahora pienso que hoy podría ser el primer día. ¿Y si lo más importante de cambiar no es el cambio, sino afrontar cosas que nunca se habrían afrontado sin romperse antes? Si está vivo, no se quedará igual y sus cimientos seguirán siendo la voluntad de continuar. La voluntad de estar agradecide por lo que sea que venga y hacer las paces con lo que fuera que llegó. Lo veía en las pequeñas cosas, un gracias de Dios cuando el pájaro de la rama más baja no levantaba vuelo, sino que se quedaba cantando, o de paseo en la playa, levantando las palmas de las manos para que el viento pasara entre sus dedos, cuando las luces de los trenes se proyectaban en la pared del acantilado y se transformaban en imágenes que se fundían a lo lejos. Alborozo. Pero lo que elle no sabía mientras observaba los trenes en la estación, conectados a las redes de creación, es que se hallaba en los brazos de cada futuro, cada pasado, cada primero y cada último, que cada momento, cada presente debe contener. Todo venía a elle, a cámara lenta. Ese momento. El tiempo le tenía entre sus dientes, y le arrastraba por el cuello hasta que le soltó el día de hoy y dijo: «Expiación».

HOY

UNO

A la inhóspita hora de medianoche en una ciudad de posibilidades limitadas, Rothko y Fletcher se dirigieron al sótano de la tienda de alfombras con tablones en las ventanas y las paredes pintadas de negro conocido como el Basement. O el Debasement, como le gustaba llamarlo a Fletcher. En la parte de la ciudad que no significaba nada para nadie todavía. Era octubre y la noche era húmeda. Venía un aliento pesado de las olas.

«Pero… ¿cómo te decidiste por Fletcher?», Rothko le hizo la pregunta a su amigo sin mirarle. Mantuvo los ojos en los escaparates a oscuras de los edificios que pasaban. Un salón de manicura. Un sitio de pollo frito. Una funeraria.

«Es el apellido de mi madre. De antes de casarse», explicó Fletcher. «Me sentía unido a él». Rothko asintió. Parecía tan fácil cuando lo expresaba así. «Quería un nombre de tío duro como era debido. Como Axel o algo por el estilo. Blade».

«Tú podrías llevar un nombre así. Podrías ser Blade».

«Imagínatelo. Encantado de conocerte, me llamo Blade. He venido a dar clase de piano a tu hijo». Se rieron mientras caminaban. Chocándose el uno con le otre. «Pero luego ella murió y me di cuenta de que la quería conmigo».

«Eso es muy bonito».

«Me pareció como si fuera su último regalo. Para mantenerme fuerte».

Caminaron un rato escuchando sus pisadas repicando en la calle silenciosa. «¿Y qué tal fue la operación?».

«¿Estás pensando en ello?».

Rothko buscó en los recovecos de su alma. Encontró la verdad allí, como una bola de papel estrujada, y la sacó a la luz. «Algún día».

Fletcher redujo el paso. «No es para los indecisos, colega. Es un suplicio importante para el cuerpo. Tal vez has visto fotos de antes y después de algunos tíos trans pasándolo en grande, de vuelta en el gimnasio dos meses después. Pero seré sincero contigo: tendrás que dormir sentade durante tres semanas, te dolerá. No podrás levantar los brazos por encima de la cabeza. Tu cuerpo necesitará más de un año para recuperarse, ¿sabes? Te meten un escalpelo en la piel y te abren y extraen un montón de tejidos y te cierran de nuevo. No me malinterpretes, mi vida es más posible desde que me operé. No me arrepiento de nada. Me salvó. Pero solo quiero que sepas que duele. Y que puedes salir de la operación y mirarte el pecho y pensar, «joder». Puede que eches de menos lo que había antes. Puede que te sientas expueste al caminar por la calle, como si tuvieras un agujero enorme en el pecho donde antes había algo. O quizá te descubres caminando por la calle con los hombros hacia atrás por primera vez en tu puta vida. O quizá algo va mal y tienes una pequeña protuberancia en el pecho, o algo no cicatriza bien, en realidad no es que te hagas la intervención y de repente todo se arregle y dejes de sentirte igual que te sientes ahora, ¿sabes? Es un comienzo. Pero no es la meta final. ¿Qué meta final? Evidentemente,

esta mierda es para toda la vida. Y cambia todo el tiempo. O quizá tu cuerpo rechaza el injerto del pezón».

Rothko le dio un empujón en el hombro. «¿En serio?».

«Sí, colega. Esto es lo que no te cuentan hasta que estás en la sala de operaciones con el cirujano. Te quitan el pezón, recortan la areola para hacerlo más pequeño, y luego ¡te lo vuelven a coser! Y escucha esto, te dicen que no fumes. Porque si fumas hay más probabilidades de que el cuerpo lo rechace».

Rothko dejó de andar y se quedó plantade, con los ojos y la boca abiertos de par en par y las manos en los pezones.

«Te digo una cosa, es una buena manera de dejarlo».

«Y que lo digas».

«Una ganancia directa. Si me fumo este cigarrillo de liar, se me caen los pezones». Se echaron a reír.

Rothko notó que le invadía una sensación de posibilidad y Fletcher lo vio en la cara de su amigue y se emocionó por elle, le dio un abrazo fuerte, apretado. Se abrazaron el uno a le otre. Rothko echó atrás la cabeza.

«Espera. ¿Los tuyos…?».

«¿Qué? ¿Si aguantaron? Sí, ¡aguantaron, joder!». Fletcher, con el brazo alrededor de Rothko, le guio. Y atravesaron el aparcamiento. Bajaron un tramo de escaleras de hormigón, cruzaron una puerta sin nombre y luego otra puerta. Hasta que al fin llegaron.

Les saludó con un gesto una corpulenta portera butch y Rothko deseó sentarse a sus pies. Era monumental. Los brazos del tamaño de las piernas de Rothko. Cabeza afeitada, talante sereno. Atractiva, relajada, vaqueros de piedra lavada, chaqueta bomber, dos lunares marrones en la mejilla. Notaba que su cuerpo se sentía atraído hacia

ella. Le recordaba a Kingy, de la cárcel de Peterborough. Se hicieron una reverencia con la cabeza, y Rothko la recibió como una consagración.

No había sitios así en Edgecliff quince años atrás. O si los había, nadie se lo había contado a Rothko. Antes de irse, nunca iba a clubs. Hacía cola para morir en los fumaderos de crack. O se moría de asco en los bares de viejos.

Pero aquí estaba.

Fue como llegar a casa.

Sonrisas, o la ausencia de sonrisas.

Simplemente podías.

Avanzó a través de la gente que bailaba hasta la barra, sin aliento de pura alegría. Rothko no sabía si estaba bien que mirara o no. No había tanta gente en la sala. Sonaba música de graves profundos, duros, en los altavoces apilados en dos esquinas. Un sistema de sonido imponente. Con sustancia. Reverberante. No había escuchado música así en mucho mucho tiempo, y dejó que le sumergiera. Las parejas se movían en círculos. Frotándose. Un láser verde y otro rojo destellaban en la negritud. Aparte de eso estaban a oscuras.

En esa sala y a lo largo del pasillo que daba a otra. Allí era donde estaba la barra. Esa sala estaba más iluminada. Unos focos de luz dorada alumbraban a los camareros. Había taburetes delante. Había bancos bajos a lo largo de las paredes de ambos lados. Debajo de los bancos había luces indirectas de color morado. Altavoces pequeños colgados en lo alto de las esquinas y dirigidos hacia el centro de la sala. Ahí la música era más tranquila. Rothko asentía con la cabeza. Se sentía como si fuera el padre raro de alguien.

Observó a una pareja, une de elles estaba sentade en el banco, con la camisa abierta, las gruesas cicatrices a la vista, la cabeza apoyada en la pared. La amante de esa persona estaba de pie enfrente, bailando, sus preciosas manos sujetaban la pared a ambos lados de la cabeza de elle, llevaba un sujetador negro de encaje y movía el cuerpo lentamente atrás y adelante, empujando más y más y apartándose. La persona del banco levantó la vista, sin tocar, sin moverse, solo observando a su amante. La expresión de su cara era pura sensación. Era hermoso. El mundo era suave.

La cárcel había sido un sitio duro lleno de gente dura que había visto cosas duras. El vínculo que sentía dentro siempre estaba cargado de tristeza y condiciones. La gente entraba, salía, se iba. Se ahorcaba con sábanas atadas con nudos. Se cortaba en pedazos. Echaba en la comida chinchetas, cuchillas de afeitar o tampones usados. Peleaba y violaba y se hería. Se reían de las cosas pequeñas. Buscaban el mundo que habían perdido en el gimnasio. La gente era poderosa y aterradora. O desaparecía bajo el ruido de otras personas. En la cárcel elle se sintió más cerca de la parte que de sí misme que era dura. Pero esa sala era diferente. No había violencia en esa sala.

De hecho, era lo contrario.

Gente hermosa. De todos los tipos. Pintalabios, pestañas larguísimas. Outfits impresionantes, todo reluciente. Glamuroso. Lascivo. Tops diminutos o arneses de cuero, las tetas al aire y las piernas a la vista y los culos fuera sobre tacones. Hombros anchos, vaqueros ajustados. Cuerpos robustos. Fuertes y deliciosos. Soft butches duras como piedras, con pinta de duras, guapas vestidas

como ídolas de adolescencia. Placer tímido y deseo oscuro. Drogas en sus caras. Libertad en el aire viciado. Calor.

Rothko nunca había conocido nada igual.

Mi comunidad.

Fletcher pidió bebidas. Rothko se apostó con los codos en la barra. Fletcher abrió un paquete y vapeó un buen pellizco de dab. Hizo una mueca, tragó. Rothko declinó la invitación. «Estoy bien, colega, gracias».

«Te gusta este sitio, ¿verdad?», gritó en su dirección. Rothko asintió. Con la mano en el corazón. Fletcher se rio. «Te entiendo, hermano».

Los ojos de Rothko siguieron a la butch que estaba detrás de la barra mientras ella controlaba el espacio. Se reía con los clientes, llevaba una camiseta negra con una inscripción en mayúsculas en el pecho que decía: «Tu hija me llama papi» y tenía brazos grandes y musculosos y hombros como palos de portería y cuando vio a Rothko observándola, le guiñó el ojo. Y Rothko se sonrojó.

Rothko se movía, de un lado a otro. *Música*. Hacía tanto tiempo. No habría sabido cómo bajar las defensas si hubiera querido hacerlo, pero eso era lo que estaba sucediendo. Fue revelador. Levantó los pies un poco más, marcando los sonidos de la caja.

Las canciones se convirtieron en otras canciones. Rothko estaba envuelte en el sonido. Ni siquiera tuvo que recordarse que debía sentir todo. Sabía que era real.

Un chico esbelto de cara amable le besó en la mejilla al pasar. Sus ojos eran sinceros. Rothko sintió una tranquilidad que no había conocido nunca. Era como si todes les pequeñes Rothko que había sido tuvieran sentido y fueran bienvenides a vivir en su cuerpo.

Miraba de una cara a otra cara y a otra. Con una sonrisa asombrada. Recargándose por la proximidad de otras personas y la vibración de los altavoces. Y entonces entró una persona que difuminó todo el espacio y lo convirtió en trasfondo.

Su cara.

Hirió a Rothko desde muy lejos. Le hizo algo doloroso y lo deseó. Fue inmediato. Rasgos marcados y esos labios como tormentas nocturnas, como las tormentas repentinas de un verano tórrido en mitad de una noche terrorífica, sus pómulos cortaban el baile. La oscuridad en sus ojos y el brillo, enormes ojos serenos y relucientes. Estaba en la otra punta de la sala, jugando con una pajita, hablando con tres personas que podrían ser modelos: angulosas y bien vestidas y arregladas como si estuvieran en un espectáculo. La gente le besaba las manos y se iba, y ella se quedaba apoyada en la pared, bailando para sí misma. Rothko no sabía cuánto duró el momento pero estaba intensamente atente de cada detalle del cuerpo de ella y no había nada más. Apartó la mirada, pero no la apartó de veras porque no había a donde apartarla. No había sala ni barra ni club en el sótano. Notaba el pecho como si hubiera estado esprintando durante kilómetros. Los beats se convirtieron en beats; era la única medida del tiempo.

Y entonces ella le miró y sonrió.

Rothko la vio desplegándose y desapareciendo en un lado de su cara, pero no estaba segure. La observó con una sonrisa que le pertenecía a ella, y que duró un rato largo, la sonrisa entre elles jugaba. Miraba. Apartaba la vista. Cada une bailaba un poco, sole. Ella le miraba fijamente. Y apartaba la vista. Nada más tenía definición, la única silueta era la suya. Y ahora, ella se estaba

moviendo. Estaba yendo hacia elle. *¿Está viniendo?* Sí. No. Estaba pasando al lado de elle. Quizá hacia los baños. ¿La barra? No. Se estaba parando. Ella se estaba parando delante de elle. Ahí estaba. Sin más.

Parecía tan alta como la sala. Más alta. Caderas como el tictac de un poderoso reloj de latón. Labios brillantes de gloss. Su voz ronca de humo y ron y perfume, cuando se acercó y dijo «Hola, belleza». La mano en el pecho de Rothko. «¿Quieres bailar conmigo?».

Y luego se estaban moviendo juntes, ella tiraba de elle para acercarle, con los dedos en las trabillas del cinturón de sus vaqueros.

«Te notaba mirando, ¿sabes?», dijo ella.

«No estaba mirando. Nunca he mirado».

«Debía de ser otra persona». Fingió barrer la sala en busca de la persona. «Quizá debería irme a buscarla».

Rothko admitió su derrota alegremente. «Vale, sí. Quizá estaba mirando un poco».

«Bien». Ella sonrió. «Espero que fuera así». Rothko observó la mano de ella sujetando el vaso mientras se movían. Su mano era callosa, la piel estaba escamada y seca. Los dedos planos, largos, rudos, el esmalte saltado, las uñas mordidas. Parecía discordante con la gracilidad de su cuerpo bailando. A Rothko le dolió por ella. Ese detalle. Esas manos desoladas.

«¿Qué estás haciendo aquí?», preguntó Rothko.

«Este es mi sitio. ¿Qué estás haciendo tú aquí?».

Se separaron y sus caras se iluminaron.

«No me puedo creer que seas tú». Rothko sentía el poder de ella ascendiendo desde sus mejillas cuando le habló al oído. «Te he

echado de menos», dijo ella, los dientes le brillaban en la luz morada, el pendiente sobre el labio brillaba. Los ojos le brillaban. La piel le brillaba.

«Dionne». Rothko la estudió. Intentó leer los últimos veinte años en las arrugas de su cara.

«Rothko». Ella apoyó la cabeza en su hombro, y le abrazó, más y más fuerte.

No podía parar de mirarla. El olor fuerte y picante de su aliento. Los dientes torcidos y los granos en la piel. La elaborada caligrafía de los tatuajes alrededor del cuello, con nombres que Rothko no podía leer. Sus ojos desolados, el top diminuto, los huesos de la cadera al aire, el encaje del sujetador. Dura como uña y suave como la primavera y ahí estaba. Riendo, a un centímetro de Rothko. La forma larga y delgada de sus ojos cuando reía, los hoyuelos y las arrugas que emergían y que estaban enterrados cuando hablaba.

A Rothko le preocupó cómo le vería ella después de todo ese tiempo.

«¿Cuándo saliste?».

«Abril».

«¿Hace tanto?». Entrecerró los ojos como diciendo *y no me has llamado*. «Abril es el mes de tu cumpleaños».

«No sabía que todavía estabas por aquí». Y luego, conmovide. «¿Te acordabas?».

«Por supuesto que me acordaba, idiota». Ella fingió no sonreírle. «Me fui un tiempo». A Rothko le costaba oír con la música. «Pero volví para estar más cerca de mi madre». Se llevó la pajita a los labios. Sorbió con ansia. Tragó. «Cuando tuve a mi bebé. Ya tiene quince. Ya no es un bebé». Y su mano larga y áspera fue al cuello

de la camisa de Rothko, lo enderezó. Le alisó las puntas hacia abajo mientras le miraba fijamente a los ojos.

«¿Cómo se llama?».

«Joseph».

Rothko se llevó la mano al corazón. «Como tu padre». Los recuerdos le atravesaron como si fueran humo. Todos esos años atrás, sentades en los columpios de al lado del bloque de Dionne. Dionne diciendo que pensaba que se habrían llevado bien. El pasado se aferraba a todo.

«Veo a tu madre por la ciudad de vez en cuando. Siempre me hace comentarios amables». Rothko agradecía escuchar eso.

La música cambió. Electrónica computerizada. Con partes vocales populares que Rothko no reconoció pero que la gente a su alrededor cantaba, en apariencia encantada. A Rothko le costaba cada vez más bailar. Su cuerpo se ralentizó hasta los pasos mínimos.

«¿Quieres sentarte un rato?». Ella asintió con la cabeza para decir que sí quería y después fueron a la barra, se sentaron, mantuvieron sus caras sonrientes cerca en el sueño en que estaban, con la luz de rayos UV raros y la presión de la vibración de los *subwoofers* de la otra sala a través de la pared.

«Tienes buen aspecto», dijo Dionne. Y Rothko se sonrojó.

«Tú también».

«No. Quiero decir que tienes buen aspecto». Y lo que quería decir era se te ve limpie. Se te ve humane. Se te ve fuerte y me recuerdas a la persona que conocí antes de caer.

«Tanto tiempo y no fui a verte». Rothko descartó el comentario con la mano como si no tuviera importancia. «No. Debería haber ido. No fue fácil». Se concentró en los ojos de Rothko y le envió

información que Rothko no estaba segure de haber recibido correctamente. «Estaba enfadada contigo».

Rothko quería decir «Yo también estaba enfadade conmigo». Pero no lo hizo por si estropeaba todo.

«Tenemos que contarnos un montón de cosas, ¿no?». Durante un instante pareció tímida, y llena de asombro.

Las canciones de sonidos metálicos cambiaron a otras más profundas. Menos persistentes. Más ondulantes. Percusiones saltarinas y líneas de bajo que parecían palas excavando hacia el centro de la tierra. Rothko veía a Fletcher hablando con gente en la barra. De vez en cuando echaba un ojo a Rothko: satisfecho, vapeaba de nuevo. Movía la cabeza adelante y atrás al ritmo de la música.

«Entonces…». Rothko se enderezó. Se volvió hacia ella. «¿Estás… has formado… una familia? ¿Con el padre de Joseph? ¿U otra madre? ¿O?». Y no era capaz de mirarla mientras hacía esa pregunta por si era la pregunta equivocada que hacer. Pero se obligó a sostener la mirada y comportarse como un ser humano normal por una vez en la vida.

«No», dijo ella. «No estoy saliendo con nadie ahora mismo».

«Eso está bien».

«¿Ah, sí?». Ella sonrió. El bajo sacudió las paredes.

Dionne pasó las puntas de los dedos por la rodilla de Rothko, por el muslo, por la rodilla otra vez. «Bonitos pantalones», dijo ella. «Bonita. Tela».

«Creo que son de tela vaquera sin más, ¿no?». Rothko bajó la vista, se sorprendió al encontrar los pantalones, las piernas, la sala. «Vaqueros».

«Tienen un tacto muy agradable», dijo ella, arañándole. Hasta que. «Vamos a fumar».

Dionne se levantó, se inclinó hacia delante para sacar su chaqueta de debajo del banco. La cogió con la misma mano que sujetaba la copa. Rothko se fijó en el juego y la elasticidad de su cuerpo en movimiento y la siguió, un paso por detrás. Cuando llegaron a la pista, ella alargó la mano libre hacia atrás. Rothko la cogió y caminaron así, de la mano, con toda naturalidad, a través de la pista y subiendo la escalera hasta el aparcamiento donde había gente de pie fumando, y entonces Rothko se dio cuenta de que todavía seguían de la mano y eso le asustó y se soltó con delicadeza.

Dionne revolvió los hielos en busca de un sorbo del ron, y se metió la pajita en la boca abierta, observando a Rothko observar sus labios. Bajó el vaso.

«¿Me lo sujetas mientras me lio un cigarrillo, por favor?». Rothko lo cogió y ella buscó en todos los bolsillos de su chaqueta las cosas. Papel, filtro, mechero. Veinte años se volatilizaron y era de lo más normal estar cerca. Rothko no se había sentido normal con nadie en mucho tiempo.

«Entonces ¿qué has estado haciendo? Desde que saliste».

«Trabajar».

«¿Qué tipo de trabajo?».

«De manitas. Trabajos de mantenimiento».

«Por supuesto que lo eres», dijo ella, su sonrisa era un guiño.

«¿Por supuesto que soy qué?».

«Atractive».

«¿Lo soy?».

«Sí. Muy atractive y muy butch. Arreglas cosas. Con tu taladro enorme».

Rothko se rio. «Tengo un taladro enorme».

«Varios imagino».

«Tengo un par. Sí».

«Y todos esos complementitos». Ella inhaló el humo. Lo expulsó entre los dientes sin separarlos. Con los labios en o.

«Hice mucha formación allí dentro. Conseguí un oficio. Con titulación de City and Guilds. Aprobé el carnet de conducir».

«Estoy orgullosa de ti». Lo decía de verdad. «Es increíble, Rothko».

«Gracias». El elogio le produjo tanto placer, que bajó la cabeza debido a su peso. «Yoga. De todo tipo. Meditación». Se rio de sí misme.

«Yoga es Dios. Anda ya». Dionne lo dijo con cara de piedra. Rothko se rio. «Anda ya, no me jodas». Ella asintió. Era sabiduría.

«Hace cinco mil años, ¿correcto? Estaban en plan: así es como una persona tiene un cuerpo. ¿Sabes lo que quiero decir? Lo tenían todo resuelto. Y no necesitas, ¿qué sería? ¿Equipamiento para hacerlo? ¡No necesitas una mierda! Lo único que hace falta es ponerte de pie sobre una pierna. Y respirar». La relevación exaltada. La alegría de esa revelación.

Dionne estaba jugando. «¡Rothko! Tienes que compartir tu descubrimiento con el mundo. La gente tiene que saberlo». Era una sensación agradable. Que le tomaran el pelo. Se regodeó en ello un rato.

Les dos se observaron la una a le otre. Descubrieron y redescubrieron los contornos de sus caras. Buscaban qué era

familiar, qué era nuevo. El contacto visual era tan intenso que tenía su propio campo gravitatorio.

«Esta mañana estaba segure de que me iba a marchar de la ciudad». Rothko se sintió enderezarse y echar los hombros atrás. «Pero ahora no estoy tan segure».

«Yo pienso en marcharme constantemente». Se llevó una mano al pelo. Tenía los ojos muy abiertos. Rothko no había visto unos ojos como los de Dionne en ninguna otra parte. Negros como el café pero brillantes de todos modos. Como si estuvieran iluminados desde dentro. «Pero… No sé. Todo el mundo está muerto o se ha vuelto loco o», ella señaló a Rothko, «o está en la cárcel o en rehabilitación o tiene un montón de niños que no soporta o no tener ninguno le ha puesto al límite. Es todo… jodidamente… ¿A qué otro sitio podría ir? No soy ese tipo de persona que sueña cosas que nunca… ¿Sabes? ¿A Nueva York? Empezar de nuevo. No va a pasar».

«Nueva York». Rothko saboreó el peso de las palabras. La posibilidad de una ciudad nueva. Un continente nuevo. Un viejo sueño.

«¿O qué? ¿París? Yo es que… ¿Para qué?».

«¿Para qué? ¿París?».

«Sí. Por qué no quedarte donde sea que estás y… no dejar de esforzarte».

«No sé, ¿sabes? Lo pillo. Empezar de nuevo. Quiero hacerlo. Salvo que quizá no en París. Estaba pensando en algo más como Birmingham. ¿Por qué no?».

«Porque ¿qué estás empezando de nuevo?». Encendió el mechero. «Vas a un sitio nuevo. Sigues siendo tú». Se encogió de hombros. «Pero Birmingham me gusta, son buena gente».

Rothko dio la orden de concentrarse a sus sentidos. Sabía que estaba pasando algo importante y quería asegurarse de que lo registraba como debía.

«Tuve un… ¿sabes?». Ella levantó las cejas, bajó la voz. «Ha pasado toda una vida desde que nos vimos la última vez». Rothko asintió. *Por supuesto*, pensó. «Y yo… creo que he dejado de querer que las cosas sean diferentes. Ahora lo que sea que pasa me viene bien. Ya no estoy allí. ¿Sabes? En la oscuridad». Hablaba despacio. Buscando las palabras. A Rothko le dio la sensación de que ella no solía compartir esa clase de pensamientos con la gente. Deseó haber estado allí para pasar todo aquello con ella. «Simplemente me alegro de estar aquí». Ella sonrió. «Estoy agradecida. Por despertarme por la mañana y estar bien. Y saber que mi hijo está bien». Pareció cohibida. «Y por saber que mi madre está bien. Joder, estoy tan agradecida por eso». Sus ojos se tornaron más profundos. «Hoy en día, cuando las cosas van mal, lo tiro al cubo de la basura sin más». Se encogió de hombros. Rothko se rio. «No digo que no lo entienda, ¿sabes? Lo entiendo, un nuevo comienzo, un sitio nuevo, por supuesto que lo entiendo. En mi mente veo una habitación, ¿vale?, con ventanas enormes y cortinas largas blancas, y hay tanta paz allí. Puedo verla ahora mismo. Cuando estoy estresada y tal, pienso: *oh, sí pudiera ir allí, podría ser tan feliz allí. Si pudiera permitirme una casa más grande, tener menos cosas*. O lo que sea. Pero son todo chorradas, porque no hay un "allí" al que llegar. No hay otro sitio. Simplemente está el "aquí" si lo piensas». Resopló por su propia sinceridad, puso los ojos en blanco. «Acabo de escucharme a mí misma. Perdona».

«No. No. Aunque tienes razón. Lo entiendo». No quería que se sintiera avergonzada por haberse sincerado. La fuerza de ese sentimiento le animó a sincerarse. «Cuando te acercas al final», comenzó con cautela. «Esa es la peor parte. El umbral de la locura, lo llaman. Es cuando empiezas a volverte…». Se tocó la sien para indicar lo que quería decir. «En la parte del medio, es como si tu cuerpo supiera que no puede hacer nada al respecto; después de cierta cantidad de tiempo, te pasa algo, es, como, mmm, como que cedes. Pero cuando estás más cerca del final, cuando te quedan semanas en lugar de años. Empiezas a inquietarte. Como si las paredes se te echaran encima. Tienes la misma sensación que al principio, otra vez. Muchas veces pensé que nunca saldría de allí».

«Joder». Se conocían muy bien. Por los ojos. Se reconocían. «Bueno, esos días ya pasaron», le dijo ella y se giró para concentrarse en volver a encender el cigarrillo. «Porque has salido, ¿no?». Los ojos de ella volvieron a dirigirse a elle, por encima del hombro. «Libertad». Y Rothko bajó la cabeza y se rio, porque sí, joder, había salido.

«Oí que fue un ataque al corazón lo que le mató».

Rothko se sorprendió de que ella hubiera seguido los pormenores del caso. Dionne se dio cuenta.

«¿Qué? Busqué un poco en Google de vez en cuando».

Rothko se sujetó el músculo del cuello que le dolía desde que había estado subide en la escalera expuesta al viento. «Aunque lo fuera. Un ataque al corazón. Probablemente lo provocó el shock de la situación. La violencia». Su cara en la noche iluminada por las farolas del aparcamiento, fuera de la rave vibrante, parecía marcada por algo de eso. Algo que había quedado atrás después del impacto.

Los márgenes y espacio negativo, iluminado y luego oculto, iluminado y luego oculto cuando giraba con delicadeza el cuerpo de un lado al otro, entrando y saliendo de la luz. «Cargo con la muerte de otra persona. Da igual cómo lo mires». Una pesadez cayó sobre elle. «Pero sigo volviendo a lo mismo».

Hizo una pausa ante el poder de lo que iba a decir.

«La gente no sale. De la vida en la que estaba metide. Esa vida».

Dionne entendió. Y toda la gente que cada une de elles había conocido y que no había salido de esa vida se quedó un instante con elles.

«En cierto modo, me alegro de haber entrado cuando lo hice. De lo contrario no creo que todavía estuviera aquí. Me han dado otra oportunidad que nunca habría tenido. Y la quiero. La quiero».

Entonces Dionne le abrazó. Le rodeó con los brazos y le abrazó y exhaló sonoramente y les dos hicieron zumbidos prolongados, sintieron la vibración de la voz de le otre atravesando su cuerpo.

«Me siento en casa». Rothko se apartó para mirarla. «Al verte de nuevo».

«Yo también». Dionne tenía lágrimas en los ojos. «Déjalo salir, déjalo salir, déjalo salir». Agitó las manos y los pies y las extremidades. Rothko se frotó los brazos y las piernas y agitó los tobillos. Y les dos se rieron y luego la risa remitió. Y Rothko dijo: «Éramos jóvenes, ¿verdad?».

«Bebés», le dio la razón Dionne en un susurro. «He pensado mucho en ti».

Tras años sintiéndose incómode en su propia piel, había renunciado a que alguien le encontrara. Hacía tiempo que había muerto la idea de que podía haber alguien ahí fuera capaz de abrir

la escotilla y dejar escapar la presión. Se retorcía ante la desoladora atracción hacia la temeridad. Era inusual que Dionne se quedara quieta con una persona. Era inusual que Rothko se moviera lentamente con alguien. Y debajo de eso todo era *mátame. Por favor, mátame*.

DOS

En su habitación con baño encima del atestado pub Tudor, Meg se despertó sobresaltada.

¿Dónde estaba?

Estaba en rehabilitación.

Estaba en la clínica en la habitación en el mono, y las paredes no eran paredes sino que eran los músculos de su espalda que tenían espasmos tan fuertes que estaba segura de que se estaba muriendo, y las sacudidas que la recorrían eran violentas y tenía ataques que le dejaban el cuerpo rígido, la vista en blanco cuando se tranquilizó y la enfermera castigadora asomó la cabeza por la puerta y dijo: «A lo mejor tienes hambre», y esperó allí mirando fijamente a Meg con los ojos temblorosos como dos huevos cocidos. «No, joder, no tengo hambre», lo dijo en voz alta, mientras las paredes le horadaban el cráneo con un ladrillo y lo único en que podía pensar era en *Rothko* enterrade en el sueño, eso era lo más duro, la muerte del sueño porque eran una pareja en un campo de fuerza cuyo vínculo les unía y significaba que el resto del mundo no podía herirles y ella echaba de menos a su Rothko pero al minuto siguiente nada, al minuto siguiente quince años, preparando su ropa bonita para la visita, pero al minuto siguiente nada, no hay nada y a ella ya no le importaba nada, ese es el objetivo, consumir es un universo en sí mismo, igual de completo, es una galaxia orbitando a través de un cuerpo, es un

sol muerto explotando en las venas muertas, es una luz cilíndrica buscando los finales y volviendo a los principios, es el infinito contenido en una persona, una persona contenida en una cuchara y la luz de una estrella muerta, un amanecer interior hasta que vuelve el alba y ella regresa al útero. Cuando consumía, no echaba de menos nada ni se preocupaba por nada, tenía el fin del mundo a mano y dos sistemas solares estaban colisionando en el espacio mientras ella intentaba nadar de vuelta al útero pero cuánto quedaba, se suponía que había terminado y que había perdido sus poderes, así que ¿cómo había vuelto aquí? Se había desenganchado para siempre y ansiaba tanto creer en sus sentimientos, y sin embargo, estaba encerrada en una habitación sin nada en lo que creer excepto el cuerpo y las cosas que el cuerpo le hacía hacer porque estaba con el mono, estaba enferma y poniéndose más enferma y *Yo empecé de nuevo el mismo segundo en que te conocí*, el baile de dos personas rotas reconstruyéndose y limpiándose las viejas heridas y cuando ella sostuvo a sus bebés en brazos, las cicatrices eran como lazos alrededor de las muñecas, plateadas bajo las luces ya no eran sangre o mierda o muerte o morirse ni hacerlo por chocolatinas, ni sacar agua de un charco formado en la cuneta para las obras, y luego llegó la Navidad en el descampado al lado de la estación, recordaba llevar de la mano recordaba elegir nuestro árbol, Sarai quería el grande, era tan grande que tuvieron que llevarlo después en una furgoneta, era demasiado grande para cargarlo. *Me acuerdo*. Meg se despierta, cabecea, se despierta siguiendo a una chica delgada en una calle desierta, sube las escaleras hacia la habitación donde se tumba boca abajo y él hace lo que tiene que hacer, para Meg el encuentro es menos que un

apretón de manos, pero para él, para el hombre que paga por el placer de decirse a sí mismo que él sabe qué es ella. Él necesita desesperadamente que su mierda de cuerpo inútil sea tan absoluto para cualquier otra persona en la tierra como lo es para él, pobre de él, pero el polvo es nada. Ni siquiera lástima. Ni dolor. Solo nada. Aun así. En cierto modo benditos sean esos pequeños asesinos perturbados que nunca han conocido morirse, con su piel de alcohol y su rabia y sus erecciones fútiles. Si supiera que a la persona a la que pega a la que se folla a la que paga para que se someta a su voluntad de comportarse como un bebé, de lloriquear y de mamar ni siquiera le afecta lo aburrida que es la pauta. Que se ría después, que él le cuente a todos sus amigos lo que le hizo a la puta porque ella es producto de su imaginación y él es producto de su imaginación salvo que ella no lo es ella nunca lo ha sido, porque no importa el intercambio la persona a la que paga sigue siendo una persona entera y follar no es nada más que una función corporal tan poco especial como cagar o mear o estar de pie demasiado cerca de un tren, tan cotidiano como morir o curarse o cambiarse un vendaje especialmente si te han follado desde que eras una niña y necesitabas dinero para pillar. No. No te han follado. Te han violado. Dilo. Las chicas sonríen a Meg. Son tan amables. Has pasado cosas peores. Meg las oye caminando por la habitación, con sus tops de volantes sus faldas que hacen frufrú al pasar las duras las gloriosas las niñas pequeñas las chico adolescente la fuerza bruta de un cuerpo que ha sobrevivido a tantas cosas, en el que ha recaído lo peor del mundo, todavía en pie, en grupitos amables fuera de las reuniones, agachándose para encenderse los cigarrillos se reían hasta que maldecían. Solía ser más de ella. Primero estuvo Mikey.

Luego después de eso a todas partes que ella iba, tenía a sus bebés. Ella era suya, era mamá, pero ahora ella está sola, ¿fue realmente el final de todo lo que era? «Ezra» el camino hacia abajo es un tobogán vertical untado de grasa y el camino fuera es un acantilado que se le deshace en las manos al trepar por él y su cuerpo está hecho de gasoil y siente cómo le gotea el cuerpo por la espalda *lo siento* cómo podía estar ahí abajo otra vez cuando solía ser «náuseas» teníamos tantas cosas a *Rothko* siguiendo a una chica delgada a través de una calle concurrida pillando olvido otra vez, ahí está el enorme sol redondo y todos nosotros orbitando a su alrededor *dónde estás te noto estás conmigo lo siento* esa mujer en la silla dijo que era Sarai pero Sarai no es más que una niña, o lo era, ¿cuánto tiempo he estado en esta habitación? Era mi bebé, sonreía con sus bracitos grandes y brutos y su amor precioso y se supone que no debes tener favoritos pero ella necesitaba mi amor, siempre quiso mis abrazos y quizá así es como es vivir aquí, no es más que una piedra una piedra que da vueltas ni siquiera una muesca en la prensa de la eternidad y cada pequeño «ahora» es absolutamente insignificante, pero es todo lo que tenemos así que *Rothko* cómo se puede sentir tan real tan perdido tan cruel tan arréglalo estoy intentando arreglarlo deprimida y fanática aferrándose desesperadamente a oraciones o dietas o disciplina ninguno de nosotros, todos nosotros hijos de un régimen muerto orbitando *dónde estás*, y sobre todo *Rothko* cómo puede ser que una cosa tan etérea como la vida pese tanto la mayor parte del tiempo.

TRES

Rothko examinó la sala reverberante. La pista de baile se estaba cansando. Llena de cuerpos que se apretaban y divertían pero habían entrado en el último cuarto de la noche. Caras amables, toscas, pegatinas para las tetas y pieles relucientes. Cicatrices al aire. Butches mayores con el pelo gris cortado a cepillo, caras duras, camisas de cuadros y brazos cruzados. Noche de fiesta en la costa. Femmes jóvenes, besándose. Levantándose mutuamente los vestidos. Parejas encandiladas tirando una de la otra por la sala. Dos chicos musculosos con los cuerpos pegados. Largos besos sordos que ahogaban el mundo.

Rothko y Dionne, copas en mano, volvieron juntas a la sala oscura con los láseres solitarios y se hundieron profundamente la una en le otre, en el bajo y en los vocales armónicos, cobraban vida en la órbita de le otre, tocando piel cálida y músculo fortalecido, profunda suavidad y abrazándose y ondulándose y marcando el ritmo con los pies y ¿cuántas horas habían pasado? Y Rothko se apartaba para mirarla, para sumergirse, para calibrar todo bien, la tocaba con delicadeza: pómulos, lóbulos, hombros, muñecas. Tierne como si se conocieran de toda la vida. Buscando como si se acabaran de conocer.

«Yo era tan homosexual», dijo ella. «Pero nadie me creyó. O quizá yo no creí en mí». Seria, hablándole al oído. «Tenía la sensación de

que no tenía permiso para serlo. Porque todos los chicos… querían… follar. Y si los chicos querían follar contigo, no parecía que tuvieras permiso para no querer. Era como si lo que tú querías no fuera real».

«¿Qué?». Se tocó la oreja para indicarle que no la había oído. La música estaba alta, y se perdían palabras la una de le otre, pero continuaban.

«He dicho que yo era homosexual». Ella gritó más alto. Rothko asintió. «Pero también me asustaba serlo». Rothko miró alrededor, luego otra vez a ella. «Pero míranos ahora». Ella asintió. Tenía los ojos tristes y brillantes.

«Tú solo querías que te quisiera en público». Le tembló la voz al gritar por encima del bajo. «Pero no fui capaz de hacerlo mejor. De ser tú». Rothko se llevó la mano al corazón y escuchó. El pasado estaba en todas partes. «Ahora he salido del armario, ¿sabes? Ya no me importa. Sienta tan bien no odiarte a ti misma, ¿verdad?».

Rothko se alegraba por ella. «Libertad», dijo elle. Y ella le abrazó tan fuerte como pudo.

La noche se desvanecía. Ya eran los últimos momentos, la gente estaba sola en la barra, secándose la cara, apretando las mandíbulas. Rothko levantó la vista por primera vez en siglos. La vio. Vio la sala. Se encendieron las luces.

«¿Quieres salir de aquí?».

Fuera, Fletcher estaba sentado entre una pila de cuerpos, apoyado contra la pared de la tienda de alfombras, riéndose. Rothko le dio un abrazo de despedida.

«¿Te vas?», preguntó él. «¿Me voy contigo?».

«¿Quieres?».

Fletcher miró a su alrededor, se pensó la respuesta. Decidió que no.

«Me quedo». Fletch levantó las mejillas para que se las besara. Rothko depositó besos húmedos y sonoros en ambas mejillas. «Te quiero», dijo él.

«Yo también te quiero».

«Le quiero», le dijo Fletcher a la gente que estaba sentada con él.

«Esta es Dionne», dijo Rothko. «Este es Fletcher». Dionne se agachó para besar a Fletcher en las dos mejillas también.

«Hola, Dionne. Cuidarás de mi colega, ¿verdad?».

«Lo haré, querido, no te preocupes».

«Es una persona especial, lo es. Una mercancía valiosa». Y Rothko lo sintió como un brazo alrededor de los hombros.

Salieron del club y caminaron por las calles vacías, el bajo les retumbaba en los oídos. Caminaban a su ritmo.

«¿Qué zapatillas llevas?», le preguntó Rothko.

«¿Por?».

«¿Son especiales?».

«No, solo son mis zapatillas. A ver, no "solo", pero no son especiales».

«Vale, sígueme. Vamos por aquí».

Abandonaron la calle principal por un sendero descuidado que conducía al río. El suelo estaba cubierto de maleza y lleno de zarzas. Estaba iluminado por alguna que otra farola. A ratos por la luna. No quedaba mucho para el alba. Rothko no había estado fuera, en un espacio así, hacía mucho tiempo.

Le encantaba la sensación. Sentía que podía ver todo lo que miraba.

Era la primera noche que había ido a una rave, sin drogas o alcohol. Y experimentarla sobrie le había dado un subidón más fuerte que nada que recordara de antes. Aunque tampoco se acordaba de mucho.

Aquella época se había escondido de la vida en las drogas y el alcohol.

Luego se había escondido de la vida en la cárcel.

Y ahora que estaba allí, no quería seguir escondiéndose.

La música le había alterado la mente. El espíritu. Después de todos aquellos años atrapade en una habitación, estar con tanta gente y no haberse puesto de los nervios había sido como una especie de encuentro divino.

Dejaron atrás los campos de fútbol y el páramo industrial, extraños tanques y tuberías de hormigón, los ruidos del agua corriendo dentro de los enormes cilindros.

El asunto no es sentirse bien, le dijo el agua que manaba. El asunto es sentir.

Edificios vallados. Senderos con eco. Siluetas amenazantes. Tejados escalonados y edificios de cristal con las ventanas tintadas. Verjas de metal y fábricas durmiendo. Fabricantes de ventanas de PVC. Acerías. Las vigas apiladas en hileras interminables. Había algo mágico en todo eso, tan silencioso, como si el mundo hubiera oído sus plegarias. Rothko le cogió la mano a Dionne. Jugueteó con sus dedos, le acarició la muñeca. Dionne se inclinó sobre el hombro de elle, apoyó la cabeza, sonriendo. Pasaron la planta de reciclaje con

los contenedores gigantes apilados en torres. Ella tarareaba suavemente. Todos los pequeños detalles, solo para elle.

Había una mesa de picnic en mitad de una zona de hierba entre dos fábricas. Una cama elástica detrás de un almacén. Un calentador roto. Una barbacoa hecha con un bidón oxidado. Miniporterías de fútbol sin redes. El lujo del espacio sin utilizar.

«Aquí debe de ser donde hacen los descansos», dijo Rothko.

«¿Quién?».

«La gente que trabaja en estos sitios. O quizá están ocupados. O…».

«Sí», canturreó Dionne. Hundió más la nariz en su cuello. Había echado de menos esa sensación, pero no había sabido hasta ese momento el alivio que le producía estar cerca de elle.

Daba la sensación de que estaban soles en un mundo finiquitado. Caminaban al lado de riberas de intrincadas estructuras para alojar fuerzas invisibles; las cosas que no se veían y mantenían la ciudad en continuo movimiento: tuberías, almacenes y tanques. Sujetándose unos a otros. Soltándose. Sujetándose de nuevo unos a otros. Almacenes de color azul brillante. Puertas de seguridad de cristal enormes. Sistemas de acceso, salidas de emergencia y el río alto y oscuro que corría hacia el mar. En las orillas crecían matorrales enmarañados. Las luces de seguridad de los patios de las fábricas iluminaban la superficie del río y la noche era pesada por la humedad. Podían oírla, borboteando a través de la verja. El otoño estaba allí. Y la noche era densa, pero no hacía frío.

Eso era exactamente lo que elle más había echado de menos. Doblar una esquina y no saber adónde te llevaría el camino. Dejar que las cosas pasaran, por casualidad.

Rothko vio un agujero en la verja y se agachó para meterse, Dionne fue con elle, riéndose, estaban juntes en el espacio abierto.

Un extenso prado, con la hierba crecida, lo atravesaba un camino. El cielo maduraba como un melocotón a medida que el nuevo día se aproximaba. Se acercaron mucho. Se estudiaron la una a le otre con los ojos cerrados, notando la distancia entre elles con el aliento, recortando la distancia, separando los labios y uniendo sus labios separados. Al fin se besaron y el beso fue caliente y profundo, un beso completo que involucraba cada célula de sus labios y bocas y mejillas y barbillas y manos y cuerpos enteros que bailaban en, alrededor de y por ese beso, en la oscuridad que clareaba se besaron una y otra vez y la ropa de ambas se interponía en el camino del beso y tenían que tener piel y cuerpo y tacto, así que se besaron a través de la ropa, la ropa fue desabrochada y quitada y bajada, para poder besarse más profundamente y revelar los niveles enterrados del beso en toda su gloria y suciedad.

Extendió su chaqueta para ella y se tumbaron juntes, desvistiéndose una a le otre, Rothko de rodillas a sus pies, sacándole los vaqueros por los tobillos. Dionne se retorcía para que elle se subiera a sus caderas. Y Rothko succionando con delicadeza la tripa, las caderas, los muslos de Dionne. Besos como palabras de alabanza. Insistente, eterne, tocando, retocando, un cuadro de besos que no era un cuadro para nada, era música y escuchar atentamente; la hermosa nota grave, el interior de una persona, y tocar su música, besando y separando y presionando su boca húmeda abajo y alrededor y encontrándola a ella allí, el pequeño bulbo en su boca, brotando e hinchándose y Dionne agarrando a Rothko y gimiendo, volviendo la cara para presionar las mejillas en la

tierra, su aliento hundiéndose en el suelo mientras Rothko empujaba más fuerte y succionaba, pequeños lametones duros, más suaves, y limpiándolo, saboreándolo, siendo el bajo, la base de su lengua presionándolo, adorando sentirlo, luego una panorámica amplia y vislumbrándolo en su totalidad, todo, el jugo y la espuma y el delicado peso de las paredes al internarse, el exterior, el interior, lo oculto, lo visible, y ese momento paradisíaco en un campo desolado en el extremo de una ciudad rodeades del zumbido de la depuradora de agua, las fábricas de acero, de la electricidad y el suyo; y ahí estaba, ella fue un trueno en el silencio del alba, su hermosa voz y su cuerpo agarrotado y la boca urgente de Rothko y sus manos presionando la espalda de Rothko, demasiado sensible ahora, y tiró de elle, desesperada, hacia ella y se rio en su cuello y quería que el cuerpo grande de elle presionara sus huesos en el prado hasta que las dos estuvieran hechas de tierra.

«Bastarde asquerose», dijo ella. «Yo nunca me corro». Tenía los ojos empañados. «En serio. Nunca jamás me corro».

«Solías hacerlo».

«Bueno», dijo ella sonriendo. «No ha pasado en mucho tiempo».

«¿Cuánto?». Rothko mantenía el peso apartado del cuerpo de Dionne. Estaba apoyade en los codos. La observaba.

«Unos veinte años». Le miró directamente a los ojos.

«Joder». Rothko se rio.

«¿Qué quieres decir con joder?».

«Quiero decir. Joder. Entonces tenemos un problema. ¿No?». Dionne estaba respirando, resplandecía. Ella le abrazó, le gustaba.

«¿Vienes a casa conmigo?», preguntó Rothko.

«Quiero, sí, pero no quiero. Porque, joder, estoy… colocada. Y no quiero que la primera vez después de tanto tiempo sea… Quiero… No quiero que esto sea todo y que mañana y después sea raro. ¿Sabes lo que quiero decir?».

Rothko asintió. Se acercó más a ella.

«No creo que quiera hacer esto solo una vez». La cabeza de ella tocaba la de Rothko, y los labios de Dionne estaban ávidos de placer y el amanecer estaba llegando. «Entonces ¿qué coño somos?».

Rothko la levantó y abrocharon los botones de su pantalón juntes y se pusieron los jerséis y recogieron las chaquetas y una vez todo estuvo en su sitio, ella le cogió de la mano y empezaron a correr por el prado vacío, por el camino segado en medio de la hierba alta hasta que el prado se convertía en el patio de detrás de una torre de agua y una hilera de garajes, buscaron un agujero en el lado de la verja que daba a la parte de atrás del cine, pero al no encontrar ninguno tuvieron que trepar.

Dionne se movía por instinto, subió y saltó. Pero Rothko era más lente, dudaba de cada agarre. La cara se le estaba poniendo roja. Acabó bloqueade, le temblaban las piernas en lo alto de la verja. Le aterrorizaba caer de cabeza en el pavimiento. Pero siguiendo los consejos de Dionne, encontró el valor y saltó. Aterrizó pesadamente, el impacto le recorrió las piernas, pero el subidón fue tan intenso que gritó, como si hubiera marcado el gol de la victoria.

Estaban de vuelta en la calle en silencio, como si ese lugar secreto nunca hubiera existido y la ciudad entera le perteneciera a la gente normal.

Se reían de lo que veían. Filas de máquinas de step en los ventanales de un gimnasio. Hileras de coches aparcados, mirando al

mismo lado. Todo parecía tan innecesario.

«Todo ha cambiado», le dijo Rothko mientras caminaban. «No sé si yo he cambiado, pero este sitio está igual. O si este sitio ha cambiado. Y yo soy le misme. No logro entenderlo. Pero todo parece tan… joder…». No sabía cómo decirlo.

«Has estado fuera mucho tiempo».

«Pero también estoy cambiando. Quiero decir. No puedo parar de pensar en ello. Quién soy. Quién soy de verdad». Y Dionne, el único ser humano del mundo cerca del cual Rothko sentía que su corazón latía con normalidad, se acercó y le escuchó con la cara hacia elle.

«Soy un hombre». Rothko lo dijo en voz alta por primera vez. Fue como si toda la gente que dormía tras de las ventanas que dejaban atrás hubieran sincronizado sus respiraciones con Rothko cuando él al fin se permitió exhalar.

«Lo sé». Dionne sonrió contra su pecho.

Era tan nuevo. Estaba asustado de haber roto el cascarón demasiado pronto y haber matado eso antes de que naciera.

Él rodeó la cintura de ella con el brazo mientras caminaban, y le deslizó la mano bajo la ropa para sentir su piel en la palma de la mano. Para sentir lo real que era. Él quería grabar cada fracción de la sensación en lo profundo de sus átomos y no olvidarla jamás.

«Nunca lo había dicho en voz alta».

Se sintió expuesto. Como si hubiera exagerado algo que no era para tanto y quizá era una estupidez y tal vez debía intentar retirarlo.

«Gracias por confiar en mí». Ella apretó los brazos alrededor de él.

Se dirigían al borde de los prados. Andaban con cuidado, descendieron por los escalones estrechos en los que Rothko solía

sentarse a esperar verla fugazmente al bajar del autobús tantos años atrás.

Church Lane. Radford Road. Preston Court.

Y en la esquina ella grabó su número en el teléfono de él y dijo: «Ya veremos si llamas».

Rothko la observó alejándose. Observó a Dionne correr a toda velocidad hacia su piso. Con su hijo y su madre que dormían y Rothko observó los balcones, recordando. No se creía el día, la noche. «Dionne». De nuevo en sus brazos.

Tenía la sensación de que todo lo que había pasado una vez seguía pasando para siempre.

El tiempo le martilleaba los oídos.

Se veía a sí mismo, corriendo por la calle hacia la casa de su madre. Dieciséis para siempre. Aterrorizado para siempre.

Pero mientras miraba, vio al niño que fue mirando a su espalda, y por un segundo hubiera jurado que sus ojos se encontraron.

CUATRO

Meg se sentó en la cama. Había cortinas. Había ventanas. Se levantó y abrió las cortinas y la mañana se precipitó en su cara preocupada.

No.

No era el centro de rehabilitación.

Era el pub. El tren a Cherry Hill. Y el pub. Claro.

Se vistió y bajó a desayunar. Mareada.

La señora de la recepción la saludó. «Justo a tiempo. Estaba a punto de recogerlo». Justo a tiempo. «¿Cómo ha pasado la noche?», le preguntó a Meg.

«Bien. Gracias». Pero Meg era consciente de que llevaba la muñeca vendada y que era una extraña en ese mundo para otra gente. «¿Y usted?».

La mujer alargó la mano y se tocó la parte de atrás del pelo. «Casi ha terminado».

«¿Desde anoche? Eso es un turno largo». Meg sintió que el suelo se movía. Se estabilizó apoyando las dos manos en la mesa. El vértigo ascendía desde la moqueta.

«Los dobles van bien por el dinero». Meg asintió pero no se sentía preparada para la conversación. Era como esperar que un animal que había suplantado un cuerpo humano y habían sido soltado en un comedor donde se servía el desayuno siguiera la conversación.

«¿Café? ¿Té?», le preguntó la mujer. Pero Meg no lo sabía. Las cejas descendientes de la mujer le indicaron a Meg que necesitaba una aclaración. Pero lo único que Meg podía hacer era sujetarse en los brazos de la silla para mantenerse erguida. Miró hacia la mesa de bufet de desayuno continental con profundo deseo. La mujer continuaba esperando. Meg le sonrió. «Café, por favor. Estaría bien. Gracias».

Meg se paró delante del bufet y miró las cosas. Admiró el despliegue y tocó con la mano los boles y paquetes delicadamente. Escogió una pera, la sostuvo un instante y luego la dejó en su lgar. Se sentó de nuevo.

Cuando llegó el café, pidió de la cocina tomates asados en una tostada de pan integral y un huevo frito. Se tomó el café con leche caliente y azúcar. Después volvió al bufet a por la pera.

Como si fuera otra persona.

Alguien que se sentaba en un salón espacioso encima de un pub y comía lo que quería y no tenía vida más allá de ese momento. Era glorioso.

La mujer que le llevó el café observó con atención a Meg cuando se puso de pie. Había algo preocupante en ella. Se comportaba de un modo extraño.

Meg solo quería caminar.

Solo quería caminar al aire libre y sentir el exterior.

Pero no dio más que unos pasos por la habitación antes de caer de espaldas. La señora se apresuró a ir a su lado, intentó levantarla, pero Meg se había puesto rígida. Parecía estar a punto de tener un ataque de algo.

«Está bien». La señora de ojos serios la estaba acunando, tratando de evitar que se golpeara en la cabeza. «¿Puede oírme? Está bien». Ella asintió con la cabeza a su compañera que había dejado de limpiar las mesas, sí, debía llamar a una ambulancia.

CINCO

Angel Douglas llegó a casa, con bolsas de comida, como si eso arreglara todo. Era temprano y la única persona que estaba fuera era Kev el vecino de enfrente, que tenía un soplete en el pecho sujeto con un arnés. Lo estaba usando para incinerar las malas hierbas que habían crecido entre los adoquines del pavimiento de la calle que daba a su entrada, porque como Angel había descubierto, eso era lo que la gente como Kev el vecino de enfrente hacía un domingo.

Ruby estaba en la cocina hablando por teléfono. Angel dejó las bolsas de la compra en el vestíbulo y se inspeccionó las manos llenas de ampollas. Sintió una punzada de satisfacción por llevar bolsas de la compra que se le clavaban en la piel. Era una señal de una hora bien invertida.

Vivo aquí. Estos son mis zapatos, y los dejo al lado de la puerta.

«¿Estás en casa?», gritó Ruby desde la cocina.

«Casa», afirmó Angel.

«¿Eres tú?».

«Sí».

«Estoy al teléfono». Angel se agachó para quitarse los zapatos del trabajo, liberó su pelo exhausto de la goma elástica y entró en la habitación, donde se sacó bruscamente la ropa y se quedó en bragas, quitándose el pelo de la cara como una luchadora.

Se pasará pronto. Son altibajos.

Algunos días solo quería explotar.

Otros días iban bien, y ella apenas se daba cuenta.

Ahí estaba ella en la puerta con espejo del armario. Todo lo que tenía que ver con su cuerpo no tenía relación con su ser. Ella iba por la vida ajena a su existencia.

Quizá podían adoptar un perro. El niño sería de Ruby. El perro podría ser de Angel.

O quizá podía aprender una lengua. Quizá podía viajar por pequeñas ciudades del sur trabajando a cambio de vino y aceitunas. Quizá podía empezar a llevar sombreros y conseguir trabajo en la vendimia como la mujer guapa que había visto en el programa *The Repair Shop* que había contado que así era como solía pasar los veranos. *Llevarla a una pineda, besarla con el borde de los labios de manera que apenas lo sienta, besarla hasta que se estremezca, besarla con mi aliento, respirar sobre su piel hasta que se deshaga*. Quizá había otra vida más allá de Edgecliff en la que Angel podía ser una persona que vendía aceitunas en el mercado.

O quizá no.

Ruby todavía estaba terminando la llamada: «Vale, sí. Adiós. Sí, lo sé, lo he oído. No creo que fuera su intención, y de todas maneras… no, tienes razón. Pero… Sí, vale. Lo haré. Sí… no… hasta el martes no. Vale. Lo haré. Ya lo he hecho… Estaba bien, sí… Vale, te quiero… Adiós». Angel sabía que aquello continuaría otros diez minutos más como mínimo.

Se dio una ducha tan caliente que casi parecía peligrosa y después se sentó desnuda en la cama, con la sensación de que estaba a

punto de desmayarse a causa del vapor que salía de ella. Bajó la vista hacia su cuerpo como si su cuerpo la acabara de devorar.

«¿Has comprado comida?». Ruby estaba en el vestíbulo mirando las bolsas de la compra.

«Sí. He comprado comida». Angel se puso un pantalón corto de fútbol y el jersey de cachemira que Ruby le había regalado en Navidad y fue a llevar las bolsas a la cocina, disfrutando de la sensación del suelo liso en los pies descalzos. Calefacción de suelo radiante. Ruby se había mostrado reticente a ponerla.

Ruby empezó a sacar la compra. Miraba las cosas, luego las dejaba en la mesa. Se llevó un mango a la nariz. Lo olió con hostilidad.

«No tiene sentido comprar fruta en este país», le dijo a Angel. «Ni siquiera huele. No huelo nada».

«A mí me gustan los mangos».

«No es un mango». Se lo puso en la nariz, inspirando sonoramente. «Es un placebo». Lo dejó en la mesa, decepcionada.

«A mí me gustan los placebos. Por la mañana. En el yogur».

Ruby las había puesto a dieta. Dijo que sería bueno para las dos adoptar un estilo de vida más saludable antes de que se quedara embarazada. Angel no sabía si estaba funcionando o no, pero llevaba semanas soñado con cheeseburgers.

«¿Qué haces esta noche?». Ruby estaba de pie a su lado. «He pensado que podríamos salir».

«¿Quieres salir?».

«He pensado que podríamos. Salir».

Angel retiró el embalaje de plástico. Vació el arroz en el bote del arroz. «¿Adónde iríamos?».

«¿Al pub?».

«Tú odias el pub». ¿Cuándo había comenzado? Esa forma que tenían de hablarse la una a la otra. Intercambios interminables de sonidos sin sentido. Al tiempo que supuraba significados implícitos.

«No puedes rechazar una idea sin proponer una alternativa», le recordó Ruby.

«¿Cenaremos allí?».

«¿Quieres?».

Angel suspiró. Porque sabía que si cenaban en el pub, Ruby pediría salchichas con puré y un sticky toffee pudding y luego, cuando llegaran a casa, se enfadaría con Angel por no haberla detenido.

«No suspires».

Angel guardó las lentejas. Al lado de otros dos paquetes de lentejas. «No he suspirado».

«Lo has hecho. No lo hagas». Ruby tenía las manos en el armario, estaba reordenado las latas de leche de coco y de alubias rojas.

«Puedo suspirar. Si quiero. Pero no lo he hecho».

«No, no puedes. Acabas de llegar a casa. No suspires. No quiero eso. No quiero que me trates injustamente. Quiero…».

«¿Qué quieres?», interrumpió ella, pero no había verdaderas interrupciones porque hablaban en un flujo continuo.

«Oh yo y mi precario trabajo estable qué difícil es todo para mí».

«La profesional resuelta trae el beicon a casa».

«Mucho mejor. La intachable proveedora vuelve a casa con su amante compañera con…».

«A casa desde la mina moderna».

«Vuelve de una dura noche en el mar, gracias a Dios él está a salvo, de vuelta con los suyos».

«A mi amada. La dulce Marie que me aguarda». Cuando Angel está segura de que Ruby no está mirando, mete los envoltorios de las verduras en el cubo de basura que no es. Una vez que está en el camión de la basura, no hay manera de que no vaya todo al mismo agujero. Pero no le puede decir eso a Ruby. Así que tiene que concederse pequeños placeres cuando puede.

¿Quién es ella cuando está en esa casa con esa mujer?

¿Cómo llegó ahí?

«No quiero cocinar», le dice Ruby.

Angel habla como Ruby. Ruby habla como Angel. Pero Angel no sabe de dónde sale el personaje que ambas interpretan, adónde han ido sus seres reales o cuándo empezó la obra.

«Pero acabo de comprar toda esta comida».

«Me la comeré, no te preocupes». Ruby echó un vistazo a las montañas de comida. La gente se moría de hambre. Pero no en esa cocina.

«¿Te la comerás? Odio el despilfarro».

«Ya sé que odias el despilfarro».

«Lo odio».

Pero en realidad Angel no odiaba el despilfarro. Solo decía que odiaba el despilfarro porque Ruby pensaba que ella lo odiaba, y cuando estaban juntas, Angel era la persona que Ruby creía que ella era.

Ruby sonrió y se acercó poco a poco al cuerpo de Angel y las dos se abrazaron de un modo rutinario. Contacto y ritmo. Una vida compartida. La apuesta segura.

No importa que esto no sea real. Nada es real.

SEIS

Rothko estaba atento a los detalles. Se sentía tan unido a la vida; era como si estuviera dentro de ella. Todo era real. La oleada de tiempo bañó la ciudad de espuma y burbujas. Caminó y caminó, con las piernas propulsadas por los años que habían pasado sin espacio para merodear, fue a la playa donde la marea estaba baja, su campo visual se llenó de la extensión del cielo y el alcance de la arena que daba paso a marañas de algas y charcos de agua estancada, dejó atrás el bingo y la sala de billares, se dirigió a las entrañas de la ciudad, hasta que se vio de vuelta en su antiguo barrio. Pasó la casa de la madre de Sean donde la vergüenza chapoteó con fuerza, y el instituto más adelante y la parada de autobús y mira, ahí estaba él, su yo adolescente, fumando con el cigarrillo en el puño y esperando a Dionne.

Cruzó el puente sobre la autopista. Arrastraba los pies, observando los coches.

Bajó al otro lado y salió por el paso subterráneo en el que solía sentarse. Dejó atrás los descampados llenos de maleza y verjas rotas de su juventud que ahora eran apartamentos.

Él seguía ahí, y eso ya era algo.

Meg estaba en su cuerpo. Sus movimientos eran nerviosos y seguros como los de ella. Ezra en su cabeza, *si te vas ahora. Estás sola*.

Todo ese tiempo rodeado de gente que nunca había tenido familia le había hecho examinarse. En busca de la gente que le había criado para responder ante las cosas. Le había hecho darse cuenta de lo afortunado que era. De cuánto le habían querido.

Cuando Rothko era joven, Ezra le daba asco por haber renunciado a su corazón para perseguir el dinero, la casa, el coche. Le parecía desconectado y nada romántico. Y Meg le parecía tan libre y viva. El mundo había enseñado a Rothko a avergonzarse de ella. De lo sucia y ruidosa y arruinada que estaba. De que era una borracha. Pero él siempre había visto una especie de cruda dignidad en la forma en que ella se entregaba por entero al deseo y el abandono. Al terror, al éxtasis.

Hasta esa noche en que él se presentó en su puerta, con la esperanza de que Meg conociera las palabras mágicas, que de algún modo, ella hiciera que todo parara.

Ella no estaba bien. No fue su culpa.

Pero las cosas que hicieron juntos, en el infierno compartido de consumir.

No importaba que jamás hubieran hablado de las cosas que habían sucedido; en tanto Meg estuviera ahí fuera en alguna parte recordando, Rothko no tenía que cargar con ello solo.

En la cárcel, fue Ezra quien estuvo ahí para Rothko. La prueba de su amor lento y obstinado se apilaba en cartas y tarjetas de cumpleaños. No era su culpa haberse enamorado de una mujer con la que nunca encontró la paz. Meg estaba hecha de rocas y tierra y viento, y Ezra la había amado por eso. Hasta que necesitó que se quedara en casa y recogiera los juguetes de las niñas. Fue entonces cuando él empezó a despreciar la tosquedad de su naturaleza.

Empezó a encontrarla extravagante e inmadura. Ella se marchitaba con la calefacción central que él le ofrecía. Ella perdió la forma bajo la presión de las sábanas que él ponía.

Él había hecho lo que creía que debía hacer.

Ella lo hacía lo mejor que podía. Pero a veces caía.

Rothko lo veía allá donde miraba; estaba en el cielo bajo y las interminables hileras de relucientes casitas, donde la gente formaba familias, desconcertada por instrucciones poco claras que les habían dado sus padres años antes.

Ezra había renunciado a la vida igual que Meg. Solo que la vida a la que él había renunciado era la vida profunda del alma y la vida a la que ella había renunciado era la vida real del mundo. Ninguno de los dos había resultado menos herido que el otro por aquello a lo que había dado la espalda. Solo que el mundo perdonaba a uno más fácilmente de lo que perdonaba al otro.

¿Por qué estaba tan atrapado en el resentimiento?

¿A quién le servía?

¿Acaso él no había conseguido dejarlo al final?

Cogió una calle lateral y empujó la puerta de cristal de un café que hacía esquina. Tenía una arcada a rayas azules y blancas. Las paredes estaban llenas de parafernalia náutica. Anclas y timones. Se sentó en la ventana y observó la calle. El camarero fue a su mesa, un chaval dulce con una gorra de camionero y unos vaqueros rotos que ya estaban así cuando los compró. A Rothko le pareció que tenía doce años, pero podría haber tenido veinticinco.

«Buenas, tío», le saludó el camarero, y el sol brilló sobre Rothko.

«Buenos días, colega». El café estaba lleno de familias en silencio, enfadados entre ellos, un domingo más de malhumor. Niños

malcriados tomando batidos, padres malcriados tomando té. Parecía tan triste. Rothko deseó que hubiera algo en el mundo, aparte del sufrimiento, que le demostrara a una familia lo mucho que significaban los unos para los otros.

Toda la pared sobre el mostrador estaba ocupada por la carta. Había tantas combinaciones diferentes. ¿Cómo iba a saber lo que quería? Había estado quince años comiendo lo que le daban.

«Por favor, ¿le puedes pedir a le cocinere que me haga el plato de lo que desayunaría elle si hubiera salido toda la noche?».

Al camarero le entusiasmó la idea. «¿Y si no te gusta?».

«Estaré feliz con lo que traigas. Como de todo. Solo quiero que otra persona decida por mí».

La noche anterior estaba sentada al otro lado de la mesa, y él la miró a los ojos. Dionne en la pista de baile. Ese espacio cerrado que contenía gente abierta. La butch de la barra con el chaleco de papi. Fletcher bailando con los brazos en alto.

Necesitaba pensar.

El camarero trajo la comida. Se quedó expectante mientras Rothko miraba los platos. Sonriendo.

«Parece perfecto. No podría haber preparado un desayuno más perfecto para este momento».

El camarero se echó a reír. «Te ha preparado una tortilla de espinacas, champiñones y queso con ensalada y patatas». Señaló cada ingrediente del plato ceremoniosamente. «Y luego ha añadido un pancake de arándanos con sirope de arce aparte».

Rothko aplaudió a los platos que tenía delante y mandó un beso en dirección a la cocina.

«¿Contento?». El camarero rio. «Parece que has tenido una noche estupenda».

Rothko se comió el desayuno en trance, observando cómo el día se ponía en marcha al otro lado de la ventana. Sentía el peso de todos aquellos años encerrado, todos los hitos que se había perdido, equilibrado por el peso del destello de los ojos de Dionne en el descampado.

Su cuerpo.

Apretándose contra él y la risa en la comisura de su boca. Mirándole por encima de su abdomen. El tacto de su piel. Su propia piel. *Lo sé*.

Dios estaba vivo en el café y le hablaba con ternura a través de la forma en que el chaval con la gorra de camionero y los vaqueros rotos cantaba la música de la radio. «One Moment in Time». Dios estaba vivo en la comida que la cocinera le había preparado y que estaba comiendo poco a poco, y en la sensación de seguridad del dinero que le había dejado Meryl y que seguía a buen recaudo en su cartera.

Mientras comía, se descubrió fantaseando con días de boda y con la vejez, los dos sentados en mecedoras en el porche de un lugar imaginario. Joseph llamándole papá. Se rio. «Cálmate. La has visto solo una vez». Se lo dijo en voz alta al mantel. Sonriendo.

Se marchó del café, haciendo una reverencia al camarero. Metió un billete de veinte libras debajo del plato como propina, de tan buen humor que estaba. Despierto toda la noche. Pero sin la resaca, el cansancio del cuerpo no le resultaba amenazante. Parecía bien merecido.

Le llamó Sarai. Sonaba como si estuviera cubriéndose la boca mientras hablaba. Tenía la voz tensa por la presión. «Ha aparecido. Está de nuevo en el hospital. Ha sufrido otra caída. Pero está bien».

«¿Tú estás bien?».

Quizá fue la impresión de oír a Rothko preguntarle eso. «Oh. No lo sé, yo solo quiero que venga a casa con nosotros. Pero no he resuelto nada. No tengo sus cosas. Ni siquiera he vaciado la habitación. Está llena de cosas. A saber qué. George tiene la competición de yudo el martes por la noche, yo le iba a ayudar, quiere hacer un vídeo para YouTube, ¿te lo puedes creer?, quiere ser youtuber, una cosa que yo ni siquiera sabía qué era hasta esta mañana y al parecer vamos con retraso, porque once años es casi demasiado tarde para empezar, y quiere empezar ahora, y yo ya pienso que pasa demasiado tiempo online, a saber con quién coño habla cuando está conectado a todas horas y todavía tengo que preparar la ropa de Tommy para la recaudación de fondos, joder, mañana es el día de los disfraces y yo ni siquiera he ido a hacer la compra aún…».

Rothko aminoró el paso para escucharla mejor. Entrecerró los ojos para mirar el sol que atravesaba las nubes.

«Un niño ya es un drama. Tres, debo ser una puta masoquista…».

Una cosa era distinguir el bien del mal encerrado en una habitación. Era mucho más duro tener moral ahí fuera en el mundo, donde había tanto en juego.

Solo quería ser quien esperaba ser. Pero ¿cómo?

Se había pasado la vida haciendo las cosas sin pensar. Lo había descubierto demasiado tarde: era lo que hacía lo que le convertía en quien era.

¿Cómo podía convertirse en una persona diferente?
Tal vez solo tenía que probar a hacer cosas diferentes.

SIETE

La caravana estaba caliente cuando llegó a casa y Rothko se quedó dormido con la ropa puesta, acurrucado con Donovan, que ocupaba la mayor parte de la cama. Volvió en sí a última hora de la tarde, le despertó el sonido de su propia voz, gritando, y la lluvia restallando contra el techo. Estaba sudando y el corazón le martilleaba. Se sentó en el borde de la cama, con la boca pastosa. Esperó a que el sueño le abandonara. Avergonzado. Echó un vistazo a la lluvia y los truenos desde debajo del toldo de la caravana. Se sentía demasiado horrible para estar en paz. Un intruso que carecía de la elegancia para algo que requería de tanta destreza como existir.

Ya no.

La caravana encontró su propio camino, él apenas tuvo que girar el volante antes de aparcar en una plaza en una calle residencial en la parte acomodada de la ciudad. Apagó el motor y se sentó en un silencio vibrante durante un minuto entero delante de la casa de Sarai.

Se sabía la dirección de memoria por las cartas pero nunca había estado allí. Tenía el mismo aspecto que la casa en la que habían crecido. La calle parecía la misma. Los dúplex, las casas adosadas con fachadas de guijarro de los años treinta. Las puertas de garaje

verdes. Los pequeños jardines de la entrada con dedaleras, lilas y rosas. El otoño flotaba en el aire, proyectaba una luz broncínea sobre todo. Gente con jerséis de lana que cargaba bolsas de la compra. Gente al teléfono que llevaba niños de la mano.

Era un barrio de buhardillas reformadas y matrículas personalizadas. Sarai tenía una puerta roja. Todo lo demás era de diferentes tonos de beige. Las paredes, el camino del jardín. Siempre le había parecido una ostentación infinita, amenazante y siniestra. Pero quizá había algo en la decisión de ponerse a trabajar en serio y seguir adelante. ¿Y qué derecho tenía Rothko para juzgar lo que cualquier otra persona hiciera para sentirse segura?

Rothko bajó de la caravana, le sujetó la puerta a Donovan y recorrieron el camino juntos para llamar al timbre.

Pasos escalera abajo. Sarai abrió con una cara contenida en plan *Hola, ¿en qué te puedo ayudar?* Cuando vio que era Rothko, su expresión colapsó y emergió la verdadera. Parecía exhausta. Derrotada.

«Estás aquí». Su voz era débil.

Para Sarai la sonrisa de Rothko era igual que cuando tenía cuatro años.

«¿Quieres que vayamos a recoger sus cosas?».

Había mucho que hacer. Pero lo que Rothko había aprendido al cumplir una condena tan larga era que si pensabas en lo mucho que te quedaba por hacer, acababas por no hacer nada.

Era mejor reducirlo al mínimo imprescindible, como si cada pequeña tarea fuera todo. Si seguías esa pauta todo el día, al final

avanzabas.

Él solía pensar en el tiempo que tenía que cumplir como si se tratara de excavar un túnel en una montaña con una puta cuchara. Era un túnel que se cerraba tras él a medida que avanzaba.

No podía pensar que era una tarea imposible. Si lo hacía, se rendiría. Las paredes se derrumbarían, él se quedaría sin aire y se asfixiaría como el inútil que siempre había sabido que era.

No.

Solo tenías que seguir excavando. Y al final, en algún momento, si continuabas, acabarías llegando al otro lado. De nuevo al aire libre y a la luz del sol.

Ahí estaba él para demostrarlo.

Pero tenías que cavar por cavar, sin pensar en la meta.

Suspendido en el tiempo, como el planeta. Aplicando todas sus habilidades. Afrontar las dificultades prácticas le liberaba de la vorágine de sus pensamientos. Crear orden a partir del caos. Cuando estaba absorto en ello, su creatividad era una plegaria a toda la creación, ritualizaba el mito, recreaba el Génesis al dar vida a nuevas ideas. Y cuando salió del trance, al final del segundo día, vio lo que había hecho. Y estaba bien.

Al fin había salido del túnel.

Había construido la estantería, había barnizado la madera contrachapada y las vetas se veían preciosas a través del acabado. Ahora estaba deshaciendo las cajas. Las cosas que la hacían quien era. Libros. Lomos negros y lomos naranjas y lomos verde claro. Fotografías enmarcadas de días que habían pasado juntos que Rothko había olvidado que había olvidado. Un joyero con música de dos pisos que había pertenecido a la madre de Ezra, Rose. Cuando

lo abrías, sonaba Tchaikovsky. Y la gastada bata de seda, color rosa palo, que era lo único que tenía para recordar a su propia madre, Lizzie. Tenía bordados dos pajaritos alrededor de las mangas.

Su tocadiscos.

Tuvo que cambiar el enchufe antiguo y poner uno de los nuevos. Pero el reproductor estaba bien.

Montó el equipo de música en la superficie que había construido. Ocultó todos los cables de un modo elegante para que no hubiera cables enredados por la habitación. Colocó los altavoces para que el mejor sonido llegara a la cama. Era una de esas camas que se subían y se bajaban con un mando. Se sentó sobre la cama y reclinó la cabecera. Se dio cuenta de que si fuera cinco centímetros más alta Meg podría ver por la ventana tumbada. Así que fue a buscar más madera y construyó una tarima para elevar la cama.

Sarai volvió de trabajar esa noche y se encontró a Rothko en la habitación de Meg. Estaba transformada.

Había construido la tarima y había limpiado el serrín. Había una mesita de noche y un tocador a juego, con un espejo de tres hojas que tenía el borde decorado con efecto escarcha y flores alrededor.

Sus discos estaban en una caja de madera integrada en la estantería. Sus libros estaban en la estantería. Las fotos estaban en sus marcos de pie, y Rothko había colgado una lámina de Picasso que había encontrado en la tienda de caridad. *Maternité (Madre e hijo)*, 1905. Había una estantería de metal blanca en la pared del fondo para almacenar todo lo necesario para los cuidados, con una cortina fina para taparla; nomeolvides estampadas en tela amarilla. Una lámpara al lado de la cama. Una lámpara en el tocador. Con pantallas amarillas.

«Tiene un aspecto increíble». Sarai lo miró todo. Con las manos en la boca.

«Cuando me pongo con algo. Ya sabes». Rothko se sentó en el taburete del tocador. Temblaba tras el gran esfuerzo que había hecho. «Creo que ya he terminado».

Sarai desbloqueó el teléfono y se puso a buscar. «Mira», dijo. «¿Quieres verla?».

Rothko se puso de pie, cogió el teléfono y contempló la imagen. Ahí estaba ella. Las manos como pequeñas garras a los lados, su cuerpo puntiagudo y ligero como el viento. Llevaba un cárdigan enorme de angora falso del que salían unas borlas. Y vaqueros azules, cortados por encima del tobillo, las hebras deshilachadas colgando por debajo de los dobladillos y sandalias peludas rosas y Rothko se fijó en la parte de atrás de los tobillos, donde la guirnalda de nomeolvides que tenía tatuada alrededor del tobillo izquierdo se había estropeado con el paso del tiempo. Ella estaba medio dándole la espalda a la cámara. Caminaba delante de quien le sacaba la foto, en una habitación que Rothko no reconoció. Estaba a media carcajada, con la barbilla levantada, la boca abierta. Tenía profundas arrugas en la piel, y el cuerpo deformado y encogido. Era tan real verla. Pero le impactó. Porque ahí estaba. Esa era ella. Y sus ojos eran sonrientes y tan efervescentes como siempre.

«Mira, es una foto live. Puedes presionar y se mueve». Sarai le mostró a Rothko que si tocabas la foto de la pantalla, se movía; un clip de dos segundos de vida en bucle. Meg riendo, y andando, y apartando la mirada. Y Meg riendo, y andando, y apartando la mirada.

«No parece ni un día más de setecientos cincuenta años». Rothko le quitó hierro, pero Sarai notaba el impacto que había tenido en él.

«Yo creo que está muy guapa en esa». Sarai se tumbó en la cama. «Puedes seguir pasando si quieres. Hay más». Apretó el mando para incorporarse. «La cama es muy buena».

Rothko deslizó el dedo por la pantalla y miró. Meg, en la mesa de un café con la cabeza girada a un lado. Mirando por la ventana, con el pelo tan gris como la espuma de las olas en los espigones. Intentó presionar la foto como había hecho Sarai, pero esa no se movía.

«Scott la compró en Marketplace. Es increíble las cosas que se encuentran».

«Qué suerte». Rothko le devolvió el teléfono y se sentó de nuevo en el taburete del tocador. Lo giró un poco. «Su cara».

«En serio, Roth. Esta será la habitación más bonita que ha tenido en su vida». Para Sarai el gesto era enorme. «¡Ni siquiera sabrá dónde está!». No se lo podía creer. Parecía tan feliz, que hizo que Rothko se preocupara por haberse excedido.

Subió la cama hasta el tope. Luego la bajó hasta que quedó plana. Luego la subió de nuevo. Rothko se acercó a la ventana; había estado ventilando para que se fuera el olor a barniz y se quedó allí, mirando la calle. «¿Cuánto ha costado todo?», preguntó Sarai.

«No te preocupes».

«No seas idiota».

«En serio. Está bien». Rothko caminó lentamente hacia los vinilos, los hojeó. En busca de los recuerdos que vivían en las fundas de los discos. Cuando era joven había pasado tardes enteras mirando las fotos de las cubiertas de esos álbumes. Escogió uno al azar. Bob Dylan, *The Bootleg Series*. Dejó caer la aguja en él cantando «Who

Killed Davey Moore» en vivo en Carnegie Hall. La canción los transportó.

«Nunca la había oído», dijo Sarai al final, cuando el público empezó a aplaudir. Rothko se unió al aplauso.

«Tiene algunos buenísimos». Volvió a hojear. Steve Wonder. «¿Te acuerdas de esta?». Puso «A Place in the Sun». Sarai se puso a bailar alegre en la cama. Cantó a coro. *Like a long, lonely stream, I keep running towards a dream*… Joder, ¡me encanta esta canción!», dijo ella, y tenía lágrimas en los ojos.

«¡Es tan buena!». Y la cara de Sarai en el espejo reía, lloraba, cantaba y la luz tenue de la lámpara y el olor a madera cortada y barniz que flotaba en la habitación. Después de Steve, volvió a hojear los discos, se decantó por *Speaking in Tongues*. Siempre había sido el álbum preferido de Meg.

Sarai se puso de pie y comenzó a hacer su gracioso baile arriba y abajo, de pasos amplios y lentos. Rothko subió el volumen y el ruido atrajo a los hijos de Sarai. Primero a George, el mayor, de once años. Luego a Hayley. De seis. Se quedó cerca de la puerta, tímida. Empezaron a bailar con Rothko y Sarai, luego Tommy entró saltando. Era el mediano. Ya de siete.

«¿Qué es esto?», preguntó. «¿Qué estáis haciendo?».

«Pregúntale a la tía Rothko», dijo Sarai cogiéndole la mano a Rothko en un baile torpe. «Es su culpa». A continuación Rothko estaba dando vueltas y saltando con su sobrino de la mano hasta que Hayley rompió el círculo para unirse ella también.

«BURNING DOWN THE HOUSE!», cantó Sarai en la cara de Hayley. «Esta le encantaba, ¿verdad?». La alegría era patente en los ojos de Sarai. «¡Hacía muchísimo que no la escuchaba!».

Los niños saltaban y se empujaban unos a otros. Tommy se cayó y lo pisotearon, pero se levantó como si nada. Sarai estaba cantando a pleno pulmón y los niños berreaban.

Scott gritó: «¡A cenar! *Niñas*. La cena. Ya mismo». Y Rothko apagó la música. Sarai condujo a los niños al piso de abajo a cenar, pero se quedó en la puerta, mirando a Rothko.

«Se alegrará tanto de verte».

Rothko se sentó en el taburete del tocador. Sarai veía su espalda en el espejo de tres hojas.

«Tengo algo que decirte». Ella asintió a modo de *estoy escuchando*. «Esto es de lo que soy capaz. Y lo he hecho más por ti que por ella». Se enderezó, abrió el pecho. «No la he perdonado. Y no me fío de ella. No creo que pueda correr el riesgo de acercarme a ella. Nunca más». Sarai entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. «Es una persona tóxica, despiadada y herida». Pese a la presión que sentía por mostrarse, Rothko se mantuvo firme. Rechazó el impulso de desdecirse y ser agradable para estar a buenas. «A la vez, sé que también es una bellísima persona, generosa y fascinante. Llena de amor. Pero al margen de la versión de sí misma que sea, siempre se ha tratado de ella». Sarai frunció el ceño. «Su dolor. Su alegría. Éramos sus bebés, y luego dejamos de serlo y eso era lo que le pesaba a ella. No importaba lo duro que fue para nosotros, que la perdimos de esa manera. Ella es incapaz de sentir nada que no sea su dolor». Levantó la vista para comprobar que su hermana estaba con él. Intentó sintonizar con la frecuencia con la que ella lo escuchaba, pero no lograba encontrarla. «La perdimos de esa manera porque estaba jodida. Es triste. Si se hubiera controlado, todo habría sido distinto».

Sarai percibió la verdad de las palabras de Rothko, y estaba agradecida, pero no estaba de acuerdo. Desde que sus propios hijos llegaron a su cuerpo y salieron de él y entraron en su vida, había hecho muchos intentos de arreglar las cosas y había perdonado a sus padres. Se dio cuenta de lo complicado que había sido. Cuán imposible y frágil. Ella quería pasar página de lo que había sido duro para la familia y tratar de disfrutar de lo que quedaba.

Ella había visto lo mucho que a sus hijos les gustaba estar con su madre, y eso había tenido efecto. Le había hecho darse cuenta de lo poco que importaba el pasado, ahora tenía un futuro del que ocuparse. Había llegado a un punto en la vida en que le importaban más sus hijos que su infancia.

«Lo que estoy diciendo es que esto es lo que yo puedo dar». Miraron la habitación, juntos. A Rothko se le humedecieron los ojos, se le saltaban las lágrimas. «Después de esto, yo he terminado. No puedo estar aquí para cuidarla como me has pedido».

Sarai lo hizo ponerse en pie tirándole de las muñecas, lo rodeó con los brazos y lo apretó contra ella, frotándole la espalda. Lo abrazó como solo una madre sabe abrazar a una persona. Sintió a Rothko dejarse llevar.

Se oyó un golpe abajo, luego gritos.

«Dios mío». Le apretó el brazo al apartarse. «Eso no suena bien», y salió de la habitación para comprobar qué daño se había infligido a quién.

Rothko se quedó y volvió a hojear los discos. Enfadado porque Meg se las hubiera arreglado para conservarlos pese a que había perdido tantas cosas.

Roberta Flack.

La música le pegó, fuerte, y le puso en su propia piel y envolvió la piel alrededor de su cuerpo y unió todo y le cantó y le insufló vida y le enseñó todo lo que él sabía y le dijo que todo era como debía ser y que en realidad estaba bien que las cosas dolieran tanto como lo hacían porque algunas personas en este mundo son capaces de coger ese dolor y hacer esa puta magia con él. Esa música que hacía que otros pudieran llevarlo mejor.

Él había heredado de Meg el amor por la música.

Movió las manos por los estantes. Sacó una caja de zapatos de cartas que había colocado ese día. En su mayoría eran de gente de la que él nunca había oído hablar, pero justo al fondo ahí estaban: todas las cartas que ella le había escrito a Rothko y que Rothko había devuelto sin abrir. Sacó la última y leyó:

Hola, palomita:

Es tu cumpleaños. Bueno, para mí lo es en cualquier caso. Para ti no lo será cuando recibas esto. Aunque tampoco es que lo vayas a leer.

Treinta años. No parece real, ¿verdad?

No he bebido nada en cuatro meses ni he tomado nada. Sé que no me creerás, pero es cierto.

¿Qué tal la comida? Espero que no sea un problema. Tengo mis métodos para enterarme de en qué andas. Sé que te estás portando bien. Aquí todo el mundo está bien. Tu hermana está a punto de dar a luz. Está bien.

Ahora mismo estaba caminando de vuelta a casa y he visto a alguien que se parecía a ti. Hace sol fuera. Pero ha estado lloviendo toda la mañana.

Tengo la radio encendida. Acaban de poner «Sound and Vision». Me acuerdo de ti bailándola. Bailabas tan bien. Eras tan mona y regordeta.

Sé que no es fácil ser fuerte. Es mucho más fácil colapsar. Pero tú no eres así. Estoy orgullosa de ti. Mantén la cabeza alta.

Te quiero

Mamá x

La volvió a meter en el sobre. Con pesar. Puso la caja en el estante otra vez.

«No he bebido nada en cuatro meses». Si le hubiera enviado una puta respuesta.

Había guardado la mayoría de las herramientas en la caravana, pero hizo un último barrido en la habitación. Satisfecho, se sentó de nuevo en el tocador. Estaba reluciente; lo había encontrado en la tienda de antigüedades arquitectónicas donde su madre había trabajado mil años atrás. Rothko había merodeado por aquel sitio durante horas, esperando a que ella terminara su turno hasta que ella le había dado aquel balancín de caballito para que lo arreglara, le dijo que podía hacerlo si perseveraba. Ese verano demasiado brillante cuando todavía estaba todo por llegar.

Había tanto de ella en él.

Dionne en la rave, gritando por encima de la música: «Pero no fui capaz de hacerlo mejor. De ser tú».

Era como si cada Rothko que había existido estuviera en esa habitación con él. Todos los Rothkos que había llevado a todas partes durante años y a los que había reprimido e ignorado y hundido en su interior, todos estaban allí. De pie, pasándose el brazo por los hombros unos a otros. Levantó la aguja de Roberta. La bajó sobre Miles, *Kind of Blue*, y sintió que se elevaba. Que caía. Que se hundía. Que le transportaba. Todo hablaba y todos los pequeños Rothkos del pasado y todos los Rothkos que habían crecido y todos los Rothkos que no y todos los Rothkos del futuro y todos los Rothkos de ahora mismo estaban en la habitación, de pie, dándole la espalda a las paredes de la habitación, las caras serenas, sus voces

eran Miles y John, sus manos flotaban en el viento y él les oía llamándole, todos los Rothkos que habían estado en la cárcel durante quince años y los Rothkos que habían caído en una adicción grave, y el Rothko que fue corriendo a Meg la noche del incendio y el Rothko que nunca regresó y el Rothko que sí.

Él los amaba a todos. Y ese sentimiento era nuevo para él.

Los niños estaban cenando en la cocina, gritándose unos a otros mientras Rothko se deslizó escalera abajo. Donovan, dormido en el recibidor, se levantó y se las arreglaron para irse sin que nadie los oyera.

OCHO

En la unidad de emergencias del Hospital General de Edgecliff, Meg estaba esperando a que la atendieran. Estaba sentada en la cama, con las piernas colgando, las cortinas abiertas, observando el trasiego de la sala de espera.

Las chicas de ahí fuera le recordaban a ella en el pasado, cuando tan pronto como Meg se despertaba en una habitación como esa, se quitaba las vías y volvía a salir para consumir otra vez.

Ya no.

Sentía ternura por ellas. Por todas ellas. Incluida ella misma. Y ese sentimiento era nuevo para ella.

Sus dos bebés habían nacido en ese hospital. Pero no era su sitio, no más que el de cualquiera. Pertenecía a quien fuera que despertara en las camas, aterrorizado, completamente solo. O que se desmayara en las salas de espera, agradecido y sobrepasado.

Vio una cara conocida, cojeando hacia las máquinas expendedoras. Errol levantó la vista desde la otra punta de la sala y la saludó con la mano. «Hola, lianta».

«¿Qué estás haciendo aquí?», preguntó ella. Él se acercó arrastrando los pies.

«He venido a hacerme un lifting», dijo él. Meg se rio con su ruidosa carcajada.

«Sea él quien sea, no lo vale».

«Vi a tu pequeña. Hace un par de días. ¿Rothko?».

Meg abrió los ojos de par en par.

Errol se quitó el gorro y lo sostuvo en la mano mientras se rascaba la cabeza. «Me dijo que si te veía, te dijera que había vuelto a casa».

La cara de Meg era una flor al sol. Las arrugas de su frente se suavizaron. Aflojó la mandíbula, los puños, relajó el cuello y la espalda, dejó de encorvarse. Se sumió en un estado de pura alegría, entrelazó las manos bajo la barbilla y cerró los ojos para sentir mejor la sensación que le calentaba las venas como un *te quiero* como quizá no era demasiado tarde. Como *mamá*. Como quizá no era demasiado tarde para ser amada.

Fuera era de noche. Angel Douglas se sentó en su banco favorito detrás de la estación de tren. Cerca de donde el río se hundía entre las orillas estranguladas, camino del mar. Donde las plantas industriales y los almacenes entraban en liza por los límites de la ciudad.

Nunca iban a ese parque cuando ella era pequeña. Quizá no existía por entonces. Era un terreno privado o una promesa que todavía no había hecho el ayuntamiento a la desesperada. O tal vez simplemente estaba demasiado lejos del piso de su madre como para que lo consideraran un sitio que les pertenecía.

Era su banco favorito porque nunca se sentaba nadie. A Angel se le había pasado por la cabeza que quizá la gente lo dejaba desocupado como muestra de respecto. Pero eso no impedía que ella se sentara allí. Era un banco que conmemoraba la muerte de un

niño, y la familia había colgado cosas que giraban de las ramas que lo resguardaban. Espejos y lazos.

Le costaba creer que ese mismo espacio, que solo unas horas antes había estado lleno de familias y niños jugando y perros moviendo la cola, cambiara de forma tanto y tan de repente. Se convertía en un terreno furtivo para las sombras que colocaban sus cartones y esperaban que no estuvieran rotos por la noche.

El mismo escenario. Un espectáculo distinto. Un elenco nuevo. Parecía como si el cambio hubiera sido cuidadosamente ensayado.

Angel no sabía cuánto tiempo había estado allí sentada. Desde que los niños del fútbol se habían aplaudido unos a otros, corriendo de espaldas desde el extremo opuesto, diciendo «mala suerte». Desde que paseaban los ancianos con abrigos de invierno y las manos a la espalda. Pero ya era de noche, se habían ido todos, y flotaba la amenaza en el aire.

No podía moverse. Sus gafas de sol tenían la lente izquierda rayada. Estaba demasiado oscuro para llevarlas, pero no quería mover las manos para quitárselas. Si movía cualquier parte del cuerpo, sería aún más difícil decidir qué hacer.

Tenía que ir a casa.

No quería ir a casa.

¿Qué era casa? Casa era ese momento, ese banco. Sola en ese parque. Donde durante el día la gente corría para enfrentarse a la falta de sentido. Y por la noche bebían, por la misma razón.

Le había dicho a Ruby que tenía turno de noche otra vez. Quizá era así.

Ella estará bien. Todo irá bien.

Haciéndose la graciosa para subirle el ánimo a mamá. A los diez años. Haciéndose la dulce para evitar que papá se enfadara y desapareciera de nuevo. Velando por la paz a todas horas, esquivando los estallidos de puntillas, tratando de sacar un buen día de los escombros de uno malo, cuando el estrés de intentar sostener sus vidas hacía que su madre fuera inconsolable. Excepto si Angel lograba quitarle importancia a las cosas.

La persona que se suponía que era le decía a la gente lo que quería escuchar.

Era patológico, le dijo Ruby. «Tu forma de complacer a la gente es psicótica». Angel había asentido con la cabeza. Pero ¿qué coño sabía Ruby de la psicosis?

Ella estará bien.

NUEVE

La noche descendió sobre Edgecliff y Rothko apenas alcanzaba a distinguir las nubes cambiantes que tenía encima, parecían caras barbudas mientras él estaba atrapado en el tráfico, haciéndose preguntas sobre la gente de los otros coches.

Llegó al bloque de Dionne y redujo la velocidad para mirar. Incluso después de todo ese tiempo, el aspecto de la calle que subía hasta su casa era devastador.

Aparcó a la vuelta de la esquina. Llevó a Donovan a olisquear por un trozo de hierba pelado que se extendía entre dos porterías hechas polvo.

Estaba llamando. Quería colgar, pero se obligó a quedarse a su lado de la línea.

Ella respondió hablando lento. «¿Hola?».

«¿Dee?», preguntó Rothko. Pero por supuesto que era ella.

«¿Sí?». Su voz se coló por la oreja de Rothko mientras él la apretaba contra el teléfono.

«Soy yo».

«Sabía que serías tú».

Rothko se rio. «¿Cómo?».

«Tenía un presentimiento».

«¿De qué tipo?».

Rothko echó la cabeza atrás para observar los techos de los edificios. Buscaba la luna, pero no la encontró.

En su casa, Dionne se sentó en la moqueta del salón que también era su habitación y se apoyó en la pared de debajo de la ventana. Movía las zapatillas peludas de andar por casa de color rojo con los dedos de los pies. Agnes estaba sentada en el sofá con sus agujas de crochet, frunciéndole el ceño a la tele, desafiando a los presentadores de las noticias de vez en cuando. Joseph estaba en la cocina con el ordenador. Haciendo los deberes.

«¿Qué estás haciendo?», le preguntó Rothko.

«Estoy en casa».

«¿Estás ocupada?». Y Dionne dejó que el silencio se instalara un segundo entre ellos. Se preguntó si debía castigarle por no haberla llamado antes.

«Quizá. ¿Por qué?».

«Mmm. Estaba pensando…». Pero era un sentimiento que no se podía expresar. Rothko la oía sonreír.

«¿Quieres venir?».

«Sí», admitió él.

«Ven. Me encantaría que vinieras».

Tenía una sensación en el cuerpo que empezaba en su mandíbula sonriente y le recorría entero; una sensación de «sí» vertiginosa que le hizo dar vueltas en círculo demasiado rápido. Inclinó la cabeza para que se pasara el mareo. Esperó a que la sangre se le asentara. Donovan levantó la vista de la brizna de hierba que estaba investigando. Contento de que Rothko no necesitara su atención, volvió a lo suyo. Tan diligente como siempre. La nariz baja rozando el terreno frío.

«Estoy aquí al lado. No tardaré mucho».

«Así que te acuerdas de dónde vivo».

Rothko tarareó una breve nota de placer. Que le hablaran con esa naturalidad. Ser cómplice de un juego. «Más o menos, sí». Se interrumpió. «Oh, Dee, perdona, ¿te importa si llevo a mi perro?».

«¡Nos encantan los perros! El nuestro, Diesel, murió el año pasado; nos rompió el corazón. ¡Trae a tu perro! A Joseph le encantará que venga un perro. ¿Verdad, cariño?», preguntó en dirección a la cocina.

Rothko oyó una voz diciendo. «No te oigo».

«Viene mi amigo. Va a traer a su perro con él», gritó Dionne.

Entonces la voz dijo algo que Rothko no oyó y Dionne se rio y dijo al teléfono: «Joseph está entusiasmado. Por conocerte. A ti y a tu perro».

Rothko se balanceó sobre los dedos de los pies del placer al notar cómo se sonrojaba.

Él.

DIEZ

Angel llevaba meses sin dormir. Sabía lo que era estar cansada. Pero estar sentada toda la noche en un banco de ese modo era un nuevo tipo de embotamiento. Cubría todo de una espuma densa.

Solo estás cansada.

Quizá cuando llegara el bebé, el instinto maternal se apoderaría de ella y mejoraría las cosas con Ruby.

Cada vez que parpadeaba, veía los ojos marrones de Trish devolviéndole la mirada.

¿Debería hacerse una chapa con nuevos pronombres? ¿Llevarla al trabajo como si a alguien le importara y se molestara en leerla?

Ruby les había contado a todos sus amigos que estaban buscando un bebé.

Todo el mundo estaba encantado y habían salido a comer para celebrarlo. Ruby pasó el brazo por el respaldo de la silla de Angel y le besó la mejilla y el cuello y dijo «Angel será un gran padre» y todos se echaron a reír. Angel se había reído con ellos. Pero nadie sabía cuánto anhelaba ser el padre de alguien. Lo mucho que luchaba para impedirse a sí misma reconocerlo.

Esa noche en casa, Angel estaba hecha polvo por la conversación y Ruby le dijo «Nunca haces un esfuerzo», y en algún momento de la discusión, Angel no recordaba las palabras, solo los sonidos y la sensación de asfixia en la garganta, Ruby tiró una lámpara contra la

pared y se rompió y derribó también la botella de vino y manchó la moqueta y Ruby se puso furiosa por la moqueta.

A Ruby le encantaba esa casa.

Lo decía a todas horas, lo mejor de Edgecliff era el parque inmobiliario.

¿Cómo seguiría pagando la hipoteca?

Se lo pediría a su padre. A sus hermanas. Se lo pediría su madre.

Se arremolinarían en torno a ella. *Pobrecita*, dirían. Y borrarían cualquier recuerdo de Angel, lo limpiarían comprando cosas nuevas. *No te preocupes por la mancha de vino en la moqueta. Te compraremos una nueva preciosa. Para los preciosos pies nuevos del bebé*.

Todas las cosas que ella quería y Angel nunca sabía comprar. Como cortinas, zapateros, jardineras elegantes. Todas las cosas que Angel no podía hacer.

Al principio, Ruby encontraba ese rasgo encantador. Angel era su nuevo proyecto. Alguien a quien civilizar. Pero resultó que no era posible civilizar lo suficiente a Angel.

¿Cuánto tiempo esperaría Ruby a que Angel volviera a casa? ¿Cuánto pasaría antes de que cayera en la cuenta de que se había acabado de verdad?

Angel nunca había sido dependiente. Pero Ruby necesitaba más cosas que Angel. Como cenas fuera. O máquinas de vibración sobre las que te ponías de pie y que se suponía que te quitaban la grasa a sacudidas mientras escuchabas un pódcast. O habitaciones de hotel o copas en una terraza. Así que Ruby le asignó a Angel una paga, la metió en una cuenta bancaria, y le dijo «Ahora tendrás dinero para mimarme». Días de spa. Entradas de teatro. Cosas para la casa. Ella

comprobaba los extractos cada mes para asegurarse de que el dinero no iba a donde ella no quería que fuera.

Pero incluso así, con instrucciones claras, Angel no era capaz de comprar las cosas correctas. Porque a Angel le faltaba entrenamiento. Las señales sutiles de no haber tenido nunca suficiente. ¿Suficiente qué? No digas la palabra delante de Ruby. No digas «clase».

Dijo que ella quería que Angel la sorprendiera más.

Pero lo que quería decir era dame exactamente lo que quiero o dejaré la mirada perdida a media distancia, pensando atronadoramente que habría estado mejor con otra persona.

Dionne estaba durmiendo, Rothko estaba tumbado a su lado, observando la habitación. Había arrugas en la moqueta, se estaban uniendo unas con otras. Todas las noches que había pasado sin dormir: demasiado alerta, demasiado muerto, demasiado asustado. Demasiado inconsciente o demasiado consciente, demasiado solo o no lo suficientemente solo. Lo mantenían despierto una compañía de sombras, a veces reales, a veces imaginadas. O los gritos de otra gente en sus celdas al otro lado de la pared. O el volumen de sus propias ideas.

Él había terminado con Meg. Él no se iba a ofrecer para cuidarla. Quería que ella estuviera bien. Lo anhelaba tanto que le dolía. Pero no podía dejarse absorber de nuevo. No quería la fantasía. Quería estar ahí, en la vida real, donde las cosas eran reales.

Estudió la piel de Dionne, se fijó en los detalles. Las pecas, los puntos y los grados de pigmentación. Sintió la expansión de sus

pulmones. La perfección de todo. No quería quedarse dormido. El momento era lo que era. Tranquilo. Suave. Perfectamente melancólico. Pero se quedó dormido.

A su manera cada uno se daba cuenta cuando dormían en su presencia. La calma profunda que había estado tanto tiempo enterrada en sus cuerpos, que ambos pensaban que nunca había existido. Pero estaba ahí, y había estado ahí todo el tiempo, esperando. Esa calma era desesperada pero metódica. Paciente. Curiosa. Llena de compasión. Y al dormir en presencia el uno del otro, era un tipo de calma resplandeciente que no se disipaba por la mañana. Se querían como adultos.

Donovan a los pies de la cama plegable. La luz a través de las cortinas era un espectáculo. La habitación estaba caldeada y Rothko estaba feliz y Dionne estaba feliz, y era un sentimiento simple.

«¿Hoy trabajas?», preguntó Rothko, atrayéndola hacia él, notando como ella se acurrucaba hacia atrás en su cuerpo. El pelo en la almohada y su piel suave que olía a dormir. «¿O te puedo llevar a algún sitio?».

«No», ella se dio la vuelta. «Hoy no trabajo». Lo miró con los ojos, y luego con sus besos. «¿Adónde vamos?».

«No lo sé. ¿A pasar el día a algún sitio bonito? Podríamos llevar al perro a dar un paseo. ¿A un pub campestre? ¿Sabes? Podríamos coger el tren».

A Dionne le gustaba su manera de hablar. Tímido como un perro apaleado. Pero de algún modo valiente. Lo admiraba. Era una persona honesta, extraña, atractiva.

«Sí, por favor». Fue a hacer café y a despertar a Joseph y a llevar a Agnes su taza de té y Rothko plegó la cama, llevó las tazas vacías

de anoche al fregadero y las lavó.

Estaba en la cocina cuando Joseph entró a desayunar. «Buenos días», le dijo Joseph al sentarse a la mesa.

«Buenos días, colega». Rothko se mostró alegre con él. Sonrió cuando Donovan entró desde el salón y se tumbó a los pies de Joseph debajo de la mesa.

«Buenos días, Donovan», le saludó Joseph mientras se agachaba para acariciarle la cabeza.

Rothko no había sentido nada igual en su vida.

No faltaba nada.

En algún momento, la noche dejó de insistir. Escupió el parque y dejó que el amanecer se hiciera con él.

Una luz triste se coló por los bordes.

A Angel se le había dormido el culo. Tenía la espalda helada. ¿Cuánto tiempo había estado sentada en ese banco? ¿De verdad había estado toda la noche ahí sentada?

Tenía que ponerse de pie y luego ¿qué?

No había luego qué.

El espectáculo estaba a punto de comenzar. El elenco volvió a cambiar mientras miraba.

Primero los corredores hicieron su entrada triunfal vestidos de neón. Luego la gente de uniforme de camino a sus turnos en los supermercados. Después los perros, echándose unos encima de otros mientras sus dueños estaban cerca observando, sonriendo y mostrando los dientes.

A continuación llegaron las madres y los carritos y los cafés en los bancos y la gente al teléfono manteniendo conversaciones a voces y los niños de dos o tres años con arneses para caminar y Angel seguía ahí sentada, contemplando la luz atrapada. Las cosas le parecían más verdes de lo que siempre se lo habían parecido.

Se acercaba una tormenta.

Estaba cambiando el aire.

Angel los contemplaba a todos, subiéndose el cuello del abrigo mientras caminaban un poco más rápido de lo que era placentero. Escolares. Ciclistas. Gente con la compra. Todos tratando de abrirse paso en la maraña vegetal de la luz subacuática.

La presión crecía tras las nubes. Y Angel formaba parte de ella. En cualquier momento.

Iba a diluviar.

Las moscas zumbaban en órbitas perezosas. Vio a una delante de su cara hacer la señal de la cruz entera tres veces y luego desaparecer hacia el cielo.

Pero ¿cuánto tiempo había pasado? ¿Cuánto tiempo llevaba sentada allí?

Los corredores seguían mirando hacia arriba. El parque se estaba vaciando. Y luego llegaron los truenos.

Era como un efecto sonoro barato de trueno. Como si alguien estuviera golpeando una plancha de hierro con una baqueta de xilófono en las obras radiofónicas que Ruby le hacía escuchar. Pero cuando sonó de nuevo, fue más agudo. Más parecido a una detonación. Perforó el cielo, luego arrasó y lo tomó por completo. Angel levantó la vista en busca del rayo. Contó los segundos. ¿O era al revés y se le había escapado?

Estás cansada. Eso es todo.

Lo estoy. Estoy cansada. No duermo.

Quizá el ejercicio la ayudaría. Le gustaba nadar. Hacía siglos que no iba. Podría apuntarse al polideportivo. Pero sus tetas y su tripa y sus piernas peludas.

Se había dejado llevar por la idea de que quizá ya no estaría nunca sola. Pero ahí sentada en el banco conmemorativo, en la oscuridad del parque vacío, sabía que ella no era lugar para nadie, y mucho menos para niños.

Los truenos eran más bajos. Un coro de truenos para tres voces. El temperamento explosivo de Ruby. Rojo sangre. Aplastante.

Llegó la lluvia.

Era lluvia de verdad. Cada gota gorda como un melocotón, hasta que se endureció como habían hecho los truenos y cayó del cielo con rabia contra la tierra, en pelotones implacables.

Angel se puso de pie. Se quitó las gafas de sol. Estiró y giró los hombros hacia atrás, como si se estuviera preparando para huir.

Había estado sentada durante tanto tiempo que había llegado al punto en que cada uno de los músculos de su cuerpo o se había dormido o la estaba matando.

La lluvia era caliente en el aire frío.

El olor a petricor. Angel lo inspiró una vez y otra y otra. El resto de la gente que había en el parque estaba boquiabierta, corrían a casa.

Se puso en marcha. Caminó hacia el café en lo alto de la colina. Estaba cerrado, pero tenía un tejado voladizo. Una pequeña parte cubierta delante.

Y todos los amigos de Ruby se quedarían horrorizados. Al principio no sabrían qué decir y Ruby lloraría y bebería negronis en los bares

de tapas a los que Angel nunca la llevaba, y la consolarían y la acompañarían a casa y todo sería culpa de Angel.

El camino subía en curva, al lado de las pistas de tenis, la de baloncesto, el parque infantil, todo estaba vacío y fustigado por la lluvia.

Angel llegó al café y se puso a cubierto. Empujó su cuerpo dentro, con la espalda contra la pared. Miraba la lluvia, que era tan fuerte que se formaban olas en el asfalto.

Un grupito de adolescentes estaba sentado a unos centímetros de Angel, vapeaban líquidos de arándano y algodón de azúcar, riéndose. Los relámpagos se sucedían como en stop motion. Los adolescentes no se percataron de la presencia de Angel. Estaban jugando entre ellos con los cordones de las zapatillas y chillaban cuando caían rayos.

Angel no sabía cuándo sucedió, o quién lo empezó, pero de repente las cuatro chicas del grupo al lado del cual se había refugiado estaban cantando. Voces en armonía. Cantaban bien. Con la precisión de un coro de iglesia y una alegría espontánea. Angel estaba segura de que era una canción de iglesia, o al menos una canción tradicional muy antigua. Pero no lo era.

Nunca quise hacerte daño.

Cuando el cielo se despejó, el repentino cambio de tono parecía exagerado. Salió el sol, los pájaros se pusieron a cantar y se levantó la niebla. Parecía mentira lo rápido que se había aclarado la turbiedad de la luz. Los adolescentes cogieron sus mochilas y se fueron corriendo al parque. Gritándose unos a otros. Angel tenía la sensación de que esa parte del espectáculo en particular se había

puesto un poco sentimental y echaba de menos la magia melancólica de la tormenta.

Angel Douglas no era capaz de imaginar un momento en su vida en que no se sintiera atrapada bajo una nube como en ese instante.

No sabía por qué estaba atascada en el qué. Llevaba viviendo con el piloto automático desde que tenía memoria, y el sistema se estaba apagando.

Se puso de pie. Se alisó la ropa.

Era hora.

Se dirigió a la estación de tren.

Se iba.

Era hora de marcharse.

ONCE

Dionne y Rothko caminaban cogidos del brazo, sintiendo la novedad y la extrañeza del ritmo de otra persona aparte del suyo. No estaban seguros todavía de dónde se encontraban la cadera de uno y la cintura de otra. Donovan iba delante, olisqueando y haciendo pis. Dionne llevaba la correa. Cada tanto le hablaba poniendo una voz aguda de perro: «¿Qué has encontrado, chico? ¿Qué hueles?».

Llegaron a su andén. Rothko quería ir hasta el final. Quería ver tanto como fuera posible la entrada del tren en la estación. Le hacía ilusión.

Solo había otra persona allí. Pelo decolorado blanco peinado hacia atrás pero con mechones sueltos, la cara delgada, la piel tan blanca que tenía algo lunar, ojos con bolsas clavados en el suelo. Alta pero encorvada. Toda su ropa estaba empapada. Los vaqueros, las botas, el abrigo largo negro. Tenía los brazos cruzados. Los dientes le castañeteaban.

Donovan gimió cuando se estaban acercando a ella.

«¿Crees que ella está bien?». Rothko aminoró el paso. A Dionne no le gustaba la pinta que tenía.

«Vamos», tiró de él y siguieron avanzando por el andén. Pero Rothko no podía dejar de volverse para comprobar cómo estaba.

Se abrazaba a sí misma como si le doliera algo, y aparte de los dientes, no se movía. Estaba tan inmóvil que era perturbador. Su

cara era una máscara de tristeza absoluta. A Rothko no le parecía que estuviera bien. Él era la clase de persona que se daba cuenta de que los demás sufrían y no fingía que no estaba pasando solo porque pasaba a todas horas.

«Estoy segura de que la conozco». Dionne se estremeció y sujetó a Rothko del brazo. Pero no lograba ubicar de qué.

Rothko estaba preocupado. «¿Te parece que está bien?». Se apartó de Dionne para deshacer sus pasos en el andén en dirección a la mujer.

«Déjalo estar». Dionne se quedó atrás. No era asunto de ellos.

Angel Douglas había logrado calmarse. Había tomado la decisión. Y la decisión la había liberado. Oyó la voz de su madre. *¡Era camarera, Angel! ¡Una camarera! ¡Le dio su maqueta a un cliente!* Ruby en el restaurante y todo el mundo riéndose. *Angel será un gran padre*. Al fin había tomado la decisión. Y estaba bien. Había un final a la vista, no tendrían que seguir fingiendo. Y luego estaba la silueta con voz en la periferia de su visión. Acercándose. Vio la cara nadando a través de la maraña vegetal de la luz subacuática.

«¿Estás bien, querida? ¿Necesitas ayuda?», le preguntó Rothko mientras caminaba hacia ella. Sus ojos eran pozos mientras se encogía ante la pregunta.

Rothko se concentró en hacer saber a esa persona que la veían. Porque Rothko sabía que, a veces, solo hacía falta eso.

¿Por qué la miraba esa persona de esa manera? Angel no quería que la vieran. Finalmente había logrado reiniciar el mundo. No quería que viniera nadie y volviera a hundirla.

Ahora estaba cerca de ella.

Rothko vio el tren entrando. Sintió el estallido de ruido y luz cuando pasó con un estruendo hacia la estación.

Él vio que ella lo veía. La vio mirar el tren. Entonces vio cómo ella dejaba caer las manos a los lados mientras corría hacía el borde del andén.

Dionne estaba de pie más atrás, sujetando a Donovan. Mirando. Sucedió tan deprisa. Pero Rothko sintió que pasaba a cámara lenta.

El tren se acercaba a toda velocidad, llenó el aire de sonido. Rothko lo oyó en los dientes. Angel echó a correr hacia las vías. Propulsaba su cuerpo a través del espacio. Rothko reaccionó por instinto. Fue como un placaje de rugby, voló para interceptar su salto. Se lanzó, fuerte, hacia la persona que se estaba lanzando al vacío, y la sacó, con los brazos extendidos para saltar, de las fauces del tren que avanzaba veloz. Cogió el cuerpo de la mujer y la tiró al suelo con él cuando cayó al suelo, la sujetó con todas sus fuerzas mientras se hundían en el hormigón del andén. En tierra. Extremidades enredadas y torsos pesados. Cuerpos. Cosas tan poco sorprendentes y comunes, pero si les das el impulso suficiente son capaces de hazañas increíbles.

De algún modo, los dos seguían en el andén cuando el tren pasó haciendo vibrar el techo de la estación. El sonido resultaba más fuerte en presencia de la otra persona, de la que estaban repentinamente cerca.

Era un tren rápido, una fuerza imparable de metal y viajeros. Camino de alguna parte con más que ofrecer a la gente que iba en sus vagones que Edgecliff.

Las caras del tren miraban atrás, a Dionne corriendo hacia Rothko, y Rothko derrumbado sobre la persona que estaba debajo de él en el suelo.

Y entonces, la persona empezó a gritar. «No. ¡NO! ¡NO!». Y cada «No» duró mucho.

Rothko gateó como pudo hasta que los dos estuvieron sentados, y sujetó a la persona por los hombros y ella respiraba sollozando y tratando de apartar a Rothko diciendo: «¿Por qué has hecho eso?».

Dionne se acuclilló para sujetar a la mujer, su mirada saltaba de la extraña en el suelo a la cara afligida de Rothko. La mujer abrió los ojos y de repente estaba apesadumbrada. Se volvió a tumbar de espaldas, con la mirada fija. Se acurrucó. Pero la gente estaba llegando. Gente con caras avasalladoras y logos en las camisetas.

Había terminado. Estaba tumbada en el suelo, mirando a dos personas cuyas caras estaban tan apesadumbradas como la suya.

No estaba muerta.

Dionne se dirigió a ella: «Cariño».

Angel miró a la mujer con el pendiente sobre el labio y los ojos enormes y tristes.

«Está bien». Su voz era reconfortante. «Estás a salvo».

Angel cerró los ojos de nuevo. «Estoy tan cansada».

«Lo sé, querida, pero no puedes descansar aquí. Llamarán a la policía, y vendrán y se te llevarán con ellos». Angel levantó la vista hacia la mujer que le hablaba, estaba sujetando a Angel por el hombro y le acariciaba con el pulgar. Angel no quería irse con la policía. Espero a que esas personas le dijeran qué hacer.

«¿Quieres venir con nosotros?», le preguntó Dionne. «Podemos ir a algún sitio que sea seguro. Has sufrido una conmoción».

Y Angel miró a Rothko y a Dionne y a Donovan y dijo «Sí».

Y entonces Dionne la ayudó a levantarse, y los tres, vacilantes y temblorosos, salieron de la estación juntos. Donovan se puso detrás. Protegiéndolos en todo momento.

Se alejaron de la estación y la mirada de Rothko se sintió atraída por los bancos rotos de lo que había sido una zona comercial de tiendas de mala muerte. Se vio a sí mismo a los dieciséis, sentado en esos bancos delante de la casa de apuestas, después de haber faltado a clase otra vez. Saludó con la cabeza al sitio donde solía sentarse y el sitio le devolvió el saludo.

Quizá todo había sido para eso.

«Vamos al solar», le dijo Rothko a Dionne.

«Si me vais a joder, llegáis demasiado tarde. Estoy jodida». El tono de Angel era prosaico.

Dionne se rio. «No, somos amigos».

A Angel se le había soltado el pelo de la goma y lo tenía delante de los ojos, los miraba a los dos entre los mechones de pelo. La luz invernal se asomaba entre las ramas. Tenía la ropa mojada y se le pegaba a los brazos. La sostenían. Los cuatro caminaron en silencio por la ciudad, donde las tiendas estaban provistas de aparatos extraños: carritos de bebés de dos plazas, una trucha cantarina para colgar en la pared.

Dionne le frotó la espalda a Angel para que entrara en calor. Angel tropezó a causa del contacto y a Rothko le pareció ver a un Rothko más joven, unos pasos más atrás. Zancadas amplias y cara de dolor, caminaba rápido, miraba de reojo bajo la gorra. Pero cada vez que se volvía para verle, desaparecía. Finalmente, bajaron Turpin Road y atravesaron las pesadas puertas del solar. Rothko vio al joven Rothko

echando un vistazo. Y esa vez sus miradas se encontraron. El Rothko adulto le hizo un gesto con la cabeza. El joven Rothko ralentizó el paso. «Estás bien», le dijo el Rothko adulto antes de cerrar la puerta. Fuera, en la calle, atraíde por algo que solo podía sentir a medias, el joven Rothko observó las manos del Rothko adulto pasando la gruesa cadena por la puerta. Algo en la seguridad y la tristeza de esas manos le hizo bajar la vista a las suyas, cubiertas de mugre y humo y ceniza, antes de metérselas en los bolsillos y decirse que debía seguir.

«Ya sé que es raro», le dijo Rothko a Angel. «Pero aquí estás segura».

Angel puso los ojos en blanco y dijo: «Dios, un espacio seguro, no».

Dionne se rio al oír eso, pero Rothko no. Tenía una sensación de que la eternidad se había detenido en ese momento. De que el transcurso del tiempo se había canalizado en ese instante; ni siquiera al parpadear se le iba la sensación. Tenía algo de despiadado.

Donovan, Dionne, Rothko y Angel subieron a la cocina donde Dill y Eugene se turnaban para leerse en voz alta un libro de bolsillo. *Hangover Square*. La cocina estaba caldeada y olía a lo que estaban cocinando.

«Visitas», dijo Dill, levantando la vista. Llevaba un vestido de tirantes plateado. Una sudadera negra de seda con plumas alrededor de los puños.

«Ven. Siéntate».

Rothko le acercó a una silla a Angel, y se sentó. «No estoy tan mal, ¿no?». Intentaba bromear, pero su cara no bromeaba.

Dionne se sentó a su lado, y Eugene se acercó a los fogones y revolvió lo que había en la olla.

«¿Quieres comer algo, preciosa?», le preguntó mirando a Angel con dulzura. Para Angel fue esa mirada la que lo provocó. Ya no podía más. Eran demasiadas las cosas que había estado fingiendo no sentir.

Llegaron las lágrimas.

Lágrimas serenas que saturaron su rostro y la inundaron de una oleada de alivio. Bajó la cabeza para sentir la fuerza del momento. Se cogió las manos sobre el regazo para tranquilizarse. Dedos huesudos y largos. Apretando fuerte.

Eugene siguió revolviendo hasta que estuvo satisfecho, y le sirvió un bol de sopa a Angel.

«Te lo dejo aquí para ti». Eugene colocó el bol delante de ella y se sentó, cruzando las piernas, balanceando el tobillo. «Ayer me dio la sensación de que estaba llegando el frío, así que he hecho sopa de pollo. Ha salido buena». Angel le miró desde muy muy lejos. «Te juro que es mejor que la de tu abuela». Eugene era perspicaz, le gustaba analizar a la gente. Observó a Angel con interés. En su opinión, había algo elegante en ella. Pero era un poco severa para su gusto. Las manos esqueléticas que se aferraban una a otra. Blanca como la madera flotante decolorada que se había quedado a la intemperie en el solar. Veía al él en ella. A la ella en él. Lo queer era su lengua materna. Esta era un huevo, no tenía ninguna duda. Aunque la pobre criatura no lo supiera. Vio la insensibilidad en la que se había envuelto; no era malicia. Era un muro necesario, levantado para que no pasaran los problemas. Pero se veía claramente que los problemas habían entrado.

«¿Quieres uno?», le preguntó a Dionne.

«No, querido, gracias. Estoy bien».

Dionne, por otro lado, era mucho más el tipo de Eugene. La miró de arriba abajo y le puso un tic de aprobación. No era propio de Rothko llevar amigues a casa. Y la curiosidad de Eugene despertaba con facilidad.

«Soy Eugene», susurró. Enfatizando su nombre. «Esa es Dill». Dionne le besó en la mejilla. «¿Y?», le dijo Eugene a Rothko. «¿Quiénes son tus amigues?».

Rothko dijo: «Esta es Dionne». Y se sonrojó al decir su nombre.

«¡Oh!». Dill dio palmas. «Es una historia de amor. Qué desagradable».

«No la escuches», le susurró Eugene a Dionne. «Está celosa».

«No la culpo». Dionne le guiñó un ojo a Dill. «¿Has visto a mi hombre?».

La declaración pública de Dionne fue como un puente de oro tendido entre sus yos adolescentes y los adultos en que se acababan de convertir en ese momento. «Y ella es alguien que acabamos de conocer. No sé su nombre».

Angel, todavía llorando, tragó y se aclaró la garganta. «Estoy bien», dijo ella, con la cabeza entre las manos y el pelo cayéndole alrededor de la cara. «Yo solo». Pero se detuvo.

«No tienes que decir nada», le dijo Dionne. «Puedes descansar».

Eugene le frotó una mano caliente por los hombros. Estaba empapada. «Tenemos que conseguirte una muda».

Angel levantó la cabeza. Las manos se doblaron con elegancia en las muñecas cuando extendió una de sus palmas hacia Rothko. «¿Por qué lo has hecho? No tenías que hacerlo».

El sonrojo de Rothko ahora latía. «Voy a buscarte una toalla limpia y ropa. Así puedes darte una ducha caliente. Si quieres».

Angel miró fijamente a la persona que le estaba hablando, intentando ver lo que no se veía mirando. El sentimiento que había corrido hacia ella y la había arrastrado al suelo. La gigante calidez que la había hecho quedarse en el mundo.

Su cuerpo todavía arrastraba la tormenta, la noche que había pasado contemplando los árboles. Se suponía que ella ya no debía estar ahí.

Había estado tan cerca. Había sentido su aliento. Había estado a centímetros. A segundos. Pero de algún modo, había vuelto de saltar, viva. Todos esos años esperando en los márgenes de sí misma. Todos esos años desesperada por no sentir. Era como si estuvieran allí con ella, en la habitación, codo con codo con esa gente demasiado amigable que harían a Ruby poner los ojos en blanco.

Llevaba toda su vida esperando sentirse parte de sí misma.

Pensaba que nunca podría.

Pero ahí estaba.

El sentimiento la embargó, como acercarte a la superficie después de aguantar la respiración demasiado tiempo. Los pulmones ardiendo. Tenía que respirar.

Rothko observó a Angel respirando por la nariz, inhalaciones tan largas como podía. La observó retener el aire, y luego exhalar muy concentrada. Y Angel miró a Rothko. Cara tímida. Ojos sinceros. Boca nerviosa, inquieta. La razón por la que ella podía seguir respirando.

«Me has salvado».

Rothko le apretó el hombro. «Estás bien».

Miró la mano de él en su hombro. Luego bajó la vista a sus propias manos, entrelazadas en su regazo. Notaba el aire viajando a través de su cuerpo, lo veía en las yemas de sus dedos que sujetaban con fuerza la otra mano. Su cuerpo. Trabajando para ella, incluso cuando ella trabajaba en contra.

Dill se recostó en la silla. «Mmm», preguntó a los presentes, «¿me estoy perdiendo algo?».

Rothko bajó las escaleras corriendo y buscó a toda prisa en su caravana. No había lavado la ropa, y no tenía nada que ofrecerle. Llamó a la puerta de Cookie y Roxanne por si ellas podían ayudarle a reunir algunas cosas para Angel.

Rox estaba en casa; tenía la chimenea encendida y estaba sentada en la butaca con sus gafas torcidas y los calcetines hasta las rodillas. Rothko le contó lo que estaba pasando, y ella le dio unas cuantas cosas. Cuando Rothko se dio media vuelta para regresar a la cocina, Roxanne se acordó.

«Ha llegado una carta para ti. La tengo aquí». Y le pasó un pequeño sobre dorado dirigido a Rothko Taylor, con mayúsculas pequeñas que sabía que eran de Ezra. Debía de haber sido una festividad religiosa. ¿Cuál? ¿Ya era Rosh Hashaná? Quizá Yom Kipur. Si había sido, no se había dado cuenta. Pero normalmente era sobre esa época. Otoño, como un portal que se abría a Dios.

Se metió la carta en el bolsillo y entró a darle a Angel la ropa limpia, la toalla y el gel de ducha.

Pero se detuvo antes de subir las escaleras de la cocina. Abrió el sobre y leyó la tarjeta.

Para ti, Rothko. Ojalá te llegue en este solemne día de expiación. Hoy es el día más sagrado del calendario; es un día de contrición, de reparación. Aquí tienes una oración para ti, de tu padre. Estás en mis pensamientos. Siempre. Y Shaná Tová. Es un nuevo año.

Tu nombre es magno, profusamente Te loamos: tú eres tardo en la ira, y dispuesto a perdonar. Pues no deseas que el hombre confundido muera, sino que abandone su senda y que torne a la vida. Aún hasta sus últimos días lo esperas. Si se arrepiente, lo acoges. En verdad Tú eres el Creador, y Tú conoces nuestros impulsos y pasiones; pues somos débiles mortales de carne y hueso. Todos venimos del polvo y todos volveremos a la tierra tras una vida buscando sustento.

El tiempo pasa y pasa. Pasa hacia atrás y pasa hacia delante y te lleva consigo y nadie en el mundo entero sabe más del tiempo que esto: te lleva consigo a través de un elemento que no entiendes a un elemento que no recordarás. No obstante, algo se acuerda; se puede incluso decir que algo se venga: la trampa de nuestro siglo, y el tema que tenemos ante nosotros ahora.

JAMES BALDWIN

AGRADECIMIENTOS

Trabajé en borradores de esta novela en dos residencias literarias. Civitella Ranieri y Residencia Literaria Finestres. Quiero agradecer ese tiempo tan crucial para esta novela, y darles las gracias a todas las personas implicadas en ambas por concederme el espacio y darme la oportunidad de excavar tan hondo.

Además de a las personas responsables de los procesos de selección y de las personas que gestionan las residencias y se ocupan de nosotres mientras estamos allí, me gustaría darle las gracias a los artistas con los que compartí la residencia, por la conversación y la compañía.

Gracias a los artistas residentes y al personal de Civitella: Adam Basanta, Alper Aydin, Ayelet Waldman, Borys y Ludmila Khersonsky, Brigitta Varadi, Carlo Pizzati, Carman Moore, Claudia Durastanti, Délio Jasse, Diego Mencaroni, Eric Nathan, Francisco Goldman, Greta Caseti, Ilaria Locchi, Ivy Haldeman, Stacy Lynn Waddell, Lotte Arnsbjerg, Marie Howe, Michael Chabon y Xiaowen Zhu. Un agradecimiento especial a las personas que me alimentaron cada día: Romana y las dos Patrizias; años después sigo soñando con vuestros platos. Y otro agradecimiento especial a mi querida amiga Dana Prescott, por creer tanto en mi trabajo.

Gracias al equipo de Finestres: Ari y Mike e Inma, Nicolás G. Botero, Matías Medic; y a mi pequeña familia de escritores: Irene

Pujadas, Mariana Enriquez y Robin Robertson.

Gracias también a Stephen Bass, Roger y Carola Zogolovitch y Rufus Norris y Tanya Ronder, que me prestaron espacios para escribir.

Gracias a mis agentes, Nicola Chang y David Evans de David Higham Associates, por vuestro compromiso con estos personajes y esta historia, y por vuestros cuidados. Ha sido revelador contar con vuestras aportaciones y conocimiento.

Gracias a mi editora Željka Marošević, por retarme a ir más allá. Por llevarme más allá, a mí, a la trama, al estilo. Gracias a todo el equipo de Jonathan Cape. También a todos los editores que leyeron el primer borrador y compartieron sus opiniones y propuestas en aquella etapa tan temprana.

Gracias a mi equipo de management de Wildlife: Carlos Romero, Emma Greengrass, Ian McAndrew, Jack Bexon, Jack Gould, Natalia Quiros Edmunds y Sarah Abbout. Estoy muy agradecido por todo lo que hacéis.

Gracias, Imani Qamar. Requiere mucho valor liderar con el ejemplo como haces tú. Esta novela está atravesada por tu energía.

Gracias, Juliette Larthe y Grace Quigley, por leer esta novela antes que nadie. Por meteros tanto que os quedasteis despiertas toda la noche. Por hablar después de ella conmigo durante horas. Me hicisteis sentir como si lo que yo luchaba por sacar del éter hubiera encontrado su forma y al fin la mantenía.

Quiero darle las gracias a mi comunidad. Escribí esto para nosotres. Y a mi familia. A quienes adoro.

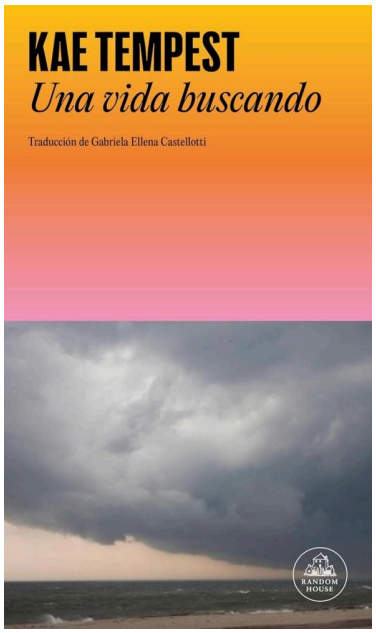
Y por último y más importante: quiero reconocer el compromiso infinito de Amie-Faith Francias, que buscó el espacio para valorar

cada palabra de esta novela conmigo, que me hizo innumerables sugerencias, que compartió tantas historias suyas y que me ayudó a construir la verdad de este mundo, incluso cuando fue arrastrada a las profundidades, en las fauces de una enfermedad tan total que se tragó el mundo. Donde sea que estés, sé que de algún modo te harás con un ejemplar. Que encontrarás un sitio para sentarte donde nadie pueda encontrarte, y que abrirás esta novela por primera vez, empapándote en su majestuosidad, al fin terminada. Sé que te sobresaltarás cuando veas tu nombre aquí escrito en negro sobre blanco, sé que retener el llanto te hará temblar. Te veo, Amie. Cubriéndote la boca con los dedos, con las lágrimas en las comisuras de los ojos. No habría podido hacerlo sin ti. Gracias por cada día, hermosa pesadilla. Siempre estarás en mis oraciones. Sigo creyendo que eres tan fuerte que puedes volver a la vida.

El esperado regreso de Kae Tempest al panorama literario: una novela luminosa y liberadora sobre el poder transformativo del amor.

«Una novela maravillosa, conmovedora y reveladora sobre el estado de Gran Bretaña repleta de personajes memorables, que describe la lucha de un individuo por la autorrealización en una sociedad que castiga a quienes se niegan a encajar en sus moldes preestablecidos».

Irvine Welsh



Como algo que el mar devuelve a la orilla, Rothko Taylor ha regresado a su ciudad natal. Han pasado quince años desde que la dejó atrás y quizá, piensa, debería haber comenzado de nuevo en algún lugar donde nadie supiera su nombre.

Aquí el pasado avanza hacia elle a toda velocidad: los chicos que patinan por la calle principal y le devuelven a su adolescencia; los bancos astillados frente al mar donde su madre, Meg, apuraba las latas; la zona acomodada donde su padre, Ezra, intentó —y no logró — construir un hogar feliz. Y el bloque de Dionne. Dionne, hermosa y extraordinaria, la única persona que alguna vez le miró y vio lo que había en su interior. Entonces, abrumade y con miedo, se hundió bajo la superficie, en el caos. Pero logró salir con vida. Y esta vez, Rothko está decidide a que las cosas sean distintas.

Diez años después de su última novela, Kae Tempest regresa con una conmovedora historia sobre la familia y el perdón; la redención y la expiación; el deseo y el abandono; la identidad y la comunidad. Sobre aquello que buscamos cuando nos escondemos y lo que puede encontrarnos, si nos atrevemos a dejarnos ver.

La crítica ha dicho:

«Si los libros aún pueden cambiar el mundo, lo más probable es que este lo haga».
Colum McCann

Sobre el autor y su obra:

«Poderosa y compasiva».
Ali Smith

«Tempest es, en el escenario y fuera de él, una mezcla de trovador, Janis Joplin y James Joyce […]. La gran esperanza del micro y de las letras británicas».
Lucía Lijtmaer, *El País*

«Profundamente conmovedor en su humanidad empática. La voz de Tempest, a ratos furiosa y tierna, nunca flaquea».
The New York Times

«Conexión es una medicina para estos tiempos difíciles».
Max Porter

Kae Tempest (Londres, 1985) es poeta, rapero y una figura fundamental del spoken word. Ha publicado la novela *Cuando la vida te da un martillo*, el libro de no ficción *Conexión*, obras de teatro y varios poemarios. Ha sido galardonado con el Ted Hughes Award.



Titulo original: *Having Spent Life Seeking*

Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Kae Tempest
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Gabriela Ellena Castellotti, por la traducción
La traducción de la cita de *Cartas a una amiga veneciana*,
de Rainer Maria Rilke, es de Jorge Jimeno.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Wolfgang Tillmans

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4596-9

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Una vida buscando

Día Uno. Octubre de 2026

- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete
- Ocho
- Nueve
- Diez
- Once

El pasado. Abril de 2006

- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis

Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once

Hoy

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Kae Tempest

Créditos